

Muerte en la rectoría

Michael
Innes



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

El rector de la Facultad de San Antonio es asesinado en su habitación, cerrada con llave. Los demás profesores son los sospechosos, y todos pueden tener una razón para cometer el crimen, y todos tienen algo que ocultar. Se establece entonces, durante unos días y en un espacio cerrado, un juego de inteligencias, una batalla intelectual entre el detective Appleby y los profesores, que no se lo pondrán nada fácil al investigador. Entretenimiento asegurado y un final que responde a las expectativas.

Lectulandia

Michael Innes

Muerte en la rectoría

John Appleby - 1

ePub r1.3

Akhenaton 28.08.14

Título original: *Death at the President's Lodging*
Michael Innes, 1944
Traducción: María Celia Velasco
Selecciones del Séptimo Círculo nº 37
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
Retoque de imágenes: Piolin
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

MICHAEL INNES

**Muerte en
la rectoría**



ADVERTENCIA

Los profesores y académicos de las universidades de Oxford y Cambridge se cuentan, indudablemente, entre los hombres más morales y equilibrados del mundo. No hacen nada indigno, no obran por impulsos, ni actúan con precipitación. Por lo común, los asociamos con la sabiduría, el desinterés, la actitud siempre distraída y las manías inocentes, que los hacen aún más simpáticos. Son —como diría Ben Jhonson— personajes que la comedia reclama para sí; resulta mucho más fácil mostrar su aspecto humorístico que ponerlos en situaciones melodramáticas. Además, carecen de la psicología, un tanto irregular, indispensable en las novelas policiacas, lo cual es una verdadera lástima, ya que el lugar que habitan —el edificio donde enseñan, comen y duermen— proporciona un marco excelente para las artimañas y peculiaridades del «oficio».

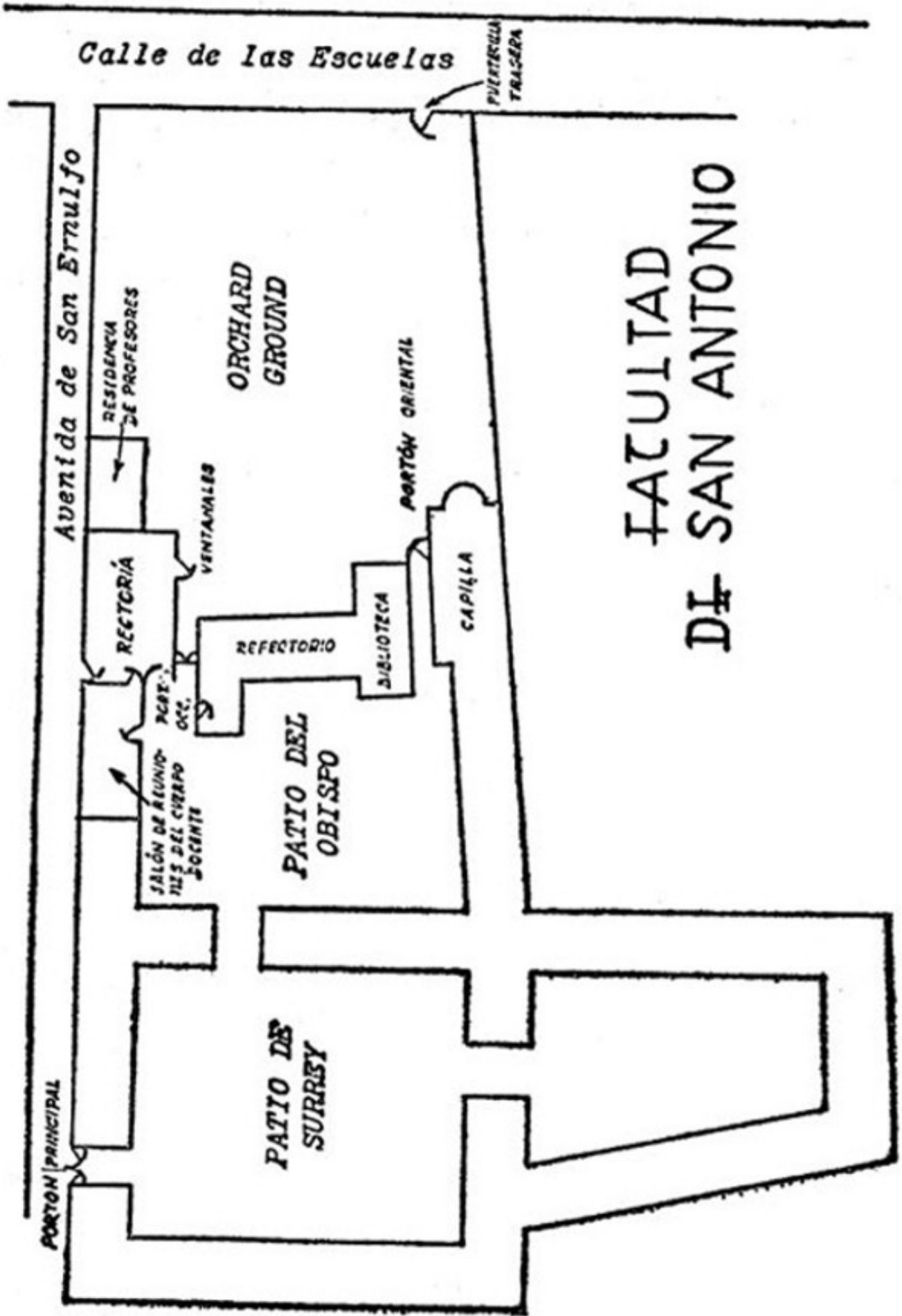
Afortunadamente, hay una parcela de suelo inglés en que estos varones sabios y virtuosos sufren una lamentable transformación: allí demuestran todos sus síntomas de irritabilidad, impaciencia, apasionamiento y dureza de espíritu que allanan el sendero al novelista. Es bien sabido que, cuando el hombre de Oxford o Cambridge no «baja» ni «sube», sino que «cruza enfrente», es decir, cuando va de Oxford a Cambridge, o viceversa, debe atravesar una región particularmente antipática y capaz de turbar la más académica de las almas. Por misteriosa providencia, esa región está situada casi a mitad de camino entre los dos antiguos establecimientos universitarios, junto al inofensivo vecindario de Bletchley.

Los cerebros científicos algo superficiales han señalado, acostumbrados como están a discernir inmediatamente las circunstancias materiales evidentes, las deficiencias económicas del Empalme de Bletchley. Hay que esperar allí tanto tiempo —argumentan— y tan desprovistos de comodidades materiales, que ¿quién no se sentiría un poco nervioso?

Pero todo esto es cosa del pasado; la última vez que pasé por el Empalme parecía un paraíso en miniatura; de cualquier manera, mi estilo literario prefiere las explicaciones de orden metafísico. Prefiero creer que, entre los dos polos de Tebas y Atenas, el éter se conturba y la atmósfera no resulta fresca y transparente, al menos para el erudito.

Así acabé por imaginar que si aquellos estudiantes de Oxford que iniciaron —hace siglos— el cisma hubieran dirigido sus pasos a Bletchley, quizá se hubiera elevado la Universidad o, por lo menos, la Facultad que me hacía falta para esta novela... Quien se moleste en consultar un mapa al llegar al capítulo 10 comprenderá que me basé en esta fantasía. La imaginaria Facultad de San Antonio forma parte de una universidad inexistente. Sus exalumnos y docentes son igualmente fantásticos, carecen de toda realidad, y ningún manto de verdad imaginativa, ¡oh severo y crítico

lector!, cubre su absoluta desnudez. He aquí un desfile de fantasmas, que se mueven en un escenario puramente especulativo.



FACULTAD
DE SAN ANTONIO

1

LA VIDA UNIVERSITARIA, solía observar el doctor Johnson, nos enfrenta muy raras veces con las formas violentas de la muerte. No fue éste el caso de los profesores y estudiantes de la Facultad de San Antonio cuando, al despertar una cruda mañana de noviembre, se encontraron con que su rector, Josías Umpleby, había sido asesinado durante la noche. El crimen era extraño y apasionante, teatral y bien hecho. Bien hecho porque nadie sabía quién era el asesino. Teatral porque —como pronto se rumoreó— el criminal completó su acto con un fantástico y macabro detalle, absolutamente superfluo.

La Facultad estaba llena de rumores. Si el doctor Umpleby se hubiera suicidado, la buena educación habría impuesto silencio y suprimido toda curiosidad ociosa. Pero un asesinato, y un asesinato misterioso, abrió paso a toda clase de hipótesis y excitaba los ánimos. A las diez de la mañana el profesor más distraído, acostumbrado a pasear por los patios con el pensamiento fijo en el problema del Sócrates histórico, habría notado que la tranquilidad de la Facultad de San Antonio había desaparecido. Las grandes puertas estaban cerradas; todos cuantos entraban eran revisados e identificados por el bedel y un sargento de la policía uniformado.

Desde el ventanal norte de la biblioteca se divisaba, tras las amplias Cortinas de las ventanas correspondientes al despacho del rector, otra silueta uniformada. Las numerosas escaleras, merced a las cuales la Universidad medieval logró retrasar la institución de la galería, resonaban bajo el paso atlético de los estudiantes que bajaban y subían para discutir la catástrofe con sus amigos. Poco antes de las once, un anuncio fijado —contrariamente a las costumbres del colegio— en la parte exterior del edificio informó a los estudiantes externos de que aquel día no se dictarían clases en la Facultad. A mediodía los diarios locales exhibían grandes carteles en todas las esquinas. Por cierto que en ninguna otra ciudad se hubieran redactado titulares más discretos: «Muerte repentina del rector de la Facultad de San Antonio», pero los mismos diarios informaban de que el doctor Umpleby había sido asesinado, al parecer, deliberadamente y por una mano desconocida. Durante la tarde un grupito de curiosos del pueblo, reunido en un extremo de la avenida de San Ernulfo, satisfizo como mejor pudo su curiosidad contemplando la larga fila de ventanales estilo Tudor, con sus arcos bajos y sus columnitas grises, tras los cuales se había desarrollado la misteriosa tragedia. Mientras tanto, la tragedia local se iba transformando en acontecimiento nacional. A las cuatro y media centenares de miles de personas, en todos los barrios y suburbios de Londres^[1], añadían un nuevo nombre a lo que sabían sobre la distante ciudad universitaria. Las últimas ediciones colocaron a ese inmenso público en igualdad de condiciones con los ociosos del pueblo, ya que publicaron en primera página la fotografía de la interminable hilera de ventanales Tudor. A las siete,

remesas cuadruplicadas de tales diarios londinenses se descargaban, con febril apresuramiento, a las mismas puertas de la Facultad. Indudablemente, el reposo claustral del establecimiento había desaparecido.

Sin embargo, la tranquilidad de que disfrutaban las universidades en el siglo xx es bastante relativa. Noche y día la vasta metrópoli, que apenas dista sesenta millas, exige abastecimiento; noche y día envía sus productos al interior del país. Noche y día las calles venerables que tantas generaciones de poetas y estudiosos han recorrido, sumidas en la calma de la meditación, resuenan bajo el rodar de los vehículos modernos. Durante el día, la misma ciudad contribuye: los autobuses locales y los automóviles conducidos por estudiantes inundan las estrechas callejas. Pero de noche es apenas un sector de carretera: a intervalos, sin remordimientos, con la regularidad estrictamente indispensable para hacernos esperar inquietos, los pesados camiones y tractores del comercio contemporáneo pasan, retumbando la ciudad.

Y día y noche, a medida que fluye la incesante corriente, las viejas piedras grises que se van curvando suavemente, de un puente a otro, se estremecen y suspiran, como si un martillo gigantesco golpease la tierra.

En medio de todo, la Facultad de San Antonio ha tenido suerte. Sola en medio de los edificios que afrontan lo peor del estrépito, está separada de ellos por un espacioso jardín: el célebre Orchard Ground. Defendida por una pared de cuatro metros de altura coronada por altas rejas ornamentales, una gran pradera sembrada de manzanos se extiende hasta los primeros grupos de edificios, los más importantes: la capilla, la biblioteca y el salón. Tras la amplia cortina de estas construcciones, en el patio del Obispo, apenas se oye el rumor del tránsito. Más atrás todavía, en la parte antigua del establecimiento, en el patio de Surrey, que data de la Edad Media, con su arcada romántica y sus portones que dan a la avenida de San Ernulfo, hallamos la paz nunca violada de los prados del rey Alfredo. La vieja ciudad aún tiene rincones propicios al ensueño.

Pero el gran parque de Orchard Ground ha sido, a veces, teatro de actividades nada apacibles. Los estudiantes de San Antonio se han peleado y han cazado un zorro en él; más aún: una noche, protegidos por la oscuridad, llegaron a introducir en su interior una marrana de tamaño bastante respetable y en trance de dar a luz. Por eso se acabó por clausurarlo de noche; los estudiantes de los primeros años no pueden entrar en Orchard Ground después de las diez y cuarto. Los mayores y el cuerpo docente pueden hacer uso de una llave. Esta llave es indispensable para cuatro de ellos, que se alojan allí... Y al parque de Orchard Ground, totalmente aislado durante la noche, dan los ventanales bajos del escritorio en que fue hallado el cadáver del doctor Umpleby.

Serían aproximadamente las dos de la tarde cuando el gran Bentley amarillo partió de Scotland Yard y se detuvo ante la Facultad de San Antonio en el preciso instante en que las veinte campanas del carillón daban las cuatro. «Pocas veces», reflexionó el inspector John Appleby, «me han enviado con tanta rapidez a investigar un caso de presunto homicidio fuera del radio urbano».

Era evidente que su llegada en el más suntuoso de los vehículos de Scotland Yard indicaba que personajes influyentes habían tomado cartas en el asunto: aquella mañana, el decano de la Facultad había solicitado con urgencia una audiencia al vicescanciller; éste, a su vez, se había comunicado telefónicamente con el lord canciller de Inglaterra, alto funcionario del Consejo Universitario; el lord canciller se puso en contacto con el ministro del Interior... «No sería difícil», pensó Appleby al descender del automóvil, «que la policía local se mostrara recelosa ante una intervención tan rápida de las autoridades centrales». Pero se sintió aliviado cuando, al entrar en el comedor del rector asesinado, adonde le condujo una sirvienta muy asustada, halló a la autoridad local encamada en la persona de su antiguo conocido el inspector Dodd.

Ambos presentaban un contraste curioso; no era el contraste de dos generaciones (aunque Appleby fuese más de veinte años menor que su colega), sino el de dos etapas de la vida inglesa. Dodd, lento, pesado, con una educación rudimentaria, que hablaba un dialecto tan marcadamente regional que cualquier filólogo hubiera podido señalar sin equivocarse cuál era su parroquia nativa, sugería una Inglaterra rural, y al mismo tiempo, una Inglaterra en la cual el crimen era evidente y brutal, y más que habilidad de investigación, requería vigorosa actividad física. Había aprendido una rutina, pero carecía de especialización y de técnica; confiaba en cierta innata agudeza, vigorosa, pero insegura siempre; su lenguaje mental, lo mismo que su habla, era a la vez enérgico y personal. A su lado, la personalidad de Appleby parecía esfumarse, debilitada por los largos años de estudio y disciplina, como la de un cirujano cuya individualidad se ha encerrado en los límites de una técnica quirúrgica única.

En efecto, Appleby era el producto de una época más refinada que la de Dodd, una época en la cual nuestra civilización —multiplicando sus elementos a fuerza de dividir— ha producido, entre mil seres altamente especializados, el criminal especializado y el investigador especializado en descubrirle. Sin embargo, había en Appleby algo más de lo que enseña el más moderno y profundo curso de policía. El hábito de la contemplación, una inteligencia experimentadora, el aplomo unido a la energía, la actitud más reservada que cautelosa: he aquí las señales de una cultura general subyacente. Su inteligencia bien dirigida, pero independiente, era en última instancia lo que lo hacía temible, así como un algo de tradicional y telúrico hacía en última instancia temible al inspector Dodd.

No sería difícil que ambos chocaran, pero con un poco de buena voluntad, podrían combinarse sus fuerzas. A pesar de sus muchos kilos y del extraordinario cansancio que sentía (pues había estado investigando el crimen desde las primeras horas de la mañana), el inspector Dodd salió al encuentro de su colega con la debida cordialidad.

—Llega el investigador —dijo sonriendo, después de saludarlo—, y el policía de aldea hace entrega del cadáver, junto con las pruebas que no ha sabido interpretar.

Mientras hablaba, Dodd se volvió hacia la mesa; una pila de papeles indicaba que no había estado ocioso durante el día. A un lado se veía un plano de la Facultad, trazado con mano presurosa, pero con bastante exactitud; al otro, restos de pan, queso y un buen jarro de cerveza. Al llegar las tres de la tarde, los servidores del doctor Umpleby sospecharon que el policía necesitaría un refrigerio.

—Lo mejor del asunto, hasta ahora —dijo Dodd—, es la cerveza de la Facultad. El sabueso de aldea está desconcertado, pero no le falta su jarro.

Appleby sonrió levemente.

—El sabueso de aldea habrá sabido reunir muy bien los elementos —respondió—, si es el mismo policía que conocí hace dos años. Aún se habla en Scotland Yard de su triunfo en aquel caso de los ladrones de automóviles... ¿recuerda?

La única respuesta de Dodd al implícito cumplido fue poner manos a la obra sin pérdida de tiempo. Acercó una silla para Appleby, y colocó frente a ambos el montón de papeles.

—Hoy he debido apresurarme un poco —dijo bruscamente—, y esa misma prisa ha limitado mis investigaciones. No he avanzado mucho en el terreno, pero basta para orientarnos. El campo de investigación es vasto, y el primero que llega debe recorrerlo cuanto antes, como usted sabe. He hecho docenas de interrogatorios, someros por cierto, pero cualquiera de ellos hubiera podido darme la pista de alguien que vaya a ausentarse del país. No he concretado nada. El asunto es bastante misterioso, Appleby. En otras palabras, creo que se trata de un caso de los suyos, no de los míos.

Las elocuentes palabras de Dodd eran sinceras, pero no del todo desinteresadas. Repuesto por la excelente cerveza de San Antonio, había pasado la última hora meditando, y cuanto más pensaba, menos le agradaba el cariz que tomaba el asunto. El curso de sus pensamientos se desvió a ratos, apartándose de este caso, cuyo origen no adivinaba, para recordar un problema, cuyo desenlace esperaba de un momento a otro. Hacía algún tiempo que se ocupaba de investigar una larga serie de robos ocurridos en las zonas suburbanas, y este misterioso asesinato, cuyo esclarecimiento era urgente, le impediría continuar y dar fin a la tarea que, sin duda, redundaría en su provecho y fama. Expuso la situación a Appleby, y ambos convinieron en que el crimen de la Facultad quedaría por el momento a cargo de éste. Dodd colocó

entonces el plano del establecimiento ante los ojos de Appleby y comenzó a referirle los acontecimientos tal como los conocía.

—El doctor Umpleby fue asesinado anoche a las once. He aquí la primera de las circunstancias que hacen novelesco este caso. ¿Leyó usted la historia del caballero asesinado en su casa solariega, en medio de una tormenta de nieve? Todos los casos fantásticos son semejantes; los crímenes se cometen en un transatlántico en alta mar, en un submarino, en un zepelín en marcha, en un cuarto herméticamente cerrado que carece hasta de chimenea... Pues bien: San Antonio, o cualquier otro internado que usted conozca, se transforma en algo semejante después de las nueve y media de la noche. Aquí está el submarino.

Mientras hablaba, Dodd tomó el plano y señaló con un índice acusador el perímetro de los edificios universitarios.

—Pero en el caso particular de este colegio —continuó— hay algo más —esta vez su dedo señaló un aspecto reducido. Y continuó—: Aquí hay un submarino dentro de otro. A las nueve y media la Facultad queda incomunicada con el exterior. Y un poco más tarde, a las diez y cuarto, una parte de ella queda incomunicada con el resto del establecimiento. ¿No le parece que la situación es novelesca? Nadie sale de aquí después de las nueve y media sin ser visto por el portero, salvo ciertas excepciones. Nadie entró, ni salió, desde anoche a las nueve y media hasta el momento actual, sin saberlo nosotros, exceptuando siempre a unos cuantos. Y pasadas las diez y cuarto, nadie puede pasar del edificio principal de la Facultad (submarino) a esta zona cerrada del Orchard Ground (submarino dentro del submarino), exceptuando siempre a unos pocos. ¡Lo malo —dijo el inspector Dodd con aire irritado— es que ninguno de ellos parece ser un demente homicida! Por consiguiente, el loco que hizo esto —añadió señalando con el pulgar la habitación contigua— debe hallarse todavía en el establecimiento. Yo no he podido dar con él, Appleby. Cada hombre de esta casa me parece más cuerdo y menos sospechoso que el anterior.

—¿Y por qué tiene que ser un loco? —preguntó Appleby.

—No digo eso —respondió Dodd, pensativo—. Lo que vi allí me hizo perder la serenidad por un momento —y volvió a señalar el aposento contiguo—, pero ya lo verá usted dentro de un instante. Lo que me interesa —añadió con severidad— es lo referente a esas excepciones de que le hablé. Se trata de algunos profesores de la Facultad, no de todos, por cierto. Unos pocos poseen llaves maestras, que les permiten entrar o salir por la puerta que da a la calle de las Escuelas. Ya ve usted dónde da acceso esa puerta: a la mitad del submarino interior, Orchard Ground. La misma llave les franquea el paso de Orchard Ground al resto de la casa. Cuando le refiera los detalles del caso, dentro de unos segundos, comprenderá usted que el asesino del doctor Umpleby debía de poseer una de estas llaves. He aquí, sin duda

alguna —concluyó el inspector secamente—, el motivo por el cual se le ha llamado con tanta urgencia.

—Creo comprender la situación —dijo Appleby después de estudiar durante unos minutos el plano—. Mientras en otra Facultad un asesinato nocturno puede ser cometido por cualquiera de los moradores del internado, en este establecimiento las cosas están dispuestas de tal manera que este crimen sólo pudo ser cometido por un pequeño grupo de personas: las que poseen, o pueden apoderarse de una de las llaves que abren el portón de Orchard Ground. Porque esas llaves, según afirma usted, pondrían al asesino en las circunstancias ideales para acercarse al doctor Umpleby.

—Eso es —asintió Dodd—, y ahora se explicará la conmoción general que hay en la Facultad.

—Recordemos que las llaves son traicioneras. Son más fáciles de robar que un talonario de cheques, y se imitan mejor que las firmas.

Dodd movió lentamente la cabeza.

—Sin duda, pero hay algo más. La topografía del caso es extraordinariamente curiosa.

Ambos estudiaron el plano en silencio.

—Bien —dijo Appleby al cabo de unos instantes—, el decorado está montado. Veamos ahora a los protagonistas, y conozcamos el argumento.

—Comenzaré por los personajes —expresó Dodd—, o mejor dicho, le proporcionaré lo primero que reuní esta mañana: una lista de nombres.

Mientras hablaba, el inspector revolvía sus papeles, como buscando alguna anotación. Pero cambió de idea y se echó hacia atrás, arrugando el entrecejo en actitud de profunda abstracción; luego continuó, con los ojos clavados en sus botas.

—Los profesores que cenaron anoche en la Facultad, además del rector, fueron: el decano, que se llama reverendo y muy honorable Tracy Deighton-Clerk —el inspector pronunció este nombre con un tonillo indefinible—, míster Lambrick, el profesor Empson, míster Haveland, míster Titlow, el doctor Pownall, el doctor Gott, Míster Campbell, el profesor Curtis, Míster Chalmers-Paton y el doctor Barocho.

Appleby asintió, repitiendo al mismo tiempo:

—Deighton-Clerk, Lambrick, Empson, Haveland, Titlow, Pownall, Gott, Campbell, Curtis, Chalmers-Paton..., y un extranjero cuyo nombre se me escapa. Continúe.

—Barocho —dijo Dodd—. Ahora bien: sólo faltaba uno de los profesores. Se llama Ransome y se ocupa actualmente en desenterrar no sé qué vejstorios científicos en el centro de Asia.

El tono de Dodd daba a entender sutilmente que la muerte del doctor Umpleby lo había colocado entre seres muy extravagantes.

—Por cierto que no tengo ninguna prueba que acredite el paradero de Ransome —añadió con aire de sospecha—, pero todos los otros lo confirman.

—El submarino parece bien tripulado —dijo Appleby sonriendo—. Si se propone usted seguir sacando de sus botas una lista de doscientos o más estudiantes, prefiero la casa solariega del caballero del cuento, o el globo estratosférico, en el cual no caben generalmente más de dos personas.

Mientras hablaba, sus ojos no se apartaban del plano que tenía delante. Luego añadió:

—Lo más curioso es que los estudiantes no entran aquí, ¿no es así?

—Creo que no —replicó Dodd—, al menos es probable que no entren, como también es probable que no lo hagan los servidores de la Facultad, por simples motivos topográficos, como ya ha visto usted. Esa es precisamente la importancia de la lista que le di. Y ahora, después del escenario y los protagonistas, hablemos de los acontecimientos. He aquí el horario, el ritmo que siguieron, tal como he podido averiguarlo:

»La cena concluyó alrededor de las ocho, en el salón central. Pero los comensales de la mesa principal: el rector, el decano y los profesores salieron en grupo, dirigiéndose al edificio donde se alojan. Durante una media hora permanecieron en su saloncito, tomando unas copas de oporto y comiendo dulces. A eso de las ocho y media, siempre reunidos, pasaron al salón contiguo, que es más grande, donde se les sirvió café. Allí permanecieron, fumando y conversando, hasta las nueve de la noche. Todo esto forma parte de la rutina diaria. El primero en retirarse fue el doctor Umpleby; salió por la puerta que comunica directamente con su casa. Si hemos de creer lo que se nos dice, ésa fue la última vez que lo vieron vivo sus colegas.

»Unos minutos después, la reunión comenzó a disolverse, y a las nueve y media todos se habían ido. Lambrick, Chalmers-Paton y Campbell son casados, y a las nueve y media regresan a sus domicilios. Los demás se retiraron a sus habitaciones en la Facultad, salvo Gott, que, por su cargo, debe efectuar un recorrido de vigilancia por las calles.

»A las nueve y media se cerraron las puertas. El portero echó la llave al portón de entrada. En ese momento, podríamos decir, el submarino se sumergió: a partir de ese instante, nadie entró ni salió de la casa sin ser visto, a menos que tuviera una llave.

Appleby movió la cabeza en actitud de protesta.

—Me inclino a desconfiar desde un principio de esas llaves —dijo—, y desconfío también de su submarino. Un gran establecimiento como éste, con varios edificios dispersos, debe de tener media docena de salidas subrepticias.

Sin embargo, Dodd respondió con aplomo:

—Aunque lo del submarino le parezca cosa novelesca, yo creo que se acerca mucho a la verdad. Es algo que debemos tener en cuenta, aunque lo callemos. Verdad

es que podríamos sorprender a varias universidades, señalando mil escapatorias ingeniosas, pero yo he recorrido ésta hoy, y puedo asegurarle que es «hermética».

Appleby asintió, rindiéndose transitoriamente al argumento.

—Bien —dijo—, el rector está en sus habitaciones, los profesores en sus cuartos, los estudiantes en los suyos y el pequeño mundo se halla totalmente incomunicado. ¿Y después?

—Nueva incomunicación —respondió al punto Dodd—. El mayordomo del rector echó la llave a tres puertas. Cerró la puerta de la casa, que da al patio del Obispo, la del fondo, que da a la avenida de San Erulfo, y la que comunica la rectoría con las habitaciones generales, es decir, la que el doctor Umpleby acababa de atravesar unos minutos antes. Serían las diez. A las diez y cuarto se efectuó la última clausura: el portero cerró el portón de Orchard Ground...

Hasta ese momento, Dodd había hablado de memoria. Pero al llegar a esta altura de su exposición sacó una serie de anotaciones y se las entregó a Appleby.

—En su lugar —dijo—, yo las estudiaría de nuevo. No es cosa fácil recordar con claridad tantos detalles.

Appleby las recorrió minuciosamente, y no dejó de mostrarse admirado al ver que ningún error se había deslizado en la narración de su colega. Asimilados los nombres y las horas, levantó los ojos y Dodd continuó con su relato.

—Al dejar el salón, el doctor Umpleby pasó directamente a su escritorio. A las diez y media su mayordomo, Slotwiner, le llevó una bebida, según su costumbre, dirigiéndose luego al antecomedor que está situado al otro lado del vestíbulo. Slotwiner pudo vigilar, pues, esa parte de la casa durante la media hora siguiente, y afirma que nadie entró en el escritorio por allí, y que tampoco nadie salió de él. En otros términos, un solo camino estuvo expedito durante ese lapso: los ventanales bajos que dan a Orchard Ground, y por los cuales se puede entrar y salir fácilmente.

—A Orchard Ground, tan herméticamente clausurado —murmuró Appleby.

Dodd percibió lo que implicaba el tono de su colega.

—Exactamente. Esa es nuestra primera pista: lo artificioso del asunto. Pero mientras tanto tenemos a Slotwiner en su antecomedor. Es un rincón estrechísimo, y lo natural sería que hubiese bajado directamente a sus habitaciones, que se encuentran próximas a la cocina. Pero parece que, en esa misma noche, míster Titlow acostumbraba a hacer su visita semanal al rector para tratar los asuntos universitarios. Mister Titlow es el más antiguo de los profesores. Solía llegar tarde, cerca de las once. La hora me parece inadecuada para visitas, pero ambos deseaban tener dos horas libres para trabajar después de la sobremesa. ¿Sabe usted que estos señores, a su manera, trabajan bastante? Pues bien; Slotwiner se quedó para abrir la puerta a míster Titlow. Tuvo que abrir la puerta principal, la que da al patio del Obispo, ya que —como recordará usted— la había cerrado a las diez, según la costumbre de la casa,

Titlow llegó a las once en punto, y estaba hablando con Slotwiner en el vestíbulo cuando ambos oyeron la detonación.

—Y el disparo se oyó, indudablemente —dijo Appleby—, en el escritorio, donde todos creían que se encontraba Umpleby solo.

—Precisamente. Y estaba solo, al menos su cadáver lo estaba, cuando Titlow y Slotwiner irrumpieron en la habitación. Un balazo lo había herido de muerte; no se veía, según declaran los dos testigos, ninguna arma, pero los ventanales que dan a Orchard Ground estaban abiertos de par en par. Pues bien; Titlow y Slotwiner, o uno de los dos —no sé cuál—, se hicieron cargo de la situación con sorprendente rapidez. Comprendieron que se trataba de un crimen, y vieron también toda la importancia de la posición de Orchard Ground. Si por allí había escapado el asesino, debía encontrarse aún en la casa, a no ser que (y esto no se les ocurrió) tuviera la llave del portón.

El inspector tomó un lápiz y trazó cuidadosamente el contorno del plano. Destacó nuevamente, con su habitual minuciosidad, el núcleo central de su teoría:

—Cuando salga usted, comprenderá la exactitud de cuanto le digo. Orchard Ground está limitado, en estos tres lados, por un muro altísimo, o por una combinación de muro y enrejado más alta todavía. El cuarto costado está flanqueado por una serie de edificios: la casa del rector en un extremo y la capilla de la Facultad al otro, y entre ellos, la biblioteca y el salón central. Sólo dos pasajes comunican Orchard Ground con el patio del Obispo, atravesando el edificio: uno se halla entre la capilla y la biblioteca, y el otro entre el salón y la rectoría. La única salida de Orchard Ground, fuera de estos pasadizos, es una puertecilla que da a la calle de las Escuelas. Las tres salidas estaban, naturalmente, cerradas con llave. Resultaba imposible salir del establecimiento sin una llave maestra.

»Por eso Titlow y Slotwiner creyeron tener encerrado al asesino. Pensaron que le sería imposible escapar, ya que jamás sospecharon que podría ser dueño de una llave. Y pensaron esto porque ni siquiera pasó por su imaginación la idea de que fuera un profesor de la Universidad.

»Me parece que Slotwiner tomó la iniciativa. Es un veterano, y lo creo capaz de afrontar un momento crítico, mientras que Titlow parece un soñador. Sin embargo, es valiente. El espectáculo que ofrecía aquella habitación era bastante sorprendente, y a pesar de ello, permaneció allí cuidando las ventanas mientras Slotwiner corría al teléfono que está en el vestíbulo, se comunicaba con los porteros de la parte exterior del edificio, llamaba a un médico y nos avisaba. Yo me había quedado en mi oficina hasta muy tarde, trabajando en el caso del que le hablé, y lo que me dijo Slotwiner fue suficiente para que, a los diez minutos, estuviese aquí con todos los hombres disponibles.

»Slotwiner y Titlow estaban en el escritorio todavía, acompañados de un portero

que les ayudaba a montar guardia. Recorrimos todo el terreno encerrado por la muralla como si estuviésemos buscando un gato negro. Revisamos todo, de un extremo a otro: la capilla, el pequeño grupo de casas que sirven de alojamiento a los profesores... ¡hasta trepamos a los árboles! Fuera de los tres profesores que, junto con Titlow, se alojan allí y que estaban tranquilamente en sus cuartos, no encontramos a nadie. Cuando amaneció, emprendimos una nueva búsqueda, y las puertas están aún bajo vigilancia.

Dodd se detuvo un momento, y Appleby preguntó:

—¿No hay señal alguna de robo?

—Absolutamente ninguna. El dinero, el reloj y todo lo demás están intactos. Sin embargo, hay un detalle que podría tener su importancia.

Sacó un pequeño objeto envuelto en papel de seda y lo puso delante de su colega:

La agenda de Umpleby que encontramos entre sus ropas. Hay aquí bastantes cosas que debería usted estudiar hasta llegar a la fecha de hoy. Las páginas correspondientes a los dos últimos días, y las de hoy y mañana, han sido arrancadas. Venga, ahora.

Los dos hombres salieron del comedor de la rectoría y atravesaron el vestíbulo, en donde —al extremo de un angosto pasillo— se veía a un policía robusto custodiando la puerta del escritorio. El agente se apartó, cuadrándose ante Dodd, mientras contemplaba a Appleby con curiosidad ingenua de provinciano. El inspector sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta e invitó a entrar a su colega con gesto levemente dramático.

La habitación era amplia y hermosa; había una gran chimenea de leña frente a la puerta, y en cada extremo, una ventana.

A la izquierda, una hilera de ventanitas enrejadas (como todas las de la planta baja del edificio) se abría sobre la avenida de San Ernulfo; a la derecha se veían unos ventanales bajos, algo estrechos y cubiertos por amplios cortinajes, que daban —según Appleby sabía muy bien— a Orchard Ground. La luz pálida de la tarde de noviembre y el resplandor de una sola lámpara eléctrica iluminaban el recinto sombrío, con sus muebles oscuros y las paredes cubiertas de libros. Entre los ventanales y la chimenea yacía, de espaldas, el cadáver de un hombre alto, delgado, vestido de esmoquin. Nada más podía verse, ya que la cabeza estaba envuelta, como en siniestra burla a la acción niveladora de la muerte, en la tela negra y opaca de una toga universitaria.

Pero no fue esto lo que sobresaltó a Appleby cuando penetró en la habitación. Comprendió instantáneamente por qué Dodd había hablado de un «loco homicida». Sobre el oscuro tablero de roble, encima de la chimenea, dos calaveras toscamente dibujadas con tiza gesticulaban, macabras. Junto a la cabeza del rector se veía un cráneo humano. El resto del suelo estaba sembrado de pequeñas pirámides de huesos.

Después de un largo minuto de contemplación, Appleby se dirigió hacia las ventanas y abrió los cortinajes. Anochecía, y el cuidado parque del establecimiento parecía tan misterioso como una selva. Pero junto a él, hacia la derecha, se elevaba — desmintiendo toda ilusión— la silueta gris del salón y la biblioteca, con su masa de piedra tallada que se perdía, muy arriba, en la penumbra de los cristales coloreados de las grandes ventanas.

Enfrente mismo, sobre un cielo opaco, se dibujaban borrosamente los audaces arabescos que coronaban el techo de la capilla, construida en el estilo de la época de Carlos II. Una bruma tenue, que no se decidía a ser niebla, comenzaba a elevarse sobre el césped, se enroscaba en torno de los árboles y deshacía, en fantástico desfile, las líneas borrosas de murallas y arcadas. Sobre la ciudad y el edificio resonaban, apagadas como en señal de duelo, las melodiosas y evocadoras campanadas que llamaban a vísperas.

POR ESPACIO DE algunos minutos Appleby continuó junto a la ventana mientras las sombras del atardecer descendían rápidamente. Luego, sin volverse, como si hablara consigo mismo, comenzó a exponer el problema. Buscaba un terreno sólido, un punto de apoyo.

—A las diez y cuarto se clausuró Orchard Ground. A partir de esa hora, quien deseara salir o entrar podía hacerlo de dos maneras: utilizando una de las llaves que están en poder de los profesores, y con las cuales se puede pasar de aquí al otro sector del edificio atravesando uno de los dos pasadizos que dan al patio del Obispo, o bien saliendo al exterior por la puertecilla que comunica con la calle de las Escuelas. Había otro camino: por estos ventanales y esta habitación a una de las puertas que — del vestíbulo de la rectoría— comunican con el patio del Obispo, el salón de reuniones, que también desemboca indirectamente en ese patio, o la puerta trasera que da a la avenida de San Ernulfo.

»A las diez y media Umpleby —según afirma el mayordomo— vivía aún. Y entre diez y media y once —según afirma también el mayordomo— nadie salió del escritorio, ni pasó al vestíbulo, saliendo al patio del Obispo o a la avenida..., o viceversa.

»A las once, de acuerdo con la declaración del mayordomo y Titlow, se oyó un disparo en el escritorio. Entraron al punto, y encontraron a Umpleby muerto. Ambos afirman que, a partir de ese instante, el camino que pasa por esta habitación estuvo bajo continua vigilancia hasta que usted llegó. Y usted también lo hizo vigilar mientras recorría el escritorio, el parque de Orchard Ground y todos los edificios que en él se levantan.

»Aceptando esta serie de circunstancias, la situación se perfila con relativa claridad. Si mataron a Umpleby en el momento que creemos, en el lugar donde creemos, y si fue realmente un asesinato y no un suicidio, en ese caso, el homicida fue una de las tres personas que usted descubrió en la casa, o bien otra persona provista de una llave. Esa otra persona puede haber sido una de las que tienen derecho a poseer una llave, o bien un desconocido que se apoderó ilegalmente de ella. Por consiguiente, hay dos caminos a seguir: en primer término, investigar las actividades de los legítimos poseedores de las llaves, y luego —como lógica consecuencia— las relaciones que los ligaban con Umpleby; en segundo lugar, averiguar el origen de las llaves en uso, la historia de cada una de ellas, y qué probabilidades tienen de haber sido robadas y copiadas en este último tiempo.

En el tono de Appleby, mientras exponía esta síntesis sobria y precisa de los acontecimientos, había un dejo de desgana. No estaba tan dispuesto como Dodd a aceptar los misterios convencionales, y desconfiaba de las consecuencias a que le

arrastraba la rara combinación de circunstancias en que parecía encuadrarse el asesinato de Umpleby. Como Dodd había observado con agudeza, el asunto era deliberadamente artificioso; se diría que el criminal trató por todos los medios de presentarse como un ser ingenioso y grotesco, previsor y humorístico al mismo tiempo. Una hora después de llegar a la Facultad, Appleby se sentía constreñido a seguir una línea bien definida de conducta: estaba obligado a investigar minuciosamente las actividades y características de un grupo pequeño y claramente determinado de individuos. Comprendía que se hallaba entre dos disyuntivas. La primera era sencilla: «Las circunstancias me obligan a limitarme a investigar tal y tal cosa». La segunda era más complicada: «Se han dispuesto de tal modo las circunstancias, para sugerirme la necesidad de limitar mi investigación a tal y tal orden de cosas». Por el momento, elegiría la primera, pero sin perder de vista la segunda.

Appleby suspendió su labor de síntesis y se volvió hacia Dodd para preguntarle:

—¿Qué profesores se alojan en Orchard Ground? ¿Quiénes poseen llaves? ¿Qué averiguó usted sobre sus actividades de anoche, después de disolverse la sobremesa habitual?

—Los cuatro que se alojan en Orchard Ground —replicó Dodd— son Empson, Pownall, Titlow y Haveland. Viven en una casa contigua a la rectoría, pero que no se comunica con ella. Está pared por medio —y Dodd golpeó con el dedo, sin inmutarse, una de las calaveras dibujadas sobre la chimenea del muerto—. El edificio se llama *Little Fellows*^[2]. A cada lado de la escalera central hay dos cuartos —continuó con precisión—, y sus moradores están distribuidos de la siguiente manera.

Después de una rápida búsqueda, sacó otro de sus apuntes tan cuidadosamente preparados.

Piso superior
Planta baja

Empson
Pownall

Titlow
Haveland

—Encontramos a Empson, Pownall y Haveland en sus respectivas habitaciones —continuó—; Pownall estaba en la cama, los demás trabajaban aún. Ya conoce usted las actividades de Titlow. En cuanto a las llaves, aquí nos encontramos con el factor más extraordinario. Todos los que se alojan en Orchard Ground tienen llaves. Es natural, puesto que están aislados del resto de la Facultad. Parecería lógico que, para ponerse en contacto con ellos y poder entrar y salir del establecimiento por la puertecilla sin necesidad de despertar al portero, todos los profesores tuviesen también llaves, ¿no es así? Pues bien, no tienen. ¡No he visto hombres menos prácticos!

Appleby sonrió, pero su sonrisa era amarga.

—Puede ser que uno de ellos —dijo— sea más eficiente.

—Todos, a su manera, lo son. Por ejemplo, no crea usted que son imprecisos en sus declaraciones. Por el contrario, son sumamente exactos. Pero me figuro que su exactitud se limita a cosas muy distantes o muy antiguas. Ahí tiene usted el caso del profesor Curtis. Se aloja en el patio de Surrey. Le pregunté si tenía la llave del portón.

»—¿Portón, señor inspector? —preguntó—. ¿Qué portón?

»—El que comunica con Orchard Ground —le respondí.

»—¡Ah, sí! —exclamó—, hay una tradición que afirma que fue traído de Córdoba. El tercer conde de Blackwood, quien figuró durante el segundo ministerio de Sidmouth, lo regaló a la Facultad.

»—Pero... ¿tiene usted una llave o no?

»—La devolví —respondió sin vacilar— a finales de abril de 1911.

»—¿A finales de abril de 1911? —repetí desconcertado.

»—Así es —dijo—; ese año Empson obtuvo los dos premios Cornwall, como usted sabrá, y lo nombraron profesor de la casa. Por cierto que, desde entonces, nada ha hecho de notable. Será un excelente rector, sin duda. ¿Y dice usted que el pobre doctor Umpleby verdaderamente ha muerto?

»—Verdaderamente —respondí—. Y usted ¿está bien seguro de que desde 1911 no ha tenido llave de esta puerta?

»—Absolutamente seguro. Le entregué mi llave a Empson. Recuerdo que, en aquel entonces, pensé que una puerta clausurada era muy conveniente entre colegas. Si necesita una llave, inspector, estoy seguro de que el portero le prestará la suya con mucho gusto.

Al terminar su relato, prodigio de memoria policiaca, Dodd sacó una anotación de su cartera.

—Aquí tiene usted una lista —dijo con gravedad, y la colocó delante de Appleby.

x	Deighton-Clerk.....	Patio del Obispo
x	Empson.....	Orchard Ground
x	Haveland.....	Orchard Ground
x	Pownall.....	Orchard Ground
x	Titlow.....	Orchard Ground
	Barocho.....	Patio del Obispo
	Campbell.....	casado; calle de las escuelas
	Chalmers-Paton.....	casado; barrio suburbano
	Curtis.....	Patio de Surrey
x	Gott.....	Patio de Surrey
x	Lambrick.....	casado; barrio suburbano

—He señalado con una equis a los que poseen llaves —dijo Dodd—. No hay orden ni concierto en todo esto. Por ejemplo, Lambrick, que es casado y vive fuera de la Facultad, tiene llave; mientras que Campbell y Chalmers-Paton, que están en el mismo caso, prescinden de ella. Gott y el decano viven en la Facultad y tienen llaves; Curtis y Barocho, que también se alojan aquí, no la tienen. Esto es cuanto he podido averiguar sobre la distribución de las llaves. Pasemos ahora a su historia —aquí Dodd

no pudo contener una risita inexplicable.

—Días pasados —continuó— estuve leyendo una novela que hablaba de llaves..., de la procedencia u origen de las llaves, como dirían ustedes en su refinado léxico londinense. Se trataba de la de una caja de caudales, llave que no podía haber sido robada, ya que nunca salió del poder de sus legítimos dueños. Y sin embargo fue falsificada. ¿Sabe cómo?

Appleby contestó, riendo:

—Me parece que sí. Pero aquí no hace falta imaginar triquiñuelas más o menos fantásticas. No es difícil que hubieran robado una llave en estos últimos días, devolviéndola luego.

—«Últimos días», dice usted, y dice bien —replicó Dodd. Mientras hablaba, observaba a su colega con cierta picardía, ya que, con indudable sentido dramático, había guardado para el final lo más extraordinario de su narración—. ¡Todas las llaves se cambiaron ayer por la mañana!

Appleby silbó suavemente para expresar su asombro. Dodd había reaccionado ante esa noticia con una interjección. Era el toque maestro, decisivo, de la disparatada precisión que parecía caracterizar el crimen de la rectoría.

Dodd explicó el caso en pocas palabras. Nadie vigilaba mucho su llave. Para un sabio, estos objetos son mucho menos importantes que para un banquero o un hombre de negocios. Los bienes de los eruditos suelen encerrarse en sus cerebros; por lo general, la llave es lo que el profesor invariablemente extravía, y sólo se acuerda de ella cuando necesita abrir una maleta y no la encuentra.

Durante largos años, los profesores de la Facultad de San Antonio habían hecho muy poco caso de las llaves de esas puertas que revestían ahora tan trágica importancia, y nadie se preocupó por ello. Pero últimamente había habido un escándalo. Un estudiante, envuelto en cierto asunto desagradable durante una escapada nocturna, no pudo explicar cómo logró salir del edificio y entrar luego en él. El rector creyó que había falsificado la llave. Encargó entonces que se colocaran nuevas cerraduras en las tres puertas principales; fueron instaladas, y sus llaves distribuidas entre los profesores, la mañana anterior al crimen.

Dodd opinaba que esta circunstancia, por más extraordinaria que fuese, simplificaba la investigación. Merced a ella se evitarían averiguaciones prolongadas, difíciles y probablemente inútiles, según deducía de los interrogatorios que había hecho esa mañana. Nada más arduo, delicado y fatigoso que interrogar a una serie de eruditos sobre detalles minúsculos relacionados con sus posesiones materiales. Además, el grupo de sospechosos quedaba claramente definido. Si en aquel momento le hubiesen pedido un informe final, Dodd se hubiese arriesgado a afirmar categóricamente que el doctor Uempleby había sido asesinado por uno de los miembros de este pequeño núcleo.

También Appleby, que se paseaba inquieto por la macabra habitación, sin dejar de observar, había llegado a una conclusión bien definida. Las novelas de trama misteriosa son muy leídas en las universidades. También son populares entre los policías. Dodd, típico representante del campesino inglés, que aún leía Bunyan y la Biblia, sin dejar de ser al mismo tiempo un monumento de rutina policiaca —poco imaginativa, sin duda, pero eficaz siempre—, era un ejemplo de ello. Su innata agudeza le había hecho comprender lo artificioso de las circunstancias. «Pero», reflexionaba Appleby, «tan grande es el poder de la Palabra», que ya estaba dispuesto a aceptar como cosa normal lo deliberadamente «ficticio». Y como consecuencia lógica, corría el peligro de pasar por alto el «porqué» más importante del asunto: ¿Por qué se había asesinado a Umpleby en forma tan novelesca?

Era evidente que su muerte se había encuadrado en un ambiente preparado ex profeso: el detalle del cambio de las cerraduras no dejaba lugar a dudas. La muerte de Umpleby fue rodeada de mil circunstancias ingeniosas. Se le asesinó en un marco de novela o, mejor dicho, entre una mezcla de novelas revueltas.

En efecto, en medio del cúmulo de circunstancias materiales que parecían encerrar la mente del investigador en un círculo cerrado (tal como Appleby lo había intuido ya), se advertía el influjo de toda una escuela literaria nacida de Sherlock Holmes, mientras en la macabra fantasía de los huesos había algo de novelón terrorífico. En algún rincón del complicado asunto había un cerebro que seguía dos líneas de pensamiento: un proceso inductivo y una decidida afición a lo lúgubre... Podría decirse que esa inteligencia trabajaba como la de Edgar Allan Poe. Precisamente, Poe estaba entonces en boga entre los intelectuales, y la Facultad de San Antonio era un centro de intelectualidad...

Era indispensable no perder de vista este aspecto del asunto al dar un nuevo paso hacia delante. Al tratar de responder a la pregunta esencial que Dodd parecía no advertir siquiera: ¿Por qué murió Umpleby como el caballero aislado en su casona solariega, en medio de una tormenta de nieve?, podían adelantarse dos respuestas: 1) porque había una razón que hacía de ese tipo de muerte el más útil; 2) porque ese tipo de muerte resultaba intelectualmente divertida... Al fin y al cabo, la inteligencia también tiene sus manifestaciones mórbidas.

Appleby se contuvo. Comprendía que estaba buscando, a tientas, plantear su problema en el plano de lo psicológico y lo humano. No se le ocultaba tampoco que su punto débil como investigador era, precisamente, el sentirse más cómodo en ese terreno que en el de puertas, ventanas y llaves robadas. El material de trabajo del criminalista —solía declarar a sus colegas de Scotland Yard en momentos de discusión teórica— no consiste en colillas de cigarrillos, ni en impresiones digitales, sino en la mente humana, tal como se manifiesta a través de la conducta. Y hasta el momento, no tenía dato alguno referente a la conducta de los hombres envueltos en el

asunto. No conocía aún a los protagonistas; sólo había estudiado un conjunto de circunstancias. «Una vez más, el mismo planteamiento de las novelas policiacas», se dijo Appleby.

Como adivinando su pensamiento, Dodd dijo:

—Supongo que ahora querrá usted conocer a estos bichos.

Appleby, sobresaltado por el extraño efecto de esta frase dicha ante los restos de Josías Umpleby, se alejó de la ventana a través de la cual había estado mirando, mientras su colega atravesaba la habitación para tocar un timbre.

—Interrogaremos a un testigo —dijo.

Y ambos pasaron una vez más al comedor contiguo.

Míster Harold Tapp esperaba desde hacía media hora que se le interrogara sobre el crimen, pero no daba la menor señal de inquietud. Era un hombrecillo aplomado y agudo; daba la impresión de ser persona responsable, y —según dijo Dodd— tenía fama de excelente cerrajero. Sin mayor trabajo hilvanó un resumen bastante completo sobre sus relaciones con la Facultad de San Antonio. Un policía corpulento y melancólico tomó nota, majestuosamente, de sus declaraciones.

—El difunto doctor Umpleby —dijo míster Tapp— me mandó buscar hace hoy, precisamente, una semana. Para ser más exacto, que es lo que ustedes desean, el difunto doctor Umpleby me llamó por teléfono.

—Y para ser aún más exactos —interrumpió Appleby—, ¿le llamó a usted el doctor Umpleby en persona, o por medio de algún subordinado?

La pregunta fue contestada sin vacilar, que era lo que deseaba Appleby. El rector en persona había llamado al cerrajero, que se había presentado muy poco después en su despacho.

—Sabrá usted —continuó Tapp— que el difunto doctor Umpleby parecía estar muy ansioso y agitado respecto a esas cerraduras. No creo que decir «ansioso» sea demasiado para descubrir su nerviosismo: tenía muchísima prisa por que se hiciera el cambio. Y me explicó también la causa...: parece que un estudiante había estado haciendo escapatorias. Sí, muy ansioso estaba el pobre doctor Umpleby.

Appleby escuchaba con mayor interés del que esperara la declaración de míster Tapp, en su pintoresco argot popular, plagado de incorrecciones y modismos.

—Bueno, pues verá usted —continuó el cerrajero—, el trabajo no era importante, pero tampoco era pequeño. Yo quedé en hacer la instalación ayer por la mañana, y el difunto doctor dijo que le parecía bien. Se interesó, por cierto, en el trabajo, y se fijó especialmente en las llaves. Sabía mucho de llaves el difunto doctor. Ordenó que se hicieran diez y se le entregaran personalmente a él. Le entregué todas en propia mano, tan pronto como instalé y probé las cerraduras.

—¿Cómo se las entregó? —preguntó Dodd—. Y ¿en qué forma las vigiló usted

mientras estuvieron en sus manos?

—Bueno, pues sabrá usted que trabajé en ellas toda la semana, ya que me ocupé personalmente de adaptarlas y limarlas. El proyecto estuvo guardado en la caja de hierro, y allí se pusieron también las llaves todo el tiempo que no estuvieron en mí poder. Esto es norma de todo cerrajero fino. No es que yo sea un artesano de categoría, pero este trabajo era algo especial, y había que tratarlo como tal. Ayer por la mañana hice la instalación, y luego vi al doctor Umpleby en persona y le di las diez llaves convenidas. Desde el instante en que empecé a trabajarlas hasta el momento en que las entregué, le aseguro que cada una de esas llaves fue tratada como una bolsa llena de libras esterlinas. ¡Por cierto que no se ven a menudo llaves como ésas! —concluyó míster Tapp, extemporáneamente.

Unas pocas preguntas bastaron para aclarar el hecho de que las nuevas cerraduras y sus llaves se hubiesen manufacturado fuera del alcance de cualquier ladrón. El problema de la «procedencia» estaba resultando menos difícil de lo que temió Appleby. Volvió al punto que más le interesara en la declaración de Tapp.

—¿Dice usted que el doctor Umpleby parecía preocupado por las llaves, y le dio el motivo, hablándole de cierto estudiante? ¿Cómo describiría usted su estado de ánimo? ¿Diría que estaba agitado... hondamente preocupado por el asunto?

Tapp respondió al punto.

—No sé, señor, si decir que estaba agitado. Pero sí afirmo que estaba inquieto y nervioso.

—Agitado no, pero sí nervioso —dijo pacientemente Appleby—; ¿podría aclararme esa distinción? Me parece que agitación y nerviosismo son dos cosas muy parecidas. Quisiera que me diese una idea más clara de lo que entiende por «nerviosismo».

Tapp reflexionó durante unos segundos.

—Bueno, pues verá usted —dijo al fin—, al decir «nervioso» no quiero decir «apurado», y si dijera que estaba apurado, sería como decir que estaba agitado. Espero que esto le resultará claro.

No pudo obtenerse más del cerrajero, y se le despidió después que hubo firmado la versión gramaticalmente correcta que el lúgubre sargento acababa de preparar.

—¡Qué curioso resulta —dijo Appleby— que Umpleby diera «razones» a míster Tapp para explicarle el cambio de las cerraduras! Eso me parece raro; ¿y a usted, Dodd? Naturalmente, es una rareza que podría atribuirse a peculiaridades de su carácter. Quizá estoy insistiendo demasiado sobre una minúscula alteración en lo que estimo sería la conducta normal de un rector universitario..., pero también puede ser que haya descubierto algo muy significativo. Y lo mismo podría decirse de otro punto interesante: el hecho de que Umpleby estuviera inquieto por el asunto, muy próximo a la agitación, a juzgar por su nerviosismo y aturdimiento.

Dodd respondió con suma tranquilidad:

—Hay algo más significativo todavía: sobra una llave.

Appleby silbó por segunda vez en aquella tarde.

—¡Gana usted otra vez, amigo! El decano, Empson, Gott, Haveland, Lambrick, Pownall, Titlow, una para el portero principal... ¡Hola! Son ocho solamente. ¿No sobran, entonces, dos llaves?

Dodd movió la cabeza.

—El portero colocó una en su llavero y guardó otra de repuesto en la caja de caudales. Aun así, queda una llave sin destino. El asunto es desagradable y complicado.

—Tal vez Umpleby guardó la llave para sí.

Dodd hizo otro gesto negativo.

—No lo creo. Al menos, el decano asegura que no es probable que lo hiciera. No necesitaba llave, puesto que de su propia casa podía pasar directamente a Orchard Ground o a los patios principales, y la puertecilla trasera daba a la calle. Al registrar sus cosas no encontramos llave alguna.

—Falta una llave —musitó Appleby—. ¿Sabe usted que estoy satisfecho de saberlo? Esto implica que hay una tuerca floja en alguna parte..., y hasta ahora su submarino me resultaba angustiosamente hermético y estrecho.

Mientras hablaba, iba y venía por la habitación. De pronto, con un repentino gesto de impaciencia, volvió a entrar en el escritorio.

La toga negra que envolvía la cabeza del rector asesinado había sido colocada nuevamente en su lugar, de acuerdo con la rutina policiaca, cuando el médico forense hubo comprobado la muerte. Appleby la tomó ahora con cuidado, apartándola. Estaba salpicada aquí y allá de coágulos de sangre; el investigador la depositó sobre una silla, y contempló luego con curiosidad la fisonomía del difunto rector.

La cabeza de Umpleby era extraordinariamente grande y maciza en proporción a su cuerpo delgado; la frente era huesuda y prominente, imperativa la nariz, ancha y carnosa la mandíbula.

La boca —entreabierta en rictus cadavérico— debía de haber sido en vida rígida, apretada, señal de un carácter cruel e inflexible más que sensual. Los ojos, grises y fríos, estaban aún abiertos; su expresión serena contrastaba extrañamente con la diminuta pero bien visible señal del balazo en mitad de la frente. La muerte había borrado de aquel pálido rostro la huella de los años; pasaron varios minutos antes de que Appleby comprendiese que el rector era casi un anciano. Sin investigar más, extendió nuevamente la toga sobre él, a manera de sudario. Al hacerlo, notó algo que atrajo su atención en el acto.

—Supongo que esta toga no era la de Umpleby —dijo a Dodd.

—No. Y carece de marca. Pero hasta ahora no he hecho averiguaciones sobre el asunto.

—Creo que no vale la pena que las haga. La toga es del doctor Barocho.

Al cabo de un segundo, Dodd había comprendido.

—¿Se trata entonces de una toga de corte extranjero, no inglés?

—Precisamente, y por eso pensé en Barocho. Pero no creo que sea necesario proveerse de un par de esposas, al menos por ahora. Pasemos ahora a las actividades de toda esa gente; y para volver al punto en que dejamos el asunto: ¿qué sabe usted sobre lo que hicieron anoche, a partir del momento en que se disolvió la reunión de sobremesa?

Appleby recomenzó su paseo por la habitación. Dodd, después de revolver sus papeles, respondió:

—Durante el día de hoy he interrogado a todos los que parecen tener alguna relación con el caso —interrogatorios preliminares, naturalmente— o, al menos, a todos los que parecían complicados hasta el momento en que apareció esa endemoniada llave. Algunos pueden probar sus coartadas en lo referente al momento del crimen, otros no. Sigo investigando lo más rápidamente que puedo con los tres hombres capaces que tengo... ¡Ah!, entre paréntesis, desde ahora están a sus órdenes, para todo lo que se relacione con este asunto. Aquí están las copias de las diversas declaraciones. Convendría que usted las guardase.

Dodd colocó ante su colega una pequeña pila de papeles, con un ademán que sugería claramente el traspaso de toda responsabilidad. Appleby recorrió la primera hoja.

Slotwiner, George Frederick (54). Ingresó en el servicio de la Facultad a los dieciséis años, como dependiente de lechería. Cuando el doctor Umpleby asumió el decanato en 1910, fue su sirviente particular. A partir de 1921, fecha en que el doctor Umpleby fue designado rector, desempeña el cargo de mayordomo.

10.30 p. m. Subió algunas bebidas al despacho, halló al rector solo y trabajando ante su escritorio. Desde aquel momento no perdió de vista la puerta de esa habitación, que podía vigilar desde el antecomedor.

11 p. m. Atravesó el vestíbulo y abrió la puerta principal a míster Titlow. Hablaban cuando se oyó el disparo. Entró en el despacho con Titlow, y descubrió el cadáver. Volvió al vestíbulo, desde donde llamó por teléfono al médico, al portero y a la policía; regresó al despacho y permaneció montando guardia hasta que llegaron los porteros.

11.10 p. m. Llevó al decano un mensaje de Titlow.

Confirmación: Titlow.

Titlow, Samuel Still (51)...

En aquel momento le interrumpió un fuerte golpeteo sobre la puerta, y el melancólico sargento —asomando la cabeza— anunció con tono lúgubre: «El valle tiene un mensaje para usted».

«El valle de las sombras de la muerte...». Por espacio de unos segundos, el efecto de aquellas palabras en la habitación oscurecida, sembrada de huesos humanos fue casi terrorífico; luego, la aparición de una silueta discretamente vestida de negro lo

explicó todo. Una voz remisa protestó:

—«Mayordomo», ¡por favor!, no «valet», «señor agente» —y añadió, después de una levísima reverencia, dirigiéndose a Dodd—: El decano me encarga que le salude y le diga que si ha llegado el caballero de Londres, tendría mucho gusto en recibirlo en sus habitaciones tan pronto como le sea cómodo.

Appleby contemplaba a George Frederick Slotwiner con todo interés por ser uno de los protagonistas más íntimamente ligados al drama que acababa de desarrollarse. Nada indicaba en Slotwiner al veterano. Delgado y pálido, su porte era el de cualquier sirviente de cierta categoría. Al parecer era corto de vista, ya que contemplaba el mundo exterior a través de unos lentes que producían un doble efecto: desconcertaban e imponían respeto. Imponían respeto porque hacían pensar en lacayos de palacio, mayordomos y ayudas de cámara; desconcertaban porque sugerían que el erecto andar de su dueño, más que dignidad profesional, expresaba un continuo prodigio de equilibrio nasal. Mientras Appleby pensaba esto, Slotwiner, que parecía indeciso entre darse o no por enterado de la presencia del caballero de Londres, le dirigió también la sombra de una reverencia y —diplomáticamente zanjada la cuestión— se mantuvo impasible, en espera de la respuesta.

Appleby solucionó el problema.

—Mis respetos al decano —dijo—, y manifiéstele que pasaré a verle dentro de media hora. Cuando el inspector Dodd toque el timbre, tenga usted la bondad de acompañarme hasta su despacho.

Iba a retirarse el mayordomo cuando Appleby agregó:

—Un momento. ¿Cuándo usó el rector por última vez velas en esta habitación?

El efecto producido por esta pregunta fue notable. Slotwiner se volvió con rapidez impropia de un mayordomo y clavó sus asombrados ojos en Appleby. Estaba evidentemente asustado y confuso, mucho más de lo que podría esperarse de una pregunta tan sencilla, aunque se formulase bruscamente a sus espaldas y a través del cadáver amortajado de su amo. Pero un instante después, su actitud se tornó en extrañeza; segundos más tarde, era perfectamente dueño de sí.

—El rector nunca usaba velas, señor. Como usted verá, la habitación está bien iluminada.

Extendió la mano rápidamente, mientras hablaba, e hizo funcionar el interruptor que estaba junto a la puerta: el brillo de la solitaria lámpara se vio aumentado por el de otras seis, instaladas en lo alto de la pared, y cuya luz se reflejaba potente sobre el cielo raso. Appleby continuó interrogando:

—¿Dónde solía sentarse el rector, cuando trabajaba aquí, por las tardes? ¿Encendía todas las luces, o esta lámpara solamente?

Ahora el mayordomo respondía sin vacilar:

—Ante su mesa de trabajo, o cuando se sentaba en su sillón junto al fuego, el

doctor Umpleby sólo encendía la lámpara. Pero si buscaba algún libro, o recibía visitantes, encendía todas las luces. Hay un doble interruptor, y las luces podían encenderse desde la puerta o desde la chimenea.

—Anoche a las diez y media —preguntó entonces Appleby—, ¿cómo estaban las luces?

—Todas encendidas, señor. Cuando yo entré, el rector estaba buscando unos libros en el extremo más alejado de la estantería.

—¿Y luego... cuando usted entró con míster Titlow?

—Sólo funcionaba la lámpara de mesa.

—¿Apagó las demás el doctor Umpleby al regresar a su escritorio?

—No podría asegurarlo, señor. Es posible.

—Dígame usted qué pasó entonces con las luces.

—No comprendo, señor.

—Le pregunto si usted o míster Titlow encendieron las demás luces tan pronto como hallaron el cadáver.

Slotwiner vaciló.

—No me atrevo a asegurarlo, señor —replicó al fin—. Creo que yo mismo las encendí maquinalmente en aquel instante. No lo recuerdo bien. Lo cierto es que más tarde estaban todas luciendo.

Comprendiendo que se trataba de un interrogatorio en toda regla, Slotwiner respondía con precaución y concienzuda exactitud. Pero Appleby se interrumpió repentinamente.

—Luego me lo contará usted todo —dijo—; por ahora deseo que me responda a una pregunta más.

Se había vuelto, como si la parte fundamental de la entrevista hubiese concluido ya. De pronto giró sobre sus talones y miró inquisitivamente al mayordomo.

—¿Por qué se asustó usted tanto por lo que le pregunté sobre las velas?

Esta vez Slotwiner conservó toda su calma.

—Yo mismo no me lo explico, señor —dijo—; si usted me permite, diría que la pregunta (cualquier pregunta, señor) era algo inesperada. Pero no puedo comprender mi reacción...; usted debe de haber visto que me turbé profundamente. Si me permite expresar mi sensación al oír su pregunta, diría que me sentí desconcertado. Y me desconcierta el porqué de mi desconcierto.

Slotwiner se detuvo, como reflexionando.

—No fue motivado por el contenido explícito de su pregunta —continuó—, ya que me consta que jamás se han usado velas en esta casa. El doctor Umpleby no era muy afecto a ellas, y, teniendo en cuenta la abundancia de zócalos antiguos que hay aquí, yo no hubiera permitido a la servidumbre que las usara. Para ser más claro, señor, quisiera usar un vocablo técnico y decirle que su pregunta tenía un contenido

implícito o latente. El tono sensible que provocó resulta decididamente extraño.

Después de este triunfo de expresión académica, Slotwiner dirigió a Appleby otra levísima inclinación, y se deslizó, casi como si flotara, o por levitación —para usar un vocablo técnico—, hasta salir de la estancia.

Dodd no pudo contener una risita, que se hubiera convertido en carcajada de no mediar aquel cadáver tendido delante de la chimenea.

—Ya ve usted que estamos entre académicos —dijo—; si el mayordomo se expresa de tal manera, ¿qué puede esperarse del decano?

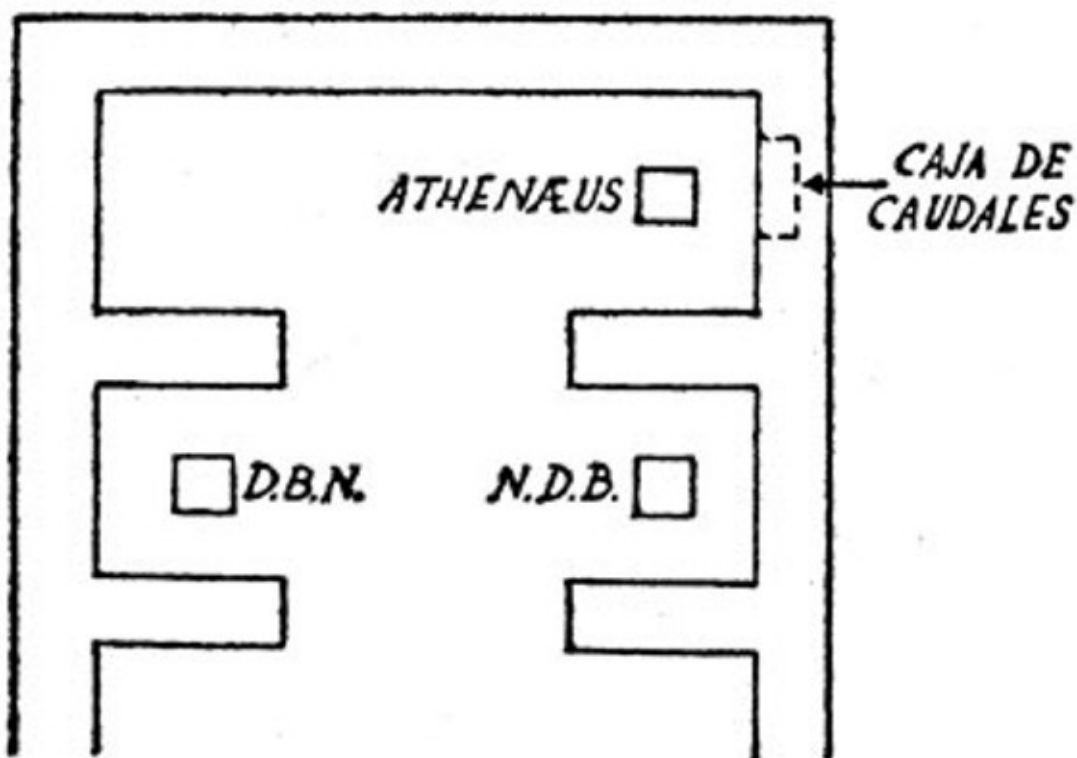
Pero la sonrisa de Appleby era más pensativa que regocijada.

—El tono sensible que provocó resulta decididamente extraño —repitió—. ¿Sabe, inspector, que el hombre me parece interesante, y también lo que dijo? Y, dicho sea de paso —continuó mirando con aire inocente a su colega—, ¿qué saca usted en limpio del asunto de las velas?

Dodd quedó desconcertado.

—¿Qué asunto de las velas? —dijo—. No he comprendido su propósito.

Como única respuesta, Appleby lo tomó del brazo y lo condujo hasta el otro extremo del cuarto, que había inspeccionado poco antes con aparente indiferencia. Allí los anaqueles no sólo cubrían las paredes, sino que se proyectaban hacia fuera formando salientes y concavidades. En una de éstas se encerraba una biblioteca giratoria que contenía el *Diccionario biográfico nacional*; en otra, similar a la primera, estaba el *Nuevo diccionario británico*. Los gruesos volúmenes de ambas obras estaban encuadrados en la misma forma. Pero Appleby condujo a Dodd hasta la tercera, que contenía otra biblioteca giratoria: ante el inspector aparecieron los catorce volúmenes del *Argentorati Athenaeus*.



—Los *Deipnosofistas* —murmuraba Appleby—, en la edición de Schweighäuser... muy voluminosa..., la de Dindorf es más reducida: está allí.

Y señaló un rincón del anaquel inferior, donde se veía la misma enciclopedia gigantesca reducida a los tres volúmenes de la edición de Leipzig. Dodd, un poco asombrado ante este abracadabra clásico, gruñó con aire de sospecha:

—¿Quiere usted decir que estos tres están colocados al revés?

—Pero ¡si es verdad! ¿Cuántos libros calcula usted que habrá en esta habitación? ¿Ocho o nueve mil, quizá? Pues bien; trate de encontrar otro que esté cabeza abajo. Los estudiosos no acostumbran a tratar así a sus libros.

Dodd no aceptó la invitación.

—Me parece que usted dijo algo de velas. ¿Es otra bromita clásica?

Appleby se enderezó, pues había estado examinando el anaquel bajo, y señaló la limpia superficie de la biblioteca, que llegaba a la altura de su pecho. A pocos centímetros del borde más alejado de la concavidad había una manchita que parecía estearina, y no tendría más de un centímetro de diámetro.

—Algún líquido para limpiar —dijo Dodd— hecho a base de cera. Los sirvientes suelen ser descuidados.

—¿Un ladrón, un ladrón aficionado provisto de una vela? —sugirió Appleby.

La reacción de Dodd fue inmediata: desapareció de la habitación. Cuando volvió, Appleby estaba de rodillas junto al cadáver.

—Tenía razón —anunció el inspector, agitado—. Lo único que se usa para limpiar estos muebles es una crema especial. Ayer por la mañana fueron limpiados.

La criada jura que no quedó en ellos una sola mancha, y por cierto se trata de una persona mayor y muy seria.

Se detuvo, y, al ver que Appleby había terminado de revisar el cadáver, añadió:

—Tengo algo más que mostrarle en esta biblioteca, algo que me hizo pensar inmediatamente en su sospecha sobre un ladrón. No crea que no hemos tenido en cuenta los nueve mil volúmenes.

Volvieron al punto de partida y se detuvieron, no ya ante la biblioteca giratoria, sino ante los anaqueles repletos de libros. Introduciendo su mano tras lo que parecía ser una hilera más de volúmenes, Dodd dio un fuerte tirón y una parte del mueble giró suavemente sobre un juego de bisagras.

—Esto suele verse en las puertas de las bibliotecas, ¿no es verdad? Mire lo que hay detrás.

Se trataba de una caja de caudales de acero, de forma un tanto extraña, imitando un cajón, incrustada en la pared del cuarto.

—El tipo de ladrón que se alumbra con una vela —señaló Appleby— tiene pocas probabilidades de abrir esa caja de acero. Por lo demás, no es fácil encontrarla, si no se sabe de antemano su situación. ¿La conocía usted? Me imagino que no.

Dodd no la conocía, la descubrió después de una minuciosa búsqueda. Los miles de volúmenes no habían sido sacados de sus anaqueles, pero se había empujado cada uno de ellos hasta el fondo del mueble para asegurarse de que ningún arma se ocultaba tras ellos. Sin embargo, el inspector estaba seguro de que sus subordinados no habían tocado el *Athenaeus* porque él mismo examinó esa biblioteca giratoria (reconocía que había pasado por alto la manchita de estearina), y no fue necesario retirar ninguno de los libros. Al inspeccionar el resto de la biblioteca, dio con la caja de acero.

Los ojos de Appleby recorrieron una vez más las interminables hileras de libros, notando al pasar las características de la biblioteca del difunto. Pero fue el aspecto material de los centenares de pesados infolios alineados en los anaqueles inferiores lo que provocó su comentario posterior:

—Por fortuna murió de un balazo en la cabeza, ¿eh, Dodd? ¿Comprende usted el enorme trabajo que esto nos ha ahorrado?

Y al ver la expresión interrogativa de su colega, continuó:

—Suponga lo siguiente: Umpleby decide suicidarse. Por una u otra razón, quizá por mera travesura, quiere ocultar el hecho. Pues bien; toma cualquiera de estos libros, probablemente uno grande, tal vez uno pequeñito —aquí Appleby señaló un sólido tomo en octavo—, hace en él un hueco capaz de contener una automática. Lo sostiene en su mano izquierda, mientras permanece de pie junto a la biblioteca. Luego coloca su pistola en el preciso lugar que sus estudios anatómicos le señalaron como mortal, dispara, mete el arma en el libro, y una vez éste en su lugar, cruza la

habitación, trastabillando, y cae muerto... ¡allí, donde usted lo ve!

Siguiendo la dirección del índice de Appleby, Dodd se dirigió hacia el cadáver. El pequeño círculo rojo, en mitad de la frente lo tranquilizó, pero a pesar de todo contempló con un nuevo sentimiento de curiosidad las hileras de volúmenes encuadernados en cuero, pasta y tela, resplandecientes, con iniciales en oro, opacos, relucientes, manchados, expresión típica de más de cuatro siglos del arte de la encuadernación. Pero Appleby, encogiéndose de hombros, como si hubiera estado perdiendo el tiempo, volvió a inspeccionar la caja de caudales.

—¿Alguna impresión digital? —preguntó.

Dodd hizo un gesto negativo.

—¿Cómo, ninguna? —prosiguió, interesado, Appleby.

Esta vez el inspector asintió.

—Sí —dijo—, me temo que sí. Las de Umpleby. Nadie creyó necesario hacer una limpieza de la caja. Parece que no ha sido tocada. Queda un punto oscuro en el asunto: nadie parecía conocer su existencia. Hice preguntas «de exploración» a los que podían saber algo de ella. «¿Sabe usted dónde conservaba el rector sus valores?», y cosas por el estilo. Más tarde, pregunté sin ambages. Ni Slotwiner, ni los demás sirvientes, ni siquiera el decano y los profesores admitieron que sabían que existiera esta caja. Tampoco tiene llave. Se cierra mediante una combinación, y no se trata de una de esas combinaciones que se abren para dejar libre la cerradura. No he tenido tiempo aún de investigar a fondo la cuestión.

Al oír hablar de tiempo, Appleby consultó su reloj.

—El decano me espera —dijo—, y a usted lo esperan una buena cena y un merecido descanso. Supongo que ahora se llevarán el cadáver.

Dodd asintió.

—El cadáver se lleva a la casa mortuoria, se cierra la habitación con llave, sellando la puerta, y usted se queda con la llave. Usted dirá cuándo debemos traer una bolsa para esos malditos huesos.

Appleby rió.

—Me parece que lo que le preocupa es el osario. Yo creo que puede resultarnos muy útil.

Mientras hablaba, recogió un huesecillo y amenazó con él a Dodd, con impertinencia profesional bien disculpable. Luego murmuró, siguiendo una asociación de ideas que sólo hubiera comprendido el digno policía si hubiera sido un asiduo lector de *sir* Thomas Browne: «Qué canción cantaron las sirenas, o qué nombre asumió Aquiles mientras permaneció escondido entre las mujeres...».

El huesecillo cayó con ruido seco sobre su pila, y Appleby se interrumpió para añadir:

—También espero que la otra pregunta tenga su respuesta.

—¿La otra pregunta?

Appleby estaba cerca de la puerta.

—Mi estimado Dodd, ¿quiénes fueron los propietarios de estos huesos? Es necesario que consultemos a los guardias locales.

EL REVERENDO Y honorable Tracy Deighton-Clerk, decano de la Facultad de San Antonio, evocaba, aun en plena madurez, a los grandes señores de la época victoriana. Su fisonomía era, al mismo tiempo, extraordinariamente enérgica y extraordinariamente bondadosa, y hasta sus incipientes patillas recordaban los magníficos dibujos de G. F. Watts. Cierta amanerada cortesía, unida a esa peligrosa combinación de reserva y amabilidad que procuraban demostrar, hace dos generaciones, quienes trataron a Matthew Arnold, caracterizaba su modo de ser. Se sentía en el papel de *ultimus romanorum*, «el postrero de los romanos»; era el último representante de una universidad pausada y clerical, de una sociedad académica que no sólo era culta, sino también cortés.

El psicólogo Slotwiner (que, según se decía, imitaba en todo a míster Deighton-Clerk) hubiese instruido quizá que en la persona del decano comenzaba a desarrollarse la actitud episcopal. Algo de esto había sin duda en él, lo rodeaba a manera de comfortable penumbra y lo defendía de la incómoda situación planteada, mientras aguardaba ante la chimenea de su escritorio, elegantemente vestido de etiqueta.

La habitación contrastaba violentamente con el tono sombrío de las dependencias que ocupara el último rector. En torno de una delicada alfombra de Aubusson —que los estudiantes apenas se atrevían a pisar, con timidez de chiquillos— se alineaban anaqueles bajos, pintados de blanco, que contenían las obras de los escolásticos y los Padres de la Iglesia, encuadernadas en marfileño pergamino. Un revestimiento de maderas claras, delicadamente talladas en el estilo del siglo XVII, con leves toques dorados, cubría las paredes. El cielo raso, entrecruzado de vigas de roble, estaba decorado —con gusto extraño y armonioso al mismo tiempo— con los signos del zodiaco trazados en azul y plata. Sobre la chimenea se destacaba, austera y pensativa, una de las hermosas madonas de Piero della Francesca, cuyo manto azul repetía el tono del decorado. El conjunto era agradable, y los demás muebles pasaban ingeniosamente inadvertidos. Entre ellos, míster Deighton-Clerk y la Virgen dominaban la habitación.

Sin embargo, en aquel instante, el decano no se sentía con ánimo dominador. Estaba dudando de su propia sabiduría, pensamiento que le desagradaba y procuraba evitar. Pero no podía dudar del acierto de las disposiciones que había adoptado aquella mañana.

«¡Miren ustedes que insistir en traer un oficial detective, seguramente uno de los más conocidos de Scotland Yard, con motivo de este horrible asunto! ¿No era acaso pedir a gritos una indeseable publicidad?».

La mirada de míster Deighton-Clerk se elevó lentamente hacia el techo, como

buscando consuelo en su propio firmamento astrológico. Experimentó algún alivio al pasar los ojos de Cáncer a la tensa silueta de Sagitario. Había obrado con energía. Y ¿acaso (pero este pensamiento no pasó de las zonas más remotas de su cerebro), acaso no era precisamente la capacidad de poner manos a la obra lo que solía negarse a los verdaderos intelectuales? En aquel instante, la mirada del decano, que continuaba vagando entre las vigas, se posó en Acuario, «el hombre que lleva el cántaro», como le llama la copla popular. Y por una asociación de ideas relacionada quizá con «ducha fría», sintió con toda su fuerza la gravedad de la situación en que se hallaba. ¡Verse mezclado en un asunto escandaloso, y en estas extrañas circunstancias, expuesto por la publicidad moderna, a los ojos del país! «Mal asunto —pensó sombríamente—, mal asunto, sea cual fuere el éxito de las investigaciones de la policía. Lo que cabe esperar es que no se produzcan revelaciones internas de índole sensacional». De esto había logrado persuadirse a sí mismo durante el transcurso del día. Piscis, «los peces», como si hubieran osado contradecirle, recibieron una ojeada furibunda.

A la larga se demostraría que el crimen (¡un crimen en San Antonio!), era cosa de fuera, quizá obra de un demente.

Pero aquí se impuso la presencia de Libra (la balanza). Muchas cosas contrapesaban esa esperanza. Si este detective no fuese un modelo de discreción; si se propusiera divertir al público, entonces sobrevendría un período desagradable en que toda clase de teorías, las más alocadas e inverosímiles, circularían por doquier. El decano había comprendido desde el primer momento que las desdichadas circunstancias topográficas que rodeaban al crimen encaminaban las sospechas donde nunca deberían haberse dirigido... Frunció el ceño, al pensar que una sospecha de homicidio pesaba sobre sus colegas. ¿Cómo tolerarían éstos la insolencia de policías, médicos forenses y abogados? ¿Cómo la toleraría él mismo? ¡Gracias a la Providencia, tanto él como sus colegas estaban evidentemente cuerdos!

¡Aquellos huesos! ¡Qué locura! Al verlos, la noche anterior, le habían fastidiado. Recordaba, con un poco de vergüenza, que le había producido mayor disgusto ver aquellos huesos que comprobar la tragedia ocurrida. Se sintió molesto porque le desconcertaron, y a míster Deighton-Clerk le desagradaba sentirse desconcertado, o aun levemente intrigado. Pero luego comprendió —con cierta incoherencia— que en el fondo eran como una bendición: su misma disparatada presencia hacía del crimen algo fantástico, no un hecho siniestro y premeditado. Eran una especie de baluarte entre la vida serena y razonable del establecimiento y aquel espantoso asunto.

Y luego, como si Leo, Tauro y Aries hubieran comenzado de pronto a rugir, mugir y balar al unísono, míster Deighton-Clerk comprendió cuán débil era su razonamiento. Lo primero que sospecharía el investigador era que esos huesos eran una pantalla. Era obvio, perfectamente obvio. Si el hombre era aficionado a la

literatura, pensaría al instante que se trataba de un toque fantástico, una nota de estridente irracionalidad, tal como podría ponerla una mente cultivada en un crimen laboriosamente planeado... «La mezcla», pensó míster Deighton-Clerk, «tendría algo del estilo de Poe».

Ciertamente aquellos huesos le desagradaban. De repente comprendió que desde el primer momento le turbaron, aunque sólo fuera en forma subconsciente. Sin duda, esos macabros restos trataban de relacionarse con... ¿algo olvidado, reprimido, abandonado en los linderos de su conciencia?... Se sintió nervioso. «El abismo», clamaba absurdamente su voz interior, «se abre para tragarnos a todos».

Mister Deighton-Clerk se irguió. Estaba muy cansado. Más que cansado, se sentía desazonado. El asunto era, en verdad, terrible. Un homicidio —enviar así un alma humana, sin preparación, al juicio de Dios— era tan espantoso en una universidad como en un tugurio. No había coincidido siempre con las opiniones de Umpleby, pero ¡qué tontas parecían ahora sus polémicas! ¡Qué absurdas esas discrepancias, ante la separación brusca y definitiva de la muerte! El decano consultó su reloj de bolsillo. Sólo faltaba media hora para la cena, y esa cena, con su sobremesa sucesiva, sería, sin duda alguna, un suplicio.

En aquel momento se oyó llamar a la puerta y una voz anunció:

—Mister Appleby.

La presencia del misterio, descubrió el decano, ocasiona disgustos irracionales. Volvió a sentirse irritado, por dos motivos extraordinariamente fútiles. El personaje que acababa de comparecer ante él era muy joven y, según todas las apariencias, era también lo que míster Deighton-Clerk gustaba aún de llamar «un hidalgo».

Pero si bien esto le desconcertó al principio, comprendió inmediatamente que podía resultar útil y ventajoso. Avanzó hacia el recién llegado, y le dio la mano, al tiempo que le decía:

—Me alegro de verle, míster Appleby. Me alegro muchísimo de que haya podido usted consagrarse a esta —aquí titubeó—, a esta investigación. Tome asiento.

Appleby saludó cortésmente y ocupó la silla que le había sido ofrecida y que estaba casi en el centro de la habitación, ante el ordenadísimo escritorio del decano. Era evidente que, al menos durante la primera etapa de la entrevista, éste había resuelto tomar la palabra. Después de dar unos golpecitos más diplomáticos que nerviosos sobre el brazo de su silla, comenzó a hablar con voz monótona y fría, pero agradablemente modulada.

—Conoce usted las circunstancias extraordinarias que rodean la muerte de nuestro rector —dijo—. Toda la Universidad está conmovida, y considero el deber de este establecimiento ayudar en toda forma a la justicia. Tan pronto como comprendí la gravedad de lo acaecido, resolví que la Facultad misma, para hacer honor a su

fama, actuase con energía. Haciendo a un lado los procedimientos lentos —míster Deighton-Clerk se detuvo y meditó cuidadosamente la frase—, hice los trámites necesarios para obtener inmediata ayuda desde Londres. Nada podía satisfacernos y tranquilizarnos más que la rapidez de la respuesta obtenida. Confiamos en usted, míster Appleby, para solucionar este difícil asunto.

Mientras duró la breve pausa del decano, Appleby estuvo ocupado preparando una adecuada respuesta, pero le interrumpió nuevamente la voz profesoral de míster Deighton-Clerk. Por lo visto, sólo había pronunciado una especie de exordio o introducción, y se proponía iniciar todo un discurso. «Tal vez», pensó el inspector, «sea la fuerza de la costumbre de hablar largamente, hábito característico de los catedráticos; quizá se trate de una peculiaridad de su misma idiosincrasia». Permaneció, pues, inmóvil, escuchando con respetuosa atención.

—Lejos de mí el decir —continuó aquél— que esta tragedia haya ocurrido en un momento inadecuado. Sería una idea impertinente. Sin embargo, usted me comprenderá perfectamente cuando le comunique que la Facultad se dispone a celebrar, dentro de dos meses, el 500° aniversario de su fundación. Será todo un acontecimiento. Se sabía, por ejemplo, que el doctor Uempleby recibiría, en esa oportunidad, un título nobiliario. Es cosa terrible, en verdad, que nuestro establecimiento inicie su sexto siglo de vida al día siguiente, por decirlo así, del asesinato de su rector. Pero sería más deplorable aún que nos viéramos envueltos en un largo proceso, lleno de misterios y escándalos. Cuanto más tiempo pase sin que se esclarezca la muerte del doctor Uempleby, mayores y más graves serán las calumnias que se propalen: debo admitirlo, por increíble que parezca. Lo sé, míster Appleby, lo sé perfectamente. Y mi deber, como jefe de este establecimiento, es velar a fin de que no se perjudique a los vivos, ni en su buena fama, ni en su tranquilidad, ni en su carrera o intereses materiales, con un átomo de sospecha o calumnia que pueda ser evitado.

Aquí hubo una verdadera pausa; tal vez comprendiera míster Deighton-Clerk que, arrastrado por la fuerza de su retórica, había hablado demasiado. Appleby respondió en breves palabras. Comprendía perfectamente que circularía toda especie de rumores ridículos, en boca de personas irresponsables. Le era imposible evitar la detallada investigación que el caso exigía, pero pondría todo su interés en lograr la mayor discreción. Esperaba poder contener la exuberante locuacidad de la prensa... Esta diplomática perorata, seguida de una pausa incitante, obtuvo el resultado deseado. El decano reanudó su discurso. Esta vez pasó del dominio de las generalidades a una posición bien determinada. El doctor Uempleby —expresó, en resumen— acababa de morir en circunstancias complicadas que la policía debía interpretar. Pero, para ser válida, esa interpretación debía ajustarse, no solamente a los hechos materiales o físicos, sino también a las probabilidades de orden psicológico. Un crimen en la

Facultad de San Antonio no podía, evidentemente, haber sido cometido por personas de la misma casa.

Esta propuesta, formulada en forma complicadísima, fue bien comprendida por Appleby.

—Opino, lo mismo que usted, que las circunstancias materiales que encuadran el caso no son una prueba concluyente —dijo—. Es posible que sean engañosas, muy engañosas. Reconozco también que no inculpan a ninguna persona o agrupación determinada. Son simples factores dentro de una situación compleja sobre la cual estoy aún muy mal informado.

Dejó que el decano meditara estas palabras, y continuó:

—Además, está el extraño asunto de los huesos. Bien puede pensarse que constituyen un elemento irracional en el conjunto. Recuerdo un caso muy semejante que investigué en Cumberland: locura homicida acompañada de lo que, según creo, suele denominarse «neurosis obsesiva». Un individuo penetró en una casa desconocida, que resultó un despacho de bebidas, y cometió un asesinato. Luego puso todos los muebles patas arriba, escribió su propio nombre en la pared, con tiza, y se fue a su casa. Hasta ahora nunca se ha sabido, en el manicomio donde se aloja, si recuerda o no el hecho.

No parece muy seguro que míster Deighton-Clerk, después de oír la opinión oficial sobre los huesos, quedara tranquilizado por esta anécdota; sin embargo, animado por la cortesía de Appleby, continuó desarrollando las ideas que deseaba —con toda evidencia— aclarar al policía. Reconoció que la muerte del doctor Umpleby podía haber sido causada por un demente; en realidad, no se le ocurría otra explicación. También consideró muy probable que los huesos lo indicaran. Pero de esto último no estaba completamente seguro: podía tratarse de una pantalla —sin duda míster Appleby ya habría contemplado esa posibilidad—, aunque, por otra parte, el engaño era tan evidente, que parecía poco verosímil esa explicación. Sin embargo, estaba seguro de que no había en San Antonio persona, relación o circunstancia alguna que pudiera relacionarse con la muerte del rector, dentro de las probabilidades psicológicas. Estaba dispuesto a que se investigasen sus actividades y las de sus colegas; por lo que a él tocaba, no pondría la más mínima objeción. Pero, con el prestigio de su autoridad y para facilitar el rápido esclarecimiento del crimen, quería dejar bien clara su convicción de que el problema estaba fuera del recinto de San Antonio, convicción que sostenía, aunque las circunstancias materiales parecieran desmentirla.

«¿No es excesiva la defensa de este caballero?», pensó Appleby. «¿O será tal vez que, con esta pieza retórica, sólo trata de convencerse a sí mismo?». Pero aún no había terminado. De pie, dando la espalda a la chimenea, el decano miró a la cara a Appleby y prosiguió:

—Hay algo más. Puede ser que mañana prenda usted a su hombre, esté loco o cuerdo. Pero puede ser también que necesite iniciar una larga investigación entre nosotros. Si esto último sucede se verá usted frente a un cúmulo de circunstancias difíciles. Quiero advertirle muy seriamente que esas circunstancias pueden llegar a extraviar su juicio. En un establecimiento como éste, tenemos nuestras costumbres: espero que sean hábitos dignos de intelectuales y de caballeros. Pero superficialmente (y uso este término con toda intención) hay rivalidades, diferencias y hasta disputas. Cuando las descubra usted, le suplico que haga dos cosas: en primer lugar, pese cuidadosamente la gravedad de estas rencillas de eruditos frente al hecho imponderable de un crimen; luego, medite usted la posible importancia de cada una de ellas antes de darla a la publicidad.

Esta fue la mejor parte del discurso de míster Deighton-Clerk, y hubiera hecho bien en terminar allí. Pero quería decir algo más, y lo dijo sin ambages:

—Le citaré un ejemplo. Hace pocos días, el doctor Umpleby y yo tuvimos una diferencia personal en público. Si usted la estudia, comprenderá acto seguido que no se trata de un asunto capaz de provocar un crimen. Pero verá además que podría dar pie a un pequeño escándalo, y, por la Facultad misma, desearía evitar que se divulgase. Hay muchos casos semejantes. Bien sabrá usted que, en toda agrupación humana, el minucioso análisis de acciones y motivos nos revelaría cosas muy tristes... De cualquier manera, quedo a su disposición para todas las investigaciones que considere necesarias, y tal será —según creo— la actitud de mis colegas. ¿Cómo desearía comenzar sus tareas, míster Appleby?

El inspector, que felicitó mentalmente al decano por su extraordinaria habilidad para confesar la reciente disputa sostenida con el rector asesinado, no pudo responder. Como si se hubiera calculado al segundo la duración de la conversación y su punto culminante, cuando aún hablaba míster Deighton-Clerk, comenzó a sonar la campana del establecimiento.

—Nos llaman a cenar —explicó el decano—. Tendremos que continuar nuestra conversación mañana, o esta misma noche, si usted lo prefiere —vaciló un instante, y añadió—: ¿Me permite usted preguntarle dónde piensa alojarse? Ya que deberá entrar y salir continuamente de la Facultad, ¿le agradaría..., podría quizá quedarse aquí? Si lo cree conveniente, nos daría un verdadero placer el proporcionarle hospedaje. Le prometo buscarle unas habitaciones retiradas, desde donde podrá usted... ¡ejem!... operar.

Appleby reflexionó rápidamente sobre esta inesperada invitación. Estaba seguro de que, oficialmente, no se pondrían objeciones a su estancia en el edificio, si él lo estimaba oportuno. Además, tendría así varias ventajas, principalmente la de tener libre acceso a las dependencias universitarias a cualquier hora del día o de la noche. Aceptó, pues, la propuesta con gratitud, expresando que, como se había dirigido

directamente a San Antonio, su maleta había quedado en la portería. Manifestó que le agradaría pernoctar en la Facultad, y permanecer algunos días más en ella, siempre que fuese necesario.

Míster Deighton-Clerk estaba satisfecho de sí mismo. Una vez más se había mostrado enérgico y emprendedor. Aun a riesgo de quebrantar la rutina, es cierto, pero en una crisis de esa índole cualquier medida estaba justificada. Observó una vez más a Appleby —estaba seguro de que se trataba de todo un caballero— y se aventuró a añadir:

—¡Magnífico! La solución me parece muy satisfactoria. Naturalmente, usted cenará con nosotros en el salón. Sólo hubiera deseado que se sentara usted a la mesa de la Facultad en una ocasión mejor y menos... ¡ejem!... melancólica.

Appleby no esperaba esta secuela, y, como funcionario escrupuloso, sintió la tentación de excusarse. Pero míster Deighton-Clerk, que acababa de marcar un número y murmurar algunas palabras en su teléfono esmaltado en color marfil, se envolvía en los amplios pliegues de su toga.

—¡De ningún modo, de ningún modo! —exclamó, respondiendo a la objeción que adivinaba en labios del joven—. No es necesario que cambie de ropa. Hay muchos profesores que jamás se toman esa molestia. Mister Haveland, por ejemplo, irá con traje de mañana. Nunca se viste de etiqueta. Esto fastidia..., quiero decir, fastidiaba al pobre doctor Umpleby. El criado le llevaba diariamente una lista, y si Haveland y su traje a cuadros anunciaban su asistencia al comedor, el presidente no hacía acto de presencia. Me temo que se detestaban. Mister Appleby, permítame que le guíe.

El aludido se puso en marcha dócilmente, comprendiendo que el decano, que se mostrara tan correcto y elevado durante la última media hora, acababa de permitirse un chisme.

UNA DE LAS MÁS GRACIOSAS fantasías relacionadas con la vida universitaria es, sin duda, Zuleika Dobson, esa preciosa narración de Max Beerbohm, en la cual todos los estudiantes de una Universidad se arrojan en las fatales aguas del Isis, desesperados al no alcanzar el amor de la heroína. El toque maestro, como se recordará, es el final. La vida habitual continúa, y aquella noche los profesores se dirigen al comedor de sus respectivas Facultades, como de costumbre, y cenan sin advertir que las mesas, ocupadas antes por los desdichados alumnos, están desiertas.

Tales pensamientos desfilaban por la mente del inspector Appleby en el momento de hacer su entrada en el salón de San Antonio al día siguiente de una tragedia menos colectiva que aquélla. La población universitaria estaba reunida en el comedor cuando mister Deighton-Clerk lo introdujo en él, y lo guió hacia el estrado. En torno de la mesa de profesores se veía a los académicos, unos envueltos en sus togas, otros en traje de etiqueta; su expresión era seria, pero no revelaba mayor gravedad de la que conviene al instante ceremonioso que antecede a las comidas. A lo largo del recinto se alineaban los estudiantes: dos mesas de novatos, con sus exiguas togas; una mesa de alumnos más generosamente revestidos, y por fin, una mesa pequeña de bachilleres envueltos en amplísimas vestiduras. Junto a una lámpara y cercano al estrado que ocupaban los profesores, se hallaba el estudiante encargado de las preces de acción de gracias: era un mocetón de ojos azules y rostro angelical, que se esforzaba por ocultar su natural expresión de optimismo. Los murmullos que se oían en el salón cesaron cuando el decano se descubrió y dirigió una ceremoniosa reverencia al querubín, el cual a su vez se inclinó, no seria, pero sí profundamente, y comenzó a derramar con vertiginosa rapidez un torrente de latines medievales. El estudiante se inclinó, le respondió el decano; tomó asiento el decano y toda la Facultad —incluso Appleby— lo imitó: el ritual había sido respetado. Pero no se elevó, como de costumbre, el inmediato murmullo de voces. Aquella noche se conversaba, pero con seriedad y discreción. La mesa de profesores dio la pauta, y el querubín, dirigiendo frases aisladas a su vecino, el estudiante más antiguo, la imitó. Desde lo alto de las paredes revestidas de venerable roble inglés, los estadistas, sacerdotes, poetas y filósofos que la Facultad de San Antonio produjera a través de sus cinco centurias de vida, contemplaban con aprobación cómo se mantenía el decoro de la casa.

Appleby observó a sus comensales. Una ojeada le bastó para advertir que los profesores del establecimiento habían tomado como un deber no faltar a esta cena. «Siempre el decoro y el respeto por las convenciones», pensó Appleby, al notar que nadie parecía observarle con curiosidad. Esto le obligaba, naturalmente, a no demostrar tampoco ningún interés por sus vecinos de mesa. Se hallaba sentado a la

derecha del decano; a su derecha tenía —según le informara una presentación hecha en voz baja— a míster Titlow, hombre de edad madura, bien parecido, de carnes algo fofas y aspecto nervioso. «Ese tipo de nerviosidad», pensó instantáneamente, «suele ir unido a cierta irritabilidad crónica, a una continua tensión interior». Titlow era el único de esos hombres que parecía tener temperamento imaginativo y capacidad de invención rápida. Sus dedos largos y amplios —que parecían escapados de un retrato antiguo— sugerían precisamente esa boca móvil y esos ojos ardientes. En cambio, no indicaban esa nariz inexpresiva. «A juzgar por sus facciones», resumió Appleby, «Titlow es un hombre de inteligencia brillante, pero no es de fiar».

Frente al inspector estaba el doctor Barocho, persona rechoncha, alegre y cordial, que comía con excelente apetito y expresión satisfecha. Era el tipo clásico del extranjero de sainete, el que siempre es obstinadamente extranjero. Por cierto que esa característica no le impedía ser un ejemplo de lo más maduro que en el mundo existe: la cultura latina. «El doctor Barocho», dijo para sí Appleby, «es por su nacimiento maestro en algo que sus colegas estudian a costa de grandes esfuerzos. Su inteligencia no sigue el mismo curso que la de ellos...». Pero había una cosa que ciertamente Barocho no poseía: la lengua que hablaban sus colegas. En ese mismo instante explicaba trabajosamente que había perdido su toga. («¿Dejaría de hacer honor a este excelente plato de carne asada», se preguntó Appleby, «si supiese el destino actual de esa prenda? Probablemente no»).

—¿La ha visto alguno de ustedes, Titlow, Empson, Pownall, por favor? ¿No me vieron dejarla en alguna parte, Pownall, Titlow?

La súplica no fue muy bien recibida. Un personaje sardónico, que resultó ser el profesor Empson, murmuró que Barocho era muy capaz de extraviar su cabeza, observación que el español tergiversó al punto.

—¡Ah, sí! —dijo—, se refiere usted a nuestro director rector.

Y persignándose, adoptó una actitud solemne, como si acabara de hacerse referencia al doctor Umpleby. De pronto, como asaltado por una ocurrencia repentina, se volvió hacia Titlow.

—Deseaba preguntarle algo —dijo—. Ustedes llaman a los rectores cabezas de la casa, y, al decir «casa», se refieren a la Universidad, a las Facultades, ¿no es así? Y dicen también que una cosa está «segura como una casa», y aquí se trata también de establecimientos universitarios, ¿no es verdad, Titlow? Ahora bien: ¿diría usted que esta casa es segura?

La mentalidad de Barocho no sólo seguía cauces diversos, sino también desconcertantes; al menos, parecía divertirse con esas extrañas asociaciones de ideas. Varios comensales lo miraban con esa expresión particular, mezcla de tolerancia e impaciencia, con que solemos contemplar ciertas rarezas a las que nos vamos acostumbrando. Había, sin embargo, un profesor, personaje imperturbable e

inexpresivo que resultó ser Haveland, que escuchaba con evidente atención.

En aquel momento el español había iniciado una discusión filológica con sus vecinos de mesa, y su voz se perdió entre el murmullo de la conversación general; sólo quienes estaban a su lado podían oírlo. Pero, en un silencio, se le oyó preguntar:

—¿Qué debo decir, entonces? ¿Que usted será ahorcado o colgado?

El vaso de Titlow descendió bruscamente, y con igual rapidez Haveland se llevó el suyo a la boca. Resultaba imposible decir a cuál de los dos se había dirigido la interrogación. «¿Acaso los redondos ojos de Barocho habían buscado los suyos en aquel instante?», se preguntó pensativo Appleby. Por lo visto, ni se trataba de un tonto, ni había en él propósito deliberado de agraviar a sus compañeros. Estaba haciendo un experimento. ¿Con qué fin?

En un segundo, Deighton-Clerk se hizo cargo de la situación y, en forma indefinible pero muy real, dominó la mesa. Parecía dictar tanto los discretos silencios como las conversaciones a media voz que en torno a ella se iniciaron durante el resto de la cena. Estaba resuelto a que no hubiera nuevos incidentes, y no los hubo. Media hora después de iniciada la comida, y sin mostrar la más leve sombra de apresuramiento, el decano se levantó y murmuró una breve plegaria. Entre el rumor de las sillas que se retiraban, y cubriéndose con sus birretes, los profesores desfilaron entre una doble hilera de estudiantes que los esperaban de pie. La cena había concluido.

La pequeña fila de profesores recorrió el estrecho corredor del patio del Obispo, situado entre el comedor y las habitaciones de los académicos; Appleby, guiado por su instinto de observación, ocupó el último lugar de la retaguardia. Hacia la izquierda, iluminada por una potente lámpara, se veía la amplia arcada abierta sobre el patio de Surrey. A la derecha, muy cerca de ellos, pero alumbrado sólo por el resplandor intermitente que se filtraba por la puerta entreabierta del salón de profesores, se hallaba ese problemático portón que, clausurado a las diez y cuarto de la noche anterior, continuaba aún bajo llave. Tras el complicado enrejado de su cancela se adivinaban la oscuridad aterciopelada de la noche y el susurro de la brisa que, en ese instante, llevaba y traía los jirones de niebla envueltos en los troncos y enramadas invisibles de Orchard Ground. Appleby observó que ninguno de los componentes de la pequeña procesión miró en esa dirección. Pero dentro de unos minutos, alguno de los subordinados de Dodd abriría esa puerta para dar paso a Empson, Titlow, Pownall y Haveland, si es que decidían pernoctar en sus habitaciones... La distribución, en el mejor de los casos, era incómoda, y resultaba disparatado dividir en dos el edificio cerrando a piedra y lodo cada una de sus partes. Era un ejemplo típico de falta de sentido práctico, algo muy característico del establecimiento. ¿Acaso se aprovechó esta circunstancia con agudeza igualmente

típica? Aún se formulaba Appleby esta pregunta cuando la comitiva penetró en uno de los saloncitos reservados al cuerpo docente.

La habitación era bastante agradable, pero tenía el aire de lujo anticuado y convencional que suelen presentar tales aposentos. Una larga mesa de caoba, iluminada por pesados candelabros de plata, alegrada por los reflejos color rubí y topacio de los botellones de oporto y jerez y matizada en todos los tonos del iris por fuentecillas de frutas variadas, ocupaba su centro. La otra luz provenía del abundante fuego encendido en la chimenea. Envueltos en la sombra de las oscuras paredes, innumerables retratos de académicos desaparecidos parecían rodear a los vivos en un revuelo de espectros —espectros de la época victoriana, semejantes a míster Deighton-Clerk—; sombras del siglo XVIII, sentadas en sus bibliotecas, paseándose por parques, adoptando posturas, rodeadas de ruinas y fragmentos del arte clásico; unos pocos espectros del siglo XVII, que sostenían en sus manos libros de oraciones. Los grandes de San Antonio estaban allí; ellos eran su progenie ilustre y desconocida, inmortalizada en escala diminuta, según convenía. Parecían una nube de testigos.

Hubo un momento de incertidumbre. Al atravesar el umbral del salón, la autoridad de míster Deighton-Clerk o, mejor aún, la autoridad del último rector, por él asumida, quedaba en suspenso, siguiendo una antiquísima costumbre. Tocó a míster Titlow distribuir a los comensales en torno a la mesa. Pero míster Titlow se hallaba todavía agitado, y lo hizo muy mal. Sus ademanes eran vagos y contradictorios, y pasaron varios minutos de cambios y contraórdenes antes de que cada uno ocupase su puesto. Appleby, por rara coincidencia, se encontró a la cabecera de la mesa, frente a Haveland, que ocupaba la extremidad opuesta; entre ellos se extendía la doble fila de profesores.

Mister Deighton-Clerk toleró, por respeto a la costumbre, esa momentánea confusión, pero cuando el orden se restableció volvió a asumir el mando. Murmuró unas palabras al oído de Titlow; ambos dieron instrucciones en voz baja a los sirvientes, y la mesa quedó vacía en un instante: las copas de cristal tallado, los botellones, la fruta, todo desapareció. El simbolismo era portentoso, y el silencio que siguió lo fue también. El rito de los postres se había transformado en una ceremonia de presentación. Se retiraron los servidores, y el decano tomó la palabra. Appleby notó que hablaba sin dar muestras de frialdad o reserva, contrariamente a lo que sucediera en su primera entrevista, lo que podría atribuirse, quizá, a falta de costumbre de hablar con extraños, sobre todo si eran miembros de la policía.

—Esta noche tenemos con nosotros a míster Appleby, de la policía londinense. Ha sido enviado de acuerdo con nuestra solicitud especial dirigida al Ministerio del Interior, y debemos prestarle toda la ayuda posible. Permanecerá en la Facultad, alojado en las habitaciones situadas frente a las mías, hasta que se aclare la situación. Todos comprenderán que el asunto puede prolongarse. Es inútil ocultar el hecho de

que las circunstancias que rodean el asesinato de nuestro rector son no solamente siniestras, sino también complicadas. Mister Appleby necesitará, indudablemente, interrogarnos a todos sucesivamente, a fin de descubrir qué podemos decirle al respecto. Caballero, le presentaré ahora a mis colegas. A su izquierda están míster Titlow, el doctor Gott, el profesor Empson, el profesor Curtís, míster Chalmers-Paton...

En esta forma, el decano recorrió la mesa entera. El procedimiento era ingrato, pero práctico, y Deighton-Clerk terminó su cometido con toda serenidad. Evidentemente, no era una presentación social propiamente dicha, y terminó sin que nadie pronunciase palabra alguna, ni hiciese la más leve inclinación de cortesía. La mayoría de los nombrados miró de frente a Appleby, otros conservaron los ojos clavados en la mesa. Sólo Barocho siguió con la suya la mirada de Appleby, sonriendo afablemente a cada uno de los nombrados; daba la impresión de que consideraba aquello como el primer requisito de algún divertido juego de salón.

Hubo una pausa, y de pronto se oyó la voz de Haveland, desde el otro extremo de la mesa. Su rostro era pálido e inexpresivo, pero había en sus facciones una rigidez que hablaba de profunda concentración o esfuerzo interior. Estaba vestido —como lo profetizara el decano— con traje de mañana, y el apagado colorido de sus ropas, unido a cierta negligente elegancia con que parecía llevarlas, sugería una sensibilidad estética deliberadamente exhibida. Sus manos, en cambio, lo mismo que su voz, parecían muertas: frías, débiles, impasibles, contradecían perfectamente con su fisonomía. Se dirigió al decano:

—Doy por sentado que usted no aconseja comenzar con una conferencia. Personalmente opino que será mejor que míster Appleby obtenga las informaciones necesarias hablando en particular con cada uno de nosotros: así conocerá nuestras impresiones.

Bajo esas palabras frías, y el tono monocorde en que fueron pronunciadas, se presentía, latente, algo afilado que esperaba el momento propicio para entrar en funciones. «Informaciones», «en particular», «nuestras impresiones»: había escepticismo, ironía y desprecio tras estas palabras, aunque sutilmente velados. Haveland prosiguió:

—Pero quiero aprovechar esta oportunidad para decir ciertas cosas en público, aunque prive a algunos de ustedes de la satisfacción de comprender súbitamente que dos más dos son cuatro, y les quite una impresión personal que podrían haber comunicado a míster Appleby. Ustedes perdonarán. Todos sabemos que el despacho de Umpleby está sembrado de huesos... ¿De dónde habrán salido? ¿Tiene usted alguna idea, Empson?

Bajo esta pregunta había una segunda intención; Empson pareció turbado en el primer instante. Haveland continuó:

—Estoy seguro de que algo sospecha. Pero ignoro si mister Appleby comprende la importancia que revisten los huesos entre nosotros. Creo que es un detalle que su colega rural —con quien estuve extremadamente reservado esta mañana, según me temo— no apreciaría en toda su trascendencia. Propongo que informe a mister Appleby al respecto, Deighton-Clerk.

El decano, al sentirse interpelado, demostró, primero, desconcierto, y luego, sobresalto.

—Mister Haveland quiere decir —explicó— que la antropología nos interesa extraordinariamente en esta Facultad. Él mismo es antropólogo. Los estudios de arqueología grecolatina de Titlow se han complicado en estos últimos tiempos —y disculpe usted la expresión, Titlow— con investigaciones antropológicas. Lo mismo aconteció con la historia antigua de Pownall y la etnología de Campbell. El difunto rector favoreció siempre estas relaciones. El propio doctor Umpleby llegó a la antropología por el camino de la filología comparada, lo mismo que su discípulo Ransome, que actualmente se encuentra de viaje. La Facultad de San Antonio se ha hecho célebre por las investigaciones, colectivamente realizadas por su personal docente, sobre las civilizaciones antiguas. Yo mismo, en mis estudios de historia comparada de las religiones, he rozado el tema. Supongo que esto es lo que quiere decir Haveland al sostener que los huesos tienen aquí especial importancia, aunque a mí jamás se me hubiera ocurrido tan peregrina idea... Ahora, Haveland, si desea decir algo, dígalo de una vez.

La mirada del profesor recordaba la de un jinete que coloca a su caballo ante un obstáculo elevadísimo, que el animal ya se ha negado a saltar.

—Empson sabía que yo tenía aquí mi colección de huesos. Me pregunto si hay alguien más que lo sepa.

Su mirada recorrió la mesa durante unos segundos. Luego dijo:

—Esos huesos son los míos.

Hubo un silencio sepulcral. Nadie pronunció una palabra, y Appleby también permaneció callado.

—Supongo, al menos, que lo son, porque los míos han desaparecido. Y como son huesos de aborígenes australianos, será fácil reconocerlos... ¿Sabe alguno de ustedes cómo se ha dado tan pintoresca aplicación a esas piezas de mi colección?

Reinó el más absoluto silencio. Haveland añadió:

—Quizá no debería preguntar cómo han ido a parar allí, sino por qué. ¿Qué le parece, Empson? ¿Tiene usted alguna teoría al respecto?

—Nada tengo que decir... Pregunte a Titlow.

«¿Por qué a Titlow?», se dijo Appleby. Titlow parecía hacerse la misma interrogación. Miraba a Empson con la misma indignación que Empson demostrara ante las palabras de Haveland. Si esto continuaba, todas las subterráneas corrientes

afectivas de ese pequeño mundo acabarían por subir a la superficie y quedarían al desnudo.

—Imagino que han sido puestos allí para incriminarle a usted, Haveland —dijo Titlow—. ¿No le parece verosímil, Pownall?

Pownall, obligado a tomar parte en la discusión (¿por qué interpelar a Pownall?), respondió:

—Se me ocurre una interpretación que es, al mismo tiempo, más sencilla y más extravagante. Y ¿a usted, Haveland?

Por lo visto, Barocho tenía razón; aquello parecía un juego de prendas, cuyas reglas ignorasen los propios jugadores. De pronto, un personaje venerable, de larga barba, que estaba sentado frente a la chimenea, tomó la palabra.

—¿Sabían ustedes la curiosa leyenda que corre en Bohemia sobre los huesos de Klattau?...

Era el profesor Curtis. Appleby tuvo la impresión de que aquellas palabras inocentes y —dadas las circunstancias— casi absurdas tuvieron el efecto curioso de disipar en un instante la atmósfera de odio que impregnaba la conversación. Aquel «Y ¿a usted, Haveland?», de Pownall respiraba maldad; en ese instante Haveland, haciendo caso omiso de Curtis y su leyenda bohemia, se preparaba para responder.

—Ciertamente, se me ocurre otra explicación. Veo inmediatamente la conexión de las circunstancias. Empson, creo conveniente que narre usted a los presentes la conversación que sostuve con Umpleby hace uno o dos meses. Ya sabe usted lo que quiero decir. Y me parece que nadie más que usted lo sabe.

—Pownall sí, se lo conté al día siguiente —replicó Empson impulsivamente, y al instante se arrepintió—. No veo la necesidad de narrar tales cosas aquí. Si quiere confesarlas, confíeelas usted mismo.

El decano, entre inquieto y autoritario, exclamó:

—¿Le parece provechoso todo esto, Haveland? Si está decidido a comunicarnos algo, ¡hable francamente!

—Hablaré francamente —la respuesta era una excelente y maligna parodia de la voz profesoral del decano.

Era evidente que Haveland no deseaba atraerse simpatías. Todo el grupo se estremeció ante lo inadecuado del tono. Pero, ya dueño de sí, el profesor, impassible, continuó:

—Les referiré una disputa, una seria disputa que tuvimos con Umpleby, ya que Empson no parece dispuesto a hacerlo.

Se oyeron sordos murmullos de protesta. El decano, con aire perplejo, hizo ademán de dirigirse a Appleby, pero éste tenía los ojos clavados en el borde de la mesa, y Haveland continuó sin interrumpirse:

—Se trataba, como es natural, de uno de los habituales robos de Umpleby.

Al oír estas palabras, la expresión que se pintó en los rostros que rodeaban la mesa fue más bien de comprensión que de asombro, según observó el policía. Solamente el decano hizo un gesto de protesta, que Haveland pasó por alto con cierto desdén.

—No sea usted tonto, Deighton-Clerk. Piense en la situación que se nos plantea. Umpleby —repito— había vuelto a las andadas. No es necesario que dé todos los detalles. Empson estaba presente, y si no estuviera tan intranquilo, podría narrarles el episodio con mayor imparcialidad que yo. Pero recuerdo una frase que pronuncié en esa ocasión.

Appleby presintió que el obstáculo estaba ahora delante de Haveland. Todos parecían vibrar con la tensión del instante.

—Cuando le acusé, no quiso aceptar mi punto de vista. Habló de sus investigaciones en las tumbas de la zona del golfo. Y yo dije que me agradaría verlo encerrado para siempre en uno de sus siniestros sepulcros. Fue así, ¿no es verdad, Empson?

El aludido no respondió. Reinaba un silencio total. Haveland continuaba, en apariencia, impassible, pero a través de la mesa y a la tenue luz de los candelabros, Appleby creyó divisar gruesas gotas de sudor sobre su frente. Una voz rompió el silencio.

—Haveland, ¿qué artimaña de loco nos está usted sugiriendo?

Pownall había hablado. El silencio se convirtió ahora en una quietud absoluta. Appleby tuvo la intuición de que una repentina sensación de haberlo comprendido todo, una iluminación horrenda, corría de pronto alrededor de la mesa. En tanto, Haveland se había puesto de pie. Miró a los ojos al inspector y dirigiéndose directamente a él, dijo:

—Ya tiene usted base para dos teorías. Titlow pronunció la palabra «incriminar»: piense usted en eso.

Y Pownall habló de algo «más sencillo, y a la vez, más extravagante»: piense también en ello. ¡Buenas noches!

Haveland, con dos pasos, estuvo fuera de la habitación. Durante un instante, los comensales miraron —desconcertados— su silla vacía. Pero Deighton-Clerk murmuró unas palabras al oído de Titlow, y éste tocó un timbre. Se anunciaba una tranquilizadora vuelta a la rutina.

De pronto, se abrió de par en par la puerta del salón interior y la voz serena de un camarero anunció: «¡El café está servido!».

El decano hizo una seña a Appleby y ambos, escoltados por Titlow, Barocho y un caballero silencioso que resultó ser el doctor Gott, pasaron a la habitación contigua: Deighton-Clerk, en su carácter de decano, Appleby, por ser huésped del decano,

Titlow, por desempeñar el cargo de académico más antiguo, Gott, por ser censor del establecimiento, y Barocho, probablemente, porque se olvidó de permanecer en el salón. Después de que el café fue servido, Deighton-Clerk manifestó a las claras su consternación.

—Míster Appleby, ¡qué horrible asunto! ¡Quiera Dios que lo resuelva usted cuanto antes! Comienzo a sentir que una siniestra atmósfera, o cosa parecida, nos envuelve a todos.

No hacía todavía una hora, el decano se esforzaba por grabar en la mente del policía la convicción de que, a pesar de todas las apariencias, el asesinato de Uempleby era obra de un desconocido que ninguna relación tenía con el pequeño mundo universitario. Ahora se advertía claramente que su convicción, si es que había sido sincera, vacilaba. Llevó a Appleby a un rincón apartado y continuó hablándole con creciente angustia:

—La observación de Pownall fue ciertamente inadecuada. Aunque Haveland estuviese invitando a una acusación, nunca debió insinuarse en semejante forma. Todos estamos turbadísimos.

Estas palabras resultaron oscuras para el inspector, pero Deighton-Clerk las explicó al instante.

—Considero mi deber explicarle todo, míster Appleby, por afligido que me encuentre. Lo había olvidado por completo... ¿Recuerda que esta tarde, hablando de los huesos, le dije que se trataba de una locura, y que en esta casa todos estábamos perfectamente cuerdos? Creo que lo dije, al menos implícitamente. Y olvidé en aquel momento, aunque en el fondo de mi alma presentía un no sé qué de siniestro..., olvidé la enfermedad del pobre Haveland. Hace algunos años sufrió un serio quebranto del sistema nervioso; durante algún tiempo se comportó en forma extravagante. En cierta oportunidad se le vio entre los sarcófagos del Museo, accionando en forma extraña. ¡Dios santo! ¿Adónde nos conducirá todo esto?

«En más de una dirección», pensó Appleby, pero, por el momento, no parecía conducirles fuera del recinto de la Facultad.

—Jamás tuvo recaídas —prosiguió el decano—. Todo estaba olvidado y sepultado, hasta que ahora Haveland y Pownall lo han hecho resurgir deliberadamente. Comprenderá usted la verdad de mi aserto cuando le revelé que Haveland era el candidato indicado para suceder a Uempleby, a pesar de sus... incorrecciones sociales. En aquel tiempo, el ataque sufrido por nuestro colega se consideró una psicosis de guerra, consecuencia de la tensión nerviosa sufrida durante la contienda. En todo lo demás, es persona muy equilibrada.

Appleby recordó la primera impresión que Haveland le produjera. ¿Persona equilibrada? Serena, sí. Pero esa serenidad parecía el resultado de un incesante dominio interior. En alguna parte de esa conciencia había una zona de alta presión, y

donde existe tal presión suele presentarse también un crónico desequilibrio latente.

Habían transcurrido pocos minutos, los necesarios para el intervalo ritual, cuando comenzaron a entrar los demás profesores (quienes, separados de sus autoridades, no gozaron siquiera de la ventaja de un ratito más junto al botellón de oporto) para tomar su tacita de café. El grupo se dividió en corrillos pequeños, y el profesor Curtís tomó por su cuenta a Appleby: parecía que sólo el inspector disfrutaría del privilegio de oír la curiosa leyenda de los huesos de Klattau. Pero el sabio pensaba ahora en otras cosas.

—Estimado señor, ¿me permite preguntarle si se ha interesado usted alguna vez por la literatura policiaca? —preguntó cortésmente.

«Curtís debería trabar relación con Dodd», pensó Appleby, pero respondió en alta voz que algo le alcanzaba del tema.

—En ese caso —respondió Curtís mirándolo amablemente por encima de sus lentes—, ¿conocerá usted las aficiones de Gott? Creo no revelar ningún secreto si le digo que Gott es Pentreith. ¿Lo sabía usted? Supongo que sus novelas policiacas se conocen en todo el mundo.

Appleby asintió, y se volvió a contemplar con curiosidad a tan famoso novelista. Pero Gott, por su cargo de censor, ya se había retirado para efectuar su recorrido nocturno a través de la ciudad con propósitos disciplinarios.

—Es una rama curiosa de la literatura —prosiguió Curtís—, y debo confesar que no estoy muy versado en ella. ¿Estaría usted dispuesto a sostener que Wilkie Collins ha sido superado? ¿O Poe? Y no se puede negar que Poe no sea desdeñable...; ¡es extraño cómo su fama nos ha sido impuesta desde Francia! Me imagino que los jóvenes como usted han pasado las fronteras del Simbolismo, ¿no? Pero vea usted el caso de «La carta robada», ¿no le parece algo demasiado... fuerte?

El inspector asintió. Curtís se manifestó muy satisfecho.

—¡Cuánto me alegro de que mi juicio de simple aficionado se vea respaldado por el de un profesional, por decirlo así! Sí, creo que yo mismo hubiera descubierto la carta inmediatamente. Pero ¿habrá sido idea de Poe? No me sorprendería en lo más mínimo que su argumento fuera más antiguo que las montañas. ¿Y a usted? En el País Vasco relatan una leyenda muy interesante..., pero ya se la contaré en otra oportunidad, si me lo permite. Lo que me sugirió Poe fue esto: esos huesos pueden haber sido colocados allí para un fin que no sea el de incriminar a otro, ni el de indicar enajenación mental en el criminal. Hablo de una verdadera enajenación mental. Podrían ser... no sé cómo hacerme entender, una manera de expresar lo grotesco, tal como puede concebirlo una mente perfectamente normal. ¿Conoce usted los *Caprichos* de Goya? En aquellos (¿cómo se llaman, Barocho?), cuadros de la guerra pintados por Goya...

Y el profesor Curtís se alejó, distraído.

Appleby miró en torno a sí y descubrió un grupo formado por los tres académicos que aún no conocía: Lambrick, Campbell y Chalmers-Paton. Le interesaba especialmente Lambrick, el hombre casado que poseía una llave del portón misterioso. Y le parecía reconocer vagamente a Campbell. Comprendiendo que aún podía acrecentar su caudal de información antes de retirarse a su dormitorio a rumiarla, se acercó al grupo y al cabo de unos instantes fumaba y conversaba amigablemente con sus componentes.

El gesto no era muy correcto, pero la Facultad ya tenía bastantes convencionalismos propios para preocuparse mayormente de los del mundo exterior. Tácitamente, todos habían convenido en tratar al inspector que había venido a aclarar el crimen como hubieran tratado a un arquitecto llegado para proyectar una nueva biblioteca, o a un artista venido para pintar acuarelas. Esta actitud hacía posible el empleo de una alta técnica de investigación, circunstancia muy conveniente para Appleby.

La conversación giraba en torno a las actividades de Gott. El trayecto del comedor al salón les había hecho sentir el frío de la noche, un frío desagradable y húmedo, acompañado de una neblina que irritaba la garganta. Y la idea de que su compañero, en esos momentos, recorría las calles a la cabeza de un piquete de policía universitaria, parecía regocijar extraordinariamente a los profesores que estaban allí, cómodamente arrellanados en sillones de cuero, fumando cigarrillos ante la chimenea crepitante.

—Piensen ustedes —decía Lambrick, un matemático corpulento y soñador, cuyo humorismo parecía un tanto primitivo— si va a la taberna El Caso Cambia, encuentra a dos individuos tomando ponche; registra a ambos y sale Gott pensando en ese ponche. Cruza hasta llegar a Pato (¡buena taberna!), y se topa con otros dos sujetos jugando y bebiendo ron; al salir, Gott piensa en el ron y en el juego que ha visto, pues es un excelente jugador. Se dirige a ese salón elegante del Berkly y encuentra a media docena de petimetres bebiendo unas copas de champaña. Con la esperanza de un pequeño alboroto, el viejo Gott les pregunta sus nombres, y a qué Facultad pertenecen. Todos responden, mansos como corderos. Y a la calle otra vez, a dar la vuelta a esa antigua Facultad que está junto a la tienda de mi sastre (nunca he podido recordar su nombre) hasta que todos los miembros del Club de la Hoz y el Martillo estén tranquilos y seguros en sus camas. ¡Qué vida de perro!

—¿Le han contado a usted —preguntó Campbell, un escocés moreno y ágil— que una vez, siendo censor el profesor Curtis, registró al arzobispo de York?

La anécdota era excelente, pero demasiado sutil para Lambrick, que desapareció repentinamente, para sumergirse en un mundo matemático impalpable. Chalmers-Paton sostuvo el interés de la conversación relatando una hazaña de Campbell.

—¿Recuerda usted, Campbell, la vez que trepó a lo alto de la torre de San

Baldred, después de aquel asunto?

Aunque el protagonista no pareció muy contento al oír anunciar ese relato, Chalmers-Paton narró la anécdota. En ella Campbell aparecía como un hombre lanzado y un hábil alpinista. Appleby recordó entonces, repentinamente.

—Usted llegó a considerable altura en la ascensión del Himalaya en 1926, ¿no es así? —preguntó tranquilamente al escocés.

Este enrojeció, y permaneció durante un instante desconcertado.

—Participé en esa ascensión —dijo al fin—. Creo que hicimos juntos la subida al pico del Pilar, cuando encontramos a su grupo en Wasdale.

Appleby asintió, con aire inocente, y durante algún rato la conversación giró alrededor de los temas preferidos por los alpinistas. Al fin, el inspector preguntó:

—¿Se practica en San Antonio el deporte de trepar a los tejados?

—Creo que no —respondió Chalmers-Paton—. Hace algunos años existió un club de esa índole, pero los estudiantes vienen y se van, y creo que el entusiasmo ya ha pasado.

Appleby comprendió que sus compañeros intuyeron al instante que —al fin— se había dicho algo relacionado con la muerte del rector. Dirigiéndose directamente a Campbell, le interrogó sin ambages:

—Qué tal, ¿es fácil o no trepar por las paredes de este edificio?

Campbell rió secamente.

—Soy alpinista, como usted sabe. Pero le aseguro que no me dedico a escalar tapias, ni puede considerárseme un saltimbanqui. No me creo autorizado a dar opiniones. Cualquiera puede llegar a la techumbre, utilizando una de las puertecillas o escotillones de acceso, y estudiar el terreno; pero opino sinceramente que no podría hacer más. Creo que trepar desde la calle, o salir del edificio en esa misma forma, es casi imposible.

—¿Aun para un hábil gimnasta?

—Aun para un hábil gimnasta —respondió serenamente Campbell.

Sentado en su dormitorio, Appleby, llevado por la fuerza de una larga costumbre, comenzó por hacer el inventario de cuanto lo rodeaba. La habitación no le llevó mucho tiempo. Tenía unos seis metros cuadrados, tres metros de alto y, en lugar de ventana, una complicada vidriera de paneles coloreados que, partiendo de un extremo del suelo, llegaba al ángulo opuesto del cielo raso en amplia curvatura gótica. La Facultad, resuelta a alojar en su venerable recinto una docena más de estudiantes, llevó a cabo ciertas curiosas alteraciones internas. Aún quedaban en la habitación huellas del paso de su postrer ocupante, tales como un frasco vacío con un rótulo «Ungüento para remeros», un texto bíblico encuadrado entre una exuberante viñeta vegetal, un retrato en sepia representando a Mae West, y diez fotografías idénticas, encerradas en marcos idénticos, de otros tantos jóvenes extraordinariamente parecidos; se trataba, sin duda, de los restantes miembros de un equipo deportivo de la Universidad. Como ignoraba el motivo de la ausencia del propietario de tales recuerdos, Appleby imaginó que, o bien acababa de tener alguna diferencia de opinión con las autoridades, o tal vez padecía, en aquellos momentos, sarampión o paperas.

El inspector volvió a sus propios problemas. Se sentía más seguro que cuando se separó de Dodd. El estudio de los hechos que Dodd sometiera a su consideración le había revelado las características materiales del caso: esas características eran importantes porque limitaban, definían, señalaban y excluían. Pero en torno a ellas reinaba la más densa oscuridad; constituían un escueto perfil de los hechos, pero grabado en alfabeto Braille, como para un ciego. Más adelante, en el transcurso de la velada, había comenzado a distinguir un resplandor, la promesa al menos de una luz, vacilante y turbia quizá, como las últimas chispas de la chimenea que, en esos momentos, se apagaría en el salón de profesores. De la visión del teatro de los hechos y su decorado (esa escena tan artificiosamente preparada, con su lúgubre decoración), Appleby había pasado al conocimiento de las *dramatis personae*, y había vislumbrado, quizá, a los protagonistas...

Buena parte de la tarea que le esperaba se desarrollaría entre personajes muy astutos. Raras eran las oportunidades que se le brindaban para cruzar aceros con intelectos naturalmente superiores; por lo general, trataba siempre con cerebros infranormales o con inteligencias normales, pero circunscritas y limitadas por una deficiente educación. Ahora estaba frente a lo que podría ser, intelectualmente hablando, el caso más interesante de su carrera. Se hallaba frente a un grupo de hombres de inteligencia excepcional, cuya cultura era el producto de diversas disciplinas mentales, todas ellas muy serias, hombres formidablemente armados de conocimientos. Ellos custodiaban el secreto, y para revelarlo, necesitaría hacer

verdaderas proezas de pensamiento.

Aquella noche comenzó a sentirse seguro de un hecho. Podía abandonar su anterior actitud de cautela y precaución ante los hechos materiales que decían a gritos: «¡Submarinos!», según la frase de Dodd. El curioso detalle de las cerraduras nuevas y las llaves recién hechas parecía sellar definitivamente ese aspecto. El crimen provenía —directa o indirectamente— de una o más de las personas provistas de llaves. La segunda alternativa, que el malhechor hubiese trepado por las paredes del parque cerrado, parecía demasiado inverosímil para tomarla en cuenta ni por un instante. Las llaves darían la clave. Ellas le dictaron la siguiente síntesis:

Deighton-Clerk, Empson, Gott, Haveland, Lambrick, Pownall, Titlow, el portero de la Facultad, un hipotético señor X (poseedor de la llave que falta); uno, o varios, o todos estos personajes asesinaron a Umpleby, o bien, por hallarse en posesión de una llave, pueden arrojar alguna luz sobre el crimen.

Appleby consideró este resumen y vio que algo faltaba en él. Sacó una hoja de papel y un lápiz y escribió esta fórmula completa:

Slotwiner, Deighton-Clerk, Empson, Gott, Haveland, Lambrick, Pownall, Titlow, el portero de la Facultad, un hipotético señor X (poseedor de la décima llave); uno, o varios, o todos estos personajes asesinaron a Umpleby, o bien, por hallarse en posesión de una llave, pueden arrojar alguna luz sobre el crimen. Hasta el presente, a nadie puede excluirse, pero si Slotwiner y Titlow dicen la verdad, corroboran mutuamente sus coartadas... Dodd investiga en estos momentos otras coartadas presentadas por los demás.

Esto era lo que había averiguado aquella tarde en la rectoría, y sus impresiones posteriores lo confirmaron. Pero ¿qué más había investigado? ¿Qué logró deducir de su entrevista con el decano? En primer término, ciertas cosas relacionadas con la persona del decano. Evidentemente, Deighton-Clerk quería que el crimen recayera sobre una persona extraña al establecimiento: era natural. Y había insinuado un argumento que era, más o menos, el siguiente: «Tales cosas no suceden entre nosotros. Nuestra seguridad de que no pueden suceder es una prueba más concluyente que cualquier circunstancia material que, arbitrariamente, parezca desmentirnos».

Appleby sopesó imparcialmente el argumento en aquel instante, pero ahora comenzaba a considerarlo inválido, y el decano, según sospechaba, hacía exactamente lo mismo... ¿Qué más sabía? Que el decano temía que una investigación corriente pusiera al descubierto las pequeñas rencillas y miserias de la Facultad. Que el propio Deighton-Clerk había tenido una diferencia con Umpleby, en fecha no lejana. Eso era todo. Difícil resultaba deducir impresiones de orden más general. El hombre estaba desconcertado, casi podría decirse, fuera de su estado de ánimo normal. De lo contrario, no hubiera hablado con esa petulancia, ni hubiera tocado innecesariamente el tema de las próximas fiestas que preparaba la Facultad de San Antonio. Pero, en cambio, no había prueba alguna de que hubiera faltado a la sinceridad u ocultado informaciones concretas e importantes.

A continuación, Appleby pasó revista a los acontecimientos ocurridos en el comedor, o mejor dicho, recordó el único hecho notable allí acontecido: la conducta extraña de Barocho. Era evidente que el español apenas tenía una vaga noción de las circunstancias que rodearon la muerte del rector, y dirigía sus golpes al azar, impulsado quizá por motivos personales, contra Titlow y Haveland. Aunque tal vez no tuviera un objetivo determinado, sino que fueron disparos al aire, efectuados con el único objeto de observar las reacciones colectivas. De cualquier modo, era inútil meditar sobre ello por el momento.

Pero cuando les tocó el turno a los sucesos de la sala de profesores, Appleby se halló ante un problema tan complejo, que tuvo la impresión de estar paralizado. Se levantó de un salto y entró en la salita del estudiante ausente; se trataba de una habitación amplia, algo polvorienta y cuyas paredes, revestidas de madera, habían sido pintadas en color chocolate. Appleby encendió la lámpara de la mesa y comenzó a pasearse por el cuarto con pasos silenciosos.

El hecho más destacado fue la declaración de Haveland, rodeada de tan extraña publicidad, sobre la procedencia de los huesos. Debía haber confesado esa circunstancia a Dodd. Bien sabía que tarde o temprano se descubriría al verdadero propietario de los huesos: ¿por qué retardar su confesión? Evidentemente, para hacerla en la sala de reuniones y en presencia de todos sus colegas. Quiso demostrar en público que conocía bien la sospecha que pesaba sobre su persona. Recurrió a Empson y le rogó que revelara un incidente sumamente comprometedor para él mismo, y que sólo Empson conocía: una disputa sostenida con Umpleby, durante el transcurso de la cual había formulado un maligno deseo, realizado ahora casi al pie de la letra: «Dije que me agradaría verlo encerrado para siempre en uno de sus siniestros sepulcros».

La confesión era terrible de hacer, y Haveland no ignoraba que muy pronto Appleby obtendría informes que duplicarían su gravedad. El profesor había sufrido desequilibrios mentales, y las circunstancias sugerían cierta atracción morbosa hacia un macabro simbolismo de la muerte.

Lo que en realidad sucedió fue lo siguiente: Frente a esos hechos inquietantes, Haveland se adelantó y dijo: «Es usted muy dueño de creer que anoche, en un rapto de enajenación, asesiné al rector y realicé mi deseo de verlo muerto, en medio de un montón de huesos. Pero también puede usted creer que alguien que conocía muy bien estos antecedentes me tendió una celada».

Alguien que lo sabía todo... «Empson sabía que yo tenía aquí mi colección de huesos. Me pregunto si hay alguien más que lo sepa...». «Bien sabe lo que quiero decir, Empson, y creo que usted es el único en saberlo...». «¿Fue así, no es verdad, Empson?». Haveland había señalado claramente a Empson. ¿Y qué hizo éste? Appleby reflexionó que lo más curioso de todo el incidente fue que Empson, aunque

comprendió inmediatamente la insinuación, no señaló a su acusador. Podría decirse que desvió la acusación a un lado con lo de: «Pregunte a Titlow». Nada revelaban esas palabras, pero sin duda se ocultaba tras ellas una segunda intención. La atmósfera de aquella reunión alrededor de la mesa de profesores había estado cargada de electricidad, y ahora Appleby trataba de reconstruirla, la evocaba en su imaginación para probarla y explorarla nuevamente.

Los hechos acusaban a Haveland. Haveland señalaba a Empson. Este, lo mismo que Barocho, acusaba a Titlow. ¿Y Titlow? «Imagino que han sido puestos allí para incriminarle a usted, Haveland. ¿No le parece verosímil, Pownall?». ¿Había algún sentido en el fondo de todo eso? El inspector pensaba que sí, pero también veía la posibilidad de errar, de ver una acusación en lo que era simple casualidad, olvidando tantas acusaciones explícitas y concretas. De cualquier modo, Pownall había señalado también, y directamente, a Haveland: «Se me ocurre una explicación que es, al mismo tiempo, más sencilla y más extravagante...». «Haveland, ¿qué artimaña de loco nos está sugiriendo?».

Appleby previó que, colocados en un plano de desafío intelectual, aquellos hombres se lanzarían la pelota unos a otros en forma semejante. Tal es la costumbre de cualquier reunión constituida por personas mentalmente fuertes y diestras: tratan de desconcertarse mutuamente. Sin duda, llevado a un plano de charla ociosa o difamación, el procedimiento no carece de amenidad. Pero... ¿cuando se trata, como aquí, de un asesinato?

Los hechos destacados estaban estudiados. Había llegado el momento de pasar a los secundarios. Estos últimos suelen ser fundamentales, bien lo sabía el inspector: a menudo un trabajoso proceso de investigación fracasa por haber olvidado una minúscula observación, o dejado de lado una insignificante pregunta.

La estearina. Slotwiner y las velas. Los tomos de los *Deipnosofistas* colocados al revés. La caja de caudales. La toga de Barocho. El decano, tan interesado en acallar toda maledicencia sobre la casa, describiendo el ataque de Haveland. Curtís asegurándose, a su manera vaga y distraída, de que Appleby se enterase de que Gott era Pentreith, el novelista... Y, por último, Campbell, que escalaba montañas; y, más sugestivo aún, que era el hombre que había escalado la torre de San Baldred. Era casado y no vivía en el establecimiento. Carecía de llaves. Pero, por sus investigaciones etnológicas, estaba relacionado con el grupo de Umpleby. Y por más que el policía no creyera en la probabilidad de que Campbell trepara, bastón en mano, la fachada de San Antonio, una mera probabilidad no es suficiente. No dejaba de ser una complicación molesta, a la que había que prestar atención.

Los pensamientos de Appleby se apartaron gradualmente de este orden de ideas y se dirigieron a cuanto le rodeaba. Había estado contemplando, sin verlo, un anaquel bastante mal surtido de libros, en que se veían *Mapas escogidos de Stubb*, *Poemas*

modernos, La saga de los Forsythe y El último dilema de Trent.

Se volvió y recorrió la habitación con impaciencia. Una calderilla, una toga de estudiante, una gorra de fútbol, cuyos adornos de oropel comenzaban a oxidarse por la acción de esa misma bruma que envolvía a la sazón los patios. Se arrodilló sobre el antepecho de una ventana, que servía al mismo tiempo de asiento, y abrió de par en par ambas hojas. Miró hacia fuera: la noche era húmeda, fría, oscura. Pero también se sentía frío en la habitación, y no tenía sueño. Obedeciendo a un repentino impulso, apagó la luz, buscó a tientas el camino de la escalera y descendió lentamente.

Por debajo de una de las puertas se veía luz, y dentro sonaba un murmullo de voces. Sin duda, un grupo de estudiantes que, excitados por el acontecimiento, lo discutían al tiempo que se fortificaban lícitamente y dentro del recinto universitario con alguna de las agradables bebidas prohibidas al desdichado Gott, que continuaba su recorrido. Pero no; probablemente en ese momento Gott estuviera cómodamente acostado en su cama, en una de esas habitaciones que daban al patio de Surrey. Cuando Appleby llegó al exterior del edificio, percibió una sorda campanada, solemne y velada, seguida de repiques más débiles procedentes de otras direcciones. Era la una de la madrugada.

La escalera del decano, donde estaban situadas las habitaciones de Appleby, ocupaba la esquina del patio del Obispo que hacía diagonal con el salón de profesores. Hacia la izquierda, sobre la arcada de Surrey, brillaba una luz. Pero era una luz débil y apenas alumbraba el sendero de grava, dejando en tinieblas el césped que, como recordaba claramente el inspector, se extendía ahora ante él. La noche era tenebrosa, no brillaba una estrella. Nada se veía, a excepción de una línea indecisa que separaba dos oscuridades diversas, oscuridades que, a la luz de la aurora, resultarían ser piedra y cielo. Y sin embargo, nunca como entonces, bajo el hechizo del silencio de la noche, comprendió Appleby el ambiente del venerable recinto. Absorto en sus pensamientos, comenzó a pasearse por uno de los lados del patio, trazando una senda en las tinieblas.

Cuando dieron las dos, Appleby continuaba paseando. Pero se detuvo al oír el eco de las campanas, y durante esa pausa sintió el segundo impulso de aquella noche. Tras la hilera de edificios que se levantaban frente a él estaba Orchard Ground, y en su bolsillo había una llave. Era la última que quedaba, sin contar aquella problemática llave número 10 que escapara a la vigilancia de sus colegas. Las demás fueron requisadas esa mañana (Dodd ejercía con audacia su autoridad); un agente provisto de una de ellas había montado guardia durante todo el día y un relevo ocupaba, en esos instantes, la garita del portero. Por consiguiente, Empson, Haveland, Pownall y Titlow, una vez admitidos en el recinto de Orchard Ground, donde se alojaban, se habían convertido en prisioneros virtuales hasta la mañana siguiente. Mientras las

cosas permanecieran así, y no podría ser por mucho tiempo, nadie podía salir ni entrar de Orchard Ground sin recurrir al policía de guardia..., o a Appleby. Su impulso de hacer uso de la llave fue totalmente irracional, ya que nada podía hacerse en medio de tan densas tinieblas. Pero en ocasiones, conviene no rechazar tales impulsos; por eso el policía se adelantó cautelosamente hacia el más cercano de los portones: el que estaba situado entre la capilla y la biblioteca. Pero de pronto cambió de opinión, atravesó el césped, bordeando los edificios destinados a bibliotecas y oratorio, para dirigirse hacia la puerta occidental que se abría entre el salón y la rectoría. Era éste el portón que divisara pocas horas antes al retirarse del comedor, terminada la cena, y el que hubieron de atravesar los cuatro profesores, bajo la vigilancia de un agente uniformado, para pasar a sus habitaciones situadas en Orchard Ground.

Después de rodear el último de los grandes contrafuertes meridionales del salón, Appleby oyó crujir la grava bajo sus pies; eso significaba que estaba en el camino que, después de atravesar el portón, bordeaba la rectoría antes de desembocar en la zona arbolada de Orchard Ground. Avanzó lentamente: a su derecha, el salón; a su izquierda, lo que, según sus conjeturas, debía de ser la prolongación de las salas de profesores. Buscó en su bolsillo la llave del portón, sin perder de vista la tenue claridad del camino que se abría ante él. Es difícil medir las distancias en medio de la oscuridad, por eso extendió las manos para tocar el portón y continuó andando, sigiloso. De pronto adivinó a su derecha algo inexplicable: la muralla del salón, junto a la cual había estado avanzando, había desaparecido para ser reemplazada por un vasto espacio abierto. Al mismo tiempo, el camino se bifurcaba a sus pies en dos direcciones: a izquierda y derecha. Estaba en Orchard Ground. Había dejado atrás el portón.

Un momento antes, mientras caminaba cautelosamente en las tinieblas, Appleby era apenas una inteligencia incorpórea, tal era la concentración subjetiva de su atención. Pero ahora se había transformado en un tenso mecanismo de energía física y agudeza sensorial. Durante unos treinta segundos permaneció rígido, el oído alerta. Luego, sin hacer el más leve ruido, echó cuerpo a tierra y aplicó el oído al suelo. No se percibía otro ruido que el apagado e intermitente eco del tránsito nocturno en la calle de las Escuelas.

Se enderezó otra vez y volvió sobre sus pasos. El ángulo norte del salón se elevaba a pocos metros de distancia, y avanzó lentamente, palpando el muro con la mano izquierda hasta llegar al portón. Una de sus hojas estaba abierta; había atravesado el umbral, sin advertirlo. Se detuvo y meditó su plan de acción. Sería una falta imperdonable dejar abandonado el portón: allí estaba la posibilidad de un hallazgo tan importante, que bien podía esperar hasta la mañana siguiente para obtenerlo. También podía gritar y despertar a cualquiera de los moradores. Por fin, si

adelantaba unos pasos, estaría a la vista del portón de Surrey y desde allí su linterna eléctrica daría la señal al agente apostado en la portería, siempre que estuviera despierto. Pero cualquiera de estos métodos implicaba delatarse ante aquel desconocido que, desprevenido, podía caer fácilmente en una trampa. Appleby se acercó a la pared y esperó. Estaba resuelto a esperar y vigilar incesantemente hasta la salida del sol.

Daba la espalda al salón; rozaba, con la mano izquierda, la fría lámina de hierro que formaba la hoja del portón abierto; de pronto, tocó la cerradura. Quedó tenso de emoción. ¡En la cerradura estaba la llave, la misteriosa llave número 10!

Comenzó a examinar minuciosamente el portón, tan minuciosamente como se lo permitía la oscuridad reinante. La hoja abierta estaba construida de tal manera que, por su propio peso, cerraba automáticamente al volver a su lugar. Pero en la pared del salón había un gancho destinado a mantener abierta la puerta durante el día, y la hoja abierta había sido asegurada en él. Sacó del bolsillo una diminuta herramienta; con ella extrajo la llave de la cerradura sin tocarla con los dedos y la guardó en su cartera. Luego pasó al patio del Obispo y dejó que la puerta se cerrara tras él. Al volver a su sitio produjo un imperceptible chirrido. Todas las llaves estaban ya en poder de la policía.

Entonces, Appleby comenzó a correr. Atravesó silencioso el césped y pasó velozmente bajo la arcada en dirección al edificio residencial. Fue cuestión de segundos llamar al agente que desempeñaba en ese momento las funciones de portero, y no había transcurrido un minuto desde que el inspector abandonara el portón cuando ya estaba de nuevo junto a él, en compañía del agente. Abrió de nuevo la hoja y murmuró:

—Es posible que venga alguien, de cualquiera de las dos direcciones. Deténgalo. Y espere a que yo regrese.

Con estas palabras desapareció una vez más entre las tinieblas de Orchard Ground.

Se dirigió en primer término hacia la puerta oriental, la que se abría entre el oratorio y la biblioteca. Una carrera a través del césped lo llevó a ella: estaba cerrada con llave. Y otra vez recorrió el sendero casi invisible, que conducía en dirección a la calle de las Escuelas, y en cuya extremidad se abría la puertecilla que comunicaba la Facultad de San Antonio con el resto del mundo. De pronto se extravió, y caminó a tientas entre los manzanos del huerto. Pero, a pesar de todo, creyó más conveniente no encender la linterna, y después de unos minutos de vagar a ciegas, tocó la pared que señalaba el lindero oriental de la huerta. El césped llegaba hasta la misma muralla, por eso pudo avanzar silenciosamente. Llegó a la puertecilla. También estaba cerrada.

Volvió sobre sus pasos, tratando de recordar la situación de los senderos, tal como

los había visto en el pequeño croquis de Dodd. Pero no logró su objeto, y tuvo que fiarse de su propio sentido de la orientación. Dos caminos conducían hacia la derecha, por él continuó avanzando hacia la izquierda hasta llegar a una encrucijada. Ahora sabía dónde estaba: a la derecha se hallaba la residencia de los profesores; a la izquierda, el portón occidental, donde había dejado al agente; frente a él, los ventanales de la rectoría. Appleby se dirigió hacia ellos. Y entonces comprendió que algo anormal sucedía.

Recordaba que esos ventanales habían sido asegurados desde dentro por medio de dos cerrojos: uno en la parte superior, otro en la inferior, y que, además, habían sido cerrados con llave. Pero ahora, lo mismo que la portada, estaban abiertos. Dentro reinaba una absoluta oscuridad. Después de escuchar una vez más, Appleby se deslizó en la habitación. Las cortinas habían quedado ligeramente entreabiertas; el inspector las corrió lo más silenciosamente que pudo, y encendió su linterna eléctrica.

Aquella misma tarde se habían llevado el cadáver. Pero los huesos continuaban allí, lo mismo que las calaveras toscamente dibujadas con tiza sobre el muro. Se dirigió a la puerta; estaba cerrada con llave, y sin duda el sello que Dodd colocara en la parte exterior antes de marcharse continuaba intacto. El ladrón había forzado, sencillamente, el cierre de los ventanales, y había desvalijado la habitación. Appleby encendió las luces y, con un repentino presentimiento, corrió hacia el extremo del cuarto. En la concavidad adosada a los *Deipnosofistas*, el falso anaquel estaba abierto. La caja de caudales oculta también lo estaba. En su interior, unos cuantos documentos yacían dispersos aquí y allá. Sin duda faltaba algo.

Cualquier observador hubiera visto palidecer a Appleby en aquellos instantes. Acababa de perder una oportunidad, tal vez una oportunidad decisiva. Debía haber reclamado una vigilancia más estricta que la de aquel único agente apostado en la portería. Debía haber pedido un par de cerrajeros de Londres, y tenerlos toda la noche ocupados en abrir aquella caja de caudales...

Comenzó a inspeccionar. Nada había sido tocado. El escritorio estaba intacto. Y la caja de caudales no había sido violentada. El misterioso visitante sabía muy bien lo que quería, dónde estaba oculto y cómo obtenerlo.

Y por lo visto, ni siquiera esa caja de caudales, cuya existencia era un misterio para todo el resto de la casa, tenía secretos para el intruso, ni aun el de la combinación que la abría. ¿Quién podía ser ese hombre? Appleby sopesó las posibilidades. Cualquiera de los cuatro profesores alojados en el edificio contiguo podía haber irrumpido fácilmente en la casa. Una vez más se deslizó tras las cortinas y examinó los ventanales. La cosa era evidente. El ladrón había dibujado tres círculos en el cristal, con ayuda de un diamante, luego había aplicado a cada uno un trozo de arpillera cubierto de alguna sustancia pegajosa; merced a este recurso logró practicar sin ruido un orificio que le permitió descorrer los cerrojos y abrir la cerradura. El

ardid era más propio de las novelas que de las costumbres de los ladrones de oficio, y había tenido un éxito sorprendente. Lo más probable era que se hubiese roto el cristal íntegro, con gran ruido de vidrios astillados, pero, en realidad, las fracturas no pasaron del límite señalado por el diamante y el ruido fue tan leve que no llegó hasta las habitaciones de la servidumbre del difunto rector, ni despertó a los profesores de la casa vecina.

Podría haber sido uno de estos últimos... pero ¿por qué, entonces, estaba el portón abierto? La llave estaba puesta del lado de Orchard Ground. Si existiese alguna relación entre el robo y el portón abierto, y en caso de que uno de los cuatro sospechosos: Empson, Haveland, Titlow o Pownall, fuese el culpable, debía de haber pasado a uno de los patios exteriores... donde permanecería aún. Si, por el contrario, una persona ajena a la Facultad hubiera entrado en el edificio por la puertecilla trasera haciendo uso de la décima llave, después de perpetrado el robo, habría pasado a las otras dependencias del establecimiento.

Pero estas presunciones podían haber sido deliberadamente provocadas con la intención de desconcertar al inspector. ¿Por qué se había dejado la llave puesta? ¿A manera de pista falsa? ¿Y si el intruso no hubiese entrado desde fuera, sino desde el patio del Obispo? En tal caso, habría dejado la llave colocada del lado de Orchard Ground para sugerir precisamente lo contrario. ¿Qué implicaba tal sugestión en el terreno lógico? Que alguien había pasado de Orchard Ground, o quizá desde la calle de las Escuelas, a los patios principales de la casa y luego (ya que no podía descubrirse allí una persona ficticia) regresó, dejando el portón abierto tras de sí, con la llave puesta. El pretexto era demasiado transparente, no valía la pena tomarlo en cuenta. Lo más verosímil era que alguien pasara de Orchard Ground al patio del Obispo y, según todas las probabilidades, esa persona continuaba aún en dicho recinto. Porque (tal como lo sugería el chirrido del portón) si había dejado abierta la puerta para evitar ruidos, previendo una posible retirada, después de la cual la hubiese cerrado nuevamente, era probable que hubiese olvidado la llave mientras tomaba esta serie de resoluciones. Pero, en cambio, si el intruso hubiera regresado efectivamente a Orchard Ground, habría tratado instintivamente de borrar todo rastro: era cosa segura que habría corrido el insignificante peligro de cerrar el portón con tal de adueñarse una vez más de la llave.

Si ésta era la verdadera situación; si el ladrón se ocultaba en ese momento en uno de los edificios principales y no tenía otra huida que el camino que atravesaba el portón, estaba virtualmente en manos de Appleby. ¡Craso error era dejar abierto el portón, habiendo tantos policías que rondaban por los contornos! Pero el hecho de abandonar la llave, dejándola puesta en la cerradura, era un error más grave aún: ambos implicaban un tipo de mentalidad que Appleby no hubiese relacionado con el asesinato del rector. Si éste era el asesino que amenazaba la paz de San Antonio,

quizá todo el misterio quedase revelado antes de treinta minutos. La idea era desconcertante.

Una vez más, Appleby se deslizó en la oscuridad y volvió a la puerta occidental... para encontrarse de pronto ante el cañón reluciente de un revólver. Dado que el robusto policía que lo empuñaba no parecía muy experto en el manejo de esa arma, fue un verdadero alivio para el inspector poder probar por fin su identidad. Pero al menos este hombre estaba alerta, y podía dejarlo de guardia durante algún tiempo todavía. Murmuró a su oído algunas instrucciones. Él se alejaría durante unos minutos para reconocer al edificio donde se alojaban los profesores. En cuanto al agente, debía continuar su vigilancia y registrar a quienquiera se presentase ante la puerta. Se presentaba una excelente oportunidad de atrapar al ladrón cargado con su botín, si ambos se mantenían alerta y en silencio. Provocar una alarma y una búsqueda en regla podría revelar la presencia de alguien que quizá no pudiese explicar satisfactoriamente su presencia en el edificio, pero lo más probable es que no conservara en su poder la prueba del delito. En tanto que una exploración en la residencia de profesores podría muy bien demostrar la ausencia de uno de sus cuatro ocupantes, lo cual constituiría de por sí una prueba concluyente, aun en el caso de que fracasara la captura del criminal en la puerta de Orchard Ground.

El inspector se disponía a entrar nuevamente en este último recinto cuando se percató de que, en el transcurso de su largo paseo nocturno, había quedado aterido de frío. Y le esperaba aún, después de efectuado el registro del pabellón de Little Fellows, una prolongada vigilia junto al agente de guardia. Del otro lado del jardín, al pie de la escalinata que llevaba a las habitaciones del decano, había dejado su sobretodo y, como el camino que a él le conducía no estaba iluminado por la luz vacilante de la lámpara suspendida en la arcada de Sussex, resolvió atravesar una vez más la pradera, ya que podía hacerlo sin peligro de alarmar al malhechor.

Anunció al policía su intención y no había transcurrido un minuto cuando había vuelto la esquina del salón y se adelantaba con paso rápido hacia la escalera. Pisó una vez más la grava del sendero, llegó a la puerta y penetró en el edificio. Buscó a tientas el camino hasta llegar al sitio donde, según recordaba, había colgado su abrigo. Ya extendía la mano para cogerlo cuando sintió algo que se movió en la oscuridad, detrás de él. Y sin darle tiempo de volverse, un violento golpe se abatió sobre su cabeza. El inspector cayó al suelo sin proferir un grito.

CERCA DE MEDIA HORA después, Appleby recuperó el conocimiento. Las sienas le palpitaban violentamente y se sentía mal. A pesar de ello, no advirtió estos detalles, comprendió igualmente que su cerebro comenzaba a funcionar en forma normal y clara. Su primer pensamiento fue que no había sido víctima de un intento homicida: había sido derribado hábilmente y no sin delicadeza. Y no hubo de reflexionar mucho tiempo para comprender el porqué. Sus bolsillos habían sido registrados y la llave de Orchard Ground había desaparecido. Pero no la llave que él había encontrado: ésa estaba segura en su cartera, con todas las impresiones digitales que pudiera llevar impresas. El agresor se contentó con apoderarse de una llave cualquiera, no le importó otra cosa. Y así, por segunda vez en aquella noche, Appleby comprendió que la inteligencia que planeaba esos crímenes no era tan perfectamente hábil y sutil como había creído.

El desconocido se contentó con apoderarse de una llave; su propósito no era difícil de adivinar. La puerta occidental estaba vigilada, mas no así la del Este; mientras todas las llaves estuvieron en manos de la policía, la precaución hubiera sido superflua, puesto que quien merodeaba por los patios sólo podía salir por la portada occidental, custodiada por el agente. Pero ahora el agresor estaba en libertad. Le bastó recorrer el jardín, bordeando el muro de la casa, y pasar por el corredor entre la capilla y la biblioteca —manteniéndose siempre fuera del alcance de la vista y el oído del policía apostado en el otro extremo del patio— para penetrar en Orchard Ground. En tal caso, si se trataba de Empson, Titlow, Haveland o Pownall, se fue a acostar tranquilamente; si, por el contrario, era un extraño, salió a la calle por la puerta trasera y desapareció.

Appleby se puso de pie, dolorido. Al moverse, un hilillo de sangre manó de la herida que tenía en la cabeza. Se inclinó, y la sangre corrió por su frente, inundándole enseguida los ojos. Impaciente, se improvisó un vendaje con ayuda del pañuelo y se puso el sobretodo, aquel sobretodo que había sido el culpable de su fracaso. Tiritaba de frío. En verdad, había fracasado. En el transcurso de una sola noche se habían burlado de él dos veces: la primera, porque no pudo impedir el despojo de la rectoría, y la segunda, en este encuentro más directo y personal. Experimentó una vez más la mortificante sensación del arrepentimiento inútil. ¡Si en lugar de pensar en su propia comodidad hubiera ido sin pérdida de tiempo al alojamiento de los profesores! ¡Quién sabe cuántas cosas hubiera descubierto! ¡Tal vez nunca se repetiría la oportunidad que acababa de perder!

Al menos, tenía aún tiempo de visitar el edificio. Hizo un esfuerzo para contener el mareo y las náuseas, y salió al patio. El pequeño vestíbulo de piedra era frío, pero al aire libre se sentía más intensamente aún el cierzo de la madrugada. A pesar de

todo, el soplo glacial lo serenó y atravesó el césped con paso firme.

El policía había procedido correctamente: mientras duró la ausencia de Appleby, no se había movido de su puesto. Pero a medida que pasaba el tiempo, su perplejidad iba en aumento y en aquel instante estaba ansioso por preguntar al inspector si había cometido algún error. Appleby lo tranquilizó y le envió a pasar una noche más tranquila al despacho de la rectoría. Era ya inútil custodiar la puerta: el pájaro había volado... El inspector volvió a Orchard Ground. Mientras iba andando, consultó su reloj de bolsillo: eran las cuatro menos cuarto y reinaba la oscuridad más absoluta.

Pocas esperanzas abrigaba sobre el resultado de esta última pesquisa. Pero hubiera sido peor volver a su habitación y ponerse a pensar con el cerebro demasiado fatigado para hacerlo. Y bien sabía que, si volviese, comenzaría a meditar; ¿cómo dormir después de la derrota? Bordeó la rectoría y, unos segundos después, vio erguirse ante él la mole del edificio residencial. Había llegado el momento de hacer una pequeña violación de domicilio por cuenta propia. Si uno de los cuatro profesores era su agresor, había una remota probabilidad de hallar algún rastro, alguna prueba. Y quizá fuese conveniente que se le encontrara a las cuatro de la mañana, rondando las habitaciones de uno de sus huéspedes. La simple idea de que la policía sigue una pista suele obrar resultados sorprendentes en estos casos de investigación criminal.

No se veía una sola luz en la casa cuando Appleby penetró en el pequeño vestíbulo pavimentado de piedra. El edificio había sido construido recientemente, pero construido en estilo antiguo y convencional. A derecha e izquierda del inspector se veían pesadas puertas que daban acceso a las habitaciones: la de la izquierda, según recordaba, era la de Pownall; la de la derecha correspondía a las habitaciones de Haveland. Ambas puertas estaban abiertas, y Appleby paseó la luz de su linterna eléctrica por el diminuto recinto de piedra que tras ellas se advertía. Sólo contenía una segunda puerta, la que daba entrada al saloncito de cada profesor, en el cual, a su vez, una sola puerta daba al dormitorio. Frente al policía, y adosada al muro de la derecha, subía una escalera, perdiéndose en las tinieblas, para desembocar en un segundo vestíbulo similar al del piso bajo... sobre él daban las habitaciones de Titlow y Empson. Enfrente también, pero hacia la izquierda, un pequeño corredor daba paso a una escalerilla, que descendía, sin duda, al sótano donde se encontraban las habitaciones de servicio y otras dependencias. Poco se podía explorar allí, pero Appleby estudió minuciosamente el suelo, tanto el pavimento de piedra del primer vestíbulo como el maderamen del resto de la casa. La leve humedad del suelo le hizo sospechar la existencia de alguna pisada que le daría la clave, al revelarle quién había salido de la casa durante la madrugada.

Pero nada descubrió, y, fatigado, se sentó en la escalera. Subió luego de puntillas los escalones de madera, examinándolos uno a uno. A mitad de camino había un pequeño rellano, en cuya pared se había instalado el depósito de carbón, cerrado por

una puertecilla; después la escalera torcía bruscamente, y se divisaba el vestíbulo del primer piso...; ¡nadie! Comenzó a pensar que esto constituía de por sí una prueba convincente, ya que sus propios pies habían dejado huellas muy visibles en el piso bajo y en los escalones que acababa de subir. Si alguien hubiese entrado durante las dos últimas horas, habrían quedado rastros de humedad en el piso. Sin embargo, no faltaban dificultades. Él había marchado casi todo el tiempo sobre el césped, pero si su antagonista hubiera recorrido los senderos de grava, conservaría secas las suelas de sus zapatos. Tampoco era improbable que un hombre tan cuidadoso del detalle se hubiera quitado los zapatos al traspasar el umbral.

Appleby decidió asegurarse con sus propios ojos sobre la presencia de todos los ocupantes del edificio. Abrió sin ruido la puerta del saloncito de Empson y se deslizó en su interior. La tenue luz de su linterna le mostró una habitación grande, con muchos libros alineados, con hermosas alfombras sobre el suelo bien limpio, cómodos sillones de cuero y, junto a la puerta en cuyo umbral se hallaba Appleby, un busto de bronce sobre un pedestal. Siguiendo un impulso de curiosidad artística muy natural en él, Appleby lo iluminó largamente con su linterna. La cabeza era, sin duda alguna, la de un sabio..., luego advirtió en el pedestal una chapa de metal en la que se leía: Charcot. El maestro de Empson, quizá, y también el de Freud.

Luego —y esto era también característico de nuestro inspector— la luz de la linterna recorrió los anaqueles de libros. La biblioteca era adusta, casi desprovista de digresiones y elementos de diversión... Filosofía antigua y filosofía moderna, en dos grandes masas de volúmenes. *Biblioteca internacional de Psicología, Filosofía y Metodología de las ciencias...*, uniforme, completa, aplastante. Psicología académica, la colección era de primer orden. Mucha psicología médica también. Medicina general; aquello parecía el núcleo de una biblioteca de consulta. Psicología criminal. Criminología pura... Eso era todo. Ahora, al dormitorio.

Saltando deliberadamente de una alfombra a otra, como un niño que juega, llegó hasta la puerta interior y contuvo el aliento: oyó dentro el rumor de una respiración isócrona. Giró el picaporte y abrió la puerta hasta divisar el lecho. Luego dirigió el haz luminoso de su linterna contra el cielo raso de la habitación vecina: la débil luz le permitió distinguir claramente a Empson. Dormía profundamente, y así, dormido, daba la impresión de un hombre consumido y frágil. Las comisuras de sus labios mostraban cierta expresión dolorosa; su piel se extendía, tensa y pálida, sobre los pómulos y la mandíbula. Appleby recordó que tartamudeaba ligeramente y que era cojo; al andar se apoyaba en un bastón que estaba precisamente allí, junto a la cama. Estas desventajas eran, tal vez, sintomáticas de alguna debilidad congénita, y el humorismo seco y un tanto maligno de aquel hombre, el caparazón que protegía una sensibilidad dolorida y morbosa. El inspector recordó los libros que acababa de ver en la habitación contigua. El resorte maestro de una personalidad como la de

Empson, diría cualquiera de aquellos volúmenes, es el ansia inquieta de adquirir poder, ambición característica del que se siente físicamente infranormal. Cerró silenciosamente la puerta, ocultando aquella silueta consumida y amargada. Tuvo un impulso de vergüenza, que no era ciertamente profesional, al pensar que había espiado al profesor: ¡un hombre dormido está indefenso y, al mismo tiempo, tan al desnudo; se lee en él como en un libro abierto!... Appleby salió nuevamente al pasillo y entró en las habitaciones de Titlow.

Esta vez no perdió el tiempo revisando el salón, pues quería bajar cuanto antes. Se acercó de puntillas a la puerta del dormitorio para escuchar. Nada oyó. Y el oído del policía era de una finura casi anormal. O Titlow tenía un sueño extraordinariamente liviano, o... Abrió audazmente la puerta. La habitación estaba vacía. La cama estaba en desorden, y el traje de etiqueta colgaba de una silla vecina, pero Titlow no se hallaba allí.

Aún no se advertía en los ventanales que miraban al Este el más débil resplandor luminoso, y Appleby mantuvo encendida su linterna mientras bajaba, pensativo, las escaleras. Esperaría a Titlow, y mientras tanto, echaría una ojeada a las dos habitaciones del piso bajo. Había desechado ya sus escrúpulos: si el sueño nos permite leer en las almas, tanto mejor. Al llegar al pie de la escalera, se dirigió hacia la derecha, y tenía puesta la mano sobre el picaporte de la puerta de Pownall, cuando se detuvo repentinamente. Bajo la puerta se filtraba una angosta franja de luz. Alguien había encendido las lámparas eléctricas dentro de la habitación.

Appleby pensó que podría ser Titlow; mientras él registraba la habitación de Empson, Titlow podría haber bajado a hablar con Pownall por motivos de su incumbencia. Sin embargo, ningún murmullo de voces se oía en el cuarto: sólo se advertían leves rumores, como de alguien que recorriera el recinto. ¿Estaría Pownall dormido en el lecho, ignorante de la presencia de su visitante, como lo había estado Empson pocos minutos atrás? Appleby trató de mirar por el ojo de la cerradura, aunque sin mayor entusiasmo. Ninguna abertura es más exasperante para quien espía que el ojo de la cerradura. Le permite ver una franja de suelo, una franja de pared, y a veces, hasta un metro cuadrado de techo, pero su zona lateral de visión es limitadísima. Además, cuanto más ancha y maciza es la puerta, menor es el radio visual, y las puertas de los colegios suelen ser fuertes y bien construidas. A través del ojo de la cerradura de Pownall sólo se distinguía un leve movimiento y nada más. Había dos alternativas: entrar o marcharse sin descubrir nada. Entonces se le ocurrió que las ventanas eran más propicias a este tipo de observaciones. Salió al exterior y vio recompensada su paciencia: las cortinas de la habitación estaban corridas, pero por un intersticio se filtraba un rayo de luz y, poniéndose en puntillas sobre uno de los macizos del jardín, se alcanzaba a divisar el interior.

Una forma negra y voluminosa recorría el suelo del cuarto, y le costó unos

minutos de observación aislarla de cuanto la rodeaba y estudiar sus características. Después de analizarla, resultó ser un par de nalgas humanas, la curva de una espalda y las suelas de dos zapatos. Un cuerpo revestido con un traje de etiqueta estaba de rodillas sobre el suelo y gateaba lentamente sobre la alfombra. No podía ser Titlow, a menos que se hubiera quitado un traje para ponerse otro, lo cual era absurdo. Pero en ese instante, el cuerpo giró y se puso de pie. Era el propio Pownall.

A pesar de lo difícil que resultaba examinar los detalles del cuadro, la expresión de intensa atención que denotaba el rostro de Pownall impresionó al inspector. El profesor era hombre de movimientos torpes, y poseía el par de ojos más azules y lentos que Appleby hubiese visto jamás. En ese momento su mirada era fría, con frialdad perceptible aun a través del diminuto intersticio de la cortina, y su ceño expresaba desesperado esfuerzo. No parecía fácil que descubriera el rostro del policía a través de la ventana. Sus ojos estaban clavados en el suelo; sin levantar la vista, se movió, saliendo del radio visual de su observador, y volvió llevando en la mano un pequeño objeto. Volvió a arrodillarse sobre la alfombra. La estaba examinando pulgada a pulgada.

Appleby estaba tan absorto como Pownall, y tan interesado en esa tarea, que se sobresaltó violentamente cuando una voz afable murmuró a sus espaldas:

—¡Ah, mi querido inspector, empieza usted temprano, o bien, continúa su trabajo hasta muy tarde!

Se volvió de un salto y dirigió hacia el recién llegado el haz luminoso de su linterna. Era Titlow, en pijama y cubierto por una gastada pero magnífica bata de seda de colores, quien le miraba por encima de su nariz anodina con aquellos ojos luminosos pero impenetrables. En su voz había cierta ironía burlona, sobre todo aquel «mi querido inspector». Pero inmediatamente añadió con acento de preocupación y alarma:

—Pero, por Dios, amigo, ¿no está usted herido o lastimado?

Pálido y exhausto, con el vendaje sanguinolento que rodeaba su cabeza, con la cara manchada de coágulos de sangre, el inspector Appleby constituía un espectáculo poco agradable, aun a la tenue luz que llegaba desde la ventana. Hubo de reconocer, de mala gana, que había sufrido un accidente. Titlow añadió, siempre alarmado:

—Si ha terminado usted su inspección, ¿por qué no sube un momento a mis habitaciones? Vengo de buscar una lata de café en la pequeña despensa del sótano; sufro de insomnio. Pero creo que usted necesita algo más fuerte. Y opino que, después, lo mejor que puede hacer es meterse en la cama. ¡Venga usted conmigo!

Bajo la aparente benevolencia de estas palabras, Appleby adivinó la misma excitación nerviosa, mezclada con irritación e impulsividad, que ya le había llamado la atención en Titlow. Este hombre no era menos vehemente que los demás profesores: Empson, o Haveland, por ejemplo, pero sí más profundo. Su personalidad

estaba formada por muchas capas diversas, no muy sólidamente unidas en un todo coherente. Pero en ese instante sonreía cortésmente, divertido, al parecer, por haber sorprendido al inspector en una actitud humillante. Y en verdad, Appleby se sentía un poco avergonzado. Experimentaba una tonta alegría al pensar que Titlow no lo había descubierto mientras espiaba por el ojo de la cerradura, porque, al fin y al cabo, hay diversos grados de ignominia que separan una ventana del ojo de una cerradura. Entonces se reportó y contestó:

—Con el mayor gusto, si me espera usted un minuto.

Y volviendo al vestíbulo de la casa, entró sin vacilar en las habitaciones de Haveland, penetró en su dormitorio, comprobó que dormía y salió sin perder un instante. Terminada esta operación, acompañó a Titlow, que sonreía ya sin rebozo.

El *whisky* de Titlow era excelente, o al menos así le pareció a Appleby, que hubiera bebido cualquier mejunje con verdadero deleite en esa hora melancólica: las cuatro y media de una madrugada de invierno. Arrellanado en un sillón, ante un potente radiador eléctrico, bebió, comió los bizcochos contenidos en un recipiente con el engañoso rótulo de «Pastillas de calcio: Lagash y Uruk» y estudió con interés la habitación en que estaba. Ya la había visto —aunque su dueño lo ignorase—, pero ahora la examinó minuciosamente. Una habitación donde alguien pasa la mayor parte del día siempre dice algo sobre la personalidad de su morador, especialmente cuando está llena de libros. Los de Titlow, a diferencia de los de Umpleby y Empson, pero a semejanza de los de Deighton-Clerk, sólo llegaban a la altura del pecho, pero estaban colocados en doble hilera en los hondos anaqueles de roble; esta disposición ofrece inevitables inconvenientes, acrecentados en este caso por el completo desorden de los volúmenes. Encima de las bibliotecas, una multitud de objetos de alfarería antigua parecía haber sido sembrada al azar: siluetas sutilmente libres y esbeltas; formas angulosas, abstractas y austeras; vidriados relucientes, delicadas porcelanas, sustancias que halagan el sentido del tacto a través del sentido de la vista. Sobre estos ejemplares pendía, en una de las paredes, un enorme mapa de alguna excavación en vasta escala: el adelanto anual estaba señalado con tizas de colores diversos. Junto a él, y evidentemente con fines de estudio más que de ornamentación, había una serie de fotografías aéreas muy grandes y técnicamente magníficas: reproducían la misma excavación, y sobre ellas se habían trazado multitud de líneas y crucecitas en un blanco mate. Luego, había un perfecto museo en miniatura: una serie de grabados y reproducciones que abarcaban un vasto campo artístico, o mejor dicho, todo ese campo de la civilización prehelénica, bárbara y anterior a la historia, que es para la mayor parte de los estudiosos «arqueología», aunque para unos pocos se ha convertido en «arte». Todas las formas de vida, y principalmente la forma humana, están allí estilizadas y deformadas para implicar cierta permanencia, rigidez y

abstracción: es el arte propio de un pueblo que temía a la vida, Y junto a éste, el arte de los pueblos que despreciaron la vida: el arte de la Edad Media, una colección erudita que dominaba un enorme grabado alemán: la *Danza macabra*. Y, frente a todo esto, proporcionando un violento contraste, pendía en la pared opuesta todo el calor y la luz del Renacimiento emanado de una reproducción en colores de la *Venus dormida* de Giorgione.

Appleby comprendió que Titlow presentaba en forma dramática su propia incoherencia interior en esa habitación. Además de esa armonía evidente, había pequeños detalles sueltos de verdadera extravagancia. Aquí, un perrito embalsamado, que traía reminiscencias curiosas de la reina Victoria (que no se hubiera hallado muy a gusto en esa habitación); más allá, un cañoncito; una de las sillas estaba tallada en una gran piedra porosa. Pero el inspector estudió principalmente la *Danza macabra*, y luego la *Venus dormida*, mientras bebía lentamente su vaso de *whisky*. Por último murmuró, con un poco del tonillo burlón que Titlow adoptara momentos antes:

—¿Qué verdad es ésta, qué encierran estas montañas, y se convierte en mentira en el mundo exterior?

Reinó un instante de silencio, mientras el profesor contemplaba pensativo a un policía familiarizado con Montaigne; luego sonrió, con un gesto que irradiaba simpatía.

—¿De manera que cuelgo mi corazón de la pared? —preguntó—. Proyectar hacia fuera nuestros propios conflictos, suspenderlos en la pared en sencillos términos pictóricos, equivale a dar un paso atrás y contemplarse a sí mismo. ¿Comprende usted?

—Impulso de artista —repuso Appleby.

—No soy artista —dijo Titlow, meneando la cabeza—; más bien parece que soy un arqueólogo, y quizá no es lo más saludable para mí. No es saludable dedicarse a una ocupación en la que sólo interviene una parte de nosotros mismos. Y, a veces, tengo la impresión de que he llegado a ser lo que soy con una pequeñísima parte de mí mismo. Soy, por naturaleza, un hombre imaginativo y quizá creador. Pero hoy en día es difícil ser artista. Nos detenemos y buscamos otras actividades. Y si éstas son puramente intelectuales, de tal manera que los demás impulsos carecen de expresión, entonces nos volvemos... raros. En nosotros se esconden impulsos irracionales, que esperan el momento de salir a la superficie. ¿No le parece que tengo razón, míster Appleby?

Resultaba curioso preguntar así, a bocajarro. Y no menos curiosa la actitud de ese hombre, que parecía hablar obligado por una fuerza extraña, confiándose a un desconocido, a un policía.

La respuesta de Appleby fue de simple tanteo:

—¿Cree usted que el artista cuya vocación se ha torcido es un ser desequilibrado?

—Hoy en día los artistas, lo mismo que los eruditos —recomenzó Titlow—, estamos desequilibrados. ¡Es el espíritu de la época, el creciente reflujó, el caos que se acentúa, el fin de nuestra era que se acerca hora tras hora! Quizá no sea necesario habitar mucho tiempo con nuestra imaginación en las interminables civilizaciones estables de Egipto y Babilonia para percatarse de ello. La primera ráfaga del remolino azota a los eruditos, a los hombres pensantes, a los espíritus contemplativos...

Y en tanto que recorría la habitación con paso nervioso, casi impulsivo, Titlow habló... del ritmo de la historia... de la grandeza y decadencia de las civilizaciones... *der Untergang des Abendlandes*... de la decadencia de Occidente. Habló bien, con una retórica audaz y personal, plena de lógica y, al mismo tiempo, de atrevidas elipsis. Appleby escuchó pacientemente hasta el final. Titlow hablaba así porque Umpleby había muerto como murió.

—Usted sabe muy bien nuestra procedencia, quiero decir, de dónde derivamos. Somos clérigos, clérigos medievales que vivimos en la vida de actividad mental que sólo puede ser sana y natural para quienes sirven un ideal trascendente. ¿Lo tenemos, acaso? ¿En qué se convierte entonces nuestro análisis, nuestra investigación y nuestras interminables polémicas? En una agonía dolorosa de acción contenida y extraviada. Esa concentración incesante de la energía fisiológica natural en los angostos senderos del intelecto y de la meditación ¿no le parece peligrosa? ¿No cree usted que, desvanecidos los ideales y olvidada la misión, nos transformamos en una casta desequilibrada? ¿No opina como yo?

Se detuvo y se apoyó en su extravagante cañoncito. ¿Qué urgencia se adivinaba detrás de esa charla extraña... bajo esos conceptos, manidos en su esencia, pero que revelaban una curiosa relación personal con la situación real y concreta del profesor? Appleby recordó a Deighton-Clerk, que hablaba sin cesar tratando de convencerse a sí mismo. Y ahora Titlow ¿no estaba acaso incurriendo en idéntico error? Como el decano, terminó con un interrogante, una petición de confirmación. Y otra vez el inspector tuvo que elaborar una respuesta.

—Sin duda, como usted dice, los eruditos y los pensadores advierten las primeras ráfagas del remolino que se acerca. Pero ¿ceden ante ellas? ¿No son, precisamente, los únicos que sobreviven, por estar alejados del mundo? ¿No le parece a usted que son los custodios, los centinelas?

Mientras hablaba, Appleby se preguntaba qué pensaría Dodd sobre esta técnica de investigación. Pero mantenía los ojos clavados en Titlow, como si su pregunta se refiriera directamente al asesinato del rector. Y cuando su interlocutor respondió, había en su mirada una expresión de angustia.

—Tiene razón, míster Appleby. Esencialmente, es así.

Hubo un silencio deliberadamente provocado. Titlow parecía tantear el terreno, calculando en qué posición quedaría si abandonase el punto de apoyo que hasta

entonces le sustentara, pero sus pensamientos no se referían al inspector.

—Así es, verdaderamente —reiteró.

—¿Lo que usted cree es que una comunidad como ésta, en medio de una época histórica de desintegración, es necesariamente inestable, inconexa?

El gesto de Titlow fue casi doloroso. Y su respuesta impersonal puso de manifiesto una vez más el hábito del intelectual que se esfuerza por alcanzar la verdad objetiva, desapasionada. Había conseguido reprimir toda urgencia personal.

—Inconexa, sí. Pero quizá he exagerado un tanto al afirmar... o al sugerir ciertas cosas. No hay un desequilibrio fundamental. Lo que hay es... tensión nerviosa; excentricidades aisladas; cierto grado de irresponsabilidad. Me consta que nuestro mundo intelectual es esencialmente irresponsable. Pero no afirmo que exista una inestabilidad básica, no. A excepción, tal vez —añadió suave pero resueltamente— de ciertos individuos como yo... —y terminó otra vez con su leve mueca de dolor.

—Si considerara el caso sin apasionamiento, ¿diría usted que el espíritu de nuestro siglo y todas esas cosas pueden empujar a alguno de sus colegas al crimen?

Si Appleby quiso poner ironía en esa pregunta, fue trabajo perdido. De pie ante la chimenea, Titlow sopesó la interrogación y replicó sencillamente:

—No.

—¿Cree usted que ninguno de sus colegas, en su sano juicio, sería capaz de cometer un asesinato?

—Por supuesto que, espontáneamente, no creería culpable a ninguno de ellos.

—Pero ¿si tuviéramos pruebas...?

Sentado allí, bebiendo el *whisky* de Titlow y comiendo sus bizcochos, Appleby no quiso hacer una pregunta más directa. Y la respuesta del profesor fue enigmática.

—¿Qué es una prueba?

Appleby se puso de pie. Ya tendría tiempo de continuar con el tema a la mañana siguiente o, mejor dicho, más tarde, ya que el nuevo día había comenzado. Mientras tanto, lo más discreto sería abandonar una posición ligeramente incómoda. Pero Titlow tenía aún algo que decirle. Otra vez se había adueñado de él esa inquietud, esa característica agitación nerviosa que se había advertido en su anterior conversación y que luego había conseguido dominar, no sin esfuerzo. En su paseo por la habitación había llegado a un extremo; ahora se volvió con ademán distinto y enérgico, como si fuera a pronunciar palabras decisivas, concluyentes. Pero, en el último instante, se demoró en un tema secundario.

—¿Quién hubiera dicho, míster Appleby, que usted sería el encargado de esta misión entre nosotros? Nadie hubiera creído en la existencia de una persona como usted, fuera de las fantasías de Godd... Dígame, ¿cuándo estuvo usted en esta casa?

—Hace ocho años —respondió el inspector, de mala gana, pero diciendo la

verdad.

—¡Exactamente! ¡Era natural! Una inteligencia clara y bien adiestrada se conoce pronto y en cualquier parte. ¡Y hablábamos de conducta extravagante! ¿Qué me dice de las extravagantes coincidencias de la vida? Desde nuestro punto de vista, usted es lo más inesperado de este asunto.

—¿De manera —dijo Appleby, recordando una observación jocosa de Dodd— que ustedes esperaban al otro personaje de Gott, al clásico personaje de aldea?

—Quise decir que no contábamos... —y de pronto, Titlow se lanzó a un nuevo orden de ideas—. ¿Ha leído usted el libro de Quincey titulado *El homicidio considerado como una de las bellas artes*?

No se trataba aquí de una ociosa costumbre de la digresión, que había llevado al venerable profesor Curtís a comentar «La carta robada». Titlow se proponía algún fin; su actitud era la del nadador que se prepara para la zambullida. Pero por segunda vez titubeó en el mismo borde del agua:

—Le interesaría, sin duda. Pero no vale mucho; bastante erudición manida y una pequeña dosis de humorismo débil... —y por fin dijo lo que quería—. Trata de una anécdota sobre Kant. Eso le interesará, pues se estudia la actitud académica frente al homicidio. Y si se toma el trabajo de invertir los términos, creo que le resultará sumamente útil.

—Gracias —respondió Appleby, sonriendo—. Lo consultaré sin pérdida de tiempo.

El inspector se dirigió hacia la puerta. Titlow habló otra vez, pero con bondad, espontáneamente, como cuando invitara al policía a subir a sus habitaciones.

—Es hora de que se acueste usted. Todavía puede dormir tres o cuatro horas... en lo que trataré de imitarlo. Si deja un aviso junto a su puerta, el sirviente no lo molestará.

Amable, jovial otra vez..., pero había una diferencia. Ahora Titlow estaba tranquilo. Al dar esa pista o indicación a través de los ensayos de Quincey, había ocupado una posición o tomado un camino que le satisfacía. Podía descansar. Acompañó a su huésped hasta la puerta.

—Más tarde nos veremos —dijo Titlow.

Despidió a Appleby con su ademán nervioso y regresó a sus habitaciones. El inspector bajó lentamente las escaleras. Los primeros resplandores del amanecer iluminaban el huerto.

EL INSPECTOR DODD recorrió la calle de las Escuelas con aire satisfecho. El asunto del robo marchaba bien. Guardaba en el bolsillo un buen montón de anotaciones que demostraría a su colega londinense la eficiente labor de su dependencia. La mañana era fría pero agradable; el sol se filtraba por la callejuela, esmaltaba el torreón de San Baldred, jugaba al escondite en los extraños templetes situados frente a Cudworth, exploraba la polvorienta e intrincada ornamentación de los portones del Museo y se alargaba hasta Ridley, tratando de poner un rayo de alegría en los rostros severos de las estatuas de varios clérigos del siglo XVII. Pasó un grupo de estudiantes en traje de montar; un adolescente solitario y delicado, calzado con soberbias zapatillas rojas, atravesaba la calzada con el evidente propósito de desayunarse, en compañía de algún amigo, en el café de Joseph; a intervalos se veía pasar a una estudiante, con birrete y toga, pedaleando furiosamente en su bicicleta rumbo a alguna clase matutina, con el celo característico de su especie. Un niño, inocentemente sentado en el umbral del rector de Dorset, vendía periódicos a una clientela que no parecía muy interesada en ellos. Nadie hubiera dicho que ese mismo niño corría locamente, la tarde anterior, por la calle de las Escuelas, agitando el diario vespertino y voceando con agudos gritos la muerte del doctor Umpleby...

El maestro de San Timothy, venerable, barbado y magnífico, recorrió la calleja en el transcurso del paseo matutino que realizaba cada mañana, sin excepción, durante los últimos cuarenta años; por lo visto no le preocupaba en lo más mínimo la muerte de su colega, ni el pensamiento de que el crimen podía haber tenido lugar en San Timothy y no en San Antonio. Dodd se alegró, de pronto, de no ejercer su profesión en Chicago, ni en Sidney, ni en Cardiff. Agradeció a Dios semejante dicha y tomó por la avenida de San Ernulfo.

Le dijeron que encontraría a míster Appleby en la habitación 6-4. Mientras meditaba en la escasa eficacia de los métodos de investigación de su colega, Dodd encontró el número 6 —que era una escalera—, pasó frente a la habitación 6-2 sobre cuya puerta se anunciaba al «Reverendo y muy honorable Tracy Deighton-Clerk, decano», dio al fin con el alojamiento de Appleby y golpeó la puerta con energía. Nadie respondió, por eso Dodd entró. Un alegre fuego ardía en la chimenea. La mesa estaba puesta para el desayuno: a un lado, cerca del fuego, se mantenía caliente el café de Appleby; delante, también se calentaba una fuente cubierta que contenía, sin duda alguna, los huevos y el jamón destinados al inspector. Pero ni el menor rastro del propio Appleby... hasta que los ojos de Dodd tropezaron con una hoja de papel prendida con una chincheta en la puerta del dormitorio. El mensaje era breve y concreto: «Desayuno a las nueve. J. A.». Dodd consultó su reloj. Eran las nueve y diez.

—¡Rayos y truenos! —exclamó, y estaba a punto de irrumpir en el dormitorio, cuando apareció Appleby.

—Buenos días, Dodd —dijo—. ¿Quiere una taza de café? Creo que hay bastante y se ha mantenido calentito.

Luego, al advertir la inquisidora mirada que su colega dirigía hacia su cabeza vendada, se rió suavemente.

—Sí, pasé un mal momento. Hubo desórdenes nocturnos en la Facultad. La policía fue atacada con cachiporras, caños de plomo y culatas de revólveres de grueso calibre... Pero ¡ya es hora de hacer desaparecer esta nota pintoresca!

- se quitó el vendaje antes de lanzarse con excelente apetito sobre los huevos con tocino. Dodd le miraba atónito.

—¿De modo que le golpearon y perdió el sentido?

—Así es, con suavidad y firmeza, y en el preciso instante en que estaba a punto de solucionar el misterio de la Facultad de San Antonio. Estoy de mala suerte —Appleby bebió un largo sorbo de café y asintió solemnemente con la cabeza—. Uno de sus hombres volvió a su casa esta mañana con un respeto mucho menor del que le inspiraba hasta ayer el sabueso metropolitano.

—¿Quién le atacó?

—Lo ignoro. Pero, sea quien sea, era el poseedor de la décima llave. Al menos en un principio la tenía, luego pasó a mis manos, y por fin hicimos un pequeño intercambio. Yo tengo la décima, que era la suya, y él tiene la novena, que era la mía. Me la quitó después de propinarme un mazazo en la cabeza.

—¡Se la quitó! ¿Y de dónde sacó usted la décima llave?

—De la cerradura, Dodd; la encontré puesta en la cerradura. ¿No le parece el lugar más adecuado para una llave?

Dodd lanzó un quejido.

—Y a propósito, Dodd, le comunico que han desvalijado, con éxito, la caja de caudales de Umpleby. Ya no contiene nada que pueda interesarnos.

El policía dio un salto en su asiento.

—¿Desvalijado? ¿Quién diablos puede haber sido el autor de esa hazaña? ¿Alguno de los habitantes de la Facultad?

—No tengo la menor idea.

El policía local contempló durante un instante a su colega con desconfianza.

—Pero ¿ha visto usted alguna luz en este asunto? —preguntó.

—¡Ya lo creo! Muchísima luz. Raudales de luz parten de todos los rincones. Y estoy segurísimo de que usted me trae más luz todavía.

—Algo he sabido —respondió Dodd—. Pero antes quisiera enterarme, en líneas generales, de lo que ha sucedido aquí. Es decir, si tiene usted tiempo para narrármelo

—y mientras decía esto miró con cierta jocosa severidad su reloj y el anuncio clavado en la puerta de la habitación. Su admiración por Appleby se acrecentaba cada vez más. Si a él se le hubiera perdido esa llave, nunca lo hubiera tomado con ese aire despreocupado. Comprendía además que Appleby hacía algo más que tomar el asunto con elegante indiferencia: estaba demostrando una espontánea y muy sincera confianza en sí mismo. Por más que le golpearan en la cabeza, siempre se sentía dueño de la situación, en apariencia al menos. Mientras que Dodd sabía que si él fuera el golpeado, la vergüenza y la furia le durarían días enteros.

—Perfectamente —dijo Appleby—. Le diré en síntesis lo que he averiguado: en primer lugar, su amigo el honorable y reverendo Tracy está metido en un lío. Lo que no sé es si le preocupa la reputación de la Facultad o algún motivo de orden personal que desconocemos. Lo cierto es que la Facultad de San Antonio se verá expuesta a gran publicidad en un futuro inmediato, y las preocupaciones del decano parecen relacionarse con este aspecto de la cuestión. En segundo lugar, ya sé de dónde provienen los huesos...

Dodd se irguió en el asiento.

—¿De dónde?

—De Australia, mí estimado Dodd. La última joya de la Tierra descubierta por el hombre. «Tierra Australis del Espíritu Santo».

Dodd lo miró desconcertado.

—¿Está usted seguro de que no provienen de Atenas o de Esparta —preguntó sarcásticamente—, lo mismo que los *Deipno-no-sé-cuántos* de la biblioteca de Umpleby?

—Los huesos fueron traídos desde Australia, y no por artimañas irracionales, como decía *sir* Thomas. Fueron arrancados al piadoso cuidado de una tribu de aborígenes para satisfacer las aficiones científicas de un tal John Haveland.

—¡Haveland! ¿De manera que son suyos?

—Suyos son. Y ya presentó sus excusas por no haber proporcionado las explicaciones pertinentes durante sus interrogatorios de ayer. Parece que John guardaba los cráneos y demás en su alacena particular, con todos sus juguetes, y ahora están en el despacho del rector. Por eso nos invita a considerar dos posibilidades en el crimen. Una, que él mismo lo cometió y dejó los huesos a manera de firma; otra, que alguien trató de incriminarlo. Después invitó a sus eruditos camaradas a que me contaran cómo, hace unos cuantos años, hubo un tiempo en que él no estuvo muy bien de la cabeza. Creo que esto último coincide muy bien con cualquiera de las dos probabilidades... ¡Oh! Y tampoco estuvo muy amable con Empson.

»En tercer lugar, y prosiguiendo con el tema de las llaves, los submarinos y el escalamiento de alturas, le diré que en San Antonio vive un hombre que el día menos

pensado escalará la cumbre del Himalaya y que, en esta ciudad, ha trepado a la torre de San Baldred. Se trata de Campbell, y espero que usted tendrá en su bolsillo los informes que se refieran a él. Cuarto: el rector Umpleby no era muy querido. John Haveland se queja de sus robos, robos de erudito. Pensándolo bien, esto último parece más inverosímil que una serie de asesinatos...; sin embargo, encontró eco en toda la confraternidad reunida.

»Quinto: la caja de caudales de Umpleby, como ya le he dicho, ha sido violentada por un tal señor X, que sabía la combinación del cierre. X tenía la décima llave. Partió de la residencia de profesores, o entró por la puertecilla trasera que comunica con el exterior. X es un hombre extraño, pero inteligentísimo. Dejó abierto tras de sí el portón occidental porque producía un ligero chirrido, error de raciocinio. Dejó la llave en la cerradura..., ejemplo de colosal negligencia.

—Pero —interrumpió Dodd— ¿por qué tuvo que atravesar el portón que comunica con el cuerpo principal del edificio?

—Después del robo realizado con tanto éxito —dijo Appleby, meneando la cabeza—, querría conversar un instante con alguien que vive en los otros cuerpos. Como le digo, es extravagante e inteligentísimo. Se halló de pronto encerrado, cuando regresó para escapar..., y se zafó de la trampa sin misericordia, sin vacilaciones, sin perder la cabeza y sin golpear demasiado fuerte.

Y aquí Appleby se acarició tiernamente el cráneo.

—Sexto: bajo el prosaico nombre de Gil Gott, segundo censor de la Universidad, se oculta nada menos que Gilbert Pentreith.

Dodd dio un brinco.

—¿Y pensar que ni lo sospeché!

—Así es. Sentado allí, en sus habitaciones del patio de Surrey, dedica sus horas libres a imaginar esos lindos asuntitos. Ya le dije que de todas partes brotaban raudales de luz.

»Séptimo: Raymond Pownall, distinguido historiador, se pasa las noches gateando por el suelo de su habitación, presa del pánico.

»Octavo y, por el momento, último: Samuel Still Titlow atrae a los honrados policías a sus habitaciones y luego los hechiza con profundas y convincentes peroratas sobre el fin del mundo. Pone término a esas conversaciones diciendo que los tiempos son tan raros que no sería nada difícil que San Antonio fuera un verdadero almácigo de asesinatos. Después, aconseja la lectura de los clásicos secundarios de la literatura inglesa.

Y deja caer misteriosas indirectas sobre su situación en el instante del crimen.

—¿Diría usted —interrumpió Dodd con su repentina agudeza— que Titlow, lo mismo que X, es extravagante e inteligentísimo?

Appleby asintió, pensativo.

—Sí —repuso—, lo es. Pero ése solamente sería uno de los aspectos, que, por lo demás, es frecuente en este ambiente. Y estoy de acuerdo con él. Espero que mi próximo caso sea en Hull, entre los mineros.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Dodd.

—Usted está como pez en el agua, satisfecho y feliz —dijo.

Pero de pronto lo asaltó una idea inesperada.

—¿No habría rastros del ladrón en el despacho de Umpleby? ¿Y si hubiera regresado para borrar alguna huella?

Appleby meneó negativamente la cabeza.

—Uno de sus hombres ha estado sentado allí desde anoche, cuando me recuperé del desmayo... Me imagino que a estas horas habrá telefoneado pidiendo un relevo. Naturalmente, hubo un intervalo desde el momento en que X regresó de Orchard Ground; durante ese período de tiempo bien pudo haber vuelto al escritorio para borrar cualquier rastro. Pero creo que no dejó ninguno, por extravagante y distraído que sea. Examiné las colillas de cigarro y las demás cosas esta mañana y..., ¡nada!

Y no me hago ilusiones de encontrar huellas digitales en la décima llave.

Reinó un momento de silencio y Dodd sacó del bolsillo sus anotaciones. Una de las características del inspector era la de tener siempre a mano algún papel que sacaba en el momento propicio; vivía en un ambiente de minuciosos informes y documentación concienzuda. En el mismo instante, Appleby sacó las notas y declaraciones que le habían sido entregadas el día anterior. Poco tiempo había tenido para estudiarlas: el contacto directo con las personas de que se ocupaban esos documentos absorbía todo su tiempo.

—El agente Sheepwash —comenzó Dodd con la particular gravedad que adoptaba cuando saboreaba las ironías y absurdas situaciones en que abunda su profesión—, el agente Sheepwash cenó anoche con la cocinera de Lambrick. Unas horas antes se interrumpió la corriente eléctrica en casa de Chalmers-Paton, y el sargento Potter desempeñó las funciones de electricista; después de prolongadas operaciones, realizadas casi todas en las habitaciones del servicio doméstico, las luces funcionaron nuevamente. El agente Babbitt, que se presentó en calidad de periodista a la familia Campbell, fracasó en su misión, pero tuvo mejor éxito esta mañana, disfrazado de lechero. El sargento Kellett se ocupó de investigar las andanzas del segundo censor, míster Gott; en su recorrido por las tabernas y lugares de diversión, Kellett se vio obligado a consumir una buena cantidad de bebidas alcohólicas, pero a pesar de todo, en esencia, su informe es bastante coherente.

Terminada la broma, Dodd volvió a su tono habitual.

—¿Qué le parece —preguntó— si leemos ahora las declaraciones tomadas ayer? Usted lee, y yo cotejo con estos informes que tengo aquí. Así aclararemos la situación de estas cuatro personas que estaban fuera del edificio durante la noche del crimen.

Su interlocutor asintió.

—Comenzaremos con Campbell —dijo—. Veo que éstas no son las declaraciones verbales, ¿no es así?

—No, son simples resúmenes de las declaraciones preliminares que obtuvimos a toda prisa. No servirían como prueba. Hoy tendrá usted en su poder las declaraciones en regla. De cualquier modo, necesitamos algunas antes de que el médico forense inicie la investigación.

Appleby asintió nuevamente y comenzó a leer.

Campbell, Ian Auldearn (29). Fue nombrado profesor del establecimiento hace seis años; hace cuatro que se casó; vive en un piso alquilado en el número 99 de la calle de las Escuelas; jamás tuvo en su poder ninguna de las llaves de la puerta de San Antonio. Declara no tener ningún dato capaz de aclarar el misterio de la muerte de Umpleby. Estuvo relacionado con el difunto rector en investigaciones científicas, pero no fue su amigo personal.

9.30: Salió de la Facultad y volvió a su casa. Media hora después salió nuevamente rumbo al Club Chillingworth, situado en Stonegate.

11.50 (aproximadamente): Regresó del club a su casa, pero, recordando que debía discutir sobre ciertos asuntos de negocios con *sir* Theodore Peek, que reside en una casona llamada Berwick Lodge, en la carretera de Luton, y que *sir* Theodore suele acostarse muy tarde, se dirigió hacia allí y llegó a la casa alrededor de la medianoche. Sostuvo una breve conversación con su amigo y luego regresó a la calle de las Escuelas; entró en su domicilio unos minutos antes de las 12.30.

Tan pronto como Appleby terminó su lectura, Dodd inició la del informe del agente Babbitt, con el tono monocorde de quien recita una antífona:

Según las instrucciones que me fueron impartidas, entré en conversación con Mary (apellido desconocido) en el número 99 de la calle de las Escuelas, a las 7.25 a. m. Después de varias observaciones de carácter general, que creo innecesario anotar, la informante declaró: 1) que sus patronos tenían un horario corriente; 2) que *míster* Campbell regresó aquella noche poco antes de las 9.30, pero volvió a salir unos 45 minutos después; 3) que le pareció oírlo regresar largo rato después de medianoche; 4) que a la mañana siguiente, durante el desayuno, le dijo a su esposa que la noche anterior había visitado a esa vieja gárgola de Peek, y lo había encontrado soñoliento y gruñón (¿se trata de un perro enfermo?). Nada más logré averiguar.

Appleby tomó una nota. Luego dijo:

—De manera que se interrogó a los del club y a los sirvientes de *sir* Theodore... ¡el perro enfermo! El momento más importante es el de su permanencia en el club. Pero los dos informes se corroboran.

Y, sin más, pasó a la nota siguiente.

Chalmers-Paton, Denis (40). Profesor en la Facultad de San Antonio y en otros dos establecimientos universitarios. Está casado y vive en la avenida Angas, número 12. Nada sabe sobre el asesinato del rector.

9.30: Salió de la Facultad y regresó a su casa. Leyó en voz alta a su esposa *La decadencia y caída del Imperio Romano*. Luego *mistress* Chalmers-Paton se retiró a sus habitaciones y el profesor continuó leyendo en su escritorio *La decadencia y caída del Imperio Romano* hasta poco antes de medianoche. A esa hora se acostó.

Nuevamente, Dodd cotejó estos informes con los que le proporcionaran sus hombres. Chalmers-Paton había vuelto a su casa, había leído un rato a su esposa y se

había retirado a su escritorio «unos minutos antes de las once». Nada sabían los sirvientes sobre lo que hizo después, y no se permitió al sargento Potter interrogar a la dueña de casa. No obstante, había medido el tiempo que se tarda en recorrer a pie el camino que media entre la Facultad y el número 12 de la avenida Angas: era de 20 minutos. Chalmers-Paton no tiene automóvil.

—Casi satisfactorio —dijo Appleby—, pero no del todo. Nuestro hombre se retira a su despacho demasiado temprano. Si a las 10 de la noche estaba en su casa leyendo, «un poco antes de las 11» podrían ser muy bien las 10.40. Y contando con la posibilidad de que utilizase algún medio de transporte para su traslado: un taxi, por ejemplo, no es suficiente. Y no nos consta que no sea el poseedor de la décima llave.

—Su coartada tiene un pequeño fallo. Y la de Campbell en el club me parece demasiado buena. Siempre conviene desconfiar de las coartadas demasiado buenas.

Appleby sonrió. El que hablaba era el Dodd de las novelas policiacas. Pero no le faltaba razón. Concentró su atención en la nota siguiente.

Lambrick, Arthur Basset (54). Ha sido profesor del establecimiento durante los últimos 24 años. Está casado y vive en la casa contigua a la de Chalmers-Paton. Hace largos años que tiene en su poder la llave del portón. Dijo al inspector Dodd: «No puedo convencerme de que yo sea quien asesinó a nuestro pobre rector».

9,30: Regresó a su casa y allí permaneció, «ya que ignoraba que sucediese algo en ese instante».

—Aquí tenemos al humorista del grupo —murmuró Appleby.

Y escuchó a Dodd, que leía el informe del agente Sheepwash. El caso parecía clarísimo. Lambrick había regresado antes de las diez, jugó a los dados con su hijo mayor hasta las once, y después bailó con su hija mayor durante cerca de media hora, a los acordes de una orquesta que transmitía por radio su programa de bailables. Una de las criadas, que estaba aún despierta a esa hora, consideró inmorales estas actividades y por eso las recordaba muy claramente.

—No vale la pena sospechar de esta coartada —reconoció Dodd—. Pero no sería imposible que hubiese prestado su llave a alguien, ¿no le parece?

—¿Y que bailara, por decirlo así, mientras Umpleby se enfriaba? Es posible. Podría haberle prestado su llave, pongo por caso, a Chalmers-Paton, su vecino.

El tono de Appleby era distraído, y pasó un instante mientras concentraba una vez más su atención en los papeles.

Gott, Gil (32). Hace seis años que llegó a la Facultad. Desde que ocupa el cargo de segundo censor, hace un año, posee la llave del portón. No tiene nada que declarar sobre la muerte del rector.

9.30: Salió de San Antonio por la puertecilla trasera y pasó al despacho del censor. Allí se ocupó de asuntos del establecimiento hasta las 11.15. Permaneció solo durante este lapso.

11.15: El primer censor regresó de su gira, acompañado por los cuatro funcionarios de guardia. Entonces Gott inició su inspección, recorriendo diversos barrios de la ciudad. Tardó más que de costumbre, y despidió a sus satélites a la puerta del recinto universitario, a eso de las 12.20.

Appleby meneó la cabeza al terminar la lectura del informe.

—Aquí no hay coartada —dijo—, ni siquiera la sombra de una coartada. Estuvo solo en su despacho hasta quince minutos después de la hora en que se oyó el disparo y se encontró el cadáver del rector. Y si se utiliza la puerta trasera, hay siete u ocho minutos de camino entre ese despacho y Orchard Ground.

La topografía de Appleby era extraordinariamente exacta.

—¿Qué es lo que ha podido averiguar su sabueso sobre Gott? No creo que haya sabido nada útil.

—Kellett recorrió la ciudad, averiguando cuáles fueron las actividades de los censores durante la noche del crimen. Todo parece en regla. Entre 9.30 y 11 inspeccionó el primer censor; a partir de las 11 fue reemplazado por Gott, que prosiguió su gira por distintos lugares hasta mucho después de la medianoche. Nadie lo vio hasta cerca de las 11.30, pero no sería posible que hubiese salido subrepticamente de su despacho y hubiese llegado a San Antonio sin ser reconocido. La noche era oscurísima. Le advertiré, de paso, que Kellett no ha hecho averiguaciones directas en las oficinas de los censores, ni ha interrogado a los cuatro funcionarios. Creo que ese procedimiento ha de efectuarse abiertamente y en forma oficial. Como usted dice, no hay coartada alguna..., o mejor dicho, la que hay no corresponde al momento que nos interesa; es una coartada tardía. Kellett ha tratado de corroborarla en todos sus detalles, pero me parece trabajo perdido.

—¿De manera que Kellett siguió los pasos de Gott a partir de las 11.15? Mejor será que lo sepamos todo.

A veces, Appleby se aferraba estrictamente a la rutina.

—Perfectamente. Gott se dirigió directamente a la estación del ferrocarril. Allí esperó con sus hombres la llegada del tren de las 11.32, que viene de la capital. Luego volvió a Town Cross, donde fue visto por uno de nuestros agentes de servicio a las 11.40. Luego siguió rumbo a Stonegate y debe de haber seguido por ese mismo camino, pues al toque de las 12 se le vio en la taberna del Caballo Verde.

—¿Qué es eso?

—Una taberna de dudosa reputación, situada sobre la carretera de Luton; es un lugar indicado para una visita de inspección a altas horas de la noche. Pero Gott no perdió mucho tiempo en ella, pues a las 12.15 estaba de regreso en Town Cross y recorría la calle de las Escuelas, camino de San Antonio, según él mismo dijo.

—Y volviendo a la taberna del Caballo Verde, ¿interrogó Kellett al personal del servicio para obtener estos informes?

—No. Se los proporcionó un granjero que había dejado su bicicleta estacionada en el patio, y regresó a medianoche para buscarla, momento en el cual se topó con Gott. Kellett tuvo que hacer un despliegue de habilidad para interrogarlo. Naturalmente, el hombre estaba al corriente de cuanto sucede: todo el mundo conoce aquí al censor y a su toga. Y además, cuando salió al patio, vio a los cuatro

«polizones», según los calificó, que esperaban a Gott.

Appleby se había puesto de pie y recorría inquieto la habitación; nunca le había causado mayor perplejidad el misterio de la Facultad de San Antonio que en este preciso instante. De pronto, se detuvo.

—¿Tiene usted por casualidad un plano de las calles, Dodd?

Sin responder una palabra, Dodd sacó un mapa de su bolsillo. Su colega lo desplegó y permaneció varios minutos estudiándolo.

—Curioso —murmuró—, sumamente curioso. Ésta es la primera rareza que nos ha saltado a la vista. Y, al mismo tiempo, carece de importancia, como muy bien usted dice. Le repito, Dodd, en este asunto hay demasiada luz, demasiadas pistas interesantes.

Y volvió a pasearse por la habitación, con largas zancadas.

—Y bien —preguntó Dodd, con tono levemente agresivo, después de un largo silencio—, ¿qué piensa usted hacer ahora?

—Creo que voy a dar un paseo. Pero antes hay otro asunto que me interesa. ¿Tiene usted un poco de tiempo disponible esta mañana? Desearía que llamase a Pownall y le hiciese un interrogatorio en toda regla en el comedor de la rectoría. Y quiero que el interrogatorio se prolongue por espacio de más de media hora.

La habitación de Raymond Pownall era muy descolorida. Los libros estaban raídos y en desorden; aquí y allá unos cuantos periódicos aumentaban el aire turbio y triste del conjunto. Unos pocos cuadros reproducían motivos de la estatuaria griega; se trataba de esas reproducciones fotográficas en las que el mármol se destaca sobre un fondo negruzco. La alfombra, de un azul desteñido, estaba adornada con cenefa de color negro intenso.

Esa alfombra interesaba profundamente a Appleby. Ante la seguridad de que su propietario estaba a esas horas encerrado en compañía de Dodd, se arrodilló sobre ella y la estudió con el mismo minucioso cuidado que presenciara esa madrugada. Primero estudió el dibujo, una serie de grandes flores. Luego, guiado por esa misma ornamentación, recorrió con la vista cada pulgada de superficie. Después de veinte minutos de trabajo había recorrido toda la superficie... sin encontrar nada.

Se enderezó, se sentó y comenzó a meditar. Y de pronto sintió un escalofrío; la aventura nocturna que había vivido lo había dejado muy sensible al frío... Frío. Miró en torno a sí. En esa mañana glacial, de sol pálido, las ventanas de Pownall estaban abiertas de par en par. Comenzó de nuevo su tarea, inclinado sobre la alfombra, pero esta vez no miraba, olía... Pocos minutos después se puso en pie, salió al jardín y envió un recado a Dodd por intermedio de un agente allí oculto. Necesitaba una hora más. Volvió a inclinarse sobre la alfombra.

El azul claro había sido teñido de negro. Se había cambiado simétricamente el

dibujo de la cenefa en siete puntos diversos, y en todos ellos se advertía un tenue olor a tinta. Una ligera frotación con el pañuelo reveló en cada uno de esos lugares una mancha delatora: tinta china.

—¡Qué artimaña más curiosa! —murmuró Appleby, y sacó un puñado de sobres en blanco del escritorio de Pownall. Un momento después estaba otra vez arrodillado sobre la alfombra, trabajando industriosamente con unas tijeritas.

En esos instantes, en la habitación 2-6, situada sobre el patio de Surrey, se realizaba un rito de antiquísima fecha. Míster David Pennyfeather Edwards, estudiante mayor o más antiguo de la Facultad de San Antonio y ocupante de esas habitaciones, estaba en cuclillas ante el fuego, apoyado —muy adecuadamente, según él— en un grueso volumen de *Analítica posterior*, y preparaba un sencillo brebaje matutino compuesto de dos ingredientes básicos: leche y vino de Madeira. Michael de Guermantes-Crespigny, el angelical director de oraciones de la noche anterior, estaba tendido cuan largo era sobre una banqueta, junto a la ventana, y sostenía sobre su estómago un ejemplar del *Lector anglosajón* de Sweet. Horace Kitchener Bucket, uno de los deportistas de la casa, jugaba distraídamente a las cartas haciendo un solitario que requería el empleo de cuatro barajas y todo el espacio disponible de la habitación. Las sillas y las mesas estaban literalmente cubiertas de cartas. Y los tres jóvenes ejercitaban su talento en la conversación.

—La desaparición de la Calamidad Rectora —dijo míster Edwards— sugiere diversas e interesantes hipótesis. Por ejemplo, ¿qué haría usted, mi querido inspector, si supiera quién perpetró este útil y saludable acto?

Míster Bucket, interpelado con el título de inspector, aludiendo a la inmortal novela de Charles Dickens, se arrastró unos centímetros sobre la alfombra para recoger un diez de corazones, y meneó la cabeza.

—No sé, David. Esperaría a ver si me dan alguna gratificación.

—Estoy persuadido —murmuró míster Crespigny desde su asiento junto a la ventana— de que nuestro inspector está tan corrompido por la burguesa afición al dinero, que sería capaz de aceptar sin remordimientos el precio de la sangre. Horace, me repugna usted... ¿Cómo va esa bebida?

Horace, que miraba detrás del sofá esperando encontrar el as que le faltaba, respondió con mucha calma:

—Aristóteles, o tal vez Platón, no recuerdo bien, era tendero, o hijo de un tendero. Y vuestro propio tocayo, querido Michael, el sabio de Perigord, vendía pescado. En cuanto a vos, sois un retoño indeseable, malsano, degenerado y absolutamente repugnante, con anticuados privilegios de casta. Además, vuestras costumbres personales se tornan cada día más desagradables; vuestro hablar, confuso e incoherente; vuestro porte, vacilante y, por encima de todo, vuestra total

incapacidad para hablar con sentido común, nos han persuadido a David y a mí — aunque tratemos de disimularlo— de que estáis minados por los efectos de una dolencia retributiva.

Y vuestro sastre, cuyo mal gusto es perpetuo motivo de asombro para mí, si me permitís decirlo, agradecería cualquier suma de dinero, aunque fuese a precio de sangre, que vos pudierais hacer producir a Uempleby: con ella se alimentarían los ocho niños que vuestras deudas sumen en la miseria.

Mucho antes de terminar estas observaciones, Horace había perdido todo interés por ellas. Hablaba maquinalmente, mientras sus manos manipulaban con destreza las barajas que yacían alrededor de la chimenea. De pronto añadió:

—¿Quién mató a Uempleby?

—Uempleby —respondió Michael— fue apuñalado por un sirviente bribón, rival suyo en sus bajos amoríos, y murió blasfemando. ¿No te parece, David, que podría haber sido ese misterioso semita llamado Slotwiner? Celos ardientes se habían despertado entre ambos a propósito de la señora de Tunk, la lavandera. Pero todo fue inútil, pues la señora de Tunk está definitivamente entregada a nuestro omnívoro y promiscuo Horace.

—Pero ¿qué haríamos? —interrogó David, levantándose de un brinco para distribuir el Madeira falsificado—, ¿qué haríamos si lo supiéramos?

Michael se irguió en su banqueta, cerrando de golpe el volumen de Sweet; Horace se puso de pie, desparramando una nube de cartas al hacerlo, y los tres se miraron atentamente por encima de sus jarros. Un momento antes, las reglas de juego exigían la más absoluta falta de interés y un humorismo perezoso y soñoliento. Ahora podían mostrarse interesados. Aquello parecía una bandada de pájaros que se elevara bruscamente del suelo, impulsada por un estímulo misterioso y repentino.

—¿Dependería tal vez —preguntó Horace— de la catadura moral de Uempleby? Necesitaríamos saber hasta dónde llegaba su maldad.

—O hasta dónde llegaba la bondad del asesino —inquirió Michael.

—¿Qué quieres decir? —preguntó David—. Si se trata de un hombre honrado, que al asesinar a Uempleby cometió un crimen, su bondad nada tiene que ver con nuestra resolución, ¿no es así? Tendría que ser honrado como asesino, y no solamente como hombre, si quiere que tomemos en cuenta su rectitud. Quiero decir que si asesinó impulsado por algún motivo éticamente puro... lo pensaríamos.

—¿Acaso se puede asesinar impulsado por un motivo puro? —protestó Horace.

—Supón que Uempleby fuese un hombre perverso, pero en cosas que escapan a la acción de la justicia. Supón que obrase mal, y que no pudiese dejar de hacerlo; con el resultado de que otras personas inocentes se verían llevadas al borde del suicidio, matarían a sus hijitos, cometerían estafas, y demás. ¿Crees que en tal caso sería éticamente puro eliminarlo?

—¿Sería el motivo, aunque no el hecho, éticamente puro? —interpuso Michael, quien, aunque no muy práctico en tales disputas, siempre tenía algo que decir.

—¿Y si Uempleby hubiese sido un hombre bueno en el fondo —sugirió Horace— pero desequilibrado?... Supón que tuviese un desdoblamiento de la personalidad; eso es, que fuese una de esas personas que ha estudiado Morton Prince: un día son de un modo, al día siguiente se transforman por completo...

—El hombre y la bestia; el doctor Jekyll y mister Hyde dijo Michael, muy oportunamente, pero nadie le prestó atención.

—Imagínese que tuviera dos personalidades, «a» y «b». Y que «a» fuese, pongo por caso, un chantajista Y «a» conociera la existencia de «b», pero «b» nada supiese sobre «a». Imagina que el mismo crimen también fuese obra de una personalidad desdoblada, con tres núcleos: «x» ignora la existencia de «z», pero conoce la de «y» y sabe...

—¡Alto ahí! —dijo Michael—. No te alejes del cadáver... y del que eliminó a Uempleby. Cuando descubramos quién fue, tendremos tiempo de sobra para discutir si es moralmente lícito intervenir y cobrar la recompensa ¿Por qué no podríamos aclarar el misterio... si es que Gott no se nos adelanta?

—¿Y por qué habría de adelantárenos Gott? —preguntaron ambos al unísono.

—Gott puede descubrirlo todo si se lo propone —sostuvo Michael, que tenía inmensa confianza en su profesor—, pero lo más probable es que no se tome el trabajo de hacerlo.

—Estoy seguro de que fue Gott el culpable —declaró David—. Ese individuo debe de tener una imaginación morbosa... ¡qué cosas escribe! El hombre que fue capaz de escribir *El asesinato en la cueva de estalactitas*, con todas esas digresiones sobre cuánto puede tardar en petrificarse un hombre maduro y bien alimentado, debe de ser capaz de cualquier cosa. ¿Os dije que ayer traté de sonsacarle algo al viejo Curtis, y me dijo que el rector había sido asesinado con «circunstancias grotescas concomitantes»? ¿Qué habrá querido decir? Me pregunto si es posible que Gott lo haya destripado.

Haciendo caso omiso de esta insinuación injuriosa, Michael desarrolló su propio punto de vista.

—No veo qué daño haríamos tratando de descubrir al asesino. Nos divertiríamos. Verdad es que ignoramos los hechos, pero mucho puede hacerse mediante la reflexión inteligente. Tú y yo, David, somos inteligentes, y el pobre Horace suele tener sus momentos felices.

Horace, impertérrito en su aplomo de humanista dotado de una cultura clásica superior, dijo:

—Claro está que somos más inteligentes que la policía, aunque ese individuo de Scotland Yard ha de ser hábil también, a su manera cuidada y minuciosa. Pero no

somos más inteligentes que Deighton-Clerk o Titlow, y ellos también están al corriente de los hechos. Es más probable que ellos acierten, y no nosotros.

Horace, a su vez, creía en la inteligencia casi sobrehumana e ideal de sus preceptores. Hubo una breve pausa. David dijo:

—Sé algo. Y lo que es más interesante aún, tengo una teoría.

Hubo otra pausa. En todas las camarillas hay un caudillo, y aquí el caudillo era David. La atención de sus camaradas fue inmediata.

—Se trata de algo que a nadie se le había ocurrido hasta ahora, de una teoría que abre nuevas perspectivas. Os lo diré todo.

Y se lo dijo.

POWNALL, PÁLIDO Y fastidiado después del largo interrogatorio de Dodd, se detuvo más pálido aún en el umbral de su habitación. En efecto, sentado junto al fuego estaba el colega del inspector Dodd: míster Appleby, de Scotland Yard, que al ver entrar al profesor salió a su encuentro.

Tal como lo aconsejaban las circunstancias, Appleby presentó corteses excusas.

—Espero que me perdonará usted si me he tomado la libertad de esperarlo en su habitación. Decidí aguardar unos minutos, por si usted regresaba Y caí en la tentación de sentarme junto a la chimenea. La mañana es bastante fría.

Y los ojos de Appleby señalaron las ventanas abiertas de la pequeña sala. Lentamente, como tratando de ganar tiempo mientras lo hacía, Pownall cerró la puerta. Cuando la hubo cerrado comprendió, con un leve sobresalto, que acababa de encerrarse con el policía. Pero no apartó su mirada de él en tanto que atravesaba el recinto y tomaba asiento frente al inspector. Era un hombre canoso e inexpresivo; su rostro lampiño, de cutis fresco, hacía imposible calcular con alguna aproximación su verdadera edad; llevaba los cabellos cortados al rape, al estilo alemán. Tenía la costumbre de inclinar la cabeza a un lado y unir las manos suavemente sobre el pecho, actitud dulce, casi femenina, que contradecía extrañamente la dureza de sus helados ojos azules, de mirar lento y acerado. Aquellos ojos, tan fríos en la madrugada anterior, conservaban toda su dureza y miraban fijamente a Appleby en aquel momento. Pownall permaneció inmóvil. Era un hombre de movimientos torpes y daba la sensación de estar aterrado pensando que un falso movimiento físico podía acarrear una serie de torpes revelaciones.

—Acabo de firmar una declaración para su colega, que me ha interrogado largamente. ¿En qué puedo servirle ahora?

Pownall habló en tono sereno e inexpresivo; la única dureza radicaba en las palabras elegidas. Pero mientras hablaba sus ojos recorrieron la habitación con mirada que quería ser distraída y en realidad era inquisitiva y fría. Durante todo este tiempo conservaba la misma actitud, con la cabeza a un lado y se asemejaba vagamente a la pardusca fotografía de Alejandro Magno que colgaba de la pared.

—¿Ha podido agregar usted algo a su primera declaración de ayer? —preguntó Appleby, con el mismo tono sereno; pero la pregunta cobró un matiz especial por la larga pausa que la siguió.

Pasado el embarazoso silencio, Pownall replicó:

—Nada he agregado.

Hubo una nueva pausa.

—¿No conoce usted alguna circunstancia relacionada con la muerte del rector, y que pueda sernos de utilidad?

—No.

—¿Acaba usted de jurar eso?

Nueva pausa. Y de pronto, Pownall se puso en pie de un salto y cruzó el cuarto. Su objetivo resultó ser una cajita de vidrio llena de cigarrillos que, por lo visto, se proponía ofrecer a Appleby. Pero este curioso y repentino gesto de hospitalidad no llegó a realizarse: la caja se escapó de los dedos de Pownall y su contenido se desparramó por el suelo. La torpeza de movimientos que caracterizaba al profesor explicó el pequeño accidente. Pero para el policía no hubo tal casualidad, sino una nueva demostración de que los cerebros de la Facultad de San Antonio funcionaban con notable rapidez y destreza.

Pownall se inclinó al punto. Recorrió la alfombra con sus dedos, a medida que recogía los cigarrillos.

Y cuando volvió a enderezarse, su rostro, que debía haberse enrojecido por el esfuerzo realizado, estaba más pálido aún. Ambos se miraron a los ojos durante unos instantes. Y luego —en forma indirecta— Pownall contestó a la pregunta que se le formulara un momento antes.

—Ninguna revelación tengo que hacer en lo que respecta a la muerte del rector. Pero he considerado como una obligación no revelar, por el momento, ciertas circunstancias que, aunque se relacionan con su muerte, no aclaran el misterio que la envuelve.

—La declaración que acaba de firmar ante el inspector Dodd, míster Pownall, puede usarse en contra de usted en los tribunales. Usted no lo ignora. Y también puede perjudicarle el haber omitido ciertos datos importantes en su declaración.

—Mister Appleby, opino que no puede calificarse de perjurio el tomar nuestras propias decisiones respecto a lo que conviene o no decir en una declaración formulada para la policía.

Appleby se inclinó cortésmente, mostrando que se rendía al argumento. Pero su tono era incisivo cuando dijo:

—En determinadas circunstancias, puede resultar muy peligroso rozar el perjurio. Es peligroso, por ejemplo, pasar la noche que sigue a un crimen tratando con diversas sustancias el suelo de nuestra habitación. Como usted acaba de comprobar, he sacado una muestra de cada punto de la alfombra que usted cubrió con tinta; el análisis revelará qué había debajo de esas manchas.

Appleby confiaba mucho más en las propias revelaciones de Pownall que en el análisis químico. El profesor comprendería a las claras que la alfombra constituía de por sí una prueba en su contra, aparte de lo que podría revelar la investigación. Y lo comprendió. Su confesión fue brusca y fría.

—Esa tinta oculta manchas de sangre.

Reinó un nuevo silencio, y Pownall efectuó el primer gesto que hacía desde el

momento en que se sentó por segunda vez ante el inspector. Hizo una especie de ademán resignado por lo que acababa de revelar. Y luego prosiguió:

—Usted se preguntará, sin duda, cómo es posible que un hombre inteligente haya procedido tan estúpidamente como yo. Y bien; la única respuesta es... sangre. Dicen que verter sangre es una especie de embriaguez, que uno se siente etéreo y ágil como un ángel. Yo también me embriago, me he embriagado de sangre. Pero no la derramé jamás. Y no me sentí semejante a un ángel. No, por cierto.

Hubo otra pausa, de esas que ya parecían inevitables en el transcurso de cualquier conversación con este hombre callado, torpe, inexpresivo. Pero esta pausa —a pesar de la incoherencia de sus anteriores palabras— estuvo bien calculada, como si el hombre hubiera jugado la primera partida de un difícil juego de destreza y meditara hondamente para abarcar el alcance de su movimiento.

—Había sangre sobre la alfombra. Aquí —y Pownall, levantándose, llegó hasta el centro de la habitación y señaló con la punta del pie—. No mucha, apenas unas gotas, quizá dos pulgadas..., y estaba medio seca. Tomé una hoja de papel secante. Recuerdo que me pregunté si ese papel absorbería la sangre, aunque estuviese semicoagulada. La absorbió, y sólo quedó una manchita de media pulgada de diámetro. Sobre el negro no se veía; en cambio, destacaba sobre el azul celeste. Entonces tomé el frasco de tinta, una tinta china muy negra que tengo, y cambié el dibujo. Ayer, cada vez que miraba la alfombra, la pequeña irregularidad —una minúscula irregularidad de media pulgada— me saltaba a la vista. Pero, sobre el azul, la tinta teñía perfectamente, reproduciendo el mismo tono negro del resto de la alfombra. Y reflexioné, hasta que me decidí a cambiar la alfombra íntegra durante la noche, haciendo un dibujo simétrico. Cuando hice esas manchas que usted ve, comprendí que se percibiría el olor. Pero con las ventanas abiertas...

Se detuvo. Parecía absorto en sus pensamientos.

Y esta vez Appleby tuvo que sacarlo de su abstracción.

—¿Quiere usted hacerme una relación más coherente y menos dramática de cuanto sabe, por favor?

En el tono del inspector estaba implícita la convicción de que la opresión que dominaba a Pownall era «fabricada», de que su interlocutor interpretaba un papel. Pero, a pesar de todo, no estaba completamente seguro; esa extraña mezcla de agitación e impasibilidad que advertía en el profesor en verdad era desconcertante. Pownall obedeció la orden sin protestar.

—Muy bien —dijo—, lo haré —y después de una de las pausas que ya parecían inevitables en el ritmo de su conversación, añadió—: Todo comenzó con un sueño.

Si una hora antes se hubieran pronunciado estas palabras ante el inspector Dodd, este digno funcionario hubiera mostrado bien a las claras su impaciencia. Pero no así Appleby, que, por el contrario, sacó de su bolsillo lápiz y papel y comenzó a tomar

notas taquigráficas. Esto pareció estimular a Pownall, que inició una narración relativamente coherente.

—Suelo levantarme temprano, y me he acostumbrado a realizar las tareas más pesadas del día antes del desayuno. Adquirí este hábito cuando vivía en climas tropicales: he realizado largas investigaciones arqueológicas en Egipto y en Grecia. Por lo común, estoy en pie antes de las cinco y también me acuesto bastante temprano. Anteanoche regresé de la sala de profesores unos minutos antes de las nueve y media. Me senté aquí y leí aproximadamente durante veinte minutos. Después fui al antecomedor de servicio, que está situado sobre el corredor, busqué un poco de agua caliente, me lavé y me metí en la cama. Creo que antes de las 10.15 me había dormido: prefiero dormirme un cuarto de hora antes, siempre que me es posible... Bien, como le dije, todo comenzó con un sueño. Durante mi vida de estudiante fui remero, y este sueño se desarrolla en el río. Estábamos entrenándonos tal como se entrenan ahora, en botes de cuatro pares. Nuestro entrenador nos gritaba sus instrucciones, y recuerdo claramente que algo me inquietaba en su voz, había una nota extraña, quizá utilizaba un altavoz... Hacíamos práctica de salida y un mismo grito se repetía una y otra vez en mi sueño: «¡Adelante! ¿Listos? ¡Remar!». Esa última palabra era proferida con un alarido tremendo, como el restallar de un látigo, y nosotros remábamos río arriba. Sucedian otras cosas que ahora no recuerdo, quizá se haya interrumpido el sueño. Pero la situación se reproducía, siempre idéntica; era una especie de pesadilla de repetición. Y de pronto, sentí que una rara inmovilidad se apoderaba de mí, impidiéndome remar. El entrenador me gritaba repetidas veces: «Déjelas caer, Bow... Déjelas caer, Bow», refiriéndose a mis muñecas, pero yo no lograba hacerlo, y acabé por enredar lastimosamente los remos... Me desperté sobresaltado. Estaba cubierto de un sudor frío. Pero mi terror no era lo suficientemente intenso como para extrañarme, pues aunque soy víctima de frecuentes pesadillas, no llegan a atemorizarme seriamente. Pero en ese instante comprendí que alguien había estado en mi habitación. No sé cómo lo supe, pero supongo que, mientras dormía, el subconsciente lo comprendió. Un segundo después mis temores se vieron confirmados. Percibí en mi saloncito un ruido nítido, pesado. Si viviese en otro sector de la Facultad, hubiera pensado inmediatamente en una broma de los estudiantes, aunque por fortuna no son frecuentes. Pero a semejante hora y en Orchard Ground, sólo podía tratarse de uno de mis colegas o del portero. Y aunque nada tendría de raro que uno de mis colegas entrase en mi salón, era inverosímil que penetrase subrepticamente en el dormitorio, aprovechando que yo dormía. Por consiguiente, deduje que era un ladrón quien había irrumpido en la residencia de Little Fellows... No soy excepcionalmente valiente. Tardé un par de minutos en obligarme a mí mismo a levantarme y salir al saloncito. Al entrar vi un hilo de luz que provenía del vestíbulo y que desapareció al instante. Alguien acababa

de cerrar la puerta. Cosa curiosa (puesto que soy, como le he dicho, un cobarde): me lancé tras él sin vacilar. Y salí en el preciso instante en que una forma humana desaparecía en las tinieblas.

—¿En qué dirección?

La pregunta de Appleby, inesperada y cortante, resonó como un pistoletazo. Pero no pudo cerciorarse de haber desconcertado a Pownall, que apenas vaciló un segundo.

—Hay un solo camino —respondió—, y el hombre se perdió de vista antes de llegar a la encrucijada. Grité, y me consta que el desconocido me oyó, pues comenzó a correr.

—¿Quién era, míster Pownall? —preguntó el inspector, con suavidad.

Y esta vez Pownall titubeó de veras, y hubo otra de aquellas pausas bien definidas. Parecía pesar una vez más los efectos y las consecuencias de sus palabras antes de responder, finalmente:

—Lo ignoro.

—¿No tiene usted la menor idea? ¿Vio solamente una espalda? ¿Qué ropas llevaba?, ¿qué porte tenía?

Pownall meneó la cabeza y reanudó su relato en forma brusca.

—Volví a mi habitación, resuelto a telefonar enseguida a la portería. Pero al observarlo todo para ver si habían robado o destruido algo, divise...

—Una mancha de sangre, míster Pownall, dos pulgadas de sangre a medio coagular. Y la secó usted con un trozo de secante, y sacó su frasco de tinta... ¿Qué más?

Appleby se había vuelto verdaderamente temible. Había en su voz una incredulidad tan acerada y glacial, que hubiera bastado para desconcertar a cualquier malhechor empedernido. Pero Pownall permaneció sereno y dueño de sí.

—Así es —dijo—, descubrí la sangre y algo más. Dos trozos de papel chamuscado que había en el cenicero llamaron mi atención..., estaba seguro de que, cuando me acosté, ese cenicero estaba vacío. Al examinarlos, vi que eran dos páginas arrancadas de una agenda y casi completamente carbonizadas. En un ángulo que se salvó de las llamas, distinguí claramente la letra del rector.

Appleby, en cuyo bolsillo se encerraba en aquel momento la agenda mutilada del muerto, reconoció que esto, al menos, no era pura imaginación. Pero no demostró ninguna señal de asombro.

—He aquí algo digno del cerebro de míster Gott —dijo, y luego se sobresaltó al comprender el involuntario doble sentido de su observación—. ¿Y qué dedujo usted de estos indicios?

Pownall hizo un esfuerzo desesperado para saltar su obstáculo, como Haveland lo había hecho la noche anterior.

—Deduje que alguien había asesinado al rector y estaba tratando de incriminarme.

—Me figuro que semejantes deducciones se presentan espontáneamente a la mente de los habitantes de Chicago, pero no son comunes aquí. ¿Dice usted seriamente que pensó eso en aquel instante?

Pownall lo miró con frialdad.

—Eso fue lo que pensé.

—¿De manera que esas extrañas circunstancias: una mancha de sangre, unos papeles chamuscados, un merodeador nocturno, le sugirieron homicidios y conspiraciones? —el tono de Appleby expresaba abiertamente su incredulidad.

Esta vez su interlocutor no titubeó.

—Fue la sangre —dijo—. Me sacó de quicio..., me embriagó, como le dije hace unos momentos. Mis actos se hicieron anormales. Ese esfuerzo por ocultar las cosas fue anormal, no lo niego. Pero la deducción que hice fue perfectamente lógica y razonable. Partiendo de esos hechos: la visita clandestina a mis habitaciones, la sangre, los fragmentos semidestruídos que mostraban la letra de Umpleby, mi razonamiento sólo podía llevarme a una deducción: el rector, por increíble que pareciese, había sido asesinado o atacado, y el agresor trataba de desviar las sospechas hacia mí. Probablemente la sangre y aquellos papeles arrancados del diario fueron sólo pasos preliminares. Probablemente, yo acababa de interrumpir su plan. Lo natural sería que yo continuase durmiendo, mientras se desarrollaba su proyecto, pero ahora él sabía que yo estaba despierto. Lo más verosímil es que, confiado por la creencia de que tengo el sueño muy pesado, se hubiera propuesto dejar otras huellas en mis habitaciones. Es conveniente recordar que, cuando hubo un conato de incendio en la Facultad, hace cinco años, yo dormí profundamente durante el transcurso de la alarma, y fui víctima de las bromas del personal.

Luego continuó:

—Pensé que el criminal se proponía abandonar el cadáver en las cercanías y, después de dar la alarma, encaminar, por decirlo así, la búsqueda a mis habitaciones. Entonces se descubrirían esos indicios, que serían considerados como huellas fatales que yo olvidé antes de meterme cínicamente en cama. Si no hubiese despertado en aquel momento, me hubieran sacado de la cama para conducirme directamente ante el tribunal, acusado de homicidio.

Pownall hablaba confiada y hasta apasionadamente, bajo su voluntaria frialdad. «Casi», pensó Appleby, «casi como si dijera la verdad». Y, sin embargo, al hacer frente a su obstáculo, acababa de incurrir en un error.

Y el policía, con esa intuitiva agudeza nacida de la experiencia y de la técnica, comprendió que Pownall sabía que había errado. «Ha creído», se dijo Appleby, «que era indispensable conocer el asesinato de Umpleby para explicar su terror y las

manipulaciones con la alfombra. Por eso inventó esa historia de las deducciones. Al hacerlo, se ha colocado en un terreno de imposibilidad psicológica. Sencillamente debía haber dicho que se asustó por lo sucedido, y procedió impulsado por una sensación confusa de peligro. Ha cometido un error que le será imposible tapar con alusiones a la inferencia y la capacidad deductiva..., y lo sabe».

En voz alta preguntó:

—¿Y cómo es que no dio usted la alarma?

La mención de Chicago había sido un tanto a favor del inspector. Esta pregunta era otro. Y Pownall tardó un instante en contestarla.

—Tenía las manos atadas. Después de haber usado esa tinta, acobardado ante la sangre y demostrando, lo reconozco, toda mi estupidez, no me atreví a correr otro riesgo. La ocultación de la mancha sangrienta fue consecuencia de un terror morboso que se desató en mí; volví a experimentarlo la noche siguiente, y seguía manipulando la alfombra. Y creo que en aquel momento hubiera preferido la horca antes de confesar todo esto.

El profesor era muy capaz de responder a todo, sabía el momento oportuno para ceder y en qué puntos se podía ceder. Todos eran inteligentes... ¡qué caso!

Y repentinamente, Appleby quedó consternado al comprender el placer intelectual que estaba gozando como consecuencia de este desdichado asunto, de este homicidio inútil e irracional. Volvieron a su memoria ideas que se le ocurrieran esa madrugada, mientras paseaba por el patio del Obispo, en medio de la oscuridad. Las tinieblas, el silencio empapado en el espíritu mismo del recinto, le habían sumido momentáneamente en una rara amargura..., amargura por haber vuelto a los viejos patios que amara en calidad de instrumento de la justicia retributiva. Después sintió ira. Tocó la helada piedra tallada de uno de los arcos, y tuvo una sensación de eternidad: allí había algo anterior a nuestro siglo, algo que permanecería mientras nuestra civilización, como lo dijera Titlow, avanzaba lenta y gigantesca hacia su ruina; algo que continuaría en épocas remotas. Recordaba que la lámpara colgada sobre la puerta de Surrey había revestido de pronto un nuevo simbolismo, con su luz tenue brillando entre la niebla y la oscuridad. Y él había jurado eliminar ese intruso nocivo... Y ahí estaba; ante sus ojos yacía el problema, frío y sin solución, como un juego intelectual preñado de interés.

No obstante, le era imposible reprimir un elemento de emoción, un impulso de piedad. ¿Por qué mentía fríamente ese sabio que estaba sentado frente a él? ¿Por qué le engañaba en un asunto de vida o muerte? ¿Había tomado un revólver, acaso, y descerrajado un tiro en la frente de Umpleby? ¿Para qué hacer algo tan estúpido? Una oleada de impaciencia le inundó, y formuló una pregunta más atrevida.

—Perfectamente, míster Pownall, ¿llegó usted a observar la hora exacta en que tuvieron lugar estos interesantes acontecimientos?

Pero el tono despectivo no inmutó al profesor, como tampoco le inmutara la incredulidad de Appleby.

—Al levantarme miré mi reloj. Eran las 10.42.

—Las 10.42 —había énfasis e ironía en el detalle—. Pero ¿eso sería 18 minutos antes de la hora en que fue asesinado el rector! ¿Cómo cree usted que el doctor Umpleby, vivo aún, se hubiera desprendido de su propia sangre, aunque sólo fuera una mancha de dos pulgadas? La dificultad es grave.

—Supongo que la sangre no era de Umpleby. Imagino que el agresor, sea quien sea, sembraba con anticipación sus falsas pistas en aquel momento. Lo único que le quedaba por hacer era matar al rector en algún lugar cercano, correr y provocar la alarma.

—Pero nos consta que el rector fue asesinado en su despacho, lugar donde el disparo se oiría claramente, señalando un tiempo preciso para su muerte. Y luego se halló allí el cadáver, rodeado por los huesos de Haveland. ¿Le parece que esto concuerda con su hipótesis?

—Sí, concuerda. Recuerde que el agresor sabía que yo había adivinado sus intenciones. Me oyó gritar. No sería difícil que, al no poder incriminarme, haya resuelto incriminar a Haveland en mi lugar.

Hubo una prolongada pausa Appleby estaba resuelto a no decir palabra. Y Pownall añadió al fin:

—Tampoco sería imposible que el asesino haya abandonado su propósito de hacer recaer la culpa sobre otro. Si se tratase de una persona desequilibrada, por ejemplo, y viese que su minucioso proyecto había fracasado por completo...

—Sería muy posible que, volviéndose contra sí mismo, dejase su propia firma certificando el hecho, ¿no es así? Ya lo veo.

Appleby se puso de pie. Y agregó:

—A propósito, si su primera hipótesis fuese auténtica; si el asesino, comprendiendo que ya no podría incriminarle, decidió inculpar a míster Haveland, debe de haber contado con la extraordinaria imprudencia de usted al ocultar lo que debía haber revelado inmediatamente.

—Yo no sostengo que mi primera hipótesis sea auténtica —respondió Pownall.

Pensativo y perplejo, el inspector Appleby recorrió lentamente Orchard Ground, camino de la rectoría. Se sentía tentado de reaccionar ante esa serie de curiosas entrevistas a lo largo de las cuales parecía desarrollarse la investigación. Presentía inquieto que su técnica favorita: retirarse a un rincón, observar y esperar, resultaba inadecuada y hasta peligrosa en este caso. Se necesitaba un procedimiento más enérgico. Mientras se tratase de simples discusiones, estos señores siempre se mostrarían plausibles y lógicos, y no lograría sorprenderlos en el más insignificante

error.

¿Qué había descubierto? O, mejor dicho, ¿qué sabía, fuera de lo que ellos querían hacerle saber? Su único éxito había sido esa conversación con Pownall: había conseguido cambiar la posición del profesor, demostrándole que su conducta había sido muy imprudente. Pero ese triunfo había sido consecuencia del empleo de un sistema policiaco muy convencional: espionaje a través de una ventana, un poquito de apremio en el interrogatorio... ¿No sería, acaso, un error perseguir a estos señores en su propio terreno, en el terreno del raciocinio y la lógica? Además, el procedimiento llevaba tiempo; había concluido la mañana sin resultado alguno. Mejor sería no repetir la experiencia sin realizar antes un pequeño y oculto trabajo preliminar. Sentía agudamente la urgencia de efectuar un poco de investigación concreta; la había sentido en el instante en que dijo a Dodd que se disponía a pasear un rato. Era indispensable buscar la solución de un dilema que parecía, al mismo tiempo, secundario y demasiado relacionado con el asunto para ser verdaderamente secundario... Mientras tanto penetró en la rectoría con el propósito de persuadir a Dodd, en caso de que deseara retirarse, de que dejara en su puesto a un oficial de elevada graduación, encargado de continuar con la tarea de tomar declaraciones. El mismo no podía aún dedicarse a semejante ocupación.

Atravesó el umbral de la rectoría con aire sombrío. Era inútil esperar resultados inmediatos en asunto tan complicado como el presente. No obstante, había llegado el momento de que ciertas cosas apareciesen en la superficie, y aún no lo habían hecho. En ese instante debían haberse revelado ciertos motivos, ciertas líneas generales; y en concreto..., ¿qué sabía? Que Haveland y otros muchos detestaban a Umpleby, y que corrían historias sospechosas sobre su falta de escrúpulos ante la propiedad intelectual ajena. Bien poco, por cierto. ¿Qué otra cosa debía haberse descubierto? ¿El arma?

Entró en el comedor. En un extremo de la mesa, el lúgubre sargento apilaba una serie de papeles. En el otro extremo estaba Dodd, sumido en hondas cavilaciones.

Y entre ambos, sobre la brillante superficie de caoba, había un diminuto revólver, un arma delicada; el cañón era de acero azul, la culata, de marfil bien torneado. No era mortífera..., excepto a tres o cuatro metros de distancia. Appleby analizaba su propia sorpresa ante semejante hallazgo cuando, repentinamente, Dodd salió de su meditación y le dijo con aire satisfecho:

—Los sabuesos de aldea le han ahorrado un poco más del trabajo grueso —y señaló la pistola—, y ahora se retiran.

Y el buen inspector comenzó a recoger sus papeles.

—¿Sin revelar dónde encontraron este interesante objeto?

—¡Naturalmente! Lo olvidaba. Lo encontramos entre las Venus y unos animales fabulosos.

Dodd no carecía de cierta habilidad para hacer alusiones literarias muy personales.

—Ya veo —dijo Appleby—; entre las Venus. ¿Acaso hay algo más natural?

Hasta el lúgubre sargento tomó parte en la explosión de hilaridad, aunque con mucha discreción. Entonces Dodd explicó lo ocurrido:

—Babbitt la encontró en el depósito de la residencia de profesores. ¿Recuerda usted ese pasadizo que desde el piso bajo desemboca en una escalerilla que baja a las habitaciones de servicio? Pues allí mismo, junto al antecomedor, hay una gran alacena o pequeño depósito repleto de toda clase de desperdicios. Babbitt —y aquí el inspector reasumió su aire pensativo— recorrió la casa antes de que usted se regalara con aquel succulento desayuno... Pues bien; entre esos desperdicios hay una buena cantidad de piezas antiguas desechadas por Titlow. Le aseguro que aquello es un verdadero museo; hay estatuas sarcófagos y restos del pavimento de un cuarto de baño, según dice Babbitt, aunque usted, que es tan sabio, nos dirá, sin duda, que se trata de un fragmento de calzada romana o cosa parecida. La puerta está casi bloqueada por una vieja silla de ruedas que usaba Empson cuando estaba más cojo que ahora. Y detrás se encuentran esas mujeres paganas: allí fue arrojado el revólver. ¡Cómo escondrijo, el lugar no era malo, por cierto!

—Indudablemente tenía sus ventajas —dijo Appleby con cierta dureza. No apartaba los ojos del arma. Y continuó mirándola largo rato.

—¿Está usted esperando que salte y le cuente toda la historia? —inquirió Dodd.

—Creo que me ha dicho bastante, permaneciendo allí quietecita. Pero no puedo concretarlo. Otra vez *abondance de richesse*. Hace unos minutos, pensaba que, al fin y al cabo, nada logré averiguar. Y ahora, en un minuto, averiguo demasiadas cosas juntas.

—El clásico tono de misterio —dijo Dodd, riendo.

Appleby estuvo a punto de sonrojarse, y preguntó a su colega con un poco de brusquedad:

—¿Tiene un horario de ferrocarriles, Dodd? Bien. Sargento, ¿ha tenido usted ocasión de darse un paseíto por la ciudad últimamente? Vaya, por favor, y traiga mi equipaje, que está en la habitación 6-2.

—Scotland Yard en acción —continuó Dodd, siempre en vena jocosa—. Y ahora, modestamente, continuaré mi pequeña cacería de ladrones. Kellett vendrá dentro de un momento para continuar con los interrogatorios, tal como usted desea. ¿No dijo usted que iba a dar un paseíto? No permita que lo derriben otra vez, en esta soledad campestre. Y si sus sabios amigos no lo reclaman, ¿quiere venir a cenar con nosotros?

Appleby aceptó cordialmente, comprendiendo que sería una descortesía presentarse de nuevo en la mesa de la Facultad. Terminado el diálogo, llegó el sargento con la maleta, y Appleby comenzó a trabajar activamente en presencia de

Dodd, que le contemplaba atento.

—¿Sospecha usted que hay alguna impresión digital? —preguntó con aire de incredulidad.

—Difícil sería decirlo —respondió Appleby, mientras retorció entre sus dedos un grueso alambre.

—Nunca había visto que se buscaran impresiones digitales con una trampa para conejos —dijo Dodd, que, divertido, asombrado y feliz, contemplaba los extraños preparativos de su colega.

—¡Por Dios, Dodd! ¡Qué atrasadas de noticias deben de estar las novelas policiacas que usted lee! ¿Cómo supone usted que yo me voy a ocupar personalmente en una tarea que implica 99 probabilidades contra 1? Eso lo harán los químicos y los fotógrafos del Departamento. ¡Ay, y de paso le diré que ellos necesitan también la bala, y cuanto antes, mejor!

Al concluir esta última frase, Appleby terminó de hacer una menuda jaula de alambre; levantó con delicadeza el revólver, que cupo perfectamente en ella, y metió ambas cosas, junto con la décima llave, en una cajita de acero. Cerró ésta con llave y se la entregó al sargento, quien se guardó la llave en el bolsillo.

—Listos, sargento; aquí está el horario. Tomará el primer tren para Londres y luego un taxi hasta Scotland Yard. Busque a míster Mansell, en el ala oriental del edificio. El tiempo es factor importantísimo, de manera que... ¡andando! Y será mejor que pase usted la noche en Londres; quizá pueda traernos datos útiles. ¡Que lo pase bien!

El lúgubre sargento salió transfigurado. Y Dodd partió también, llevando en la retina una nueva imagen de Appleby, un relámpago que le mostró una mirada asombrada y asombrosa.

EL PATIO DEL Obispo estaba lleno de estudiantes (cosa harto desacostumbrada), que lo recorrían con paso más lento de lo que parecía imponer el soplo glacial del viento de noviembre. Algunos se detenían ante las ventanas para entablar conversación con sus camaradas, y también las ventanas mostraban racimos de cabezas. Sin embargo, Appleby, que se paseaba a la pálida luz del sol invernal, como pocas horas antes se paseara en medio de las tinieblas, no prestaba atención al espectáculo. Continuaba tan excitado y nervioso como cuando Dodd le viera por última vez.

Se había quejado de ver demasiada luz en el asunto..., pero esa luz, o mejor dicho, esa multitud de luces, había iluminado un callejón sin salida. Ahora los resplandores, concentrándose, le mostraban un camino, una remota avenida que podía conducirle al éxito. Ya comenzaba a explorarla. A medida que se adelantaba por ella, el sendero se definía, la luminosidad aumentaba...

Ahora sabía a ciencia cierta algo que debió haber adivinado en el instante mismo en que penetró en la rectoría. El tiro que oyeron Titlow y Slotwiner no fue el que mató a Uempleby. Appleby había encontrado la toga, y vuelto a colocarla cuidadosamente, envuelta alrededor de la cabeza del muerto. Y el asesino no tuvo tiempo de envolverla. Entre el momento en que se oyó el disparo y aquel en que Titlow y Slotwiner penetraron en la habitación, no pasó ni siquiera un cuarto de minuto. Y la tarea de desparramar los huesos, dibujar sobre la pared y escapar al huerto no podía realizarse en ese intervalo.

Menos aún podría el asesino haber arrollado una toga alrededor de la cabeza de su víctima, lo cual hubiera sido, además, perfectamente inútil.

Todo esto, que debía habersele ocurrido inmediatamente al joven inspector, y que quizá yacía en el fondo de su conciencia desde el primer instante, subió a la superficie cuando oyó en boca de Dodd un informe sin importancia. Y subió a la superficie en una imagen vivida: mientras meditaba, de pie en el despacho de Uempleby, su visión interior reprodujo la densa oscuridad de una noche de invierno, noche de noviembre sin luna; noche como la que él mismo viviera unas horas atrás. Y en medio de esa oscuridad, vio avanzar una forma extraña, chirriando y tropezando, hasta que al fin se detuvo a la luz incierta que se filtraba a través de los ventanales de la rectoría: era una silla de ruedas en la que estaba sentado un hombre cuya cabeza estaba envuelta en un paño negro...

Una vez más se reprodujo el cuadro con absoluta precisión en la mente de Appleby, que se volvió y corrió en dirección a Orchard Ground. Un minuto después estaba en el depósito de que le hablara Dodd. Allí estaba la silla de ruedas. ¿Sería posible comprobar que recientemente había sido utilizada, que había rodado por el

jardín? Comenzó a examinarla atentamente. Tal como lo imaginara, era vieja y chirriaba ominosamente..., un vehículo aterrador para el propósito que imaginaba el policía. Pero funcionaba bien. Estudió el mecanismo: ni la menor señal de aceite, lo que constituía una ligera prueba de que había sido utilizada por un impulso repentino, sin plan preconcebido. No había rastro alguno de sangre. Ahí estaba la clave de la cabeza envuelta: no debía hallarse rastro de sangre fuera del despacho del rector...

A continuación, examinó las llantas. Estaban viejas y gastadas, y la superficie dura y lisa del caucho no presentaba adherencias. Pero aquí y allá se advertían pequeñas resquebrajaduras que ofrecían alguna esperanza. Encontró restos de grava... resecos. Si esa grava hubiera sido recogida dos noches antes, ¿podría haberse secado hasta ese punto? Appleby opinaba que sí, pero continuó buscando. Y cuando estaba a punto de dar por terminado el examen de la segunda rueda, encontró algo. Entre rueda y llanta, enredada como si la silla hubiera rozado el borde de un arriate de césped, había una brizna de hierba, que aún conservaba el verde claro que ni el más riguroso invierno puede arrancar a las praderas antiquísimas. La silla había sido utilizada en fecha muy reciente.

Appleby estudió el respaldo. Se empujaba el sillón por medio de un barrote horizontal, de esos que se quitan destornillando la perilla en que terminan, a cada extremo. Como lo aconseja el procedimiento para descubrir huellas digitales, el inspector las destornilló mecánicamente. Y luego, miró alrededor. La habitación, como Dodd le había dicho, estaba llena de desechos, casi todos propiedad de Titlow. Había un arcabuz. Y en una caja de vidrio, un tiburón embalsamado, de expresión apocada. Y unas esculturas de yeso, entre las cuales destacaba una Venus yacente, detrás de la cual, sin duda, se había hallado el revólver. Como no se atrevía a ocupar el sillón, Appleby tomó asiento sobre el estómago de la dama..., y se puso a meditar.

A las diez y media, Uempleby estaba vivo en su escritorio. Entre 10.30 y 11 es asesinado fuera de la rectoría... Repentinamente, recordó otra impresión recogida la noche anterior. El silencio que reinaba en el patio del Obispo, protegido por la enorme barrera que formaban comedor, biblioteca y capilla. Y el rumor intermitente del tránsito nocturno que se oía en Orchard Ground y que se hacía cada vez más sonoro a medida que uno se aproximaba a la calle de las Escuelas. Había un instante, que se repetía cada cinco minutos aproximadamente, en que se podía hacer un disparo sin ser oído en el resto de la casa.

Uempleby fue asesinado en Orchard Ground, y su cadáver conducido hasta el despacho. Muerto a cierta hora y en cierto lugar, pero simulando hora y lugar distintos. Otra hora, otro lugar y —por consiguiente— otra persona. Una coartada..., no, era imposible. Se oyó un segundo disparo; quien se queda a disparar por segunda vez su arma no busca una coartada. Destruir la coartada ajena..., era más probable... Y un nuevo detalle vino a enriquecer el cuadro mental de Appleby, ese cuadro que

representaba la trágica silueta de la silla de ruedas saliendo de las tinieblas. A los pies del cadáver había una caja, una bolsa quizá, llena de huesos.

Se levantó del helado y rígido abdomen de Afrodita y salió de la habitación. Se detuvo en el vestíbulo. A su izquierda estaban las habitaciones de Haveland: de allí salieron los huesos. A su derecha, las habitaciones de Pownall, con su alfombra manchada de sangre. Volvió a Orchard Ground y recomenzó su paseo entre los árboles. Nadie lo miraba ahora. Estaba absorto, estudiando una fórmula que era, poco más o menos, la siguiente:

«Él no podía probar que no lo hizo aquí y en un lapso de veinte minutos; no lo podría probar si hubiera quedado algún rastro acusador. Pero sí podría probar que no lo hizo aquí y en este instante».

Y añadió algo más: «El hombre es diestro; volvió a cargar el arma, para que pareciese que se había hecho un solo disparo. Luego se preguntó: ¿Una segunda bala?». Y por último, sin mucha coherencia, añadió el siguiente apéndice: «A pesar de todo, necesito ese paseo. Lo mejor será darlo cuanto antes».

Appleby no había sacado la nariz fuera del recinto de San Antonio desde el momento en que el gran Bentley amarillo lo depositara a la puerta de la vieja Facultad.

Y sentía la necesidad de un cambio de aire. Se hizo un pequeño itinerario en el cual se unía la necesidad con el placer; este itinerario, cuyo recorrido fue postergado por el sensacional hallazgo del revólver, debía ser iniciado cuanto antes. Un sándwich y un jarro de cerveza en el bar del Berklay, ¡y listo! Pero cuando estaba a punto de escurrirse por la arcada de Surrey, divisó a lo lejos a míster Deighton-Clerk. En la fisonomía de míster Deighton-Clerk irradiaba, además de su perpetuo aire de severidad benévola, la clara luz de la hospitalidad universitaria. Appleby quedó consternado.

—¡Ah, míster Appleby, lo he buscado por toda la casa! Venga usted y acompañeme a almorzar, si tiene tiempo. Mucho me agradecería conversar otro rato con usted. Un ligero refrigerio nos espera en mis habitaciones.

Appleby no tenía mucho tiempo, y todavía menos ganas. Pero no se atrevía a confesarlo. Tal vez por la fuerza de una larga costumbre: la del joven inteligente que ansia recibir invitaciones de sus mejores profesores, o quizá impulsado por el subterráneo instinto del investigador, lo cierto es que cambió de plan. Después de murmurar unas fórmulas corteses, siguió humildemente los pasos de míster Deighton-Clerk. Se alegró de llevar el barrote de la silla de ruedas, que asía delicadamente con una mano. Eso le daría que pensar a su huésped.

El almuerzo consistió en doble *filet de sole*, *bécasse*, *carême* y *poires flambées*, regados con un admirable vino blanco de San Antonio. Los cocineros de la

Universidad son muy capaces de preparar semejantes almuerzos, y los estudiantes, y aun los profesores, son igualmente capaces de encargarlos. Sin embargo, al inspector le pareció un gesto extraño, considerando que se trataba de agasajar al policía de guardia. También advirtió cierta inseguridad en Deighton-Clerk. Su hermosa habitación, un tanto recargada; su excelente pero intempestivo convite, eran gestos propios de un hombre que no se siente tranquilo. Y, una vez más, su conversación comenzó en tono vacilante. Cuando hablaba con sus colegas, y aunque la situación fuera difícil y tirante, el decano era siempre correcto, cordial y eficiente. Pero cuando a la situación tirante se añade la presencia de un extraño a quien no se sabe cómo tratar, cualquiera se siente desconcertado. Durante el transcurso de la comida, su conversación volvió a la pomposa seriedad que caracterizara sus primeros diálogos con Appleby. Pero al fin logró adoptar un tono más sincero. Habló largamente, pero sin pretensiones de elocuencia.

—Recordará usted que ayer tarde le dije que la muerte de nuestro rector se había producido en un momento muy poco feliz: cuando preparamos la festividad del quinto centenario del establecimiento. La idea parece extraña y carente de importancia, y por eso mismo he meditado sobre ella. Y he llegado a la conclusión de que inventé una preocupación ficticia para eludir las preocupaciones reales que existían y existen aún. Estaba resuelto a rechazar la idea de que nuestro rector hubiera sido víctima de uno de los miembros de nuestro cuerpo docente; ansiaba, aun sacrificando la lógica, como usted habrá comprendido, que la responsabilidad del asesinato recayera en un extraño, que saliera del recinto de San Antonio... Y ahora me preocupa ver hasta qué punto —involuntariamente, por cierto— olvidé y falseé la evidencia. Quise ver en esos huesos la prueba de una irrupción irracional que vino de fuera y se introdujo entre nosotros, hombres cuerdos y serenos. No presté atención al hecho de que las actividades de mis propios colegas exigen que tengan en su poder diversos huesos. Y lo que es más notable aún, logré borrar de mi memoria el recuerdo de la enfermedad del pobre Haveland.

Hubo una breve pausa, mientras el criado servía el café, y Appleby recordó las pausas angustiosas de la conversación sostenida con Pownall esa mañana. Pero mientras los silencios de Pownall eran involuntarios, Deighton-Clerk parecía provocarlos para dar mayor énfasis a ciertos conceptos. Si no se trataba de un loco ajeno a la casa, que fuese por lo menos un loco de la casa. Tal era, en efecto, lo que quería decir el decano, siempre impulsado por el deseo de suprimir toda difamación...

Y continuó:

—Lo que quiero manifestarle es esto: anoche no cumplí con mi deber. Mucho me temo que la intensidad con que deseaba que las pequeñeces internas de la Facultad no se relacionasen en ninguna forma con el crimen, me hizo poco comunicativo. Traté

de grabar en usted la idea de que los roces que han existido aquí no están en el plano del homicidio. Hubiera procedido mejor si hubiera confiado en su sentido común; después de oír un relato imparcial sobre esas pequeñas diferencias, usted hubiera llegado a esa conclusión, en la cual sigo creyendo.

Y eso es lo que deseo contarle ahora.

«¡Oh tú, el más locuaz de los hijos de San Antonio —decía para sí Appleby—, habla de una vez!», y en voz alta dijo:

—Es difícil diferenciar lo útil y lo inútil, en este caso.

—Así es —respondió Deighton-Clerk, con el mismo tono que emplearía para aprobar la acertada contestación de algún estudiante—; así es. Y le diré en primer lugar algo que ya le di a entender: hace algunos años que no nos llevamos tan bien como antes. Ya oyó usted la dura observación que Haveland hizo del rector, y conoce la existencia de otros rozamientos. Le he hablado de una disputa que yo mismo sostuve con Umpleby..., ya le diré más sobre este punto. Pero ante todo quiero expresarle que me es imposible dirigir acusaciones en este asunto. Pequeñas desavenencias surgidas no se sabe cómo se han transformado en riñas, enemistades y pendencias. Se han oído acusaciones (lo cual es bastante desagradable en sí), y acusaciones referentes a delitos menores. Pero se advierte a las claras la escasa importancia de este desdichado asunto si consideramos que un juez imparcial no se atrevería a decidir quién es el culpable.

»Debo decirle algo sobre el propio Umpleby. Era un hombre sumamente capaz..., allí está, quizá, el núcleo de la situación. No había en San Antonio inteligencia como la suya, a excepción, tal vez, de la de Titlow. Sin embargo, el talento de Titlow es irregular y parece que piensa a saltos. Umpleby era tan brillante como Titlow y mucho más tenaz, intelectualmente hablando. Su fuerza consistía en abarcar vastos campos diferentes, aunque relacionados entre sí, lo que le permitía organizar investigaciones de conjunto entre los estudiosos de una y otra especialidades. Aquí, en San Antonio, había logrado formar un excelente equipo. Pero ese equipo se disgregó.

»Como le dije anoche en la sobremesa —continuó—, Haveland, Titlow, Pownall, Campbell y Ransome estaban estrechamente relacionados entre sí, y la trabazón y organización de esa sociedad científica fue obra de Umpleby. Personalmente me he interesado por esas investigaciones, aunque no en forma activa, y muy especialmente por las que se referían al sincretismo de la región mediterránea. Esta circunstancia hizo que estuviera al corriente de todo desde un principio y advirtiese el primer roce entre Umpleby y sus colaboradores.

Appleby sacó su libreta de apuntes, con cierta timidez, como si le avergonzara tal actitud después del elegante y nada policiaco almuerzo del decano. Deighton-Clerk, al notarlo, hizo un ademán de autorización —amplio y episcopal— y continuó:

—Las primeras desavenencias se iniciaron hace unos cinco años, cuando Campbell fue nombrado profesor de la Facultad. Era entonces muy joven, creo que apenas tenía veintitrés años. Contaba, pues, dos o tres años menos que nuestro otro investigador, Roland Ransome. Este último había estado trabajando desde hacía algún tiempo bajo la dirección de Umpleby, cuando Campbell llegó a San Antonio, y los dos jóvenes se hicieron grandes amigos. Ransome es un hombre con talento, pero... desigual: realiza una tarea con brillante éxito y la siguiente la hace mal y descuidadamente. Negligente y terco, desempeña su trabajo a la buena de Dios, sin tener en cuenta su reputación, ni su éxito. Pues bien; un día se le ocurrió a Campbell que Umpleby estaba explotando a Ransome. Dijo que Ransome se sometía a las directivas de Umpleby con una sumisión indigna de su jerarquía y que el rector se adornaba con plumas ajenas, aprovechando los descubrimientos de su alumno.

Y logró convencer al propio Ransome de que le asistía la razón... Como le he dicho, es difícil juzgar en estos asuntos. Umpleby editaba numerosas obras, sin referirse casi a Ransome. Pero no olvide usted que el rector organizaba y coordinaba las tareas de multitud de personas diversas, con el consentimiento de los interesados... y con evidente provecho para ellos. Deseo asegurarle, míster Appleby, que nuestro último rector jamás se apropió de bienes intelectuales ajenos con el objeto de aumentar su prestigio en el mundo universitario, o de beneficiarse con esos bienes.

Esta última frase era oscura, y Appleby, recordando su propia incredulidad ante la acusación de plagio formulada por Haveland, pidió enseguida una aclaración:

—«Con el objeto de aumentar su prestigio o beneficiarse con ellos»... ¿Quiere explicarme esto último, por favor?

—Verá usted cómo se explica solo, míster Appleby. Resumiendo: llegó un momento en que Umpleby parecía complacerse en fastidiar al prójimo. Si lograba descubrir una solución X, se esforzaba por convencer a cualquier colega A de que era él, el profesor A, quien había descubierto la solución X, con el único objeto de molestar al colega A robándole luego la solución X.

—Comprendo —dijo Appleby, mientras pensaba: «¿Y qué pensará de esto el amigo Dodd?».

—Proseguiré mi relato —continuó el decano—, sin aludir nuevamente a la circunstancia de que Umpleby no se mostró jamás amable o comprensivo. Cuando se enteró de que Ransome, su antiguo discípulo a quien seguía considerando como tal, se quejaba a sus espaldas, se puso furioso. Hubo momentos muy desagradables hasta que Ransome partió, hace ya cuatro años. Permaneció dos años en el extranjero, y a su regreso volvió a plantearse el desagradable conflicto. Hubo escenas que bien podrían calificarse de incidentes, y por fin Umpleby adoptó una línea de conducta muy discutible. Tenía en su poder ciertos documentos valiosos que todos

considerábamos como propiedad de Ransome. Y comprenderá usted que por «documentos valiosos» entiendo documentos que tenían un determinado valor científico: constituían una clave casi completa para descifrar ciertas inscripciones de suma importancia... creo innecesario entrar en mayores detalles. Pues bien; Umpleby se quedó con ellos. Dijo que cuando Ransome abandonara nuevamente el país se los devolvería, que su presencia le era intolerable y que no tenía otro recurso para obligarle a salir de Inglaterra. Bien; Ransome partió y no ha regresado aún. Y mi discusión con el rector se produjo, precisamente, con ocasión de este conflicto.

Deighton-Clerk estaba absorto en su narración; tan intenso era su esfuerzo por lograr la más absoluta nitidez de expresión que había dejado de lado su acostumbrada pomposidad. El policía le escuchaba con atención.

—Hace pocos meses recibí carta de Ransome: me decía que no había recibido aún sus documentos. Y formulaba ciertas insinuaciones que me obligaron a iniciar una investigación en regla. Me encontré con un hecho desconcertante: Umpleby se proponía publicar en cierta revista especializada un estudio sobre las inscripciones de que le hablé, y de su clave. Esto me lo dijo, confidencialmente, el editor de la revista, *sir* Theodore Peek, y entonces me dirigí sin pérdida de tiempo al rector. No quiso darme explicaciones. Consideré que era mi obligación hablar del asunto en la primera reunión del Consejo Superior. Por eso, aunque el procedimiento no fuese rigurosamente legal, lo hice. Se pronunciaron palabras duras. Aparentemente, el asunto no era serio, no pasaba de una disputa entre colegas sobre un tema de investigación científica. Pero en el fondo se planteaba una humillante acusación de plagio..., o de robo. No olvide usted que el asunto no es tan sencillo como parece. No me cabe la menor duda de que Umpleby era capaz de trabajar mejor que Ransome en la interpretación de las inscripciones, aunque también es cierto que estaba procediendo arbitraria e injustamente al retener lo ajeno..., el asunto es discutible.

—¿Intervinieron otras personas, además de Umpleby, Ransome y Campbell?

—Sí; eso es lo que ahora iba a referirle. El desdichado asunto repercutió desde el primer instante en la conducta del rector. Opino que era un hombre tornadizo. Y cuando creyó que la opinión unánime de la Facultad lo condenaba, comenzó a proceder en forma caprichosa. Al menos, así lo creo, aunque estas cosas son difíciles de analizar. Tuvo una disputa con Haveland. Al principio comenzó a fastidiar a Haveland, a burlarse de él, como diciéndole: «Ahora le robaré su trabajo». Haveland se enfureció, y al mismo tiempo sus nervios se excitaron, cosa que parecía complacer a Umpleby. Por fin, inventó un curioso juego intelectual. Se divertía en tener intrigada a la Facultad con el problema de su probidad en dichos asuntos. E iniciaba nuevas disputas. Buscaba aliados. Se alió con Pownall en contra de Haveland y luego, para que los bandos fueran más iguales, obligó a Titlow a ponerse de parte de Haveland. Por último decidió que sería más divertido (me resulta violentísimo

expresarlo en tales términos) luchar contra cada uno de ellos particularmente, con el resultado de que mantuvo una acalorada discusión con Pownall. Como se trataba de una especie de torneo, Umpleby nunca pasó de ciertos límites, jamás quebrantó las normas que él mismo se había impuesto. Mantuvo siempre una invariable cortesía, y estoy seguro de que en el fondo era imparcial y no lo agitaban apasionamientos. Se trataba de una diversión, un tanto morbosa por cierto, que le entretenía como intelectual. Pero transformó el ambiente de la Facultad. Y los actores secundarios no se mostraron imparciales y fríos; sospecho que Pownall y Haveland comenzaron a detestarse: mucho me temo que haya entre ambos una antipatía muy marcada. Otros también se han visto envueltos en la disputa, de una manera u otra: Empson, Chalmers-Paton y ¡hasta el excelente y anciano Curtis! ¡Qué escenario, míster Appleby, para este horrible desenlace!

Deighton-Clerk había finalizado su relato. Para indicarlo se echó hacia atrás en su asiento con aire sombrío y pareció sumirse en la contemplación del azul ceniciento y del plateado del cielo raso. Appleby, anotado el último dato, se sumió en un estudio igualmente minucioso de la alfombra de Aubusson. Por fin, el decano dijo:

—Si desea usted hacerme alguna pregunta sobre cuanto acabo de referirle, o de cualquier otro aspecto de la cuestión, le ruego que me interrogue.

Pero Appleby no tenía intención de molestar a su huésped con interrogatorios. Se concretó, pues, a formular una pregunta sobre cierto tema que no se había tratado aún.

—Este asunto del cambio de llaves de Orchard Ground... ¿puede usted indicarme algo al respecto? ¿Fue idea del doctor Umpleby?

—Efectivamente. Durante la última reunión del Consejo Superior nos dijo que le parecía conveniente, y que él se ocuparía de los detalles. Nuestro tesorero falleció hace poco, y el rector se hizo cargo de casi todos los asuntos prácticos del establecimiento.

—¿Supone usted que hubo algún motivo oculto, detrás de esa decisión de alterar las llaves; que el rector se propuso, por ejemplo, protegerse de un posible ataque?

Deighton-Clerk se sobresaltó.

—Me parece difícil —repuso—. Umpleby creía que existían copias subrepticias de las antiguas llaves. Por eso resolvió cambiarlas, y nunca pensé que tuviera algún motivo personal para ello.

—No obstante, su punto vulnerable, por decirlo así, era Orchard Ground. Su despacho, por ejemplo, es inaccesible desde la avenida, y las puertas que dan al patio del Obispo se cerraban con llave todas las noches. Sin embargo, no era difícil entrar en él desde Orchard Ground.

La fisonomía del decano se iluminó de alegría.

—¿Tal cosa supondría —dijo— que Umpleby temía una agresión por parte de

alguien que se había adueñado ilícitamente de una llave, es decir, por parte de un extraño que se había procurado una copia?

Appleby asintió. Deighton-Clerk reflexionó unos instantes. Luego meneó la cabeza, diciendo tristemente:

—No, creo que no fue así. Estoy seguro, estoy casi seguro de que los motivos que guiaron a Umpleby no fueron otros que los que le expuse. Estaba preocupado, lo reconozco, estaba excesivamente preocupado. Pero era por la reputación de la casa. Había surgido un pequeño escándalo con motivo de las escapatorias de algunos estudiantes, y el rector estaba resuelto a poner coto a estas salidas ilícitas. Le diré que Umpleby era de origen modesto, y sus preocupaciones sociales eran a veces excesivas. Le agradaba que el internado de San Antonio fuese selecto, y nada aleja más a las buenas familias que un escándalo vulgar. Opino que ése, y no otro, era el motivo de su inquietud. No creo que le haya preocupado su propia seguridad, ni la agresión de un extraño a cuyas manos hubiese llegado una copia de la llave.

Appleby reflexionó unos segundos, intercalando una pausa de su propia cosecha antes de formular su segunda pregunta:

—¿Tenía también Ransome una llave?

Deighton-Clerk sufrió un nuevo sobresalto.

—Sí —repuso.

—Pero no una de las nuevas, ¿no es así?

—No, supongo que no.

—¿Puede usted decirme en qué forma distribuyó el rector las nuevas llaves?

—Pues, sencillamente, recorrió la casa entregándolas personalmente a cada uno.

—¿En qué orden lo hizo?

Deighton-Clerk miró al inspector con cierto asombro.

—¿Quiere usted decir a quién le dio la primera, a quién la segunda, y así sucesivamente? No tengo ni idea. Sólo sé que yo fui el penúltimo, pues me dijo que sólo le faltaba Gott para terminar.

—¿Y esto sucedió anteayer, cerca de mediodía?

—Así es.

Appleby calló nuevamente. El almuerzo no había sido infructuoso. Pero la luz se había fraccionado otra vez, y sólo veía rayos aislados que iluminaban aquí y allá el horizonte. Quizá esa misma noche se viera obligado a decirle a Dodd otra vez que había un exceso de luz en el asunto...

El decano consultó su reloj de bolsillo.

—Tengo que asistir a una reunión, míster Appleby, y debo apresurarme. ¿Desea usted saber algo más?

—Una sola cosa —replicó el policía, tomando la misteriosa pieza sacada de la silla de ruedas—. Necesitaré tomar las impresiones digitales de todo el cuerpo

docente.

Al fin había surgido la demanda policiaca; el aroma del exquisito vino blanco del decano y el sabor de su magistral versión de la obra cumbre de Carême perduraban aún en el paladar de Appleby cuando pronunció estas palabras. Y, evidentemente, Deighton-Clerk quedó un poco desconcertado al oírlas.

—¡Impresiones digitales! —exclamó—; ciertamente. Pero yo creía que actualmente todos los malhechores usaban guantes.

—A menudo los usan, y logran así eludir a la justicia Sin embargo, ciertos investigadores alemanes afirman haber descubierto la manera de obtener las impresiones a través de cualquier tipo de guante... Sea como sea, tomar impresiones digitales (contando, naturalmente, con la autorización de los interesados) es trabajo de rutina que estamos obligados a realizar. Si hubiera algún inconveniente...

—Ninguno —interrumpió con energía su interlocutor—. Estoy de acuerdo con usted: se trata de un requisito indispensable. Mis... ¡ejem!, mis dedos están a su completa disposición; seré el primero. Y lo mismo puedo asegurarle respecto a los demás.

A pesar de estas palabras, se advertía cierta desconfianza y mala voluntad en la voz del decano, y Appleby añadió cautamente:

—En tal caso, míster Deighton-Clerk, enviaré al sargento...

El rostro del anciano se iluminó inmediatamente. Lo que le preocupaba era la cuestión de jerarquía. Era inadmisibles que míster Appleby, que había cenado la noche anterior con el cuerpo docente de la Facultad, recorriese la casa con un tampón, imprimiendo huellas de dedos profesoriales en trocitos de cartulina. Se imponía la presencia de un subordinado.

—Ya lo creo, míster Appleby, con el mayor gusto. La idea es excelente. Será... ¡ah!... toda una novedad. ¿No ha tomado usted hasta el presente impresión alguna?

—Sólo las del cadáver —repuso Appleby con cierta sorpresa.

Y después de consultar su propio reloj se levantó y comenzó a despedirse. El decano finalizó la entrevista preguntándole cortésmente si se encontraba cómodo en su habitación. Pero no apartaba los ojos del barrote de madera que Appleby sostenía delicadamente en su mano izquierda. Le parecía una especie de bastón de mando simbólico.

EL ESPÍRITU CONSERVADOR se expresa de manera refinadísima en nuestras universidades. Largos siglos después de la reforma de nuestras instituciones eclesiásticas, las tradiciones y costumbres medievales sobreviven en esos venerables recintos. «Los monjes», como definió a esos eruditos dómines cierto historiador del Imperio Romano, en un raptó de indignación, no suelen adaptarse al ritmo de la moda. Por lo contrario, están adormecidos en un largo paréntesis temporal, como diría cualquier economista. Enseñan disciplinas anticuadas con métodos arcaicos. Nadie ha logrado convencerlos de la necesidad de procurarse a sí mismos, a sus esposas e hijos, las comodidades de la vida moderna. Verdad es que hace muy poco que descubrieron a las esposas e hijos. Ayer, por decirlo así, descubrieron el baño. Y hoy, a pesar del largo ejemplo dado por sus alumnos, comienzan a descubrir la existencia del automóvil. Es sabido que el difunto rector de Dorchester, fallecido pocos meses antes que el doctor Umpleby, sostuvo hasta el fin de su vida que las ventajas de poseer una locomotora particular se veían ampliamente anuladas por el riesgo que la proximidad de las calderas ofrecía; personalmente viajaba en ferrocarril, pero siempre elegía el último vagón.

Hoy en día, el automóvil gana terreno. Por una parte, y a diferencia del tren (otra institución que fue tardíamente aceptada y tolerada con displicencia), viajando en automóvil se puede cambiar de opinión. Y esto es muy placentero para la mentalidad particular del sabio retraído. ¡Qué hermoso partir una mañana hacia las auras puras y salubres del Museo Británico, y terminar en el cementerio de Beaconsfield, descifrando el epitafio del poeta Waller: *Inter poetas sui temporis facile princeps!* Hay un paraje, en ese mismo camino, especialmente asociado con tales cambios del programa; se trata de un punto situado mucho antes de llegar a Aylesbury. Parte de allí un atajo, tal vez en dirección a Bicester, quizá hacia Tring, que conduce al experto en tales escapatorias a una posada excelente, casi diría chestertoniana. Allí se puede almorzar y cenar bien; sirven una sopa *bortsch* que no le va en zaga a la de Gurin's y un sencillo *schnitzel* que merece ser elogiado por el propio Sacher. En la bodega hay un clarete de primer orden, vino legítimo de Tokay, y un curioso licor procedente de Dalmacia. El jardín es erudito, e igualmente hermoso en cualquier época del año. Si tiene usted suerte, no encontrará a ningún otro colega allí, aunque quizá se tope con algún distraído profesor, procedente de los yermos universitarios de Birmingham o Hull, que medita en medio de la propicia soledad sobre las últimas consecuencias de la cuadratura del círculo, o con un novelista londinense, de aspecto próspero y respetable, que dedica una semana de ocio a la desastrosa corrección de las pruebas de su último volumen. Sólo hay una presencia peligrosa: la de los estudiantes, pues ellos también (era, ¡ay!, inevitable) han descubierto ese paraíso terrenal. Pero hasta

los mismos estudiantes se muestran más corteses y menos bulliciosos en el ambiente de Las Tres Palomas.

En el instante que nos ocupa, un grupo de estudiantes se había adueñado de la posada. Míster Edwards, míster Bucket y míster de Guermantes-Crespigny estaban de sobremesa, y se ocupaban en hilvanar ingeniosas insolencias a expensas del único cliente que, fuera de ellos, ocupaba el comedor: un viejo de barbas alborotadas que consumía ruidosamente un gran plato de sopa en un rincón, inclinado sobre un grueso y erudito volumen. No era el novelista de Londres; más bien parecía el matemático de Birmingham; pero con toda seguridad no era el culpable de las aberraciones esotéricas que suponían nuestros jóvenes de San Antonio. A la larga, una mirada severa del hombre de las barbas, el deseo de mantener los buenos modales exigidos en la Facultad a la cual pertenecían, y la imperiosa necesidad de encender sus pipas (cosa que estaba rigurosamente prohibida en el comedor de Las Tres Palomas), llevó a nuestro trío a la habitación contigua. Allí se instalaron cómodamente, dispuestos a discutir el orden del día.

—Hablé con Gott esta mañana —anunció Michael—, pero no conseguí sacarle una palabra. Le pregunté quién era, en su opinión, el culpable. Mejor dicho, le pregunté francamente quién era el asesino. Dijo que no le cabía la menor duda de que se trataba del comisario, aunque no era imposible que fuese la abuela del rector, que era una demente y lanzaba ruidos extraños durante la noche, desde la buhardilla donde la tenían encerrada. Entonces hice la prueba de comenzar: «Pero hablando seriamente...». Y me respondió que él se ocupaba de inventar historias novelescas. Y me preguntó qué opinaba sobre su último libro.

—¡Preguntar tu opinión! —exclamó, incrédulo, Horace—. Querrás decir que trató de sonsacarte, considerándote como un ejemplar característico del público vulgar.

—No, me pidió un consejo. Se trata del epígrafe.

—¿De qué?

—Del epígrafe. Como en *La tierra yerma*, ¿recuerdas?: *Nam Sibyllam quidem Cumis ego...*

—¡Idiota! ¿Te pidió un mote latino para encabezar sus novelitas de adolescente?

—No es indispensable que sea en latín. Y tampoco es un mote. Él toma citas de algún texto imaginario, y las coloca al principio de cada capítulo. La nota científica. Ahora quiere una que diga, poco más o menos, cómo se sacan tajadas al cerebro de un criminal para exponerlas a los rayos Gamma, o algo por el estilo.

—¡Qué estúpida vanidad! ¿Y en qué intervienes tú?

—Yo le di una idea para el título: *Investigaciones estadísticas sobre doce tipos diversos de algolagnia homicida*, por el profesor Umplestein, de Göteborg. Göteborg está en Suecia, ¿sabes? Gott aceptó el título, pero suprimió a Umplestein. Tenía razón. No era de buen gusto.

—Y, por consiguiente, indigna de una de las lucubraciones de Gott —dijo Horace con marcada ironía—. ¿Qué se está haciendo de la Universidad? El día menos pensado nos dirán que Deighton-Clerk se ocupa de redactar anuncios comerciales.

—¿Has dicho lucubraciones? —preguntó David con un despliegue de pedantería—. Está mal. Quiere decir algo que se ejecuta durante la noche.

—Como Umpleby —dijo Horace—. Él sí que fue ejecutado durante la noche. Y no estoy muy seguro de que no sea una de las lucubraciones de Gott.

Pero mientras tanto, David, haciendo caso omiso de este macabro humorismo, había desplegado un mapa.

—Caballeros —exclamó—, se inicia la conferencia.

Todos estudiaron el mapa. Horace agregó:

—Todo se reduce a colocarse en la postura mental de la presa. ¿Has leído alguna vez *Treinta y nueve escalones*, Michael? Ahí tienes una novela mucho mejor que las malsanas historietas del tío Gott. Bien, en esa novela hay un individuo que quiere hacerse pasar por un picapedrero escocés. Y lo consigue por medio de una intensa concentración mental. Decide ser un picapedrero. De ese modo logra eludir las investigaciones de los emisarios de la Piedra Negra. Pues bien, ahora nosotros tenemos que identificarnos con el criminal; una vez hecho esto, sólo nos resta poner el dedo al azar sobre el mapa y decir: «¡Aquí está!».

—Eso depende de las dimensiones del mapa —repuso Michael—. Yo opino que el hombre está en Londres.

—Demasiado lejos.

—No, no lo creas. Es un magnífico lugar para esconderse, para mantenerse oculto, como dicen. Lo más probable es que esté en su club. Los clubs londinenses son reservadísimos, no dan información alguna sobre sus socios. Gott lo destaca en su novela *Envenenamiento en el jardín zoológico*.

David y Horace gimieron al unísono.

—Sea como sea —continuó David—, ¿estás seguro de que los profesores tienen su club? A mí no me lo parece, salvo los más viejos, que se reúnen en cierto lugar junto a la escalinata del Duque de York... Pero nada sacaremos con la ciudad: mantengámonos dentro de un radio de 20 millas a la redonda. Veamos qué hay en él.

Lo dibujó cuidadosamente en el mapa, y luego anunció:

—Incluye San Neots y Biggleswade, atraviesa Hatfield y Princes Risborough, excluye Amersham y Kingswood por unas pocas millas y Bicester por muchas más, roza Towcester, abarca Olney y sus contornos...

—¡Ya lo tengo! —gritó de pronto Michael—. Estamos equivocados.

—Abarca Olney y sus contornos —reiteró David con severidad—, excluye Rushden, y ya estamos de vuelta otra vez en San Neots. ¿Qué te sucede ahora, Michael?

—Estamos —exclamó el aludido con febril entusiasmo— lejísimos del verdadero sitio. Olney me recordó enseguida a Kelmscott...

—¿Y por qué diablos te recordó a Kelmscott, adoquín?

—Por los poetas ingleses, ignorante. Escúchame ahora. Cuando yo era, como dicen los ineducados, un novato, hice una peregrinación a Kelmscott, una peregrinación literaria. Y al ir de Kelmscott a Burford pasé por una aldea cuyo nombre no recuerdo. En los alrededores del pueblo había una casa solariega, aislada en mitad de un vasto parque. Y, en el momento en que yo pasaba, él salió.

—¿Quién salió?

—Nuestra presa, como dice Horace con expresión tan pintoresca. Ahora que lo recuerdo comprendo que ya en aquellos días alentaba en él el instinto criminal. Al verme se sobresaltó, e hizo ademán de ocultarse. La verdad es que dio un brinco y desapareció antes de que pudiese observar sus facciones. Pero lo reconocería enseguida por una característica muy curiosa: anda con los puños junto a los hombros, como si hiciera gimnasia.

—Pero... ¿estás diciendo la verdad?

—¡Claro que sí! Lo recordé al oír la charla de David. Pero está a millas y millas de distancia. Sin embargo, si mi viejo y frágil automóvil es capaz de llevarnos hasta allí..., ¡vamos!

David asintió. Horace, que había adoptado su postura favorita y, acostado sobre la alfombra de Las Tres Palomas, exhalaba el humo de su pipa en la cara de un gato que dormía, se puso de pie y los tres salieron al patio. El viejo y frágil automóvil de Michael resultó ser un moderno y potente De Dion que había costado una pequeña fortuna a su cariñosa tía. Un minuto después estaba en marcha, llevándolos en vertiginosa carrera, azotados por el vivificante aire invernal, rumbo a Farringdon. Ninguno de los tres creía estar siguiendo una pista razonable: se divertían, lisa y llanamente, con la complicada ironía de su especie, y en el estilo de los estudiantes modernos. Almorzar en Las Tres Palomas, correr en vertiginosa carrera por el campo, bebiendo el aire de su propia velocidad como los espíritus que pinta Shelley, cantar, charlar y bromear, jugando, en los intervalos de este difícil juego policiaco, les parecía divertido. Atravesaron Wantage. De pronto, Michael extendió la mano y frenó el vehículo con tal rapidez que Horace cerró los ojos, esperando la catástrofe. Sin embargo, el De Dion se detuvo instantáneamente y sin esfuerzo. Al otro lado de la carretera se levantaba un destartalado edificio de ladrillos que ostentaba el cartel de «Lavadero».

—Aquí —anunció Michael— efectuaremos una compra —y salió del automóvil—. Podéis acompañarme, si lo deseáis —añadió cortésmente.

Los tres atravesaron la calle y penetraron en un despacho húmedo e inhóspito donde los recibió una dama severa, de edad indefinible, que los contemplaba con

desconfianza y asombro. Michael se descubrió. Luego hizo una reverencia, la misma que hacía noche tras noche a los profesores de San Antonio en su carácter de director de oraciones.

—Señora, desearía saber si su casa emplea... canastas.

—¿Canastas? Naturalmente.

—¿Naturalmente, las usan ustedes?

—Claro que sí.

—¿Me vendería usted una?

—¡Venderle una, caballero! Esto es un lavadero, no una cestería. No tenemos canastas de sobra para vender.

—Mi estimada señora, ¿está usted segura? Se trata de un caso urgentísimo. Le explicaré. Mi tía abuela, a quien usted quizá conozca: mistress Umpleby, de la Villa San Antonio, parte mañana para la India, y tiene la costumbre de guardar las mantas y edredones en grandes canastos. Pues bien, acaba de descubrir que los suyos han sido roídos por los ratones, y me preguntó...

—¡Por los ratones! —interpuso la desconfiada señora con incredulidad.

—Me preguntó si podía ayudarla. Tengo entendido que cuestan, por lo general, unas cinco libras esterlinas...

Michael extrajo la cartera, y la dama, olvidando toda desconfianza, sacó la canasta. Era un enorme artefacto de mimbre, cerrado con un formidable barrote de metal, dos ganchos y un candado. Michael la hizo colocar en su automóvil, pagó a la asombrada señora, le dio las gracias en nombre de su tía abuela, distribuyó generosas propinas e hizo subir a sus amigos. El De Dion partió.

«Este Michael», pensó Horace, «debe de ser el hombre munífico de que habla Aristóteles. Se divierte como un gran señor... Pero el precio de ese canasto es excesivo».

—¿Para qué lo has comprado? —preguntó.

—Una jaula para Bayaceto —repuso Michael, y continuó enigmáticamente—: Una ciudad de Roma, un paño del sol y la luna, un dragón para Fausto...

El día anterior, nuestro joven había estado sumido en el estudio de los elementos escenográficos del teatro isabelino. Un momento después declamaba:

Entre el fango viscoso sumergido
Diez días me vi; para que no durmiese
Un tambor atronaba mis oídos;
Agua y pan me arrojaban, por ser rey...
Di a la reina Isabel que he parecido
Muy otro cuando, por su amor, en Francia
Aventuras corrí...

Mientras tanto Horace, desde atrás, golpeaba el canasto y respondía:

Yo soy Ulises, hijo de Laertes,
En el orbe temido por mi astucia;
Y mis triunfos llegaron hasta el cielo.
Moro en Ítaca, célebre entre todas,
Sombreada por colinas arboladas,
Y Nerito, famosa por sus selvas...

David, entonces, comenzó con Píndaro, y después de recitar largos trozos, se entusiasmó más y más en su esfuerzo por hacer memoria. Y el De Dion se lanzaba a través del aire como un grito de victoria y los otros dos jóvenes escuchaban, como cuando el mundo era joven aún. Así llegaron a Lechlade y se detuvieron en la plaza central para deliberar. Al cabo de un rato, comenzaron a explorar callejuelas antiguas, y permanecieron silenciosos, extrañamente silenciosos.

—Empieza a dominarnos —comentó David— la desagradable sensación de que nuestra broma puede convertirse en realidad.

Era cierto. Al fin, Michael lo había visto en esos lugares.

—Éste —anunció Michael— es el poblado, y allí está la casa.

La aldea era pequeña y vulgar. La casa, grande, sombría, producía una impresión de rechazo. Construida en ladrillos rojizos, guardaba cierta semejanza con el lavadero y contrastaba con los edificios de piedra de la región. Por fortuna, se ocultaba tras un jardín umbroso y altas murallas de ladrillo. La puerta de entrada era de altos barrotes de hierro; una de sus hojas estaba abierta y contra ella se apoyaba la bicicleta del cartero.

—Me parece —dijo David— que conviene hacer unas preguntas a los aldeanos.

Michael detuvo el automóvil en un punto apartado y todos descendieron. La aldea parecía desierta. No se veía a nadie, a excepción de dos ancianos decrepitos que, sentados junto al muro de una casa, tomaban el pálido sol de noviembre. David se acercó a ellos.

Uno de los ancianos asintió enérgicamente.

—Sí, sí —musitó—, los cerdos son enormes. No los he visto más grandes desde mi infancia. Es muy cierto.

Suponiendo que estas palabras formaban parte de una conversación interrumpida, y que no constituían respuesta a su pregunta, David hizo un nuevo esfuerzo... en voz muy alta.

—¿Cómo se llama este pueblo?

Los dos viejos lo miraron con aire bondadoso y comprensivo. El segundo parecía estar a punto de revelar el secreto. Pero cuando habló, lo hizo consigo mismo, continuando con un tema anterior.

—¡Ya se lo dije! —murmuró—, ¡ya se lo dije!

Horace comenzaba a reírse, Michael hacía gestos ininteligibles. Y, de pronto, el primer anciano pareció establecer contacto con la realidad circundante.

—Esto se llama Lunnontawn —dijo.

—¡London town!, «ciudad de Londres» —repitieron ambos jóvenes, desconcertados.

—¡No! ¡No London town; Lunnontawn!

—Y esa casa —preguntó Michael, empuñando la palanca de velocidades y cambiando de tema—, ¿qué es?

Y señaló el edificio, de intenso color rojo, que se divisaba a través de la arboleda.

—Esa es la Casa Blanca —repuso el segundo aldeano, inesperadamente y con aire de misterio; luego escupió.

—¿La Casa Blanca? ¿Y quién vive en ella?

Los dos viejos se miraron, temerosos. Y luego, como impulsados por un resorte, se pusieron de pie. Eran muy ancianos, sus manos parecían garras y sus rodillas se doblaban. Se alejaron lentamente. El primero desapareció en el zaguán de la casa junto a la cual habían estado sentados. El segundo se dirigió a un antiquísimo edificio contiguo. Pero se detuvo en el umbral y se volvió trabajosamente.

—Ese es un antro terrible de maldad —dijo.

Lanzó otro escupitajo y desapareció.

Michael miró a Horace, meneando la cabeza.

—Una vez oí decir a los ancianos: «Todo lo hermoso corre como las aguas»... Amigos, corramos también nosotros.

Y los tres volvieron sobre sus pasos, encaminándose, algo inseguros, hacia la vasta casona.

—Lo mejor será entrar y preguntar —dijo Horace.

—Horace —comentó Michael— olfatea *une maison mal famée*^[3].

—Vamos —urgió David—, si se ocultaba aquí en un tiempo, muy bien puede ser que continúe en la casa.

La verja continuaba abierta, y la bicicleta del cartero se apoyaba contra ella. Nadie los vio entrar, pero ellos, atisbando por encima del seto, divisaron al cartero que charlaba con alguien junto a la puerta trasera. El sendero que seguían dibujaba curvas caprichosas alrededor de los bosquecillos de arbustos. Al volver uno de esos recodos se encontraron frente a la Casa Blanca, y vieron, adosada al vistoso edificio rojo, único visible desde la carretera, una estructura baja, larga, pintada en un blanco sucio. La casa no era, ciertamente, alegre, aunque tanto el edificio como el parque estuvieran cuidados. No había en ellos belleza, ni armonía. Un murmullo de voces, proveniente de un bosquecillo cercano, llegó hasta ellos. Los tres se detuvieron y escucharon.

En aquel momento sucedió algo extraño. En el recodo del sendero apareció un hombre que venía de la casa. Tan pronto como divisó a nuestros tres amigos, se precipitó en medio de los arbustos y las malezas, con gran ruido de ramas rotas, y

desapareció.

—¿Es él? —gritó David.

Todo había sucedido en un segundo.

—¡Claro que es! —exclamó Michael, y se lanzó ciegamente tras él.

Aunque no lo supiera, lo que el joven quería era una nueva emoción. Los tres se lanzaron a la carrera por el sendero, y Horace acompañó la cacería con aullidos espeluznantes, imitando los sonidos del cuerno de caza cuando la jauría persigue al zorro. El fugitivo había pasado del macizo de laureles a un estrecho atajo, por el cual se alejó. Pero se oía el rumor de sus pasos que se adelantaban, paralelos al camino principal y en dirección a la casa. Los perseguidores avanzaban en fila india.

De pronto el angosto sendero se bifurcó, y a pocos pasos de distancia cada una de sus ramas se abrió, a su vez, en dos caminos. A ambos lados se elevaba un seto alto y tupido. Horace, el primero de la fila, se detuvo y obligó a sus compañeros a imitarle.

—¡Este sí que es un laberinto en toda regla! —exclamó.

Decía la verdad. Y a cada instante se oían más lejanos los pasos del fugitivo, como si varias hileras de seto vivo se interpusieran entre su persona y los tres estudiantes.

—¡Separémonos! —gritó Michael, que saltaba de entusiasmo.

—No —replicó David—, es mejor que nos mantengamos unidos. Así sabremos que cualquier rumor lo produce él.

David era el primer ingenio del grupo: estaba destinado a obtener el Gran Premio de ese año. Obedientes, sus compañeros se acercaron a él y comenzaron a explorar el terreno, deteniéndose a cada paso para sorprender el menor ruido entre el follaje. A veces el rumor venía de un lado, otras veces se adelantaba a ellos; su sonoridad aumentaba y disminuía. Pronto se percataron de que se habían extraviado en el laberinto vegetal. Era lo más verosímil, suponiendo que el fugitivo fuera capaz de orientarse en él. Por último, reinó el más absoluto silencio, y el trío dobló un postrer recodo del sendero, y desembocó en un pequeño claro. Estaban en el centro del laberinto.

—¡Buena la hemos hecho! —dijo Horace, jadeante—. Se ha escapado y nos costará trabajo encontrarlo de nuevo.

De pronto David señaló algo con el dedo, y corrió. En medio del claro se levantaba una plataforma de madera provista de una escalerilla, una especie de mirador que servía para orientar a los extraviados. El joven subió a ella de un salto.

—¡Ya lo veo! —anunció al punto—. Va a salir. Oye, Michael: ¿tienes un trozo de papel? Ahora comienza la cacería. Vosotros dos partiréis y yo os dirigiré. Y no os olvidéis de tirar papelitos a lo largo del camino, para que pueda seguirlos.

El proyecto era feliz, pero presentaba sus inconvenientes. Comenzaba el crepúsculo y David, desde la plataforma, apenas distinguía el sendero que conducía a

la salida. Tardó veinte minutos en guiar a sus camaradas y cinco en seguirlos, con ayuda de los papelitos sembrados a lo largo del camino. Al fin se reunieron los tres en la avenida principal, a cierta distancia de la casona.

—Hemos hecho un triste papel —dijo Horace.

—Ha llegado el momento de salir de aquí —añadió Michael.

—Volvamos a la entrada —aconsejó David—; lo más probable es que se nos haya escapado definitivamente. ¡Vamos!

Y salieron. Cuando llegaron a los portones oyeron una voz aguda y airada que lanzaba el más pintoresco repertorio de imprecaciones que imaginarse pueda. Era el cartero. Y se lamentaba por la desaparición de su bicicleta.

—¡Corramos! —exclamó David, y los tres se lanzaron a la carrera por el camino real. Sólo llegaron a distinguir vagamente al cartero que gesticulaba, una silueta de mujer, aparentemente asustada y sorprendida, junto a la entrada y un peón o jardinero que se acercaba corriendo por un atajo. La carretera estaba desierta. Lo más probable era que el fugitivo se hubiera alejado hacía más de veinte minutos en la bicicleta. Verdad es que el cartero no se había percatado del robo hasta ese instante, pero quizá fuera porque, en pos de su comadre, hubiera entrado en la portería a tomar una copita.

—¿Qué camino habrá seguido? He ahí el dilema ¿Qué camino tomó?

Michael, mientras se encaminaba hacia el automóvil con sus compañeros, lanzó a los vientos esta pregunta con verdadera desesperación. Y la respuesta llegó de la manera más inesperada: aparecieron los dos ancianos, gesticulando muy alarmados. Se adelantaron por la carretera agitando sus bastones, tan encorvados y nudosos como sus dueños, y lanzando gritos extraños, en un «unísono» involuntario.

—¡Por allá se fue, señores! ¡Por allá salió! ¡Por allá se fue con todas sus maldades! —y señalaban una de las angostas callejas de la aldea.

Un momento después el De Dion estaba en marcha y devoraba la distancia. Michael dijo a gritos:

—Me parece que este camino va directamente a la carretera que une Lechlade con Burford. Hay dos millas de trayecto. Lo alcanzaremos.

Tenía razón. La calleja formaba mil recodos y recorría unas dos millas sin otra interrupción que alguna que otra puerta aislada, que daba sobre campos solitarios. Lo más probable era que el fugitivo hubiera avanzado en línea recta. David se dedicó a estudiar el mapa, y cuando el automóvil salió a la avenida principal, había localizado su posición exacta.

—A la izquierda está Lechlade —dijo—, y a una milla de distancia se encuentra la encrucijada de Bampton a Eastleach. Si continuamos avanzando llegaremos a Burford. No hay encrucijada alguna hasta llegar a la carretera Witney-Northleach, que circunda la aldea. Personalmente, voto por Burford.

—¡Espera un poco! —exclamó Horace—. Aquí viene un policía que quizá pueda

decimos algo.

Un agente extraordinariamente grueso se acercaba a ellos en su bicicleta. Venía del lado de Burford. David lo llamó.

—Oiga, agente, ¿ha encontrado usted algún ciclista en ese camino?

El rotundo agente se detuvo con severa dignidad.

—Sí —repuso.

Al meditar sobre el asunto, reparó en un nuevo aspecto que hasta el momento no llamara su atención.

—Pensándolo bien —añadió—, era la bicicleta de Will Parrott —se detuvo, pensativo.

—¿De Will Parrott, el cartero? —inquirió David.

El agente asintió con la cabeza, y prosiguió:

—Pero no era Will quien la conducía.

Reflexionó otra vez, y al hacerlo, una serie de vagas probabilidades, de borrosas implicaciones, ganó los linderos de su conciencia. Agregó con lentitud:

—Pensándolo bien, el individuo que la manejaba iba a gran velocidad. No sería difícil...

Lo interrumpió el rugido de un motor. El De Dion había partido como una exhalación en dirección a Burford. El obeso policía tardó unos minutos en incorporar este nuevo hecho a su composición de lugar. De pronto, una luz se hizo en su cerebro.

—¡Debe de ser uno de esos malditos pistoleros de Londres, que ha llegado finalmente a estos contornos! —dijo.

Y volviendo su bicicleta, se lanzó en su persecución.

El breve crepúsculo otoñal terminaba. Había llegado el momento de encender las luces. Por más que esforzaban su vista, David y Michael nada lograban distinguir. Pero Horace, que, en compañía de la canasta, ocupaba el asiento posterior, gritó de pronto:

—¡Muchachos! Hay otro vehículo en el camino, un enorme Rolls-Royce. ¡Parad!

Era exacto. Michael avanzaba a gran velocidad, pero pasaron unos segundos antes de que apareciese la vasta silueta del Rolls-Royce gris en la penumbra crepuscular. Su bocina sonaba insistentemente y, en ese instante, encendió sus focos delanteros iluminando todo el camino. Michael se hizo a un lado, dejándole paso, y aceleró en el mismo momento. El Rolls-Royce tenía prisa, pero no intentaba suicidarse. Refrenó la marcha y ambos automóviles se lanzaron por la carretera en fila india.

La visibilidad era pésima; en esa hora intermedia, los faros son de poca utilidad. De pronto, frente a ellos, apareció la encrucijada de Burford. El teléfono de la policía había funcionado en el intervalo, pues tres agentes cerraban el paso. Entre los automóviles y la policía estaba el fugitivo, inclinado sobre el manillar de su bicicleta y pedaleando con furia. Hubo un momento de confusión. El ciclista se precipitó sobre

los agentes, dos de ellos trataron de detenerlo, se oyeron gritos y golpes..., luego se vio al fugitivo hacer un brusco viraje y enfilar hacia Burford Hill, atravesando la encrucijada. Los policías se echaron a un lado para dar paso a los dos automóviles. Sin embargo, Michael, que conservaba una admirable sangre fría en el volante, tomó por la carretera principal y pronto divisaron nuevamente al ciclista, que se preparaba a bajar la rápida pendiente.

—¡Lo alcanzaremos! —gritó Horace.

—Si es que queda algo que alcanzar —repuso secamente David—. Está bajando esa cuesta a una velocidad mucho mayor de la que se proponía.

Decía verdad. Michael bajaba la angosta y abrupta pendiente de la calle de Burford tan velozmente como se lo permitía la seguridad de un automóvil grande y perfectamente conducido. Pero apenas superaba la velocidad del ciclista, que se precipitaba por la cuesta como si tuviera la mismísima muerte en los talones. Se mantenía en equilibrio por milagro. Pero, en un segundo, todo terminó. Pasaron como flechas entre la posada del Cordero y la iglesia; luego el camino torció rumbo al puente; el fugitivo, por un prodigio de pericia, logró transponer el puente, pero el De Dion lo alcanzó y lo obligó a pararse contra el borde del sendero. La presa estaba acorralada...

—¡No es él! —exclamó Michael al divisar el rostro atónito y la cabeza pelirroja del que estaba en la cuneta. Y en ese instante comprendió que nunca tuvo razones muy poderosas para suponer que lo fuese.

—¡Es un loco! —dijo en voz baja David, al ver la fisonomía inexpresiva y la mirada extraviada de su víctima.

—¡Aquello es un manicomio! —añadió Horace, contemplando mentalmente el destartalado edificio rojo llamado «Casa Blanca».

El Rolls-Royce gris se detuvo junto a ellos, con ruidoso chirriar de frenos. Un hombrecillo nervioso pero resuelto, que tenía cierto aire entre médico y militar, descendió enseguida.

—¿Está herido? —preguntó—. ¿Está herida su señoría? ¡Maldita sea!

Y se precipitó en la cuneta, donde comenzó a examinar al loco.

—Su señoría —musitó tristemente Horace—. Este sí que es el momento indicado para hacer mutis.

El médico en miniatura salió de la cuneta.

—No hay fracturas. Está un poco atontado, nada más... ¡Yates! ¡Davies! Ayuden a su señoría a subir al automóvil. Dejen allí la maldita bicicleta del cartero. ¡Malditos sean estos policías..., no son capaces de detener a un bebé en su triciclo! Casi se ha roto la cabeza. ¡Rogers! Da la vuelta. Y ahora, señores míos...

Los señores contemplaron con desconfianza al encargado de su señoría. Era evidente que ignoraban cuál era su verdadera posición. Pero a nuestro hombrecillo no

se le ocurrió ni por un instante que esos tres jóvenes elegantes, que acababan de bajar de un magnífico De Dion, fuesen los villanos de la obra.

—Les estoy muy agradecido, caballeros, por su, ¡ejem!, intervención y ayuda. Creo que habrán comprendido ustedes de qué se trata. Lord Pucklefield es uno de mis pacientes... Soy el doctor Goffin, de la Casa Blanca. Es un individuo nervioso; en cuanto se asusta, huye. No me explico de qué se ha asustado esta vez; pero sé que la puerta quedó abierta mientras el cartero charlaba... ¡No volverá a suceder, maldita sea! ¡Yates! ¡Davies! ¡Adentro!

Y el doctor Goffin se descubrió con exquisita cortesía. (Michael tuvo el tiempo indispensable para hacerle su reverencia más profunda). Un momento después lord Pucklefield y sus amigos habían desaparecido en la oscuridad, cada vez más acentuada, de la noche.

Horace tamborileaba sobre el canasto. David encendió su pipa. Michael consultó su reloj.

—Son las seis menos cuarto, y estamos muy lejos de casa. Si nos apresuramos, alcanzaremos la cena.

La propuesta, formulada sin entusiasmo, fue recibida fríamente.

—Apuesto diez chelines a que no la alcanzamos —añadió el vagabundo director de oraciones de San Antonio.

—Ya has tirado cinco libras —dijo brutalmente Horace, dando una palmada sobre el canasto—; no te hará daño gastar diez chelines más. Lo mejor que podemos hacer es volver a Las Tres Palomas y cenar decentemente.

Resuelto el problema por unanimidad, volvieron al automóvil; unos segundos después corrían a gran velocidad rumbo a la encrucijada de Fulbrook. Al ascender la cuesta que acababan de bajar, sus faros iluminaron una robusta silueta que contemplaba la bicicleta abandonada en la cuneta. Era el obeso policía, que, por lo visto, no había encontrado a sus colegas en lo alto de la colina. Sumido en hondas meditaciones, parecía estudiar un misterio impenetrable.

El potente De Dion, burlado pero no vencido, se detuvo ante el anuncio discretamente iluminado que indicaba la entrada de Las Tres Palomas. En el salón ardía un alegre fuego, y la tenue luz de los candelabros hacía más reconfortante y dorado el jerez que tomaron, a guisa de aperitivo, nuestros amigos. Había concluido la farsa... y felizmente la fatalidad que amenazara turbarla no llegó a hacerlo. David había vuelto a Píndaro, Horace soñaba con los ojos abiertos, Michael pensaba en la cena. Era temprano todavía y podían disfrutar de los placeres de la expectación.

En Las Tres Palomas todo resulta bien. Terminado el jerez, recitada la oda, concluido el sueño, elegidos los vinos, llegó el momento en que la expectación se torna impaciencia y los ojos consultan el reloj: en ese instante, el camarero se acercó

a la puerta y pronunció las palabras sacramentales. Todos se levantaron complacidos y Michael, en una sola frase, cerró el episodio del día:

—En el fondo, muchachos, no me hubiera gustado atraparlo.

Fueron ellos los primeros ocupantes del comedor, cuyas maderas lustradas relucían al resplandor rojizo de la chimenea. Habían terminado el salmón ahumado cuando llegó el otro comensal. Era el señor de las barbas alborotadas que vieron a la hora del almuerzo. Pero ahora no llevaba el libro consigo, y avanzó hacia la mesa con los puños apretados, en forma extraña, contra sus hombros...

—¡Es él! ¡Es él! —el alarido de Michael fue espeluznante y el señor de la hirsuta barba desapareció instantáneamente.

—¡Se fue, se fueeee!

A continuación tuvo lugar una escena única en la historia de aquella tranquila hostería.

CIERTA ESPECIAL AGUDEZA para descubrir enseguida la presencia de un «gato encerrado» es factor importantísimo en el equipo de cualquier investigador. Appleby había descubierto uno..., pero se equivocó de lugar. No obstante, era hombre demasiado experimentado para suponer que ese inesperado hallazgo excluyera la existencia de otro gato encerrado en algún desconocido reducto.

Para ser más precisos, digamos que este felino no sólo apareció en un sitio inesperado, sino también en un momento inoportuno. Una hora después de haber sido encontrado el cadáver de Uempleby, dos profesores de la Facultad, Gott y Campbell, se encontraron —casual o deliberadamente— en un tramo de la carretera de Luton. Podría haber sido un encuentro fortuito, podría haber sido premeditado; en este último caso el motivo que les impulsó permanecía en el misterio.

De cualquier manera el terreno era propicio para iniciar una investigación, y Appleby se disponía a efectuarla cuando le anunció a Dodd que salía a dar un paseo. Minutos después descendía con paso rápido por la calle de las Escuelas, y mientras iba andando concentró su atención en el primero de los problemas que se le planteaban.

La noche del crimen, Campbell había visitado el club Chillingworth, en Stonegate. Decía haber llegado allí antes de la hora en que Uempleby fue visto por última vez y haber permanecido en el recinto hasta diez minutos antes de la medianoche. En lo que al asesinato se refería, ésa era, precisamente, la coartada de Campbell, y sería menester confirmarla; comenzaría inmediatamente.

La entrada del club Chillingworth, en Stonegate, se abre al extremo de un corredor cubierto, de pocos metros de largo. Al atravesarla, nos encontramos en un mezquino patio, adornado por una pequeña fuente y un estanque donde nadan algunos peces de colores; esto no ocupa más de unos cinco metros cuadrados y recibe de los socios el pomposo título de «el jardín»... «Una investigación disimulada», pensó Appleby mientras cruzaba el patio, «resultará punto menos que imposible: el único camino a seguir será un ataque frontal contra el secretario de la institución». Resuelto a emprenderlo, tocó el timbre.

El secretario, hombre de edad avanzada, resultó ser una persona muy discreta. Después de examinar las credenciales del inspector, le aseguró cortésmente que el club estaba dispuesto a colaborar con él en la medida de lo posible y con la mayor celeridad. No obstante, como el asunto implicaba investigar las actividades de un socio mientras éste permanecía dentro del recinto de la institución, le era imposible actuar sin la autorización del presidente. ¿Se podría hablar enseguida con el presidente? Desgraciadamente, no era posible. Lord Pucklefield estaba delicado y los médicos habían prohibido terminantemente que se le hablara de negocios. ¿Existía

algún presidente provisional? Indudablemente, la autoridad del doctor Crummles podría ser considerada suficiente. ¿Llamar por teléfono al doctor Crummles? Bien comprendería el señor inspector que la índole del asunto no era de las más apropiadas para ser expuesta en una conversación telefónica...

Appleby estaba habituado a vencer obstáculos de esta naturaleza, y una hora después había obtenido de una serie de servidores del club la mayor parte de los datos que necesitaba. Y la verdad es que necesitaba datos minuciosos sobre las actividades de Campbell. Había llegado a las 10.15. Minutos antes de las 10.30 se le había servido una bebida en la sala de fumar. Poco después, con el vaso todavía en la mano, se le vio penetrar en la sala de juego; había intervenido en una partida de *bridge*, que duró hasta las 11.30. Terminado el juego, permaneció diez minutos más conversando con uno de los contrincantes. A las 11.45 en punto recogió su abrigo y su sombrero y salió. El camarero interrogado estaba seguro de la hora de su salida; recordaba que Campbell, al levantarse, consultó su reloj de bolsillo, acción que él imitó involuntariamente, mirando el reloj de pared. Además había ocurrido otra cosa que le ayudaba a recordar claramente el episodio. Campbell salió por el patio, pero por lo visto olvidó algo en el edificio, porque un instante después se le volvió a ver en el interior del mismo. Luego se fue definitivamente, pero esta vez salió por la puerta que da directamente a Stonegate, unos metros más hacia el Norte.

Los detalles parecían exactos, por lo cual Appleby no se lamentó de no obtener datos más minuciosos cuando interrogó a otros miembros de la servidumbre. Era de por sí extraordinario que se recordaran tan bien las actividades corrientes de uno de los socios, pasados ya algunos días. El inspector estaba casi seguro de haber dado con una pista Pensativo, salió por la puerta de Stonegate, tal como lo hiciera Campbell, y se encaminó hacia la carretera de Luton. Su próxima visita sería a *sir* Theodore Peek, y a su vecina posada del Caballo Verde. En efecto, esta circunstancia topográfica constituía el núcleo de las investigaciones de Appleby. El plano de Dodd le había revelado que el Caballo Verde estaba, por así decirlo, en el propio establo del eminente sabio. Y esperaba que esa exacta topografía le revelaría detalles interesantes.

Y así fue. La entrada a la hostería del Caballo Verde se abre sobre el patio frontal de la misma, y este último, situado junto a la carretera, linda por el otro lado con una umbrosa avenida suburbana. La casa más próxima es Berwick Lodge, la mansión de *sir* Theodore. Appleby se detuvo unos instantes, y evocó todo lo ocurrido aquella noche en las tinieblas. Luego subió corriendo la escalinata en Berwick Lodge y golpeó la puerta de entrada.

La ciudad posee un considerable número de ancianos. Los suburbios, especialmente, están poblados por sabios profesores de incalculable edad. Esta circunstancia no se

advierde enseguida, pues estos venerables señores, cuando han salido de sus Facultades, permanecen en sus casas. Sin embargo, escondido en aquella vulgar villa, construida en el estilo que propagaba Ruskin, hay un anciano que aún recuerda la publicación del *Lucrecio* de Lachmann; más allá, bajo esos techos que imitan el maderamen Tudor, vive el historiador que sostuvo polémicas con Grate; calle abajo habita el viejecillo cuya cabeza infantil fue acariciada por el propio Niebuhr... Hay además algo muy particular en esa generación de sabios primigenios. Ellos son, a su vez, hijos y nietos de varones eruditos que dedicaron la labor de toda una vida al adelanto del saber humano, y cuando, alrededor de los noventa años, comprendieron que las primeras brumas de la senectud se cernían sobre su inteligencia, abandonaron sus actividades intelectuales para dedicarse a la tranquila vida de familia. De ahí que ese señor que recuerda a Lachmann también recuerde las anécdotas de Porson que le relataba su padre, y que aquel otro que recibió la bendición de Niebuhr conserve todo un repertorio de anécdotas familiares relacionadas con Bentley, Heinsius y Voss. Esta impresión de contacto personal y directo perdura viva y real, hasta perderse, con Policiano y Erasmo, en la penumbra del siglo xv. Ésta es la tradición de los auténticos jefes de la Universidad, y entre todos ellos, *sir* Theodore Peek era el más anciano y borroso, el más sumergido en la inmemorial y brumosa historia de la erudición, y quizá también el más iluminado por la distante y dorada luz de Grecia y Roma.

Appleby lo encontró en una habitación pequeña y oscura, alrededor de la cual se apilaba la más indescriptible confusión de libros y manuscritos que imaginarse pueda. Dormía; o bien dormía un momento y velaba otro, pues de cuando en cuando los ojos de este hombre casi prehistórico se abrían, para cerrarse después. Pero, cuando se abrían, lo hacían para descifrar un fragmento de papiro que estaba sobre su escritorio; cuando terminaba, una mano descarnada redactaba una breve anotación, y los ojos volvían a cerrarse. Parecía que se estaba ante un símbolo viviente de la sabiduría.

Al cabo de unos instantes, *sir* Theodore advirtió la presencia de Appleby, pero no tomó en cuenta su carácter de policía. Parecía considerarlo más bien como un estudiante que, terminada su carrera con excelentes calificaciones, había venido para consultar a la más alta autoridad sobre temas de investigación de seminario. Trabajo le costó al inspector arrancarlo de una disertación sobre una revisión crítica de Aristarco sobre las obras de Homero, y llamar su atención sobre el nombre de Campbell.

—Campbell —repetía enérgicamente Appleby—; Campbell, de la Facultad de San Antonio.

Sir Theodore asintió, y luego meneó la cabeza.

—Es hombre preparado —murmuro—, muy preparado, sin duda, pero su especialidad no nos interesa mayormente, ¿no es así? Umpleby es lo mejorcito que

hay en San Antonio. Le aconsejo que visite a Umpleby. ¡Lástima que se haya dedicado a esas fantasías antropológicas! ¿Ha leído usted su trabajo sobre Harpocracio?

—¿Le... visitó... a... usted... Campbell... el... martes... por... la... noche...?
—preguntó Appleby.

—En verdad, usted mismo podría investigar la obra de Harpocracio —continuó *sir* Theodore—. Como usted sabe, nos ha conservado multitud de pasajes de los Atidógrafos: Helánico, Androcio, Fanodemo, Filocoro e Istro, para no mencionar a historiadores tales como Hecateo, Eforo y Teopompo, Anaximenes, Marsias, Cratero...

Appleby hizo una nueva tentativa.

—Sí —dijo enérgicamente—, sí; Harpocracio. ¿Le habló... acaso... sobre... Harpocracio... el... profesor... Campbell... el... martes... por... la... noche?

Sir Theodore pareció vagamente sorprendido.

—No por cierto —dijo—. Mucho me temo que Campbell no sepa nada sobre él. Vino a traerme un manuscrito para que sea publicado en nuestra revista; no solemos oponemos a la aparición de ese tipo de artículos. Apenas estuvo unos instantes. Ahora bien: si necesita usted algunas cartas de presentación para cuando salga de viaje...

Sir Theodore Peek era un personaje venerable, pero fatigoso. Appleby se despidió respetuosamente, y se dirigió, con diversos propósitos, a la hostería del Caballo Verde.

Eran las 8.30 cuando el inspector regresó a sus aposentos de la Facultad. La visita al Caballo Verde no había sido la última de las tareas del día. Se había entrevistado con escribientes atónitos y desconcertados; había enviado mensajes telefónicos al censor y al vicescanciller; había interrogado detenidamente a personajes con aspecto de boxeadores, que daban vuelta entre sus manos a los característicos hongos oscuros... Sin embargo, terminó la velada en forma placentera, cenando en compañía de Dodd, con quien conversó sobre mil asuntos diversos que no guardaban ninguna relación con el trabajo que tenía entre manos. Por desgracia, la charla quedó interrumpida cuando Dodd tuvo que salir precipitadamente. Se acercaba la crisis de sus operaciones tácticas contra la pandilla de ladrones. Appleby, vencida la fatiga, buscaba ahora la soledad de su dormitorio para reflexionar sobre los datos reunidos durante el día. Pero, al abrir la puerta, se detuvo sobresaltado. Sentado junto al fuego, como él había esperado a Pownall aquella misma mañana, le esperaba míster Gil Gott.

El entusiasmo de Michael por su joven profesor era justificado. La primera impresión que Gott producía, en reposo, era inmejorable: se trataba de un hombre apuesto. Se movía con donaire; hablaba con simpatía, y cuando su conversación se

prolongaba, sabía mantener siempre el interés de su interlocutor. Por encima de todo, sabía congraciarse con cualquiera. Toda su persona parecía decir: «Es evidente que mi vida es más afortunada, más elevada, más completa y vigorosa (sin esfuerzo alguno) que la vuestra, pero ¡fijaos bien!, en lugar de irritaros, esa misma circunstancia os agradará».

En ese instante, míster Gott se puso de pie airosamente..., y no dijo una sola palabra. Pero contempló a Appleby con cierta expresión entre amable e irónica que pocos hombres podrían lograr sin un dejo de impertinencia, pero que en él resultaba muy atractiva.

El inspector no consideró necesario variar el tono sugerido por esa actitud. Tomó asiento en silencio, al otro extremo de la chimenea, y comenzó a llenar su pipa. Cuando por fin habló, sus primeras palabras parecían premeditadas, destinadas a subrayar lo extravagante del encuentro.

—¿De manera —dijo— que es usted un bibliógrafo?

Gott, que a la sazón también llenaba su pipa, se rió.

—Es usted —prosiguió Appleby en tono didáctico— un bibliógrafo profesional, lo cual equivale a ser un investigador. Hace una ciencia de los componentes físicos de un libro, lo cual le permite, por la confrontación de los más mínimos fragmentos, descubrir falsificaciones, robos, plagios, la intervención de esta o aquella mano en un texto dado, aquí una interpolación, allá una corrupción del original, que datan a veces de cientos de años. Mediante esa labor investigadora ha llegado usted a descubrir en los dramas de Shakespeare cosas que ni siquiera el mismo Shakespeare sospechaba...

Appleby se detuvo para atizar el fuego y fumar su pipa.

—Ahora bien —continuó—: Ha utilizado usted esa técnica, o al menos, la dúctil inteligencia que hay detrás de esa técnica, para forjar crímenes. Las novelas de Pentreith son las mejores de su tipo: agradablemente fantásticas y, al mismo tiempo, densamente lógicas. Me imagino que no deja de interesarle, profesionalmente, la muerte del doctor Umpleby, tan agradablemente fantástica y tan severamente lógica a la vez, ¿no es así?

—Míster Appleby —repuso Gott moviendo la cabeza—, usted no cree lo que está diciendo. En medio de los mil enredos en que se ve envuelto en este instante, apenas tiene certeza de una o dos cosas. Y sabe que aunque yo, para mi mayor vergüenza, escribo novelas policiacas, no he forjado este auténtico crimen.

—Pero sé que usted ha forjado algo.

—No lo niego. Sin embargo, recuerde usted el *Don Juan*. «La verdad es que nada he proyectado, salvo el pasar un momento de alegría»... ¿Qué piensa usted de ello?

—Pienso que resulta peligroso buscar diversiones cuando se está tan próximo al crimen. Y juzgo inadmisibles transformar un asesinato en un asunto de ociosa observación. Me parecería mal meterse en una cueva de ladrones con el fin de

interesarse sencillamente por el homicidio. Pero es aún peor hacerlo desde un punto de vista sentimental.

Gott escuchó con gravedad.

—Sí —dijo seriamente, después de un instante de silencio—; es cierto. Pero, como sabe, mis asuntos particulares no guardan relación alguna con este problema.

Appleby respondió con repentina energía:

—Míster Gott, he pasado la tarde investigando sus actividades, y he meditado mucho sobre ellas antes de hacerlo. No olvide que, en un caso como el presente, mi tiempo no carece de valor.

Estas palabras sólo consiguieron sacar a Gott de su actitud seria.

—¿Qué le pareció el biter del Caballo Verde, míster Appleby? ¿Y qué me dice de *sir* Theodore? Me imagino que ya ha descifrado usted la charada, ¿no es verdad?

Su risa era, al mismo tiempo, burlona y cordial; sus palabras, una confesión y un desafío.

—Así es —repuso el inspector—, la he descifrado. No era muy difícil.

—¡Ah! —exclamó Gott—, ¿quiere usted darme su versión?

A pesar de la impertinencia de semejante petición, Appleby se lo perdonó, gracias al carácter jocoso del diálogo y a la indudable simpatía que experimentaba por su interlocutor.

—Le contaré todo: desde la primera sospecha hasta el hallazgo de la prueba definitiva. La primera sospecha fue una casualidad. No me interesaban especialmente las actividades de ustedes durante la noche del martes; por consiguiente, tampoco me interesaba la suya. Pero un colega concienzudo, a quien encargué la tarea de investigar sus actividades, logró averiguar buena parte de sus idas y venidas..., o lo que él creía tales. El segundo censor llegó a Town Cross a las 11.40. Minutos después se dirigía a Stonegate. A medianoche entró en el Caballo Verde. Por rara coincidencia, otro de los profesores de San Antonio, míster Campbell, declaró que en ese preciso momento él también recorrió el mismo trayecto. La coincidencia me pareció demasiado casual (para emplear un término muy poco científico), y, una vez despertada mi atención, me resolví a dar un paseíto por los alrededores. Ese paseo me reveló por qué Campbell visitaba a *sir* Theodore en el mismo instante, aproximadamente, en que el segundo censor penetraba en el Caballo Verde.

Appleby hizo una breve pausa. Su visitante lo contemplaba afablemente a través de una nube de humo de tabaco.

—Míster Gott: usted y Campbell estaban elaborando una coartada la noche del asesinato del doctor Umpleby, pero, en lo referente al crimen, se equivocaron de hora. La coartada les resultó atrasada en sesenta minutos.

—Curioso —dijo Gott—. ¿Me hará usted el favor de explicarme cómo se le ocurrió todo esto? Me agrada la teoría.

—Cuando recordé —prosiguió el inspector tranquilamente— en qué forma proceden las comisiones de censura, me lo expliqué todo. El censor no marcha en compañía de sus agentes, éstos lo siguen a unos quince metros de distancia. Cuando él penetra en un edificio, los agentes no lo siguen, a menos que se les invite expresamente a hacerlo; permanecen junto a la puerta.

—Parece que usted conoce bien el proceso —interpuso secamente Gott—. Continúe, por favor.

—Usted y Campbell fijaron una hora decisiva: las 11.45. Desde las 11.40 hasta las 11.45, sus coartadas eran auténticas, o sea, que cada uno de ustedes estaba realmente donde aparentaba encontrarse: Campbell en su club, usted recorriendo la ciudad. Pero a las 11.45 usted llegó a Stonegate, y en el mismo instante, Campbell franqueó el corredor cubierto que sirve de salida al club de Chillingworth. Los agentes lo vieron y, como es natural, lo reconocieron, pero nada importa ese detalle. Ustedes se saludaron, y Campbell le incitó a entrar al corredor y visitar el club. Nada había de extraño en ello; durante semejante visita, los agentes esperarían a la puerta. Una vez en el corredor, usted se despojó de su toga de censor, y se la entregó a su colega; mientras éste atravesaba el recinto, se ponía la toga y salía por la puerta que da a Stonegate, usted esperaba tranquilamente. Y, unos instantes después, el segundo censor marchaba nuevamente al frente de sus hombres. Si por casualidad alguien lo reconocía, jamás se le ocurriría pensar otra cosa sino que Campbell ejercía las funciones de censor suplente, cosa perfectamente legal.

—Muy convincente —musitó Gott.

—De allí al Caballo Verde y a visitar a *Sir* Theodore. Como de costumbre, los agentes esperan a la puerta. Campbell entra en el patio de la posada y hace una breve inspección, revestido con su toga. Todos los parroquianos se enteran de que el censor ha visitado el Caballo Verde. Este detalle, de cualquier modo, carece de importancia, puesto que bien lo saben los agentes..., o creen saberlo. Sale nuevamente Campbell con su toga por el otro extremo del patio y dos minutos más tarde consta que Campbell, el auténtico Campbell, visitó a *sir* Theodore alrededor de la medianoche. Dos excelentes coartadas: una falsa, y la otra, por decirlo así, entre falsa y verdadera.

—¿Y el desenlace? —inquirió suavemente Gott.

—Campbell, siempre actuando como censor, aparece fugitivamente bajo la arcada del patio, llama con un gesto a los agentes, se vuelve y sale por la puerta trasera, pasando frente a la casa de *sir* Theodore. Y sus hombres le siguen hasta la misma puerta de San Antonio.

Y aquí está el último dilema. Usted suele entrar al edificio, en ocasiones semejantes, por la puertecilla que da a la calle de las Escuelas. Pero esta vez se dirigió discretamente a la entrada principal, por la avenida de San Ernulfo, y llamó al portero para que abriese el portón... Sí, señor mío, esta vez era usted en persona.

Campbell dobló por la avenida, y allí le esperaba usted en un umbral: un rápido cambio de toga, y Campbell se encamina tranquilamente hacia sus habitaciones. En cuanto a usted, como le estaba diciendo, llega a la entrada principal, espera allí a los agentes, se vuelve y los saluda ceremoniosamente. Ellos se quitan sus hongos: «Buenas noches, míster Gott». Usted llama al portero. Una vez más: «Buenas noches, míster Gott»... En realidad, desde las 11.50 hasta las 12.20, tuvo usted media hora para hacer lo que mejor le pareciese, y una magnífica coartada preparada en ese mismo lapso. ¿No le parece una lástima haber desperdiciado, sin utilidad alguna, en la cruda realidad, una estratagema que hubiera quedado tan bien en cualquiera de sus novelas?

—Ingeniosísimo —dijo Gott, que fumaba en actitud meditabunda—, pero un tanto caprichoso. ¿No será usted mismo, y no Campbell ni yo, quién ha forjado esa estratagema? ¿Qué puede probar, a menos que encuentre a alguien que me haya visto donde no debía haber estado, o que haya reconocido a Campbell bajo la toga del censor? Sus teorías están en el aire. ¿Y no ha pensado usted qué motivo habría detrás de tan sorprendentes actitudes? ¿Acaso que pensábamos asesinar a Umpleby a medianoche, y alguien nos tomó la delantera?

—Quizá —repuso Appleby— nada tenga que ver esto con la Facultad de San Antonio. Mi colega Dodd se ocupa actualmente de dilucidar ciertos latrocinios perpetrados en los alrededores. Tal vez sea usted, míster Gott, la mente criminal que dirige la gavilla de malhechores.

Gott rió sin alegría, y dijo:

—¿De manera que me toma por un ladrón?

—Sí.

—¿Un ladrón de arrabal?

—No. Y ahora —añadió el inspector después de una pausa—, ¿quiere contarme su versión?

—Si hubiera una historia que contar, quizá no fuera yo el más indicado para narrarla.

Hubo una nueva pausa, mientras Appleby se preguntaba cuál sería la mejor manera de tratar a ese hombre impasible, reservado, y al mismo tiempo tan atractivo. Con Pownall se había mostrado casi grosero...; una técnica muy desagradable. Y estaba seguro de que muy poco podría obtener de Gott si se mostraba excesivamente severo. Mientras pensaba en esto, se oyeron extraños ruidos tras la puerta del saloncito, ruidos sordos y chirriantes seguidos por un sonoro golpe y el rumor de unos pasos que se alejaban velozmente. Appleby corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. En el pasillo se veía un canasto de mimbre de gran tamaño.

Gott se había levantado también, y, junto a la puerta, ambos contemplaron silenciosos el extraño objeto. Otros ruidos, igualmente extraños, turbaron el silencio.

—Opino —dijo Appleby— que sería conveniente abrirlo.

Y se dispuso a correr el grueso barrote de metal que cerraba sólidamente la canasta.

Hay algo particularmente absurdo en el espectáculo de un ser humano encerrado en un canasto destinado a la ropa sucia, y Shakespeare no lo ignoraba, indudablemente, cuando planeó *Las alegres comadres de Windsor*.

La aparición que se presentó en aquel momento ante nuestros amigos tenía algo de Falstaff, un Falstaff alicaído y harapiento, cuya caracterización teatral había sufrido serios perjuicios. Su rostro tenía churretes de pintura, y de una de las encarnadas orejas colgaban los restos de una barba postiza, muy blanca y alborotada.

Appleby no vaciló un instante. Ayudó cortésmente a su inesperado huésped, y le preguntó con voz meliflua:

—¿Míster Ransome, según creo?

MÍSTER RANSOME SALIÓ dispuesto a darse un baño y a hacer una incursión en la despensa. Se contentó con indicar que no había cenado... Y míster Gott tuvo que explicarlo todo.

—Creo que ha llegado la hora de revelar nuestro pequeño plan —dijo—. Sin duda ha oído usted hablar de los documentos de Ransome, esos valiosos papeles que Umpleby retenía. Pues bien; Ransome llegó a Inglaterra hace un mes, indignado porque el rector no se los había remitido. En vez de presentarse abiertamente en la Facultad, permaneció en la ciudad y mandó llamar a Campbell. Ambos fueron siempre grandes amigos, y Campbell era partidario de adoptar enérgicas medidas contra Umpleby. Por último decidieron hacer justicia por su propia mano. Una vez resueltos, decidieron asimismo consultar el asunto conmigo, en calidad de... técnico.

La pipa de Gott humeaba una vez más. Narraba su historia con una mezcla de sinceridad y satisfacción que hubiera desarmado a cualquiera.

—Me presté a ello, lo cual, en su opinión, no dejará de ser una tontería, y convertí el asunto en una especie de juego. No nos hubiera sido difícil despojar a Umpleby obligándole a «soltar prenda» ante la amenaza de una publicidad escandalosa. Pero decidimos planear un robo impecable y perfecto, y fui yo quien lo preparé. Interveníamos los tres: Ransome, Campbell y yo, y lo que más me interesaba era el aspecto de las coartadas. En el robo propiamente dicho, tendríamos que participar Ransome y yo...

—¿Por qué los dos? —preguntó Appleby.

Gott titubeó un instante, como si la pregunta que le acababan de formular le pareciese embarazosa, pero luego respondió con una sonrisa:

—Mi presencia era indispensable porque las circunstancias en que se iba a desarrollar el hecho requerían... un tipo muy particular de inteligencia; pronto comprenderá lo que le digo. Y Ransome debía estar allí por la sencilla razón de que hubiera sido injusto que yo interviniese en un asunto peligroso para favorecerlo, mientras él dormía tranquilamente... Lo que me interesaba era lograr buenas coartadas. En cuanto a Ransome, estaba tranquilo, puesto que todos los demás creían que se hallaba a miles de kilómetros de aquí. Pero era menester hallar coartadas para Campbell y también para mí. La cosa era más seria que un simple juego. No se me ocurrió en ningún momento que Umpleby pudiese llamar a la policía, y (le pido mil perdones), menos aún, que la policía se tomaría el trabajo de comprobar nuestras coartadas, en caso de ser llamada. Sin embargo, hice cuanto pude para planear bien el asunto.

—El aspecto experimental de la novela popular —murmuró el inspector.

—Quizá; tal vez he delineado el asunto como si estuviese preparando un libro. Lo

cierto es que elaboré todo un plan. A las 11.45 Campbell, como adivinó usted, ocupó mi lugar. En ese instante yo debía dirigirme a San Antonio y reunirme con Ransome, que previamente debía haber inspeccionado el terreno. Calculábamos haber perpetrado nuestro robo a las 12.10. Entonces me tocaba salir sigilosamente rumbo a la avenida de San Ernulfo, donde se presentaría Campbell a las 12.20 en punto; Ransome también aprovecharía esos minutos para escapar. Sin embargo, antes de abandonar la rectoría, haríamos el ruido indispensable para sembrar la alarma entre la servidumbre; el robo se descubriría enseguida, y se le fijaría una hora, el preciso momento en el cual yo, seguido por mis agentes, me encontraba a cierta distancia del edificio, y Campbell, como es natural, no tenía aún tiempo de haber llegado a pie desde la casa de *sir* Theodore. Campbell y yo cambiaríamos nuestros papeles a la vuelta de la esquina de la avenida, ocultos a los ojos de los agentes; él estaría de regreso en sus habitaciones dos o tres minutos más tarde, y yo entraría sencillamente por la entrada principal, ya que no podía volver sobre mis pasos para tomar el camino de la puertecilla trasera. El portero me abriría, pues, unos buenos diez minutos después de descubierto el robo.

Appleby había escuchado con atención.

—Acaba de decir que Ransome era el encargado de reconocer el terreno, antes de encontrarse con usted —dijo—. ¿Efectuó esa exploración en el interior del recinto universitario?

Gott asintió.

—Sin duda piensa usted en el asunto de las nuevas llaves —dijo—. Claro está que eso estuvo a punto de alterar nuestros planes. Y los hubiera alterado de no mediar una circunstancia afortunada, Ransome conservaba su llave, y aunque sabíamos que iban a cambiar las cerraduras, no suponíamos que el cambio sería tan precipitado. En realidad, puesto que siempre contaríamos con una llave, la cosa no nos preocupaba mayormente. Pero era más cómodo tener dos, una para Ransome y otra para mí; de ahí que nos fastidiara el hecho de que, en la mañana del martes, Umpleby se presentase en mis habitaciones para comunicarme que se habían cambiado las cerraduras, y darme mi flamante llave. Aunque hubiese encargado una más para Ransome, no se hubiera desprendido de ella por nada del mundo.

—¿Cree usted —interrumpió Appleby— que exista alguna relación entre el cambio de las llaves y la precaución de mantener alejado a Ransome? ¿Sospecha que Umpleby estaba atemorizado por su causa?

—Jamás se me ocurrió semejante idea —respondió Gott, sobresaltado—. Estoy seguro de que el cambio de llaves obedeció al motivo que todos sabemos; no creo que Umpleby temiese jamás a Ransome.

—No es difícil imaginar, míster Gott —dijo Appleby—, el partido que cualquier fiscal sacará de esta circunstancia.

El tono del inspector era severo.

—Lo comprendo perfectamente —repuso Gott—, de otro modo no estaría aquí «cantando», como dicen tan a menudo mis personajes novelescos. Es muy embarazoso para mí el estar en posesión de la décima llave..., la de Ransome.

—De manera que usted la tiene, ¿eh? —repuso Appleby, pasándose la mano sobre la coronilla, aún dolorida, de su cabeza.

—Sí, pero no la conseguí entonces; la tenía desde un principio. Fue un golpe de suerte. Umpleby me dejó para el final, y cuando llegó a mi cuarto, le quedaban dos llaves. Tomé la mía, y dejé la vieja sobre la mesa. Enseguida puse en manos del rector un grueso infolio, con el cual había estado trabajando, y le pregunté su opinión sobre ciertos detalles. Lo tomó con ambas manos; Umpleby tenía una inteligencia muy rápida, se ponía al tanto de cualquier cosa en dos minutos, y le gustaba lucirse. Automáticamente, dejó la décima llave sobre la mesa. Lo envolví en una acalorada discusión, para destruir todo recuerdo en su mente, y mientras tanto, cubrí la décima llave con la mano. Por fin, empujé la antigua llave con el dedo, preguntando con indiferencia: «Y ésta ¿de quién es?». «De Ransome», masculló él, «si es que regresa». Y salió. Consecuencia: Ransome obtuvo su llave.

—Consecuencia —finalizó Appleby en tono cortante—: Estamos un paso más cerca del crimen... Dígame usted ahora ¿qué sucedió en aquella malaventurada noche?

—Nada. Ransome penetró en el edificio por la puertecilla trasera a las 11.30 para explorar el terreno, e inmediatamente advirtió rumores extraños, y gente que iba y venía por Orchard Ground. Luego oyó la voz de Deighton-Clerk, que ordenaba que se examinase la puertecilla. Comprendió entonces que la cosa no marchaba bien, salió y vino a mi encuentro cuando Campbell y yo hicimos nuestro primer cambio. Como es lógico, le esperé, y, según convinimos, a la vuelta de la avenida recuperamos nuestra personalidad..., y eso es todo.

Hubo una breve pausa.

—Y cuando regresó a la Facultad, ¿se enteró usted de que Umpleby había sido asesinado?

—Sí.

—¿Y ninguno de ustedes confesó su plan?

—Ese trabajo se lo dejamos a usted.

La respuesta, poco convincente en sí, fue formulada en tono distraído; era evidente que Gott se preparaba para lo que aún le esperaba.

—Antes de retirarse —añadió Appleby— deseo que me responda a una nueva pregunta: ¿logró alguno de ustedes, en esta entretenida farsa, penetrar en el despacho de Umpleby el martes por la noche?

—No, por cierto.

—¿No estuvo usted en él antes, por ejemplo cuando se le creía en su despacho de censor? ¿No visitó la habitación más temprano, con el propósito de reconocer el terreno?

—No; se lo aseguro.

—¿Tampoco Ransome, ni Campbell?

—Campbell, no; Ransome, si no miente, tampoco.

—¿No trató usted de descubrir la caja de caudales?

—Eso lo había averiguado tiempo atrás —replicó Gott meneando la cabeza.

—¿No anduvo usted por allí, con una vela? —la última palabra sonó como un pistoletazo.

Gott negó nuevamente, esta vez con aire sorprendido.

—Míster Gott, acaba de confesar que ese robo era una tonta imprudencia. Y la coincidencia del asesinato lo convirtió en algo terrible. ¿Cómo se atrevió a hacer otra intentona la noche siguiente?

—Obstinación —repuso Gott—, y una ocasión propicia.

—¿Se refiere usted a la circunstancia de estar en posesión de una llave suplementaria?

—Precisamente. La policía había requisado nueve de las llaves, nosotros teníamos la décima. Pensé que, puesto que se conocía la existencia de una décima llave, se reforzaría la vigilancia de las puertas. No fue así... Aún teníamos libre acceso a Orchard Ground y a las habitaciones del rector. Y nadie lo sabía. Nos reunimos ayer por la tarde y decidimos hacer una nueva tentativa. Esta vez el plan era sencillísimo. Ransome tenía la llave, y a las 12.15 debía penetrar en Orchard Ground por la puerta trasera. El paso era arriesgado, ya que no era difícil que hubiese guardia policial, como le dije, pero no nos preocupamos. Luego debía abrir la puerta de entrada occidental que da al patio del Obispo, para que yo pudiese penetrar en el recinto. Después haríamos lo que pudiésemos. Al principio todo resultó bien. Entramos en el despacho y sacamos los documentos de la caja de caudales.

—¿Conocía usted esa caja? ¿Sabía su combinación?

—Sabía el lugar donde se ocultaba, nada más. Había explorado una vez, hace tiempo, la habitación, y descubrí el rincón donde se disimulaba lo que me pareció una caja de caudales...

—¿Y cómo sabía si podría abrirla? Hasta en las novelas ése es asunto difícil.

—Me fie de mi propia habilidad —repuso Gott sonriente—. Ahí tiene usted el porqué de la imprescindible necesidad de que yo estuviese presente en el robo. Escribir novelas, y quizá, como lo ha sugerido usted, poseer una técnica bibliográfica, me ha dotado de cierta facilidad... Sea como fuere, allí estaba la caja de caudales y yo la abrí, ¿no es verdad?

Gott había recuperado su tono de alegre ufanía, y el inspector dejó de lado toda

reticencia profesional al preguntarle:

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo lo hizo usted? No va a decirme ahora que oyó, mediante un estetoscopio, el rumor de los engranajes que se movían, y todas esas cosas. Aunque tal vez lo oyera. Logró usted meterse en el despacho usando un método ridículo, que sólo se usa en las novelas: arpillera y cola, ¡Dios nos libre y guarde!, y ahora, ¿me quiere hacer creer que abrió la caja con algún otro sistema igualmente absurdo?

—No —repuso Gott modestamente—; no escuché nada. Me limité a observar.

—¡Observar! ¿Y qué observó?

—El falso anaquel, que es una buena prueba del ingenio de nuestro rector. ¿Recuerda usted, por casualidad, los libros que ocupan ese espacio?

—Se trata de un anaquel alto y angosto, que contiene unos 50 volúmenes de ensayistas británicos —repuso sin vacilar Appleby. Tenía en verdad una memoria visual casi fotográfica.

—Exactamente. Los lomos de los pequeños volúmenes falsos están adheridos a una tabla. Es posible que no haya observado con especial atención los diez últimos tomos.

—No.

—Pues yo sí —dijo Gott radiante—. Y vi que estaban en desorden. Recuerde que verdaderamente no son libros en desorden, sino lomos pegados deliberadamente en esa forma. Los números corrían así:

49, 43, 46, 41, 47, 42, 50, 45, 48, 44.

»En otras palabras, un memorándum sumamente práctico que le recordaba a Umpleby la combinación de su pequeña caja de seguridad: 9361720584. Sencillísimo, querido...

—Watson —concluyó Appleby, sacudiendo la ceniza de su pipa vacía—. Y, como usted ha dicho, clara demostración del ingenio del difunto rector.

Llenó nuevamente su pipa, y ofreció tabaco a su interlocutor. Se sentía cada vez más a gusto en esta charla con el famoso míster Pentreith.

—Y ahora —añadió al cabo de un momento— llegamos a un asunto algo espinoso.

—Ransome fue el culpable —dijo Gott, señalando el gran canasto que aún ocupaba el pasillo—, y no me negará usted que ha recibido su merecido... Por más que no sea muy cortés decir semejante cosa tratándose de un colega, Ransome es bastante terco. No quiso marcharse tranquilamente con sus famosos papeles, sino que se empeñó en acompañarme a mis habitaciones para festejar con un trago nuestra victoria, victoria obtenida sobre un muerto, para decir la verdad de las cosas. Salimos,

pues, al patio del Obispo y al llegar al portón, dijo que él echaría la llave, mientras yo me adelantaba para explorar. Así lo hice, y sólo me enteré mucho después de que el muy tonto, no conforme con dejar la puerta abierta so pretexto de que chirriaba, había dejado la llave puesta en esa condenada cerradura.

—Fue una torpeza mayúscula —interrumpió Appleby, riendo—, y en un principio me desconcertó. Me explico por qué no tiene usted mucha confianza en Ransome, y no lo deja operar solo. Aunque es muy capaz de romper el cráneo a cualquiera con certera puntería. ¿No estaba usted en las cercanías, dirigiendo las operaciones?

No. Jamás se me ocurriría golpear a nadie en la cabeza, fuera de mis novelas; es demasiado arriesgado. Si hubiera estado en el lugar de Ransome, me hubiera entregado o hubiera inventado alguna mentira verosímil. No obstante, su conducta no fue del todo mala. Encontró su salida bloqueada, esperó hasta dar con usted, y... perdió usted la décima llave.

—Pero no era la misma.

—En ese caso la torpeza fue doble. Ransome no es muy minucioso, pero es hombre hábil en cualquier aprieto.

—Siempre que no sea dentro de un canasto de ropa —dijo Appleby—. Y a propósito, ¿qué hacía Ransome hoy por aquí con ese absurdo disfraz?

—Yo mismo lo disfracé —repuso Gott—. Me interesan las caracterizaciones, saber hasta qué punto engañan, etcétera. Ransome confiaba ingenuamente en sus barbas postizas, y cuando supo que había golpeado a un policía célebre, se asustó y decidió permanecer oculto en los alrededores. Por cierto que se había buscado un alojamiento sumamente cómodo..., hasta que nuestros jóvenes amigos dieron con él.

Gott se había puesto en pie y se paseaba por la habitación. Al llegar frente al anaquel se encontró, como Appleby la noche anterior, con *El último dilema de Trent*. Tomó esta biblia en su género literario, la abrió al azar, y leyó varias páginas. Luego la cerró con violencia y dijo:

—Lo que ahora desearía saber es si usted cree o no cuanto le he dicho. Le confieso que soy muy capaz de inventar diversas versiones que coincidan con los hechos, y podría inventarlas a medida que hablo. ¿Cree usted por casualidad lo que le he contado?

Appleby meditó unos minutos, fumando en silencio. Estaba ante «El máximo dilema de Appleby...», y también ante «El dilema más extraño y menos convencional de Appleby». Pero decidió correr el riesgo, confiando en cierta misteriosa intuición que le decía que ese riesgo sólo existía en su imaginación.

—Creo en su versión —dijo— *verbatim et litteratim*.

—¿Y cree usted también que no le he ocultado nada?

—Creo que usted no me ha ocultado nada.

—En ese caso —dijo serenamente Gott, como si quisiera premiar esa prueba de

confianza—, sólo nos resta descubrir al verdadero asesino. Y ahora, si es que no estoy detenido, cruzaré la calle en busca de un poco de cerveza... ¿Blanca o negra, Appleby?

—Negra, Gott.

EN LA MENTE DEL INSPECTOR se mezclaban, mientras aguardaba el retorno del ladrón con sus jarros de cerveza, la alegría y la indignación. El gato encerrado había resultado una engañifa. Verdad es que le había procurado un aliado sumamente útil, pero no había adelantado un solo paso en su investigación. Por lo menos, no había adelantado de acuerdo con sus esperanzas.

En primer término había llegado el momento de eliminar a ciertos sospechosos: Campbell, entre ellos. Su coartada del club Chillingworth era perfecta. Se disipó la imagen del famoso alpinista escalando los muros de San Antonio para asesinar a su rector.

También debía eliminar a Chalmers-Paton: la hora del crimen coincidía con su coartada. Gott estaba fuera de toda sospecha. Un hombre capaz de planear un robo perfecto no lo prolongaría con un asesinato torpe, por más que nada impedía que lo hubiese cometido. Pero un asesinato a las 11 y una coartada preparada para las 12, ¡qué estupidez! A pesar de todo, si Dodd, o algún otro, sostenía que no había motivos suficientes para exceptuar a Gott, lo sometería a severa vigilancia.

Lo mismo podía decirse de Ransome. Por más que... existían ciertas diferencias. Si Gott hubiese querido eliminar a Umpleby, el complicado robo urdido hubiera carecido de sentido, no sería más que una broma peligrosa. En cambio, si Ransome hubiese querido matar a Umpleby, el robo hubiera ocupado un lugar bien definido en sus planes, puesto que le hubiera permitido penetrar en Orchard Ground. No obstante, aun así, el proyectado latrocinio de nada le hubiera servido de no mediar el cambio de cerraduras... Appleby tuvo en ese instante la intuición de que Ransome era inocente, pero esta vez no tenía base alguna que sustentara su impresión. Sería necesario analizar minuciosamente las actividades de ese hombre durante la noche del crimen, especialmente durante el lapso anterior a su encuentro con Gott y a su declaración de haber visto interrumpidas sus exploraciones. No había motivo concreto alguno que imposibilitara a Ransome para entrar en la Facultad y asesinar al rector.

Entrar al recinto... Éste era el único hallazgo que tenía que agradecer al gato encerrado. Ransome era el dueño de la décima llave. Y, una vez localizada la décima llave, había llegado el instante de efectuar la más importante de las eliminaciones. Todo factor desconocido quedaba automáticamente excluido. Umpleby había muerto a manos de uno o más de los componentes del reducido grupo universitario, o al menos, había sido asesinado con su complicidad. ¿Quién sería el culpable?

—¿Quién mató a Umpleby?

Era la voz de Gott, que, cargado de jarros y botellas, acababa de cerrar la puerta exterior y se esforzaba ahora por salvar el obstáculo que representaba el canasto. Formuló su pregunta con aire de ingenua curiosidad.

—Umpleby —repitió el inspector en alta voz— fue asesinado por una o más personas pertenecientes a un limitado grupo, o en connivencia con ellas. Superficialmente, puede haber sido matado por Deighton-Clerk, Haveland, Empson, Pownall, Ransome, el portero principal o usted mismo. Cualquiera de ustedes pudo, asimismo, facilitar su llave a un extraño haciendo así posible el crimen. Titlow y Lambrick, aunque no pudieron perpetrar personalmente el homicidio, pudieron igualmente proporcionar sus respectivas llaves al verdadero criminal. No debemos olvidar tampoco a Slotwiner.

—¿Y míster X, el cerrajero? —sugirió Gott.

—Ya está eliminado.

—Eliminemos al cerrajero. Eliminemos también a Gott, para discutir el asunto con mayor calma. Eliminemos al portero principal, que tiene una buena coartada, y que de cualquier manera ni mató a Umpleby, ni conspiró, ni pudo tramar nada en contra de él. Eliminemos a Slotwiner; es más prudente descartar a la servidumbre desde un principio, en mi modesta opinión. El mayordomo siniestro y sospechoso resulta sumamente vulgar...

—Pero, aparte de sus prejuicios literarios, ¿tiene usted alguna otra razón para descartar a Slotwiner?

—La verdad es que, a su manera, Slotwiner estaba muy encariñado con Umpleby, y me parece altamente inverosímil que planeara su muerte. De cualquier modo, no comprendo por qué lo incluye entre los sospechosos. No tenía llave; por consiguiente no pudo introducir a un extraño, y hacerles escapar por la rectoría es hazaña poco menos que imposible.

—De acuerdo —dijo Appleby—. Supongamos, superficialmente, que me equivoqué al incluirle entre los presuntos culpables.

Gott comprendió la importancia de aquel «superficialmente». Pero continuó con su argumento.

—Queda descartado Slotwiner *pro tempore*. Nos quedan, pues, siete sospechosos, y es bastante. Al mismo tiempo es un número cabalístico. Pensándolo bien, no es malo como título de una novela policiaca: *Siete sospechosos*. Sin embargo, no deja de ser engorroso manejar tantos personajes al mismo tiempo. Es inevitable que uno o dos resulten algo pálidos y desdibujados.

La vena jocosa de Gott duró solamente el tiempo necesario para llenar los jarros y tomar asiento frente a Appleby, provisto de lápiz y papel. Acostumbrado como estaba a relacionar crímenes y muertes con temas de entretenimiento y distracción, logró esta vez afrontar el asunto con toda la seriedad que solía prestar al estudio de los vetustos impresos del siglo XVI.

—Comencemos —dijo— con la teoría de la conspiración, es decir, de la cesión de las llaves hecha por A al criminal B. En lo que atañe a las probabilidades, éste es

un aspecto secundario de la investigación, ¿no es así? ¿Si Deighton-Clerk aquí, o Lambrick, en su casa, entregaron su llave a un asesino mercenario...?

El inspector comprendió enseguida la inverosimilitud que implicaba el tono de Gott.

—Sí —expresó—, tiene usted razón. Sería buscar un asesino principal muy poco verosímil. Aunque le diré que este asunto es muy poco verosímil.

—Eso es —dijo Gott, sonriendo— lo que Deighton-Clerk ha tratado de inculcarnos desde un principio. Me considera como el padre espiritual del crimen. Algo así como un pintor que ha ideado un tipo irrealizable de belleza y, en la próxima generación, la ve aparecer en carne y hueso... Pero es innegable que esas cosas suceden en la vida real. En esta misma Facultad hubo un horrendo asesinato, allá por 1483.

—Sin duda, un precedente así es consolador —repuso Appleby—. Pero no nos apartemos de las posibilidades de una conspiración: comprenderá que procurarse una buena coartada no es nada en comparación con el riesgo que se corre al conspirar con un malhechor mercenario a quien se paga para realizar un crimen. Pero ¿qué pensaría de una conspiración entre dos colegas, basada sobre el hecho de que el colega A tiene llave, y el colega B carece de ella? Se perpetra el homicidio el mismo día en que se cambian las cerraduras, en otras palabras, se proclama deliberadamente la importancia del factor llaves. Supongamos que A da su llave a B y éste asesina a Umpleby. A tiene una coartada, y no podemos probar la culpabilidad de B sin antes demostrar la existencia de semejante conspiración.

—En todo asesinato —interrumpió Gott meneando la cabeza— es más probable encontrar un asesino que dos. En nuestro caso, la complicidad de dos o más personas nos llevaría a un absurdo psicológico. Un asesinato entre dos es, al fin y al cabo, cosa muy diferente de un robo entre tres.

—Es indudable —asintió Appleby—. El método más seguro será descartar la teoría de la conspiración y orientamos más bien por el camino del crimen solitario.

—Nos quedan, pues, cinco sospechosos: Deighton-Clerk, Haveland, Empson, Pownall, Ransome. ¡Adelantamos!

—Superficialmente, cinco; en realidad, tal vez sigan siendo siete.

Reinó un minuto de silencio mientras Gott, enfrentándose una vez más con este aspecto del asunto, meditaba sobre él. De pronto preguntó sin vacilar:

—¿Acaso no fue asesinado Umpleby en el momento en que nosotros creíamos?

—Precisamente. El rector murió entre las 10.30 y las 11, en Orchard Ground o tal vez en el interior mismo del alojamiento de profesores.

—¿Puede usted probar eso?

—No, por cierto. Pero hay una brizna de hierba fresca adherida a la llanta de una silla de ruedas.

—¡La vieja silla de Empson! —saltó instantáneamente Gott—. ¡Una buena carroza fúnebre!

Tras un nuevo intervalo de silencio, añadió, demostrando haber comprendido claramente el caso:

—O quizá, la idea fue de Titlow.

—O de Slotwiner..., si no estuviera usted tan seguro de su fidelidad. Imagínelo: Slotwiner penetra en el despacho de Umpleby y le lleva, como de costumbre, unas bebidas. Además, trae un falso recado: saludos de Haveland o de Pownall, que ruegan al rector quiera pasar por el alojamiento de profesores para ver tal cosa o hacer tal otra. Umpleby sale, seguido por su mayordomo, y el disparo suena en las cercanías de Little Fellows en el preciso instante en que un ruidoso camión pasa por la calle de las Escuelas. Slotwiner se apodera de los huesos, de la toga olvidada por Barocho (usted ignoraba aún este detalle), saca la silla de ruedas y vuelve al despacho con todo ello. Vuelve a su sitio la silla, pero se olvida de la toga: en ese momento el tiempo apremia, pues se acercan las 11 y Titlow llegará de un momento a otro. Prepara la pistola y la coloca en el escritorio con un alambre o cordel atado al gatillo, y mientras conversa con Titlow junto a la puerta, tira de ese alambre. En los instantes de confusión que siguen inmediatamente al descubrimiento del cadáver, oculta su pistola y el alambre acusador. Claro está que podría idearse una reconstrucción muy parecida, con Titlow como protagonista.

—Me inclino por Titlow —dijo Gott instantáneamente.

—¿Lo cree usted capaz de cometer un crimen?

Appleby hizo la pregunta con aparente indiferencia, pero con intención bien definida; en tales casos la deslealtad sería olvidar que se es un policía. Y el espíritu de caridad cristiana de Gott fue suficiente para hacérselo comprender, aunque eludió el lazo.

—No debí haber hablado de los sentimientos de Slotwiner —dijo—, pues no diré una palabra sobre los de los demás. Podemos estudiar los hechos sin necesidad de suministrar datos que pueden enviar a otros al patíbulo. Quise decir que si Slotwiner hubiera llevado ese falso recado al rector, no podría haber salido antes que él a Orchard Ground para dispararle un balazo en la frente. En cambio Titlow, o cualquier otro, pudo hacerlo.

Ambos fumaron en silencio durante un rato. Luego Appleby prosiguió:

—¿Opina usted, analizando sencillamente los hechos, que tenemos indicios acusadores contra Titlow?

—De ningún modo. Sólo sabemos que Titlow y Slotwiner figuran entre los sospechosos. Lo único que tenemos es la posibilidad de que alguien pretendió hacernos creer que la muerte de Umpleby tuvo lugar a otra hora y en lugar diverso de los verdaderos. Cualquiera de los otros pudo tener razones para quererlo así, y es

absurdo limitar las acusaciones a Titlow y Slotwiner. ¿Por qué hemos de suponer que esa maniobra tuvo por objeto asegurar la coartada del asesino? ¿No podría, acaso, estar destinada a destruir la coartada de otra persona?

—Así es —repuso Appleby—, yo también llegué a esa deducción, aunque tardé más tiempo que usted en hacerlo. Llegué a imaginar que alguien podría haber dicho estas palabras: «Él puede demostrar que no lo hizo en este lugar y en el momento actual, pero no puede probar que no lo hizo en otro lugar y veinte minutos después... si queda algún rastro de su culpabilidad».

—¡Magnífico! —exclamó Gott—; ahora tenemos una visión exacta de los sitios y las actividades de todos.

—Y nos enfrentamos con las probabilidades psicológicas.

—Sobre las cuales me abstendré de discutir con usted. Pero quedan aún muchos hechos concretos, por ejemplo los huesos. Esos huesos marcan el centro de gravedad del problema. El indicio más claro que poseemos está en el terreno limitado por los portones, las llaves y los huesos. ¿Qué implican contra su poseedor, es decir, Haveland, en su opinión?

Appleby replicó con una nueva pregunta:

—¿Recuerda usted que anoche, de sobremesa, Haveland virtualmente ofreció una doble alternativa sobre el crimen? ¿Qué piensa de esas alternativas?

—Haveland —manifestó Gott, asintiendo— dijo lo siguiente: «Una de dos, o yo he matado al rector en un rapto de locura, o bien otra persona ha cometido el crimen y ha tratado de incriminarme». Pues bien, en mi opinión estas alternativas no son necesariamente seguras. Haveland muy bien pudo haber perpetrado el crimen en su sano juicio. Quiero decirle que sería capaz de haber preparado una acusación deliberada contra sí mismo.

—¡Cómo! ¿Dice usted que no dejó su colección de huesos junto al cadáver en un momento de locura, para delatarse, sino para dar la impresión de que alguien lo incriminaba? Me parece muy traído por los pelos, además de trabajoso y arriesgado.

—Arriesgado, sí. Traído por los pelos y trabajoso..., puede que sí, y puede que no. Quizá le pareció ésa la mejor manera de atribuirle el crimen a otro.

—¡Incriminar a otro inventando una artimaña que lo incrimina a él mismo! Mi querido Gott, ¿no le parece demasiado fantástico?

Sin embargo, Appleby, lejos de burlarse, estudiaba cuidadosamente la hipótesis sugerida por su interlocutor.

—Es fantástico, sí —repuso Gott—, pero al fin y al cabo está usted (nuevamente, según tengo entendido) en uno de los centros más refinados, intelectuales y sutiles de Inglaterra. Claro está que la teoría traerá... consecuencias.

—¿Cómo por ejemplo?

—Por ejemplo, comprenderá que hay cosas que no había sospechado hasta ahora.

Mejor dicho, no se han dejado entrever aún.

—No me cabe la menor duda de que ignoro una porción de cosas —dijo el inspector, con una sonrisa—; pero dígame en qué está pensando ahora.

—En las huellas deliberadamente colocadas para crear falsa pista..., en las indicaciones que Haveland puede haber dejado para sugerir que fue tal o cual persona quien trató de incriminarle.

—A ese respecto, creo haber observado que abriga un odio especial contra Empson. Sin embargo, hasta ahora no he descubierto ningún indicio acusador contra él... dejado por Haveland o por otra persona. Como usted dice, es posible que los haya pasado por alto. Pero no es imposible tampoco que no los haya observado, sencillamente, porque no existen y porque su teoría es errónea.

—No es una teoría —protestó Gott—; es, sencillamente, una hipótesis. Pero no creo que usted haya «pasado por alto» nada. Sería absurdo que Haveland hubiese dejado rastros tan leves que uno pudiera pasarlos por alto; tal vez aparezcan en el futuro.

Appleby rió; le agradaba la conversación de Gott.

—¿De manera que opina que habrá un segundo asesinato que nos aclarará el primero? ¿Y luego, un tercero y un cuarto que eliminarán a dos de los presuntos culpables del segundo? Veamos, tratemos de exponer ordenadamente las actividades de cada uno, en su debida sucesión cronológica. Comencemos por Haveland.

Y, como lo hiciera el inspector Dodd, Appleby sacó de su bolsillo un montón de papeles. Pero, en ese preciso instante, sobrevino la segunda interrupción de la velada. Se oyeron pasos de alguien que trataba de esquivar el canasto que obstruía el pasillo y luego golpes en la puerta. Era Haveland en persona.

Cuando vio a Gott, el visitante se detuvo y dirigió la palabra a Appleby:

—Le pido me disculpe, creí que no estaría ocupado. ¿Quizá si volviera dentro de unos minutos?...

—Míster Gott y yo —repuso Appleby— estábamos conversando sobre los asuntos que me han traído aquí.

En ese instante, Gott se levantó para retirarse. Pero Haveland había cerrado la puerta, y cuando habló nuevamente se dirigió a los dos.

—¿Creen ustedes que mi presencia sería de utilidad a tan respetable conciliábulo?

El carácter de Haveland debía de ser franco y espontáneo. Su silueta redondeada resultaba aún más desdibujada por el descuido elegante, aunque un tanto rebuscado, de sus ropas, esas ropas que no quería abandonar para vestir el traje de etiqueta impuesto por el ritual universitario para la cena. Pero a pesar de ello, su personalidad superficial era la de un hombre severo, seco y sin espontaneidad alguna. Aparte del matiz de ironía que subrayaba cada una de sus frases, se mostraba impasible, distante, deliberadamente frío. Appleby resolvió, cediendo a un impulso, tratar de exasperarlo.

—Llega usted en momento muy oportuno —dijo—. Nos disponíamos a estudiar sus actividades en la noche del crimen. Tome asiento.

Hubiera sido lógico suponer que Haveland hubiera mostrado algún asomo de enojo, al menos contra su colega. Pero no fue así. Aceptó el asiento que se le ofrecía, sin pronunciar una palabra. Quería dar la impresión de que dejaba de lado los asuntos que lo habían llevado allí para ponerse a disposición del inspector. Y, a pesar de ello, esa actitud significó un tanto a su favor. Appleby tuvo que avanzar enseguida y sin estar muy seguro del terreno que pisaba. No había tenido tiempo de examinar las declaraciones recogidas por Dodd después de los últimos acontecimientos, sabiendo que la hora del crimen no fue en realidad la que en un principio creyeron. No obstante, fijó serenamente los ojos en sus anotaciones.

«John Haveland —leyó en alta voz—, de cincuenta y nueve años de edad. Profesor de la Facultad desde 1908. Soltero. Se aloja en Orchard Ground. Nada puede indicar sobre el crimen, ni las circunstancias que lo rodean. 9.15: Salió de la sala de profesores y se dirigió a sus habitaciones, donde leyó. 10.40: Abandonó Orchard Ground, saliendo por el portón oriental, y visitó al decano, en el patio del Obispo. 10.50: Volvió, por el mismo portón, y se dirigió derecho a sus habitaciones. 11.25: Fue hallado en ellas por el inspector Dodd, que le comunicó que el rector había sido asesinado. Dio escasas muestras de interés».

Appleby levantó los ojos. La última observación de Dodd era favorable para iniciar una breve pausa. Pero Haveland no vaciló:

—Me enteré de la muerte de Umpleby sin la más mínima emoción y sin pesar alguno —dijo.

—¿Y sin sorpresa, míster Haveland?

—Debo confesar que experimenté cierto asombro.

—¿Y curiosidad?

—¿Curiosidad?

—Las anotaciones de mi colega dan ciertos datos sobre una segunda entrevista que mantuvo con usted la mañana siguiente. Nada dijo sobre los huesos, por ejemplo, pero en cambio preguntó tres cosas. Inquirió si el rector había muerto a consecuencia de un balazo, si el arma había sido hallada y si se conocía el momento exacto del crimen.

—¡Mi estimado Haveland —murmuró Gott en ese instante—, semejante interés por el resto de la humanidad es extraño en usted! Sin duda, la emoción le dominaba.

Haveland mostró cierta levísima impaciencia.

—Dado que mi colección de huesos estaba sobre la alfombra de ese hombre en el momento de su muerte, el asunto me importaba. También le importaba a Deighton-Clerk. Parece que Umpleby fue asesinado a las 11 en punto. Por consiguiente, cualquiera de nosotros pudo haberlo hecho. En cambio, si hubiera muerto a las 10.45,

los dos estaríamos libres de sospecha..., o embarcados en una horrible conspiración. ¿Por qué no habría de hacer preguntas? No tengo ningún interés en ser ahorcado.

—El rector fue asesinado mucho antes de las 11 —dijo Appleby con aire inocente—. El inspector Dodd estaba en un error cuando habló con usted. Y hemos encontrado el arma.

Haveland debatió el primer punto, sin mostrar interés.

—¿Cuánto tiempo antes de las 11?

—Alrededor de media hora.

El profesor continuaba impasible, pero se advertía que su actitud era fingida. Daba la impresión, bien conocida por Appleby, pues la había experimentado varias veces en San Antonio, de calcular rápidamente. Titlow, Pownall, Haveland..., todos meditaban intensamente antes de hablar. Quizá fuera efecto de un simple hábito intelectual. No obstante, Haveland parecía calcular con profunda concentración mental..., calcular si debía decir algo, confesar algo, hacer una nueva pregunta. Por fin dijo fríamente:

—Entonces Deighton-Clerk y yo continuamos bajo sospecha.

—¿Deighton-Clerk hubiera matado a Umpleby, dejando sus huesos en el despacho?

—Naturalmente; o bien, yo mismo podría haberlo hecho.

—¿En qué momento cree usted que le hurtaron los huesos?

—Supongo que entre las 10.40 y las 10.50, mientras estaba con Deighton-Clerk.

—¡Entonces, no pudo haberlos robado Deighton-Clerk!

—No. En realidad no estoy absolutamente seguro de la hora en que desaparecieron. Sólo sé que esa misma tarde estaban en su sitio: una alacena sin llave.

—¿Estaban enemistados Deighton-Clerk y Umpleby?

—No estaban en muy buenas relaciones, aunque el decano nunca le expresó, como yo por desgracia lo hice, el deseo de verlo pudrirse en un sepulcro. En cambio Deighton-Clerk lo acusó en público de mal comportamiento con Ransome, que actualmente se encuentra en el extranjero.

—Ransome no está en el extranjero —interpuso Gott serenamente.

—¿No?

—Está aquí, en su cama. Hasta hace unos minutos se encontraba en el canasto de ropa que usted vio en el pasillo.

—¿Verdaderamente?

Haveland se complacía en presentar una máscara impasible ante el mundo. No demostró la más leve sorpresa al saber que uno de sus colegas había estado encerrado en un canasto, ni dio la menor señal de interés. De pronto, se puso de pie.

—Veo que no hago más que estorbar. Espero conocer el resultado de sus

deliberaciones. Buenas noches.

Y salió. Appleby lanzó una carcajada.

—¿Qué entenderá por «el resultado de nuestras deliberaciones», Gott?

—Supongo que lo que quiere decir es que lo mejor que podríamos hacer es escribir novelas en colaboración. Pero ¿por qué vino?

El inspector sonrió, con aire pensativo.

—Vino en busca de ciertos datos. Y ya los conoce o, al menos, los intuye. ¿Sabe usted qué debemos hacer ahora?

—¡Ya lo creo! —repuso el invencible Gott—. Tenemos que hacer un pequeño experimento con una carroza fúnebre. ¡Qué espere la cerveza!

—¡El malhechor —informó Horace, al regresar al dormitorio de David, después de una minuciosa exploración— ha sido puesto en libertad!

—¡En libertad! —exclamaron desconcertados sus amigos.

—Celebro decirlo —replicó Horace, que, por lo visto, había estado reflexionando sobre el asunto— que está en libertad. Lo que significa que no hemos hallado al verdadero asesino. Recordaréis que nada decidimos sobre el aspecto ético de nuestra conducta, en caso de atraparlo. Nos dejamos llevar, mejor dicho, Michael se dejó llevar por el deseo de hacer una broma pesada entregándolo perfectamente embalado y acondicionado.

—¿De modo que lo dejaron escapar?

—Volvió a sus antiguas habitaciones, se dio un baño, cenó con excelente apetito y llamó por teléfono a mistress Tunk para que tendiera su blando lecho. Ese cerdo de Adams lo ha visto todo desde su ventana.

—Quizá sea una treta —sugirió Michael.

—Tal vez la treta sea contra nosotros —replicó Horace—. ¿No os parece probable que nos llamen de parte del decano?

—¡De ningún modo! ¿Te imaginas a Ransome quejándose a Deighton-Clerk de lo que le sucedió mientras rondaba el viejo *mouseion* disfrazado con una nariz de cartón?

—Pues bien —murmuró con aire dubitativo Horace—, si es así, nos hemos salvado. Terminó todo.

—¿Terminó todo? —inquirió David—. Supongo, Horace, que no abandonarás la investigación. ¿No te dije, acaso, que además de ideas tenía datos? No, no, Horace; has cumplido tu misión, pero te queda aún mucho que hacer.

Horace se dirigió a Michael:

—¿Sabes que es pesado? Hacía tiempo que lo sospechaba, ahora lo compruebo.

—Me lo imagino —asintió Michael, con ceño adusto—. *Sir David Pennyfeather Edwards*, ilustre momia del Ministerio de Hacienda. Va de un lado a otro creando una

comisión aquí, una junta investigadora allá. ¡Pobre David!

Y se aplicó, con exagerada atención, a la lectura de los *Sermones selectos del siglo XVII*. Horace se sentó en el suelo, y se sumió inmediatamente en los misterios de una novela de Miss Milligan. La muerte del doctor Umpleby había cesado de interesar.

Pero David conocía a sus amigos. Comenzó a hablar con voz suave, en un soliloquio característico. Y dos minutos más tarde todos escuchaban con profundo interés.

La cerveza quedó definitivamente abandonada. Gott se dedicó a preparar café negro. Appleby contemplaba, pensativo, su reloj de bolsillo, que descansaba sobre el brazo del sillón.

—El experimento no tuvo resultados concluyentes —dijo Gott—. Pudo hacerlo, pero con escasísimo margen de tiempo.

—Así es, en cualquier momento que lo hubiese intentado. Haveland tuvo dos oportunidades, de diez minutos cada una: de las 10.30 a las 10.40 y de las 10.50 a las 11. Supongamos que haya llegado a las habitaciones del decano a las 10.43 o 10.45; aun así debemos concederle unos minutos más al comienzo, los necesarios para que Umpleby saliera de su despacho y atravesara el parque, después de que Slotwiner entrase, a las 10.30, con las bebidas. Un margen escasísimo.

—De cualquier modo, mi visión de Haveland empujando la silla de ruedas, cargada de huesos, además del cadáver, por el sendero del jardín, en realidad era un poco fantástica. Pero ¿con qué fin fue a visitar al decano, y qué dice éste sobre la hora?

¡Un instante! —ordenó Appleby—. A continuación pasaremos a las actividades de los demás, comenzando por el decano. Aquí tengo la anotación correspondiente.

Y sacó un nuevo papel del bolsillo.

—«Deighton-Clerk... 9.30: salió de la sala de profesores en compañía del doctor Barocho, a quien acompañó hasta sus habitaciones, situadas en el patio del Obispo. 10.35: cruzó hasta sus propias habitaciones, escoltado hasta la mitad del camino por el doctor Barocho. Pocos instantes después de llegar, recibió la visita de míster Haveland. 10.50: Haveland salió, rumbo a sus habitaciones. Pocos segundos después, Deighton-Clerk llamó por teléfono a la portería, por un asunto universitario, y luego se instaló para leer. 11.10: El mayordomo del rector, Slotwiner, se presentó, trayendo las primeras noticias de la desgracia ocurrida...».

—Queda confirmado lo que nos dijo Haveland —comentó Gott—. Y si esa llamada telefónica a la portería se prolongó por espacio de unos minutos, tendremos que descartar a Deighton-Clerk.

—A no ser que —repuso Appleby— telefonara, por decirlo así, con una mano mientras con la otra asesinaba a Umpleby.

—¡Pero un disparo se hubiera oído perfectamente en el patio del Obispo!

—No sería imposible que hubiera seguido los pasos de Haveland hasta Orchard Ground; una vez allí encontró a Umpleby, le dio muerte y telefoneó desde una de las habitaciones del alojamiento de profesores, salió corriendo, y, después de colocar el cadáver y los huesos en la silla de ruedas, la empujó hasta el despacho, depositó su carga, hizo (no sé por qué) el segundo disparo, y luego huyó rumbo a sus habitaciones.

—¡Santo Dios, Appleby! ¡El margen de tiempo sería aún menor en este caso! ¿Se imagina usted a Deighton-Clerk correteando por la casa con semejante agilidad? Y además..., ¿había acaso en el edificio de profesores alguna habitación vacía desde la cual pudiera haber telefoneado? Haveland estaba en la suya. ¿Y los otros tres?

¡Un instante! Reconozco que tuvo muy poco tiempo, demasiado poco, sin duda. Y en caso de no haber un teléfono a mano, mi teoría se derrumba. Pero, antes de estudiar el caso de los otros tres, examinemos a Barocho. Sus actividades están relacionadas con las del decano y tal vez podamos descartarlo inmediatamente.

—Pero ¡Barocho no tiene llave!

—No importa. Estudiemos su caso. Creo recordar que, de cualquier manera, está descartado. Sí, lo está. «Acompañó a Deighton-Clerk hasta la puerta de sus habitaciones a las 10.35 y luego se dirigió directamente a la biblioteca, donde permaneció sumido en la lectura hasta que lo llamaron, pasadas las 11...». Había varios estudiantes en la biblioteca, de manera que Barocho debe ser eliminado.

—Ya que se ocupa usted de los que no tenían llave, ¿qué me dice del viejo Curtís? ¿Tiene su coartada?

—Curtís —respondió el inspector meneando negativamente la cabeza— entró en sus habitaciones a las 9.30, y afirma que no se movió de allí en toda la noche. El decano lo levantó de la cama poco antes de medianoche para relatarle lo ocurrido. He ahí todo cuanto sabemos.

—¿Qué le parece Curtís como sospechoso? —inquirió Gott; pero agregó con seriedad—: Bien, tratemos entonces de sintetizar: los verdaderos protagonistas son Haveland, Titlow, Empson, Pownall, Ransome, Deighton-Clerk y yo. Todos tenemos llave. Sin embargo, para el mejor resultado de esta discusión, yo estoy fuera de concurso. Desconocemos aún las actividades de Ransome en esos precisos momentos. Haveland apenas tuvo el tiempo indispensable. La situación de Deighton-Clerk depende de lo que hicieran los otros tres. Si no le fue posible telefonar desde la habitación de cualquiera de ellos, no contó con el tiempo necesario para matar a Umpleby y hacer todo lo demás entre las 10.50 y las 11. Y como no pudo usar el teléfono de Haveland, nos resta estudiar lo que hicieron Titlow, Empson y Pownall,

cuyos movimientos son de trascendental importancia para nuestro caso.

Appleby sacó otra anotación.

—Aquí —dijo— tenemos el informe sobre Pownall, de acuerdo con lo que me dijo esta mañana. Volvió a sus habitaciones poco antes de las 9.30. Leyó por espacio de veinte minutos. Luego se acostó, y a las 10.15 dormía profundamente. A las 10.42 oyó ruidos en su dormitorio y se despertó.

—¡Demonios! Pero es demasiado temprano para que haya sido Deighton-Clerk, que hablaba por teléfono... ¿No salió de su cuarto después de ese incidente?

—No. Examinó todo, descubrió unas gotas de sangre y supuso que acababan de asesinar a Umpleby. Así y todo, no se movió de sus habitaciones.

Appleby, después de referir a Gott los detalles fundamentales de la versión de Pownall, dirigió su atención a Titlow.

—9.20: regresó, después de la sobremesa, y trabajó hasta las 10.55, hora en que, como de costumbre, salió para visitar al rector. Atravesó el portón occidental y, una vez en el patio del Obispo, tocó el timbre de la puerta de la rectoría, cuando faltaban unos segundos para las 11.

Appleby hizo una breve pausa.

—Explíqueme usted esto —dijo—. ¿Por qué llamó a la puerta? ¿Por qué no golpeó simplemente los cristales de los ventanales del despacho, que quedaban mucho más cerca?

—Minucias de etiqueta —replicó Gott—. Siempre lo hacía en ocasiones parecidas. Era una especie de visita oficial, que tenía lugar una vez por semana..., y no existía mucho afecto entre los dos.

—Bien —asintió el inspector—, ahí tiene usted la historia. Nadie la confirma... ni la desmiente. Pero, si la aceptamos, Deighton-Clerk queda privado de todos los teléfonos de Little Fellows. Por último, he aquí el informe sobre Empson. Volvió a su cuarto a las 9.30 y se dispuso a trabajar. A las 10.40 se dirigió a la portería y pasó por el portón occidental, para preguntar si había llegado un envoltorio con ciertas pruebas de imprenta que esperaba recibir. Ocho o diez minutos después estaba de vuelta y nadie le molestó hasta la llegada de la policía... Eso es todo.

Y Appleby guardó sus papeles. Gott lanzó un suspiro.

¡Qué buena oportunidad para mentir! —exclamó—. ¿No comprende usted que ninguno de los profesores alojados en Little Fellows estuvo en contacto con los otros? No obstante, si el informe de Empson es exacto, Deighton-Clerk queda descartado. Empson regresó a las 10.50, antes de que aquél pudiera usar su teléfono y huir, evitando ser reconocido. ¿Qué piensa usted?

—Opino que, a menos que Deighton-Clerk haya telefoneado desde sus propias habitaciones inmediatamente después de la partida de Haveland, y no (como dice el informe) «pocos minutos más tarde», queda definitivamente eliminado. En verdad,

creo que es inocente. El margen de tiempo es demasiado escaso, aun si se deja de lado lo del teléfono.

—En ese caso —dijo Gott— sólo quedan los habitantes de Little Fellows, aparte de Ransome y yo.

—Así es. Pero no me explico por qué me siento inclinado a sospechar cada vez menos de los ladrones de San Antonio. La clave del misterio está...

—¿En Little Fellows?

—No, ¡en la obra de Thomas de Quincey! —exclamó Appleby.

DESPUÉS DE LA PARTIDA de Gott, Appleby se dispuso a atravesar el patio del Obispo, con la impresión de que estaba a punto de realizar la última de las entrevistas importantes que el caso de la Facultad de San Antonio requería. Acababa de separarse de uno de los presuntos sospechosos, Gott; ahora se enfrentaría con un personaje que aún le era totalmente desconocido: Ransome. No obstante, se afirmaba cada vez más en la opinión de que el misterio de la muerte del doctor Umpleby se resolvería en Little Fellows; por lo menos, estaba resuelto a concentrar toda su atención en la residencia de profesores antes de iniciar cualquier otra investigación.

De los cuatro hombres que en ella se alojaban, tres habían sido detenidamente estudiados por él. Acababa de escuchar a Haveland; había interrogado ya a Pownall; Titlow se había presentado, casi deliberadamente, rodeado de un marco un tanto teatral. En cuanto a Empson, sólo le había oído algunas frases sarcásticas en el comedor, y después en la sala de profesores. También le había contemplado dormido. Sin embargo, aún estaba a tiempo de visitarle... Y, por segunda vez, Appleby atravesó el portón oeste, y se internó en Orchard Ground.

Golpeó, y la voz seca de Empson respondió a su llamada. Quizá fue el marcado contraste con esta severidad lo que prestó especialísimo significado a la vivida impresión que experimentó el inspector al penetrar en la habitación. Empson estaba sentado junto a la chimenea, a la suave luz de una lámpara de pie. La austera biblioteca, limitada a los temas en que estaba especializado Empson, psicología y frenología, se desdibujaba en la penumbra. Su propietario, que había cambiado el traje de etiqueta por una gastada casaca de seda rojiza, reliquia de algún cenáculo de pasadas generaciones, ocupaba un antiguo sillón de alto respaldo. Leía. Entre sus rodillas descansaba el bastón de marfil, y también marfileños eran los pálidos dedos que lo asían. La fisonomía de color de cera, cuya palidez acentuaba el blanco tiza de la pechera, se suavizaba con el reflejo rosa y oro de la seda antigua... Empson se levantó con exquisita cortesía y puso a un lado el volumen que leía: era *El vaso dorado* de Henry James; esta última nota completaba agradablemente esa atmósfera de blanco reposo científico.

—¿Me permite usted molestarlo durante unos instantes?...

Mientras Appleby hablaba, Empson le acercó una silla; a pesar de la refinada urbanidad del gesto, no parecía destinado a un policía importuno. El inspector presintió una vez más la extrema dificultad que revestían ciertas entrevistas en el ambiente de San Antonio. Buscó un tema inicial adecuado, y decidió abordar el único asunto que interesaba directamente a Empson.

—Tengo entendido que hace algunos años usaba usted una silla de ruedas.

—Efectivamente. La dolencia de que sufro —respondió Empson, palmeando

suavemente el puño de su bastón— se agravó de pronto y tuve que cambiar de habitaciones con mi colega Pownall, que ocupa las de la planta baja. Durante algunos meses tuve que ir a mis clases y al comedor en una silla para inválidos.

—¿Sabía usted que ahora esa silla está en un depósito situado en este mismo edificio?

Empson movió negativamente la cabeza.

—Sólo sé que se encuentra en alguna parte del recinto. Me tomaré la libertad de preguntarle si tiene alguna importancia para su labor de investigación.

—Fue usada durante la noche en que el rector murió.

Y creo que se utilizó para transportar el cadáver.

Empson reflexionó unos instantes; una vez más, el hábito intelectual de los moradores de San Antonio. Luego dijo:

—¿Transportar el cadáver? ¿Eso implica que usted ha llegado a la conclusión de que el rector fue ultimado fuera de su despacho?

—Así es.

Empson reflexionó unos instantes más, como si asimilara lentamente ese nuevo aspecto de los acontecimientos. Luego formuló una pregunta cautelosa:

—¿Ha logrado usted obtener alguna prueba de eso?

Appleby se vio obligado a reconocer la verdad.

—Sólo sé que la silla ha sido utilizada. Pero la prueba me parece casi concluyente.

Y de pronto, el inspector tuvo la sensación de ser escrutado: sintió que cada uno de los átomos de habilidad profesional en Empson se esforzaba por descubrir si cuanto acababa de oír era fidedigno. Luego el psicólogo habló, pero sin mayor énfasis.

—Ya comprendo —dijo.

Los ojos que, un momento atrás, trataban de penetrar en la mente de Appleby se volvieron, pensativos, hacia el fuego que chisporroteaba en la chimenea.

Siempre basado en la tendencia vocacional de Empson, el policía abordó un segundo aspecto del asunto.

—Deseaba también —dijo— preguntarle su opinión sobre cierta cuestión; su opinión, entiéndalo bien, sin mencionar para nada el conocimiento que usted pueda tener de los hechos. Como es natural, usted no está obligado a responder a mi pregunta. Pero está magníficamente capacitado para hacerlo, pues se trata de un aspecto de la conducta humana...

Empson le interrumpió bruscamente, cosa tan opuesta a su refinada cortesía y a su costumbre de reflexionar, que Appleby se sobresaltó.

—La ciencia de la conducta humana —dijo— se halla en su infancia. Mucho mejor para nosotros es confiar en la voz de nuestra experiencia. Y sin embargo, la

misma experiencia suele engañarnos. A veces, la ciencia dirá, sobre un hombre cualquiera: «Es extremadamente improbable que haga esto»; la experiencia agregará: «Es imposible que lo realice»... Pues bien, lo hace.

Una vez más había en las frases de Empson un fondo de amargura. Pero, más por el tono que por las palabras de su discurso, Appleby intuyó algo diferente, una suerte de reacción que no era consecuencia del hábito, sino producto de una reciente revelación. Empson no hablaba por una antigua costumbre, sino porque acababa de experimentar una fuerte conmoción, casi una injuria. ¿Quién había defraudado sus esperanzas? ¿Él mismo u otro?

—¿Le parece infinitamente improbable, le parece imposible —insistió Appleby con audacia—, que Umpleby haya sido asesinado aquí?

Empson hizo un gesto afirmativo. Él prosiguió serenamente.

—Míster Haveland ha padecido últimamente cierto desequilibrio mental. ¿Está usted en condiciones de decir algo sobre este hecho? Digámoslo abiertamente: ¿relacionaría usted su desequilibrio con tendencias homicidas? Ese asunto de los huesos...

Empson le interrumpió por segunda vez.

—Haveland no mató a Umpleby. Los huesos de que usted habla no son otra cosa que una abominable impostura.

Dijo estas palabras con tono tranquilo, pero al mismo tiempo con tal intensidad de expresión, que la siguiente pregunta del inspector resultó casi impertinente. Sin embargo, era imprescindible formularla.

—¿Habla la voz falible de la ciencia, o la voz igualmente falible de la experiencia?

Si quería mantenerse dentro de la lógica, Empson tenía sólo una respuesta a ese interrogante. ¿La daría? ¿Confesaría que no hablaba por él la voz de la ciencia, ni la de la experiencia, sino la voz de la seguridad? En un ángulo de la habitación, el tictac de un reloj de pared contó los momentos de silencio.

—La ciencia es falible, pero no debemos menospreciarla. Y ella nos dice, con toda su autoridad, que esos huesos son una maldita acusación..., una acusación hecha por alguien que no sabe nada de psicología anormal. Le suplico, antes de que caiga usted en esa trampa, que haga examinar a Haveland por un grupo de eminentes frenópatas que yo le indicaré. Ellos corroborarán mis asertos.

—¿Dirán que Haveland no mató a Umpleby?

El profesor meditó. Al oír de nuevo su voz, Appleby presintió que, dejando de lado todo impulso personal, estaba resuelto a seguir la fría luz de la certidumbre.

—Muy falible sería la ciencia si pretendiera darle semejante seguridad. La ciencia sólo puede decirle que Haveland no mató al rector y propaló luego el crimen sembrando el cuarto de huesos. Creo que eso es decisivo. Y deseo agregar mi

convicción absoluta de que Haveland es inocente...

—Su convicción; ¿la voz de la experiencia, entonces?

—Precisamente. Falible también, pero no carente de autoridad.

—¿Luego Haveland no es... un enfermo mental?

La pregunta era nueva, pero la astuta tentativa del inspector, que deseaba añadirla a manera de apéndice a la conversación anterior, fracasó lamentablemente. Empson se retrajo, como lo hiciera Gott.

—Míster Appleby —dijo—, considero un deber manifestar mi convicción personal y profesional de que las circunstancias que circundaron el homicidio de nuestro rector son incompatibles con lo que estimo la actual condición mental de Haveland. Pero sería un craso error iniciar un minucioso examen de la condición mental de ese colega, o de cualquier otro. Poco le costará a usted encontrar psicólogos dispuestos a señalar una nota de locura en cada uno de nosotros.

Empson se mostró considerado; la broma suavizó la dureza de su respuesta.

—Cada uno ha de juzgar hasta dónde llega su deber —sentenció Appleby.

Y, por tercera vez, Empson le interrumpió, pero esta vez con un estallido de apasionamiento.

—¡Esto es lo más difícil del mundo! —dijo.

El inspector abordó un nuevo asunto.

—Usted regresó aquí —dijo— después de la sobremesa, a las 9.30, y volvió a salir alrededor de una hora después, a las 10.40, para ser más exactos, con el fin de recoger un envoltorio en la portería. Eso le llevó ocho o diez minutos, y luego permaneció en sus habitaciones hasta que la policía llegó a Little Fellows. Tengo entendido que ésas fueron sus actividades.

Empson asintió.

—¿Encontró usted a alguien al ir hacia la portería, o en el camino de regreso?

—Vi a Titlow.

—Refiérame ese detalle, por favor. ¿Dónde le vio usted, y en qué momento? ¿Y él, le vio?

—Creo que no me vio. Entraba en sus habitaciones en el preciso instante en que yo salía de las mías. Por lo visto, acababa de subir y penetraba en su vestíbulo cuando yo abrí esa puerta —y Empson señaló la de su saloncito— y advertí su presencia.

—¿Serían las 10.40, el momento en que usted se dirigía hacia la portería?

—Exactamente.

—Debo decirle que míster Titlow ha declarado que no se había movido de su cuarto hasta las 10.55, y que entonces bajó las escaleras y se encaminó directamente hacia la puerta de la rectoría.

Como Empson no aprovechó la pausa de Appleby para añadir comentario alguno,

éste tuvo que agregar:

—Hay contradicción, ¿no es así?

—Titlow olvidó ese detalle, o bien está mintiendo.

Deliberadamente, el profesor habló con tono sereno, eliminando de su voz hasta su habitual aspereza. Hubo una breve pausa.

—¿Le llamó algo la atención en él?

—Me pareció que había subido corriendo las escaleras: tuve una impresión brevísima, pero muy clara, de que estaba sin aliento.

—¿Y demostraba agitación?

—Sólo lo vi durante un segundo, y en ese vistazo tuve la impresión, también brevísima pero muy clara, de que estaba sumamente agitado.

«Con igual frialdad acusadora», pensó Appleby, «sería capaz un juez de presentar el detalle fatal ante los ojos del jurado». Y esta asociación de ideas le impulsó a probar el efecto de una repentina violencia, el brinco inesperado del defensor que capta el detalle fundamental.

—¿Cree usted que Titlow es culpable?

Un momento después tuvo que admitir, algo alicaído, que nada conseguiría de Empson con ese sistema. Hubo un silencio embarazoso, que le indicó que el profesor pensaba que su huésped acababa de formular una pregunta absurda. Por fin, dijo:

—Deseo que se haga justicia, pero no estoy en modo alguno en condiciones de acusar a Titlow.

Y luego abordó un tema secundario, como para sacar a Appleby de su desairada posición:

—Recuerde usted, por ejemplo, lo sucedido con el disparo (sea o no el disparo mortal) que se oyó cuando Titlow estaba con el mayordomo Slotwiner.

—Eso —dijo Appleby— pudo muy bien ser una farsa.

—Posiblemente —y Empson clavó una vez más los ojos en el fuego—. ¿Ha descubierto usted cómo se llevó a cabo la treta? Quiero decir, si hay rastros de semejante cosa.

La respuesta de Appleby fue evasiva.

—El plan se descubriría a sí mismo si dejara tras de sí el menor rastro.

Bruscamente dirigió su atención a otro asunto:

—Míster Empson, ¿por qué fue usted hasta la portería? Tiene a mano un teléfono, ¿por qué no llamó para saber si había llegado su envoltorio, y dar orden de que se lo trajeran?

—No acostumbramos a molestar sin necesidad a la servidumbre de la casa. En nada me perjudicaba andar un poco.

La respuesta no fue áspera, pero sí decisiva. Y Appleby vio que sólo le quedaba un detalle por preguntar.

—Y durante el resto de la velada, desde las 9.30 hasta las 10.40 y luego, de 10.50 en adelante, ¿permaneció usted aquí sin ser molestado por nadie?

—Por nadie.

—¿Nadie vino?

—Nadie.

—¿Nadie le llamó por teléfono?

—Nadie.

El inspector pensó que era inútil insistir, y estaba a punto de ponerse de pie para retirarse cuando algo, quizá un eco de cierta indefinible vacilación en la última palabra de Empson, le indujo a agregar una última interrogación.

—Y usted ¿llamó a alguien por teléfono?

Hubo una levísima pausa; la ligera contracción de los dedos sobre el puño de marfil del bastón pudo haber sido imaginaria más que real. Y, a pesar de todo, Appleby sintió una oleada de inquieta excitación. Presintió que la inteligencia que se le enfrentaba en ese instante calculaba con intensidad las consecuencias de lo que iba a decir. Empson vacilaba, no sabía si responder sí o no. «Este momento», intuyó el policía, «es el momento culminante del dilema de la Facultad de San Antonio».

Empson habló, con su habitual tono sereno.

—Telefoneé a Umpleby —dijo— minutos antes de las diez. Se trataba de un asunto sin importancia.

Tantripp, portero principal, formaba parte de la servidumbre de la Facultad desde su adolescencia. Era un hombre inteligente, y comprendía que tenía el deber de prestar toda la ayuda que fuera posible. Pero se veía a las claras que, al ver a la policía mezclada con los profesores de la casa, tenía la impresión de que había llegado el fin del mundo. Por eso Appleby le abordó con un asunto de índole impersonal.

—Desearía que me explicara usted —le dijo— el sistema telefónico del establecimiento.

El tema resultó ser uno de los preferidos de Tantripp. El teléfono había llegado a San Antonio mucho después que él, y su crítica de la innovación era severa. Además, en los últimos tiempos se habían multiplicado las innovaciones, y esto le agradaba menos aún. Había un teléfono en la portería exterior, para uso de los estudiantes, otro en el despacho del bedel y otro en la cocina, un cuarto aparato en la rectoría — provisto de una línea que comunicaba con el despacho del rector— y, además, cada uno de los profesores alojados en Little Fellows tenía su teléfono. En un principio, todas las comunicaciones se obtenían mediante una centralita situada en la portería. El sistema funcionaba bien, pero requería la continua atención del portero de guardia. Por ello se había instalado recientemente un dispositivo automático, y las comunicaciones internas se obtenían con sólo marcar un número. Para telefonar al

exterior era necesario comunicarse previamente con la portería. Por desgracia, el dispositivo automático no había funcionado muy bien al principio, motivo por el cual, según la expresión de Tantripp, no «cuajó» inmediatamente. Por ello, y en parte también por el espíritu conservador de la casa o la tradicional distracción de sus profesores, éstos solían pedir comunicación con la portería, aun para llamar a los teléfonos internos.

—¿Lo hizo también el profesor Empson —preguntó audazmente Appleby— la noche en que fue asesinado el rector?

—Sí, señor —repuso Tantripp, turbado pero resuelto—, lo hizo. Llamó aquí a eso de las diez.

—¿Recuerda usted lo que dijo?

—Dijo: «Tantripp, comuníqueme con el rector, por favor».

—¿Podría haber obtenido esa comunicación de forma automática?

—Claro está. No tenía más que marcar el 01. Pero es de los que nunca usan el sistema automático.

—¿Está usted seguro de que realmente se trataba del profesor Empson? ¿Está seguro de que la llamada provenía de su habitación?

—Pues, señor —repuso Tantripp perplejo—, supongo que venía de su habitación. Las luces del tablero me lo revelan enseguida, cuando me tomo el trabajo de observarlas. Pero, por lo general, sólo me ocupo de establecer la comunicación pedida. Era la voz del profesor Empson, pero podría estar hablando desde cualquier otro punto del edificio. Estoy seguro de que era él, pues más tarde le hablé de esa comunicación.

—¿Le habló usted de ella?

—Sí, señor. Habían dejado aquí un envoltorio para él, que permaneció toda la tarde en la portería, y cuando vino a buscarlo, a las 10.45, se me ocurrió que debía habérselo anunciado antes, cuando llamó. Por eso le dije que lamentaba no haberle hablado del asunto cuando pidió comunicación con el rector.

—Y él ¿qué le respondió?

—Se contentó con hacer un gesto, y dijo: «No tiene importancia, Tantripp», o algo parecido, y salió.

—¿Recuerda usted alguna otra llamada telefónica, la noche del crimen?

—Solamente dos más se comunicaron conmigo, señor. El rector telefoneó fuera. Claro está que ignoro a quién llamó: yo lo conecté con la central.

—¿Recuerda con exactitud la hora?

—Poco antes de las 10.30.

—¿Y la otra llamada?

—Fue del decano, señor; se trataba de ciertos caballeros que llegaron después del cierre de las puertas exteriores. Y me acuerdo de que, cuando terminé de hablar con

él, el reloj de pared señalaba las 10.55.

Appleby interrogó brevemente a Tantripp sobre sus propias actividades. Gott tenía razón: el portero tenía su coartada, ya que poco le costó probar que había estado en la portería durante toda la noche del crimen. Y en cuanto al decano, quedaba definitivamente descartado. Pero Appleby seguía pensando en Empson, mientras paseaba, minutos más tarde, por los vastos patios oscuros. Empson no pudo negar que había telefoneado al rector aquella noche por una razón clarísima; no sólo había hecho uso del sistema antiguo, haciéndose reconocer por el portero, sino que además admitió tácitamente ser el autor de la llamada cuando, un rato después, Tantripp hizo alusión a ella. Y sin embargo, vaciló durante una fracción de segundo, estuvo por negarlo ante Appleby, sabiendo que su negativa estaba destinada al fracaso. Y la inteligencia de Empson no era de las que vacilan, ni siquiera por espacio de una fracción de segundo, cuando se trata de tomar una determinación estúpida... ¿Habría algo de siniestro en el fondo del incidente? Pero, para hacer una llamada telefónica siniestra, es preferible usar el sistema automático. Appleby no podía abandonar la idea de que había llegado, por fin, a la médula del dilema...

Eran más de las 11 cuando, mecánicamente, se dirigió a sus habitaciones para acostarse. Era su segunda noche de permanencia en la Facultad. Al recordar su habitación, recordó a Gott, y volvieron también a su memoria aquellas irónicas palabras que le oyera poco antes: «Lo mejor es eliminar cuanto antes a la servidumbre». El caso del portero principal ya estaba archivado... Una vez más, Appleby se deslizó por el portón occidental y se internó en Orchard Ground.

Los ventanales de la rectoría, violados la noche anterior, estaban ahora asegurados con una cadena y un candado cuya llave descansaba en su bolsillo; abrió, penetró en el despacho, corrió las cortinas y encendió las luces. La habitación siniestra, los huesos, las frías cenizas en el hogar y, más arriba, las calaveras grotescamente dibujadas con tiza: todo parecía ahora, más que macabro, feo, absurdo, trasnochado..., y a pesar de todo, misterioso. Appleby no perdió tiempo. Después de apagar la araña central, encendió la lámpara de pie, se arrellanó en el sillón del rector y tocó el timbre. Al cabo de medio minuto se presentó Slotwiner, sereno e imperturbable como si su amo aún viviera y pudiera llamarlo con el timbre. Esta vez dirigió al policía una reverencia que demostraba que su jerarquía estaba oficialmente reconocida en la casa.

«He aquí», pensó Appleby, «un individuo insolente y, al mismo tiempo, sereno; ciertamente, no es de los que se asustan al oír sonar el timbre desde la habitación de un muerto». Decidió desconcertarlo.

—Slotwiner —dijo—, nos vemos precisados a considerarle como uno de los sospechosos.

—Deben ustedes intentar todos los caminos, señor.

—Está demostrado que el disparo que oyeron míster Titlow y usted fue una pista falsa.

—Sí, señor. Esa posibilidad no escapó a mi discernimiento.

—¡Ah!, ¿sí? En tal caso, tendrá usted alguna idea del motivo que indujo a preparar esa pista falsa.

—Puedo imaginarme varios, señor. Uno de ellos sería crear una coartada para el profesor Titlow, o para mí, suponiendo que fuésemos culpables. Confío en que el asunto será investigado con minuciosa precisión.

Slotwiner, aparte de su estilo grandilocuente, producía buena impresión en estos interrogatorios. Appleby le dijo francamente:

—Si el rector no murió por el disparo que usted y míster Titlow oyeron, lo más probable es que no le dieran muerte en su despacho, sino en Orchard Ground, en algún punto donde el estruendo del tránsito ahogara el tiro. He debido calcular el tiempo sobre esta base. Ahora bien: ¿puede usted decir algo que aclare su propia situación?

—Comprendo lo que usted quiere decir, señor —repuso Slotwiner pensativo—, y creo tener, al menos, una coartada parcial. Supongo que seguir al rector a través del despacho y a Orchard Ground, y volver luego con... con el cadáver y los huesos llevaría de siete a ocho minutos, por lo menos.

Appleby asintió. Sabía que, en realidad, se necesitaría mayor tiempo, el necesario para volver al alojamiento de profesores, empujando la silla de ruedas.

—Pues bien, señor, yo no permanecí solo durante ese lapso después de las 10.30. Mistress Hugg, la cocinera, descifraba en esos instantes un crucigrama en la cocina.

Y subió varias veces al antecomedor para solicitar mi opinión. Animales de siete letras que empiezan con P, y cosas por el estilo. Le ruego que la interroge usted, señor. Sin embargo, temo no tener coartada alguna que cubra el período anterior a las 10.30, suponiendo, naturalmente, que el señor rector no estuviese vivo cuando le llevé sus bebidas.

—No se preocupe —dijo Appleby tranquilamente—; me consta que el doctor Umpleby vivía poco antes de las 10.30: a esa hora hizo una llamada telefónica. ¿Sabía usted algo de esto?

Confiaba bastante en Slotwiner. Éste pareció sentirse más cómodo.

—Me siento, si me permite usted decirlo, señor, tranquilizado. Pero nada oí de esa llamada: la línea del rector funciona independientemente, y él podía hablar sin ser oído por mí. Acostumbraba a hablar con voz muy suave, y desde el antecomedor; al extremo del pasillo, me hubiera sido imposible oírlo. En verdad, cuando trabajo allí no me percató de las conversaciones que se entablan en el despacho. Pero debo referirle algo que pude oír. Lo he recordado después de nuestra última entrevista. Me parece haber oído el ruido de los huesos.

—¿Los huesos?

—Sí, señor. Un poco antes de la llegada de míster Titlow, me asomé al vestíbulo, y recuerdo que me llamó la atención un ruido extraño que se oía en el despacho. No era el rumor de sillas o libros movidos por el rector, y no podía imaginarme de qué se trataba. ¿Me permite, señor?...

Ante el asentimiento de Appleby, el ceremonioso Slotwiner se puso en movimiento. En un instante, recorrió la habitación y recogió la mayor parte de los huesos dispersos; luego hizo un envoltorio con ellos y lo puso en manos del inspector.

—Y ahora, señor, si tiene la bondad...

Y Slotwiner desapareció, cerrando la puerta. Appleby estaba interesado y entretenido a la vez. Esperó hasta oír un grito lejano y luego inclinó el envoltorio, dejando que los huesos cayeran en montón. Produjeron un estrépito sorprendente. Un momento después, Slotwiner entraba en el escritorio, muy animado.

—¡Ese fue, precisamente, señor, el ruido que oí! —exclamó.

Appleby formuló la pregunta decisiva:

—¿Puede decirme la hora exacta en que lo oyó?

—Con un margen de unos cinco minutos, señor. Serían las 10.45, las 10.50 quizá.

El policía se permitió unos minutos de tiempo para meditar las consecuencias de ese aserto con la mayor exactitud posible, y continuó interrogando al mayordomo. Pero éste no había oído nada más, y no pudo agregar nuevos datos de interés. Cuando se tocó el asunto de las relaciones de Umpleby con los demás miembros del cuerpo docente, se mostró reservado. El tema era desagradable, pero en asuntos semejantes, Appleby no toleraba que sus sentimientos personales dificultaran su actuación. Y al cabo de unos instantes obtuvo el premio de tanta constancia. Slotwiner, que confesaba no desconocer las inquietudes que habían turbado la Facultad durante los últimos años, le refirió un episodio que había presenciado poco tiempo atrás. Umpleby había recibido en su despacho a Titlow y a Pownall. Si el tono de la entrevista fue desapacible, era cosa que el hombre ignoraba. Pero, durante el transcurso de la misma, fue llamado por el rector, excelente anfitrión, para servir la merienda a sus invitados. Le pareció que el ambiente era tenso, a pesar de que nadie habló en ese intervalo, quizá precisamente por ese detalle. Pero unos minutos después abrió la puerta, con la intención de renovar la provisión de tostadas con mantequilla, y oyó hablar a Pownall con una energía que le impresionó. Se detuvo, y durante esa pausa le oyó decir: «¡Señor rector, puede usted felicitarse de que se necesiten dos para realizar un asesinato, porque es usted una víctima ideal!». Después de escuchar esta declaración, Slotwiner se retiró al antecomedor llevándose las tostadas con mantequilla.

Appleby se preguntó si se las habría comido.

EN ESA SEGUNDA y última mañana de estancia en la Facultad de San Antonio, Appleby fue saludado, lo mismo que el día anterior, por Dodd, que le hizo una visita matutina. Los ladrones estaban a buen recaudo; habían caído en una magistral emboscada aquella misma madrugada. Como consecuencia de ello, Dodd estaba de un humor jactancioso y extraño. Fingió gran interés por la seguridad personal de Appleby durante la pasada noche, registró el cuarto para ver si le habían robado algo, y luego, cambiando de tema, le preguntó cómo iban sus estudios, qué opinaba de las clases, y cuándo se graduaba. Por último, y después de reír largo rato de sus propias bromas, preguntó quién había matado al doctor Uempleby.

—No sería difícil —dijo Appleby cautelosamente— que hubiese sido Ransome.

—¡Ransome!

—Así es. Ransome ronda hace días, con un bigote postizo. Fue él quien me dejó sin conocimiento la otra noche.

—¡Ahí tiene usted! —dijo enfáticamente Dodd—. ¿Recuerda lo que le dije, cuando nos aseguraban que estaba en Asia? ¡Qué sarta de embusteros!

—También es posible que haya sido Titlow; es bastante probable que haya sido él, ¿sabe?

Dodd había oído lo suficiente la tarde anterior para captar al momento el sentido implícito de sus palabras.

—¿De manera que el disparo fue una farsa? —preguntó.

—Exactamente.

De pie ante la chimenea de Appleby, Dodd parecía a punto de estallar de satisfacción.

—Es posible —anunció— que pueda ayudarle en esto.

—¿Han estado haciendo un poco más de «trabajo sucio», según lo define usted? —preguntó Appleby, con una sonrisa.

—Ha sido cosa de Kellett. Es hombre concienzudo. Ha efectuado una revisión esta mañana.

—¡Ah! Y yo dormía profundamente otra vez. ¿Y qué es lo que Kellett ha encontrado hoy?

—Kellett —repuso Dodd muy serio— pensó que no estaría de más revisar los desagües. Es curiosa la importancia que suelen tener a menudo los desagües. Pues bien, estaba explorando un hueco de ventilación, o algo parecido, en Orchard Ground, cuando dio con esto.

Y sacó del bolsillo un grueso alambre, enroscado.

—¿Kellett lo encontró así, enroscado?

El policía asintió, y Appleby, después de una pausa, dijo:

—Me parece muy corto para ser útil. No veo cómo...

—Podríamos imaginar —sugirió Dodd— una especie de aparato, con pesas y cosas por el estilo...

—Podríamos imaginar —repuso su colega, con escepticismo— que fue el fontanero que limpió la cañería o el desagüe.

—¿Y dejó esto olvidado?

—Los fontaneros siempre se olvidan de un montón de cosas —dijo Appleby, con desgana; parecía estar pensando en otra cosa. Luego añadió—: Estará de acuerdo en que es difícil que un fontanero deje en la cañería un alambre enroscado de esta forma.

—¿Qué le parece, lo enviaremos a Scotland Yard para que lo fotografíen?

El inspector se sobresaltó primero, y luego rió.

—¿Qué noticias nos traerá su lúgubre sargento? —dijo—. Mientras llega, usted y yo entablaremos una seria conversación con el joven de los bigotes postizos.

—¿Conque en Asia, eh? —murmuró el inspector Dodd.

Hallaron a míster Ransome en sus antiguas habitaciones que daban al patio de Surrey, mientras hablaba por teléfono con el propietario de Las Tres Palomas. Parecía perplejo. Le aseguraba que era el huésped que se había marchado en tan extraordinarias condiciones la noche anterior; que su verdadero nombre era míster Ransome, de la Facultad de San Antonio; que todo estaba en orden; que no había ocurrido nada grave, que era una apuesta, y que necesitaba que le enviaran su equipaje. Esto, por parte de Ransome. Pero el nombre de la tristemente célebre Facultad de San Antonio, unido a tan peregrina historia, causó alarma a su interlocutor. Por eso, cuando Ransome se dirigió al encuentro de sus visitantes oficiales estaba encarnado y furioso. Sin embargo, se serenó instantáneamente, y les habló con inocente cordialidad.

—Oh, señores, vengan, por favor, ¡tomen asiento! Lamento muchísimo lo ocurrido la noche pasada; debí haberme disculpado ayer. Pero, ya saben ustedes, ese asunto del canasto era tan molesto que estaba indignado..., ¡y justamente antes de cenar! ¿Le hice mucho daño? Me temo que he cometido una acción vergonzosa. Supongo que me demandará usted. ¡Qué terrible! ¡Cuánto lo siento! Pero no debemos detenernos ante nada cuando se trata de nuestro trabajo, ¿no les parece? Bien, tanto como ante nada, no digo; nunca asesinatos ni nada por el estilo, pero cuando sólo se trata de derribar a un hombre, ¿no es así? Quiero decir, si se coloca usted en mi situación, ¿qué haría?

Esta disculpa ingenua y deshilvanada parecía sincera. Ransome era un joven rubio, de cabeza ovoide, vestido con desaliño; hacía muchos gestos al hablar, y daba la impresión de ser tan vago y desordenado como sus palabras. Sólo por un afortunado azar se explicaba que hombre tan distraído hubiera golpeado a Appleby con la fuerza necesaria para derribarlo y nada más; ciertamente no era capaz de

planear por cuenta propia un robo magistral. Era un ejemplar característico del erudito en gestación, distante y caprichoso, que se apropiaba, deliberadamente quizá, de las ventajas que trae consigo ser «un tipo raro». Así era Ransome. O por lo menos, así era la apariencia que presentaba, según se dijo Appleby con cautela. Pero, presintiendo que Dodd estaba a punto de pronunciar un discurso amenazador sobre este asalto a un colega, se apresuró a decir:

—Dejemos de lado, por un momento, ese incidente secundario, míster Ransome. Lo que nos interesa es la muerte del doctor Umpleby. Estoy seguro de que usted comprende lo desagradable de su situación. Confiesa haber vivido, disfrazado, en las proximidades de la Facultad en el momento del crimen. Y no estaba en muy buenas relaciones con el difunto.

Ransome no disimuló su consternación.

—Pero ¿no se lo explicó Gott? ¿Nuestro robo, las coartadas y todo lo demás? ¿No le parece que todo está aclarado, y que estamos fuera del radio que a usted le interesa, por decirlo así?, ¿eh?

—Mister Ransome, la situación es sencillísima. Tiene usted que dar cuenta de sus actividades entre las 10.30 y las 11 del martes por la noche, si quiere quedar fuera de toda sospecha. Lo mismo digo con respecto a míster Gott... y a todos los demás.

—¡Santo Dios! —exclamó Ransome con la más ingenua de las sorpresas—, ¡y yo que creía que todo estaba aclarado, y que había sido Haveland, pobre viejo, sembrando huesos y cosas!

—Debe usted tratar de explicarnos sus actividades, por lo menos; eso es lo más prudente y razonable que puede hacer. El inspector Dodd, aquí presente, tomará nota de sus declaraciones. Debo añadir que cualquier declaración que usted formule puede ser legalmente utilizada como prueba en contra de usted.

¡Demonios! Necesito un poco de tiempo para acordarme de todo —y Ransome paseó su mirada por la habitación, con su aire distraído de siempre, aunque sin desconcertarse—. ¿No le parece mejor que usted o su colega me interroguen? Sería más concreto, más al caso, ¿sabe?

—Muy bien. Tengo entendido que usted llegó de Las Tres Palomas el martes por la noche.

—Sí, después de cenar. Tomé el autobús en la carretera; a las 10.30 en punto.

—¿Y qué hizo usted durante la hora siguiente, antes de iniciar sus exploraciones aquí, en la Facultad, a las 11.30?

La respuesta de Ransome fue inmediata, pero desconcertante:

—¡Traté de calcular las aptitudes eubeas!

La agitada respiración de Dodd indicaba su convencimiento de que se estaba jugando con la majestad de la justicia. Pero su colega hizo gala de una paciencia extraordinaria.

—¿Las aptitudes eubeas, míster Ransome?

—Así es. Claro está que no me especializo en el asunto, pero de pronto, mientras viajaba en el autobús, se me ocurrió una idea. Recordará usted que Boeckh señala la relación eubea con las aptitudes del aticismo, en su última etapa, como 100 a 72, y pensé que... —aquí Ransome se interrumpió, dudoso—. Aunque, en verdad, no sé si estas cosas le interesarán...

—Lo que me interesaría es saber dónde se sumió usted en esas meditaciones.

—¡Dónde! ¡Demonios! ¿Le parece que tiene importancia? Pero claro está, la tiene y mucha. Lo siento, no me acuerdo ni remotamente. Estaba distraído, tan distraído que casi me olvido del robo. ¡Y eso sí que era sumamente importante! Me acordé de que debía salir a escape. Eso le demostrará lo absorto que estaba, ya que tenía enorme interés en recuperar mis papeles de manos de ese viejo canalla... ¿Dónde habré estado?

—Quizá recuerde algún método que haya empleado para resolver su problema; por ejemplo, ¿no se sentó a escribir en alguna parte?

Ransome dio un brinco de alegría casi infantil.

—¡Naturalmente! —gritó—. Garabateé unas cifras en una especie de tarjeta o menú. Sí, me encaminé directamente a una confitería, ese pequeño salón de la calle Archer que permanece abierto hasta la medianoche. Y estuve allí todo el tiempo, hasta las 11.20. ¡Qué suerte haberlo recordado!

—¿Cree usted que lo recordarán los camareros?

—Estoy seguro de que sí, se acordarán de mis bigotes postizos también. Hubo un pequeño incidente. Me trajeron té de la India... En esa clase de lugares, es lo que acostumbran... ¿sabe?

Esta última frase fue dicha a manera de advertencia.

—Perfectamente, míster Ransome, en tanto se verifican sus declaraciones, no le molestaremos más. Sólo deseo preguntarle otra cosa. ¿Por qué pensó usted en míster Haveland como presunto asesino?

Ransome pareció afligido.

—¡Por favor! No suponga que acuso a Haveland de haber cometido un crimen. Son rumores que circulan, y nada más... Creo que se deben a que él estuvo, hace algún tiempo, algo desequilibrado.

—¿Ha pasado mucho tiempo desde entonces?

—Sí, bastante. Sin embargo, tuvo una pequeña recaída la última vez que estuve aquí; se repuso rápidamente. Es un buen hombre Haveland, conoce su Arabia palmo a palmo.

—¿Puede usted decirme algo más sobre su recaída?

—Creo que fue hace un par de años, más o menos. No se encontraba muy bien, y se retiró una temporada a cierta casa de reposo, situada bastante lejos de aquí; la del

doctor Goffin, cerca de Bourford. Nadie se enteró del asunto. Yo estaba al corriente de todo y lo fui a visitar a escondidas. Pasó pronto.

—Comprendo.

—Oiga usted, míster Appleby, hay algo que me preocupa muchísimo. ¿Podré conservar mis cosas, quiero decir, los documentos que sacamos de la caja de caudales de ese viejo bribón?

—Mister Ransome —repuso el inspector muy serio—, le aconsejo que no mencione eso a la policía hasta que trate del asunto con usted. Muy buenos días.

—Tus observaciones sobre el texto —declaró Gott— son una perfecta calamidad.

—Sí, Gott —dijo mansamente Michael.

—Convéncete, Michael, de que careces de cerebro.

—Estoy convencido de ello.

—Conténtate con seguir el camino trillado y escribir bien. Escribes bastante bien, Michael.

—Sí —dijo éste algo dudoso.

—Déjate de analizar y te irá bien. Creo que hasta llegarás lejos.

La respuesta de Michael se diluyó en el silencio y el humo del tabaco. La solemne hora semanal que corona el sistema pedagógico iba a finalizar. El ensayo había sido leído y rigurosamente corregido. La crítica estaba hecha. Los diez minutos restantes estaban consagrados al silencio y a las pipas encendidas. De cuando en cuando se cruzaban frases triviales.

—Hoy es cinco de noviembre —anunció de pronto Michael.

Y como su preceptor no demostró interés alguno por esta observación, añadió:

—Los muy idiotas, con sus fuegos artificiales, y demás tonterías.

—Sin duda.

—Igual que en Chicago durante una batida de la policía. Disparos por todas partes.

Cierto.

—¿Se acuerda del año pasado, Gott? Titlow suplía al decano durante su ausencia, y Boosey Thompson le tiró un buscapiés; entonces Titlow entró en su habitación y le confiscó todos los cohetes y luces de Bengala que tenía.

—Muy poco edificante —repuso distraído Gott.

Pero de pronto clavó los ojos en su discípulo.

—Michael, ¿quién te ha metido en este asunto? —dijo.

—¿Quién me ha metido?...

—Mi estimado Michael, eres muy bueno. Pero, como acabo de indicarte, careces de cerebro. ¿Quién te ha estado metiendo ideas en la cabeza?

—La verdad es que fue David Edwards quien...

—La iniciativa de David Edwards —dijo Gott— será estudiada por las autoridades competentes.

Hubo una pausa, y luego Michael añadió:

—Otra cosa: David cree que es una lástima que no se nos haya informado mejor sobre las circunstancias que rodean la muerte del desdichado rector.

—¿Qué tiene que ver David Edwards con la muerte del desdichado rector?

—David opina que quizá podría suministrar datos preciosos... siempre que supiera cuáles son los datos de valor.

—Me cuesta creer que raciocine tan mal. Y ahora, ¡fuera con todo eso que te han estado metiendo en la cabeza!

—Creo —dijo Michael con respetuosa humildad— que se muestra usted grosero. Lo que sucedió fue esto. El martes por la noche, muy tarde, David trabajaba aún en la biblioteca. El doctor Barocho y varias personas más estaban allí, y David se había sentado encima de una de las prensas, frente al ventanal del Norte (ya sabe usted que a muchos les gusta sentarse encima de esas prensas); fuera había una densa oscuridad. De pronto, mientras David miraba casualmente por la ventana, vio un rayo de luz y reconoció a alguien.

—¿Reconoció a alguien? —preguntó Gott, dejando su pipa.

—Sí; a la luz que provenía del despacho del rector. Se vio apenas un rayo de luz, en el momento en que salía esa persona...

—¡Salía!

—Así es, a través de los ventanales del despacho, y David tuvo el tiempo justo para reconocerla. Se extrañó, pues ignoraba si esa persona tenía o no la llave de Orchard Ground, y se preguntó cómo se las arreglaría para salir. Pero no tenía nada de extraño que visitara al rector; por eso David no concedió mayor importancia al hecho. Como dice, se nos han ocultado con tanto cuidado las circunstancias que rodean la muerte del desdichado rector, que...

—¿Qué hora era?

—Poco antes de las 11.

Gott meditó profundamente durante unos instantes.

—¿A quién vio David? —preguntó por último.

—No quiero decirlo. Pero tenemos el asunto en la mano.

—¿Tenemos?

—Sí, Gott: David, el inspector Bucket y yo. David pensó que podía tener importancia. Y también descubrió otra cosa relacionada con esa persona a quien reconoció. Descubrió que tenía una buena comunicación secreta para entrar y salir del edificio.

—¿Para entrar y salir de Orchard Ground? —gritó Gott, poniéndose en pie de un salto.

—¡Oh, no! Para entrar y salir de una de las alas exteriores de la casa.

—¡Sarta de locos! ¿Por qué no os habéis comunicado con la policía? ¿Dónde está ahora David Edwards?

—La verdad es que está sobre la pista. Y, si me lo permite, yo...

Antes de que Gott pudiera oponerse, míster Michael de Guermantes-Crespigny había desaparecido.

Pocos minutos después, un bibliógrafo muy agitado abordaba a Appleby y a Dodd en el patio de la Facultad, para informarles sobre cuanto acababa de oír. Dodd no se empeñó en sostener su teoría, y admitió la posibilidad de que San Antonio no fuese, al fin y al cabo, un submarino herméticamente clausurado; esta actitud, que le hacía honor, hizo que admitiera la posibilidad de un descuido por parte de sus subalternos y pidiese una nueva y más minuciosa inspección. Pero Gott quería solucionar un problema preliminar.

—Aunque existiera esa salida —dijo—, no veo cómo explicaría el hecho. Según este bienaventurado Edwards, no da a Orchard Ground, sino a un ala externa del edificio. Y vio salir de la rectoría a un individuo que (según sus palabras) podía o no tener llave de acceso a Orchard Ground. Él sabía perfectamente que los cuatro moradores de Little Fellows tenían llaves. De modo que fue alguien distinto de ellos y que, sin embargo, visitaba habitualmente al rector, quien tuvo que salir de ese recinto. ¿Cómo lo consiguió? La existencia de una salida en las otras alas de la Facultad no parece revestir mayor trascendencia.

—El asunto es difícil —respondió Dodd secamente. No era partidario de aceptar la cooperación de un profano, aunque fuese autor de novelas policiacas. Luego añadió—: Dejo la dificultad a cargo de Appleby, y voy a corroborar la historia de ese jovenzuelo.

—¿Por qué no esperamos a que el emprendedor señor Edwards regrese de su excursión? —preguntó Appleby.

Pero Dodd no quiso ni oír hablar de esto. Estaba a punto de alejarse, acompañado por Gott, a quien reclamaban sus obligaciones pedagógicas, cuando se vio llegar al lúgubre sargento, en cuya mirada soñadora se veían aún las últimas reminiscencias de una noche pasada en Londres. Llevaba una carta para Appleby, y después de entregársela se alejó precipitadamente. El inspector contempló un momento el sobre cerrado, con su membrete oficial.

—¿Qué piensa usted, Dodd? —dijo—. En el barrote de la silla de ruedas no había impresiones digitales; ¿habrán tenido más suerte con ese matagatos?

—No —repuso tranquilamente Dodd—. No, seguramente que no.

Appleby rasgó el sobre. Hubo una breve pausa, y luego dijo con voz serena:

—Las impresiones digitales corresponden a Pownall.

Después de comer en el bar del Berklay el sándwich que le esperaba desde el día anterior, Appleby decidió dar un paseo por la solitaria ribera del río, para meditar. Partió de la fórmula que había planteado el día precedente, cuando se encontraba a medio camino entre la habitación de Pownall y la de Haveland:

El hombre puede probar que no cometió el crimen en el lugar y hora X. Pero no podría probar que no lo cometió en ese mismo sitio, veinte minutos después, si halláramos algún indicio de su culpabilidad.

Luego recordó que había existido un apéndice:

Es un individuo previsor: cargó nuevamente el arma, para que, al ser hallada, mostrara un solo disparo.

Y había añadido:

¿Dónde está la otra bala?

Mentalmente, Appleby suprimió la pregunta y alteró el apéndice:

No cargó el arma nuevamente; no existió un segundo disparo; fue una simple e ingeniosa farsa.

Pero, un momento después, agregó como un eco del primer aserto:

Es un individuo previsor: dejó que encontráramos el revólver...

He ahí el busilis. Lo que le intrigaba era la falta de una frotación: una enérgica frotación hubiera bastado para borrar cualquier huella dactilar del arma. Pownall era físicamente torpe. Quizá este detalle revelara una correspondiente torpeza mental, un olvido fatal en el plan largamente premeditado. Quizá se esforzara, aunque sin éxito, en borrar las huellas digitales. Hoy en día, los químicos hacen verdaderos milagros: Appleby recordó en aquel instante lo que había dicho a Deighton-Clerk (y que era rigurosamente exacto) sobre los criminalistas alemanes que descubrían impresiones digitales a través de un guante...

¿Se confirmarían los datos? En primer término, el horario de Haveland. Haveland visitó a Deighton-Clerk de las 10.40 a las 10.50. Ese era el período en blanco (puede probar que no cometió el crimen en el lugar y hora X). ¿Tendría Pownall algún fundamento para suponer que Haveland no estaría con el decano a las 11, y carecería por tanto de coartada? (No podía probar que no lo cometió). Debe haber tenido algún motivo, alguna base para esa certeza. En primer lugar, no le hubiera sido difícil saber que Haveland se disponía a hacer una visita breve. En caso de saberlo, hubiera podido matar a Umpleby en su propia habitación de Little Fellows a las 10.40...

Poco a poco, Appleby fue concretando su hipótesis. Aun protegido por el ruido

del tránsito, nadie se atrevería a disparar dentro del edificio. A las 10.40, Pownall dio muerte al rector en Orchard Ground; sabía, en ese momento, que Haveland estaba a la sazón con el decano. Sacó la silla de ruedas del depósito, colocó en ella el cadáver, robó los huesos de su colega y los cargó también en la silla..., luego empujó todo hasta su propia habitación. Serían las 10.45. Esperó. Mientras aguardaba, advirtió un isócrono gotear de sangre del cadáver de Umpleby, cuya cabeza pendía a un lado, sobre su alfombra. Appleby paseaba a grandes zancadas, olvidado del resto del mundo. ¿Coincidirían los datos? Luego era menester recordar la toga de Barocho: ¿si lograra probar que su propietario la dejó olvidada en la habitación de Pownall! Este, sin duda, la usó para envolver la cabeza y la pequeña herida que goteaba. Poco después de las 10.50 oyó a Haveland que penetraba en sus habitaciones y quizá hasta espizó su puerta, para asegurarse de que estaba solo, indefenso en materia de coartadas. Segundos más tarde se dirigió con su lúgubre carga hacia el despacho del rector. E inmediatamente dejó el cadáver y los huesos, disparó el pistoletazo o cualquier otro juego pirotécnico que lograra su objetivo, volvió con la silla vacía al depósito y arrojó el revólver, después de limpiarlo con demasiada prisa, en un lugar donde Haveland, inquieto y desequilibrado como estaba, podría muy bien haberlo escondido.

¿Qué otro dato coincidía? La explicación del propio Pownall para justificar la tintura de su alfombra tenía un elemento muy significativo: disculpaba a Pownall incriminando a Haveland. En efecto, se leía entre líneas, al estudiar su declaración, que Haveland mató a Umpleby, comprendió que su tentativa por acusar a su vecino había fracasado, y entonces, por un repentino capricho, no trató de ocultarse, sino que virtualmente firmó el asesinato sembrando sus huesos en la habitación. Otros dos datos corroboraban esto. Fue Pownall quien, además de Empson, oyó a Haveland decir al rector que «ojalá se pudriese en uno de sus horribles sepulcros», y fue también Pownall quien, en un arrebató, calificó a Umpleby de «víctima ideal».

¿Qué era lo que no coincidía? Aquí Appleby se puso en guardia. No era indispensable que todo coincidiera; en ello residía la diferencia entre sus actividades y las de Gott. En una novela, todo cuanto nos hace cavilar durante el transcurso de la narración debe trabarse armónicamente al final. Pero en la vida real siempre hay cabos sueltos, problemas secundarios que jamás se resuelven, detalles que nunca encajan en el conjunto. Esto es exacto, especialmente en la relación con las impresiones: cosas que en determinado momento parecieron trascendentales para el caso en cuestión, se disipan de pronto como vapores... y sin embargo... El inspector se complacía en trabar entre sí hasta los más mínimos detalles y en demostrar que sus impresiones, una tras otra, correspondían a hechos reales.

El primero de los elementos discordantes era la declaración de Slotwiner, cuando dijo que había oído el ruido de los huesos a las 10.45 o las 10.50. Era demasiado

temprano, si es que Pownall había salido después de asegurarse del retorno de Haveland de la entrevista con Deighton-Clerk. Sin embargo, no convenía dar demasiada importancia a una discrepancia de dos o tres minutos. Luego, estaba esa rara historia del alumno de Gott. ¿Sería algún otro gato encerrado, tan engañoso como el anterior? Si la versión oída era exacta (aunque una versión de tercera mano no merece mucha confianza) parecía estar demasiado ligada al núcleo de la cuestión para que la considerase detalle incidental desprovisto de significado. Alguien que no era ninguno de los moradores de Little Fellows había salido del despacho minutos antes de las 11. Y ese individuo tenía libre acceso a la Facultad de San Antonio. En verdad, la complicación era seria, y lo mejor sería interrogar al joven Edwards cuanto antes.

Había otro detalle discordante. Ese mismo estudiante recordaba que el año anterior fue Titlow, y no Pownall, quien recogió los cohetes y fuegos artificiales de Boosey Thompson. El asunto no tenía mayor importancia: la teoría de los fuegos de artificio no era sino una ingeniosa hipótesis sin fundamento. No había motivo para negar la existencia de dos auténticos disparos, y aun la de dos armas de fuego. Cuanto más cavilaba Appleby sobre los hechos, menos eran las dificultades serias que se oponían a su reconstrucción del crimen. Fuera de lo que podía resultar una broma de estudiantes, no había dificultad alguna de orden material. Su desconfianza provenía de meras impresiones, a las que era arduo asignar un valor dado. Pero mientras no consiguiera hacerlas coincidir con los hechos (al menos, las más definidas), esa reconstrucción, por satisfactoria que pareciese, dejaría intranquilo a nuestro inspector.

Se repitió que a menudo había tenido que olvidar esas impresiones al solucionar sus casos; ¿por qué le costaba tanto trabajo dejarlas ahora de lado? De pronto comprendió que había llegado al origen de todas sus dudas. Se había sentido fuertemente impresionado por la variedad de personajes diversos que había tratado durante su permanencia en San Antonio, y no quería perder contacto con ninguno de ellos. La hipótesis de Pownall, que incriminaba a Haveland, no le satisfacía en el plano de las impresiones; dejaba de lado muchos instantes en que, hablando con ese hombre, había sentido en sus manos un hilo conductor que podía conducirlo al corazón mismo del arduo problema. Recordó vívidamente esa fracción de segundo en que Empson vaciló misteriosamente entre un sí y un no... misteriosamente, puesto que era un asunto en que sería fatalmente descubierta su mentira. En sus charlas con Titlow había habido momentos parecidos, y lo mismo podía decirse de Slotwiner..., Slotwiner, que se había asustado al oír hablar de velas. La mancha de estearina. Los *Deipnosofistas*. El trozo de alambre. Algo que había notado en el revólver... La mente de Appleby volvió a ocuparse de estos detalles materiales que, sin ser obstáculos, no encajaban en el conjunto.

Hondamente preocupado, caminaba junto a la ribera del río. De pronto, sucedió

algo que lo obligó a reparar en cuanto lo rodeaba: un bote de ocho remos pasó rítmica y trabajosamente a su lado. «Quizá sea, pensó distraídamente, el bote de la Facultad»; y, para descansar un instante, se dedicó a observar la pericia de los remeros. La tripulación había remado largo rato, la embarcación se balanceaba ligeramente, y el timonel, un hombrecillo rechoncho, de voz chillona, se esforzaba por dar buen fin a la excursión.

—Remen..., remen..., remen...; dentro..., ¡fuera!

Un momento después, una voz profunda que gritó a su lado le sobresaltó; era el entrenador que pasaba en su bicicleta, indicando:

—¡Conserven la vista sobre el bote! Dos. ¡El seis está retrasado! ¡Retrasado, seis! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Seis, ¡deje los remos!

Seis, ¡deje los remos! Ése había sido otro de los momentos decisivos: la extraña insistencia de Pownall en comenzar su narración con el relato detallado de un sueño. Si fuese inocente, ¿cómo podía dar importancia a semejante cosa? Y si fuese culpable, ¿qué propósito perseguía? Si fuese culpable... Una vez más, Appleby se encontró frente al núcleo del dilema. ¿Qué motivos tenía este viejo historiador distraído para asesinar a Umpleby? ¿Por qué añadir a esto el incalificable delito de incriminar a un inocente? La verdadera clave, lo más misterioso del asunto, residía en esas probabilidades psicológicas que Gott no quiso discutir. Había una sola explicación razonable..., y los hechos no la confirmaban, a menos que..., a menos que la clave estuviese, tal como le había dicho a Gott la noche anterior, bromeando, en la anécdota de Kant relatada por Quincey, curiosa pista que le señalara Titlow.

Dejó atrás el río, y se internó en las tortuosas callejuelas rurales. Nada le agradaba más que meditar mientras paseaba, tranquilo y solitario. Al pensar esto, recordó la irónica recomendación de Dodd, que le había dicho que se cuidase de no recibir un golpe en la cabeza durante sus paseos por el solitario bosque. No parecía muy probable; la mirada de Appleby recorrió burlona y pensativa el apacible panorama que lo rodeaba. Esto le reveló varias circunstancias interesantes.

En primer lugar un anciano caballero que pasó en su bicicleta y que despertó la curiosidad del inspector, aunque no fuese un presunto agresor, pues se trataba de uno de los catedráticos de San Antonio. Era el venerable profesor Curtis y parecía tan distraído que Appleby se maravilló de que aún no se hubiera caído en la cuneta que bordeaba el sendero. Quizá meditaba sobre un detalle curioso de la leyenda de los huesos de Klattau. No era tampoco imposible que meditase sobre el destino, igualmente curioso, de los huesos de Haveland. «Además de distraído —pensó Appleby—, parece impaciente, como si esperara algo agradable; me recuerda a un niño que se dirige a una fiesta».

Curtis había recorrido unos ochenta metros, sin advertir la presencia del policía, cuando éste vio un automóvil que avanzaba por la carretera. Se escondió tras un seto

para observar, pues hay algo muy sospechoso para cualquier representante de la ley en un magnífico automóvil que avanza a ocho kilómetros por hora. Se trataba de un poderoso De Dion; viajaban en él tres jóvenes cuyos rostros le eran vagamente familiares, y se mantenía resueltamente a la retaguardia del viejo profesor, que pedaleaba plácidamente. Comprendió al instante que la procesión se componía del alumno de Gott y sus camaradas «sobre la pista». Él también seguiría esa pista. Dejó pasar al De Dion y lo siguió a buen paso. La tarde invernal era fría, soplaba un vientecillo leve pero glacial; de ahí que lo que podría haber sido un deber desagradable se convirtió en beneficioso ejercicio físico.

La persecución no duró mucho. Poco más de una milla después, Appleby divisó el automóvil abandonado a un lado de la carretera. Se adelantó unos metros, hasta llegar frente a una casita algo apartada del camino, en el centro de un jardín bastante amplio y perfectamente cuidado. Al acercarse a la puerta vio la bicicleta de Curtís frente a la entrada y a los perseguidores de Curtís agazapados ante una de las ventanas del piso bajo. En ese preciso instante los jóvenes se pusieron de pie y emprendieron la retirada, pero no una retirada veloz, como si acabasen de ser descubiertos, sino la retirada subrepticia de quien huye avergonzado. Al llegar al portón, poco faltó para que derribasen al policía. Míster Bucket exclamó, consternado:

—¡Es el inspector!

La mirada de éste estudió al trío y reconoció a su hombre.

—¿Míster Edwards? —preguntó con tono seco.

—Yo soy Edwards —repuso el joven, alejándose todo lo posible de la verja del jardín.

Appleby fue directamente al asunto.

—Míster Edwards, ¿declara usted que vio al profesor Curtís salir del despacho del doctor Umpleby el martes por la noche, cerca de las 11?

Míster Edwards respondió enseguida, como si lo hubiese resuelto largo tiempo atrás:

—Sí, le vi.

—¿Está seguro?

—Seguro —otra vez míster Edwards se mostró resuelto e inteligente—. Era difícil ver, y más aún reconocer; pero yo lo reconocí.

—Y ahora, ¿qué es lo que sucede aquí? —Appleby señaló con un ademán la casita.

Pero esta vez tanto míster Edwards como sus compañeros quedaron confusos.

—Algo que, según me temo, nada tiene que ver con nosotros. La verdad es, caballero, que creo haber encontrado lo que podríamos llamar «la dama del asunto».

Appleby dejó a un lado delicadezas superfluas, y se dirigió hacia la verja, desde

donde divisó una escena de felicidad hogareña. Ante un fuego crepitante, el profesor Curtís tomaba té; sentada en el brazo de su sillón, una dama con aire juvenil, a pesar de su innegable madurez, le servía bollitos. Ése fue el único toque femenino que proporcionó el misterioso caso de la Facultad de San Antonio.

—Era cierto —fueron las primeras palabras que Dodd dirigió a Appleby cuando éste regresó—; era muy cierto; debí haberla encontrado.

—¿La salida subrepticia de Curtís?

Dodd quedó atónito.

—¿Cómo lo averiguó?

—Conozco al dueño, pero ignoro lo que poseía. Explíqueme.

—Pues bien —dijo Dodd—, el asunto era difícil, pero de cualquier manera hice mal en sostener que el recinto de San Antonio era absolutamente hermético. Las habitaciones de Curtis dan a un callejón sin salida, cerca de la avenida de San Ernulfo. Como todas las demás, esas ventanas tienen barrotes, pero si visita el lugar encontrará, cerca de ellas, una especie de orificio practicado en la pared. Está sólidamente cerrado desde el interior. Si sale al patio, comprenderá que se trata de un viejo sótano destinado a carbonera y tan ancho como el edificio entero; tiene una puerta que da al patio y también está cerrada con llave. El portero tiene esa llave. Iba a retirarme, dando por terminada la cuestión, cuando recordé que esos sitios están contruidos de forma bastante rara. ¿Qué cree que encontré en la habitación de Curtis? Pues nada menos que una puertecilla privada que da a la carbonera, ¡sin duda para que pueda proveerse de carbón cuando mejor le parezca! Lo cierto es que la carbonera está fuera de uso; sólo se ve un gran espacio vacío y limpio. De modo que ese viejo bribón sólo tenía el trabajo de meterse allí, abrir la puertecilla exterior y tomar tranquilamente las de Villadiego.

Appleby se rió.

—No sé todavía si será verdaderamente un viejo bribón, pero sospecho que puede proporcionarnos informes muy interesantes.

—¿Lo ha visto usted?

—Lo encontré por casualidad, mientras daba un paseo. Estaba un tanto atareado, pero pronto me entrevistaré con él en sus habitaciones. ¿Hay algo de nuevo por aquí?

Dodd asintió con la cabeza, y luego agregó:

—Gott está descartado.

Dijo estas palabras con un dejo de pena, como si le doliera perder la oportunidad dramática de pillar al célebre Pentreich complicado en un auténtico asesinato.

—Quedó fuera de concurso merced a un sencillo y cotidiano procedimiento de rutina. Cierta mistress Preston hace la limpieza en el despacho del censor, por lo general, entre las 7 y las 9 de la mañana. Pero, como su hijo se casaba el miércoles,

decidió hacer la limpieza el martes por la noche, ocultándose a los ojos de esos caballeros. Pero ella sí que los vio. Y observó a Gott desde el instante en que llegó hasta que volvió a salir, dejando instalado en el despacho al primer censor.

—No es emocionante, pero sí decisivo —opinó Appleby—. ¿Y Ransome?

—Ransome estuvo en la confitería, tal como dijo. Parece que armó un escándalo mayúsculo con motivo del té, y que luego se olvidó de beberlo. Se sentó a una mesa y escribió hasta poco más de las 11.15, hora en que salió corriendo, como si hubiera recordado de pronto un compromiso urgentísimo. Todo está en claro. Y ahora, ¿qué debemos hacer?

—Por el momento, Dodd, nada. Excepto una breve charla con Curtís y una larga meditación. No obtendremos nuevas pruebas.

—¿No obtendremos pruebas?

—Creo que no. Desde mi punto de vista, no concibo que, aparte de lo de Curtís, quede ninguna prueba por descubrir.

—Pues bien —musitó Dodd, dubitativo—, siempre que esté absolutamente seguro...

En ese momento golpearon a la puerta; era uno de los porteros, que traía un telegrama para Appleby. El joven inspector rasgó el sobre, y Dodd tuvo oportunidad de hacer un interesante estudio de expresiones.

—¡El revólver! —dijo por fin—. ¡Tiene también huellas digitales de Empson!

—SIEMPRE ME HA parecido —comenzó a decir el profesor Curtis— que al jubilarme de mi cátedra, lo mejor que podría hacer era formar un hogar. La verdad es que mi matrimonio, como usted acaba de ver, aunque reciente, ha precedido a mi jubilación.

Y el profesor se acarició plácidamente la barba, contemplando a su huésped con aire de serena inteligencia. Con uno de esos breves proemios, llenos de claridad, iniciaba sin duda sus explicaciones didácticas sobre los misterios de la cancillería pontificia.

—Quizá encuentre usted singular, míster Appleby, el hecho de que yo no haya comunicado a mis colegas este pequeño acontecimiento familiar. Pero, veamos, puedo muy bien, ¿no es así?, invocar un precedente. Sin duda recuerda usted a nuestro querido y viejo Lethaby, que fue deán de la catedral de Plumchester. Era profesor honorario de esta casa, y durante diez o doce años participó de nuestras sobremesas y reuniones semana tras semana. Pues bien, sólo cuando murió y Umpleby concurrió a su entierro, nos enteramos de que estaba casado. Nunca nos lo había dicho.

»En mi caso particular, comprendí que anunciar públicamente mi matrimonio me acarrearía algunos inconvenientes que no puntualizaré. Por ello decidí mantenerlo en secreto durante el período que me falta, y que es ahora de unos pocos años lectivos.

—Mistress Curtis —interrumpió Appleby suavemente— está, por supuesto, de acuerdo.

—Mi esposa, como usted dice, no tiene inconveniente. Es una mujer de grandes méritos, míster Appleby, y me alegro de que haya tenido el gusto de conocerla hoy. Todo esto, sin embargo, y a excepción de un detalle, no tiene ninguna relación con el desdichado episodio que le referiré a continuación. Comenzaré por decirle lo siguiente: pronto verá usted la importancia que revistió. Mantener oculto mi casamiento implicaba vencer ciertas dificultades que usted no puede menos de comprender. Estas se han reducido a un mínimo merced a la circunstancia de que poseo, en mis propias habitaciones, una salida cómoda y secreta que me permite abandonar la universidad.

—Sí —dijo Appleby—, la conozco: la carbonera.

—Precisamente. Su verdadero destino es ése. He carecido de llave durante largo tiempo y esta salida subrepticia —aquí Curtis pareció irradiar satisfacción ante su pequeña broma— me ha sido sumamente útil. He podido fugarme dejando sin llave la puerta, aunque tal vez fuera más exacto llamarla «abertura», que da sobre el pequeño callejón sin salida Pues bien —añadió ahora complacido—, llego a la parte más difícil de mi narración.

Appleby sacó lápiz y papel.

—Le suplicaré luego que firme su declaración —dijo—, y me veo en la obligación de advertirle que...

—Ya sé, míster Appleby, ya sé —asintió amablemente Curtís—, y mucho me temo que no estoy muy bien con la ley. Pero todo ha sido tan desconcertante, tan inesperado, que me he mantenido en guardia durante los dos últimos días para ver el cariz que tomaban los acontecimientos. Creo que estas palabras lo expresan bien: el cariz de los acontecimientos.

—Los acontecimientos, profesor, se hubieran definido mucho antes quizá si usted nos hubiera suministrado inmediatamente los detalles que conoce.

—Mister Appleby, confieso que su observación es muy justa. Pues bien, iré al grano...

Y el profesor Curtís, después de una pausa que dio todo su valor a tan audaz vulgarismo, inició su declaración.

—Los datos que poseo, si es que se puede llamar así a un confuso encadenamiento de impresiones sobre los hechos que tuvieron lugar durante la noche del martes, los adquirí en forma completamente casual. Poco después de las 10, según creo, decidí hacer una visita a Titlow. No se trataba de una visita de índole puramente social. Hacía ya tiempo que me preocupaba cierto pasaje difícil de un manuscrito carlovingio, y se me ocurrió de pronto que tal vez Titlow pudiera ayudarme. Claro está que no es, en sentido alguno, un paleógrafo, pero en cambio es un experto en epigrafía, por eso pensé que podría sacarme de apuros. La idea me entusiasmó y, poniendo el documento en mi bolsillo, salí inmediatamente. Pero no me dirigí directamente a sus habitaciones, y allí está, precisamente, el busilis.

»Estaba en Orchard Ground cuando me asaltó la idea de consultar a Umpleby. No es que estuviese en todo de acuerdo —añadió el profesor Curtís con severidad— con nuestro último rector: hacía algunos años que se complacía en transformar cada controversia en una disputa, cosa siempre peligrosa, míster Appleby, e inconveniente en un erudito. Pero Umpleby era hombre de extraordinaria inteligencia. Como mi problema me tenía muy nervioso, y vi luz en su despacho, golpeé el cristal de los ventanales (lo cual, considerando que nuestras relaciones no eran muy íntimas, resulta quizá un tanto atrevido), y, en una palabra, entré y consulté su opinión. Era muy cortés, y se interesó enseguida por el caso. Es menester confesar que nuestro difunto rector estaba genuinamente interesado en fomentar la investigación y el estudio; supongo que estudiamos el documento durante unos diez minutos.

—¿Eso les llevaría —interrumpió Appleby— hasta las 10.25, aproximadamente?

—Hasta las 10.25, aproximadamente. Umpleby me dio una o dos indicaciones de interés, y luego me separé de él para consultar a Titlow, como había sido mi propósito inicial. Me retiré por donde había entrado, es decir, a través de los ventanales, y ésa

fue —añadió Curtís, como si recordase la fórmula correcta, reminiscencia quizá de sus lecturas de Pentreith— la última vez que vi a Umpleby vivo.

»Bien, fui derecho al cuarto de Titlow. Mejor dicho, y perdone usted la poca claridad con que me expreso, no fui directamente a ver a Titlow. Porque, cuando me adelantaba hacia Little Fellows, se me ocurrió que, además del documento en cuestión, me hubiera sido útil traer conmigo otros documentos que ejemplificaran problemas análogos. Recorrí, pues, el huerto en la oscuridad con el propósito de volver a mis habitaciones pasando por el portón del este y obtener lo que necesitaba. Me había olvidado por completo, como es natural, de la molesta circunstancia de que esos portones se cierran a las 10.15. Me dirigí hacia el portón cerrado tan abstraído, que no sé cómo no me lastimé. Al comprobarlo, volví a Little Fellows: si los otros documentos resultaban indispensables, Titlow, que poseía una llave, me acompañaría a mi cuarto. Cuando estaba una vez más a mitad de camino, rumbo a la residencia de profesores, experimenté la primera conmoción fuerte.

—¿Podría calcular la hora —inquirió muy serio Appleby— en que experimentó esa primera conmoción fuerte?

—Me parece que sí. Muy pronto saldría por completo de mi distracción, y esa atención, merced a una labor retrospectiva de la inteligencia, parece incluir los sucesos cronológicamente anteriores. Recuerdo que la campanada de las 10.30 sonó un momento antes de mi colisión contra el portón del este. Y, andando a oscuras, debo de haber tardado unos tres minutos, ¿no le parece?, en llegar a Little Fellows.

»En ese momento, míster Appleby, divisé a Haveland. Estaba de pie, junto a la puerta de entrada del edificio, y la luz del vestíbulo le iluminaba; la luz no era clara, pero sí suficiente. Creo que distinguí la expresión de su rostro, pues me impresionó muchísimo: no se explica de otra manera que me haya detenido en seco. Un segundo después advertí lo que tenía en la mano. Sostenía una pistola con ambas manos, con mucho cuidado.

La estaba examinando, según me pareció, con una suerte de fascinación. Pero se detuvo apenas un instante; segundos después desapareció en las tinieblas, para reaparecer enseguida y entrar luego en el edificio.

»Haveland, como usted sabe, padeció en otro tiempo un desequilibrio nervioso, y mi primera idea fue que iba a atentar contra su propia vida. Convencido de esto, estuve a punto de precipitarme tras de él en la casa cuando experimenté otra impresión igualmente horrible. Tuve la impresión clarísima de haber oído un disparo. Mi mente distraída lo catalogó entonces entre los ruidos de ese abominable tránsito callejero que atormenta actualmente a la Universidad. Pero en ese instante comprendí que era un disparo. No podía precisar cuándo lo había oído: podía haber sido en cualquier momento posterior a mí salida de la rectoría.

»Entonces, míster Appleby, tuve un gesto de debilidad. Sé que mi deber me

aconsejaba abordar inmediatamente a Haveland, o bien buscar ayuda por otro lado. Pero experimenté un acceso de timidez o natural indecisión, y comencé a pasearme en la oscuridad del huerto para reflexionar. Estaba perplejo, pero ¡cuánta perplejidad me esperaba todavía!

El profesor Curtis se detuvo y dirigió una tranquila sonrisa a Appleby. Luego continuó:

—Muy agitado, anduve de un lado a otro durante unos cinco minutos, poco más o menos...

—Las 10.30 o las 10.40 —comentó Appleby.

—Por fin decidí consultar a Titlow sobre tan inesperado incidente. Titlow es el más antiguo de los profesores y hombre de inteligencia brillante, aunque algo superficial; me pareció persona adecuada, y conveniente al mismo tiempo, para confiarle lo sucedido. Volví, pues, sobre mis pasos, rumbo a Little Fellows, y advertí por segunda vez algo extraordinario. Titlow en persona salía del edificio arrastrando lo que me pareció ser un cuerpo humano. Lo llevó hasta dejarlo fuera del círculo de luz, junto a la puerta, lo arrojó al suelo, ni más ni menos que como si se tratara (según la expresión vulgar) de un saco de carbón, y desapareció en el interior de la casa. Quedé muy impresionado.

»Me humilla pensar —prosiguió Curtis, con la más perfecta calma— que aunque mi obligación se me presentaba con claridad, dejé una vez más de cumplirla. No me cabe duda de que debería haber corrido hacia la víctima para prestarle toda la ayuda que estuviera a mi alcance. Pero tenía la horrible convicción de que el cuerpo que acababa de ver era un cadáver, y estaba además grandemente perturbado. Retrocedí una vez más, internándome en el huerto, y minutos después recuperé la calma necesaria para tomar una determinación. Comprendí que lo mejor, en tan graves circunstancias, era dirigirme directamente al rector. Atravesé Orchard Ground, rumbo a su despacho... Me permito recordarle, míster Appleby, que el horror que me causaban tales acontecimientos se veía acrecentado por la densa neblina en que me veía envuelto.

»El despacho del doctor Umpleby estaba solitario, y al descubrir esto recordé, en medio de mi turbación, que me había dicho que su propósito era visitar a Empson sin pérdida de tiempo. Pocos minutos después de mi partida, él también debió de haber salido por los ventanales. En aquel instante yo no sospechaba aún su triste suerte, y comprendí que sólo me quedaba volver enseguida a Little Fellows. Salí una vez más por los ventanales y sólo avancé unos pasos cuando advertí que un objeto misterioso se movía en la oscuridad, en dirección a mí. Estaba tan turbado que abandoné enseguida el camino y no di señal alguna de mi presencia. El objeto resultó ser una especie de vehículo; instantes después se detuvo ante los ventanales del despacho de Umpleby y advertí sonidos que delataban un intenso esfuerzo físico. Las cortinas se

descorrieron fugazmente, y me mostraban otro espectáculo desolador: Pownall sacaba de una silla de ruedas el cadáver de Umpleby y desaparecía, con su lúgubre carga, en el interior de la habitación.

»No me detendré —anunció el profesor, que justamente acababa de hacer una larga pausa, después de trazar este horrendo cuadro—, no me detendré a analizar mis sentimientos. Sólo agregaré que huí, y pasé varios minutos muy acongojado en medio de las tinieblas del huerto. Finalmente corrí una vez más hacia Little Fellows para pedir consejo, y, estoy a punto de agregar, protección, a Empson. En medio del infierno en que me hallaba prisionero, y no considero esta expresión demasiado fuerte, me pareció evidente que sólo quedaba un hombre cuerdo. Subí las escaleras a la carrera, hasta las habitaciones de Empson. Había salido. Mi último recurso había fracasado. No me agradaba pensar en el despacho de Umpleby..., pero Little Fellows me desagradaba más aún. Me apresuré a buscar refugio nuevamente en la arboleda, y allí formé lo que creo era el proyecto más razonable que podía seguir. Resolví esperar unos minutos, para dar tiempo a que Pownall saliera del despacho, penetrar luego en él y pedir auxilio a la servidumbre del rector. Consulté, pues, mi reloj y dejé pasar cinco minutos. Luego me aproximé al despacho de Umpleby con audacia, según me atrevería a decir...

—¿Qué hora era? —había un temblor de excitación en la voz del inspector.

—Faltaban dos o tres minutos para las 11. Atravesé resueltamente los ventanales y hallé el cadáver de Umpleby, en medio de un montón de huesos. Pero divisé algo más desconcertante todavía. Al otro extremo de la habitación, junto a una de las bibliotecas giratorias, y tan absorto en su ocupación que no advirtió siquiera mi presencia... ¡estaba Empson!

»Me quedaron las fuerzas suficientes para salir silenciosamente de la habitación cuando, empleando una locución corriente, perdí el dominio sobre mí mismo. Estaba, como acabo de decirle, prisionero; mi único camino para salir de Orchard Ground atravesaba la rectoría y estaba bloqueado por la presencia, la siniestra presencia, como no puedo menos de calificarla, de Empson. Para un viejo catedrático que está a punto de jubilarse, míster Appleby, es cosa desconcertante hallarse de pronto encarcelado en el patio de la Facultad, en compañía de una pandilla de criminales locos.

El profesor Curtís se sumió durante unos instantes en la reflexión de este esfuerzo lingüístico. Luego prosiguió:

—Me es imposible describir en forma coherente mis actividades durante la media hora siguiente. Sé que, poco después de abandonar la rectoría, oí un nuevo disparo; me acuerdo apenas de haber vagado, en medio de mi desesperación, por el huerto. Sólo recuperé el dominio de mí mismo cuando escuché voces y una suerte de conmoción general. Estaba entonces en el confín más alejado de Orchard Ground,

junto a la puertecilla que da a la calle, y de pronto comprobé que la puertecilla se entreabría. A la luz del farol de la calle divisé una persona con barba y bigotes a quien no reconocí. Ese caballero penetró con desconfianza en el huerto y, al oír gritos, pareció asombrarse y se detuvo. Pero ésa era mi oportunidad, me precipité hacia la puerta y logré escapar en el preciso instante en que se cerraba. Tal era mi indisposición nerviosa que no me sentí capaz de adoptar otra actitud. Minutos después, exhausto, penetré en mis habitaciones pasando por la carbonera.

Y desde ese momento he esperado, tal como le expresé, el giro que tomasen los acontecimientos; y aguardo aún hasta que esa horrenda conspiración quede desenmascarada.

—No hubo conspiración alguna —dijo Appleby.

Después de Curtís, Barocho. Él también confirmó ciertos datos.

Efectivamente, al fin logró recordar dónde había olvidado su toga: en las habitaciones de Pownall... Sí, sus preguntas capciosas de la noche anterior, en la mesa, estaban dirigidas contra Titlow. Resulta interesante estudiar las reacciones de los demás, y a partir del momento del crimen, Titlow invitaba a la experimentación.

—Pero ¿usted sabía que, según se creía, había sido materialmente imposible para Titlow dar muerte al rector?

—No. Desconocía los detalles. Pero no se trata de eso. Titlow no es de los que proyectan un asesinato.

Y entonces Appleby formuló la pregunta fundamental:

—¿Le parece a usted que los Titlows serían capaces de falsificar un texto?

Barocho reflexionó y comprendió.

—Los Titlows —dijo, al cabo de un rato, acompañando sus palabras con un gesto que abarcaba todo el mundo académico implícito en la frase de Appleby— no falsificarían un texto, porque ese texto pertenece al reino de la ciencia pura, a la que jamás traicionarían. En ese terreno, no hay motivos de conveniencia. Pero en el mundo de la realidad, la ciencia no es serena; la enturbia a menudo la maldad o la estupidez de los hombres. En el mundo las armas propias de él pueden resultar indispensables para reivindicar la verdad, y en tal caso, la necesidad justificaría su empleo. Los Titlows no consideran al mundo, su mundo, quizá, señor, ni comprensivo, ni tenaz en la búsqueda de la verdad. Ellos mismos viven alejados del mundo, demasiado remotos hoy en día. Y cuando el mundo les enfrenta repentinamente, y se ven ante una crisis o deben tomar una resolución, reaccionan en forma indecisa, vaga, como los niños... Pero el mundo es infantil a los ojos de ellos en lo que respecta a inteligencia y labor mental constante y tenaz. Por eso, aunque incapaces de falsificar un texto para engañar a sus colegas, para guiar al mundo serían muy capaces de... publicar una edición abreviada.

UNA VEZ MÁS RESPLANDECÍA la larga mesa de caoba a la luz de macizos candelabros de plata; una vez más, el resplandor del fuego jugaba sobre los retratos de vetustos sabios de pasadas generaciones, colgados en las paredes de la sala de reuniones; una vez más los rubíes y los oros del jerez y el oporto, la brillante cristalería, las multicolores bandejas de frutas, habían desaparecido intactos. Fuera, los patios de San Antonio yacían sumidos en reverente silencio, pero desde el parque y los establecimientos cercanos llegaba el estallido intermitente de los fuegos de artificio: era la noche del cinco de noviembre... Y una vez más estaba sentado Appleby a la cabecera de la mesa, rodeado por los profesores de la Facultad. El inspector rompió el silencio:

—¡Señor decano, caballeros! Debo decirles que ya no son un secreto las circunstancias en que fue asesinado vuestro rector, el martes por la noche. El doctor Umpleby halló la muerte a manos de uno de sus colegas.

Este anuncio explícito produjo su efecto. Reinó absoluto silencio. Sólo el doctor Barocho, cuyos ojos recorrían curiosos los rostros de sus compañeros, y el profesor Curtis, absorto quizá en el recuerdo de las leyendas bohemias o documentos carlovingios, no demostraban la rigidez propia de la atención concentrada.

—A continuación —prosiguió Appleby— solicitaré una serie de declaraciones que dejarán en claro los hechos. Pero creo que esos hechos les parecerán menos desconcertantes si me permiten exponer ciertas consideraciones preliminares.

»Hablamos del homicidio como del más horrendo de los crímenes. Y lo es. Entre todas mis experiencias profesionales, ninguna más luminosa y notable que los raros efectos de la conmoción producida por el asesinato sobre la conducta humana. Ante la comprobación de un homicidio deliberado y ante la urgencia de una decisión inmediata, un hombre es capaz de hacer lo que jamás pasaría por su imaginación si meditara serenamente cuál sería su conducta en tales circunstancias. El terror acompaña al asesinato, y cuando aquél nos domina, es un yo primitivo el que rige nuestras acciones. En tales condiciones, la razón queda momentáneamente esclavizada, y sólo sirve para dar matiz a cosas irracionales. Cuando el asesinato tiene lugar en una sociedad tan tranquila y bien ordenada como ésta, la conmoción resulta gravísima: llega a dominar a un hombre, aunque posea temperamento fuerte, horas y hasta días enteros..., especialmente si su terror es fundado y real, producto de un peligro que la misma razón reconoce. El martes por la noche, como pronto sabrán ustedes, el peligro recorrió la Facultad de San Antonio... Sin embargo, aunque el terror y la conmoción nerviosa nos dominen durante algún tiempo, tarde o temprano el yo normal vuelve por sus fueros. Medimos nuestras acciones de acuerdo con normas corrientes, y nos vemos precisados a confesar, en ciertas ocasiones, que nos

ha dominado una pasajera locura. Por el momento, nada más puedo agregar que sea de utilidad; por ello solicito la primera declaración..., la de míster Titlow.

—Desde el primer momento tuve la convicción —comenzó Titlow— de que Pownall había asesinado a Umpleby. Y muy pronto quedé persuadido también de que, para escapar a las consecuencias de su crimen, estaba tratando de inculparme a mí. Si no fuera por el horror y, según las acertadas palabras de míster Appleby, el miedo que causó en mí esa segunda creencia, hubiera visto mucho antes la verdad de la primera de mis opiniones. Lo cierto es que poseía una prueba casi decisiva de la culpabilidad de Pownall..., pero no lo era del todo. Tan pronto como comprendí esto, cosa que sucedió durante la conversación que sostuve con míster Appleby en la madrugada de ayer, advertí que era mi deber narrar cuanto había hecho. Esta tarde, cuando le envié mi relato, había llegado (según diría él) a juzgar una vez más mi conducta de acuerdo a las normas corrientes.

»He aquí mi versión: La noche del martes regresé del salón de reuniones a eso de las 9.30, y me senté a leer hasta que llegase la hora de mi habitual visita al rector. Tanto me interesó la lectura, que permití que sucedieran dos cosas de importancia: dejé apagar el fuego y perdí noción exacta de la hora. Como resultado de lo uno, sentí frío y me levanté para cerrar una ventana que da sobre Orchard Ground; como consecuencia de lo segundo, me pareció haber oído dar las 10 un minuto antes, cuando en realidad debían de haber sido las 10.30. Me asomé un instante a la ventana para ver si llovía, y me pregunté si necesitaría paraguas para hacer mi visita al rector. En aquel momento vi al propio rector Umpleby, iluminado por el resplandor del vestíbulo. Se disponía a entrar en la residencia de profesores cuando lo detuvo una voz que lo llamaba desde la oscuridad de la arboleda. Me costó oírla; era la voz de Pownall, que hablaba en tono afligido y bajo. «¡Rector!», llamó, «¿es usted?». Y Umpleby repuso: «Sí, iba a entrar para ver a Empson». Me sobresaltó la respuesta: «Empson está aquí, rector. Se ha caído. ¿Quiere usted ayudarme?». Al oír esto, Umpleby se volvió enseguida y desapareció en la oscuridad. Estaba a punto de gritar y bajar para ofrecer mi ayuda, cuando me asaltó la idea de que Pownall y el rector podían hacer todo lo necesario y nada desagradaría más a Empson que un escándalo. Volvía pues, a mi libro. Pero me quedó la desagradable impresión de que aquel incidente era algo extraño: resultaba extraño que Empson hubiese estado paseando en medio de las tinieblas del huerto. Y al cabo de un rato me pareció raro que nadie hubiese subido las escaleras. Temí que Empson estuviese gravemente herido y no pudiese ser transportado hacia su habitación. Entonces decidí salir y averiguar.

»Salí al vestíbulo y sufrí una verdadera conmoción. Empson se movía en su dormitorio. Me constaba que nadie había subido las escaleras..., y, a pesar de todo, no había equivocación posible. Empson tiene en sus habitaciones el suelo encerado y

varias alfombras, y, como comprenderán ustedes, el ruido de su bastón y de sus pasos son inconfundibles para mi oído. Permanecí un instante petrificado, pero luego me asaltó la idea de que Pownall debía de haber incurrido en un error al anunciar prematuramente que la persona malherida era Empson. Corrí escaleras abajo..., supongo que lo más natural hubiera sido golpear a la puerta de Pownall. Pero, impulsado por no sé qué presentimiento que me alarmaba y extrañaba al mismo tiempo, me dirigí al huerto y di enseguida con el cadáver de Umpleby, a cuyo lado se veía un revólver.

»La conmoción, como señaló caritativamente míster Appleby, fue enorme; un minuto después de haber visto esa herida, sobre cuya naturaleza no cabía duda, continuaba inmóvil y tembloroso. Luego miré mi reloj: eran las 10.40. En realidad, sólo habían transcurrido unos ocho minutos desde que fuera perpetrado el crimen. Pero no me percaté de ello en ese instante: cuando me levanté para cerrar la ventana creí que eran las 10 y en el siguiente intervalo había perdido toda noción del tiempo. Pues bien, sólo cabía en mí una opinión, mejor dicho, una certidumbre, desde el primer momento. Pownall había llamado al rector fingiendo que Empson necesitaba auxilio, para atraerlo hacia la espesura del huerto, y luego había cometido este crimen incalificable. Recordé entonces, con tremendo realismo, una escena a la cual había asistido pocos días antes, una escena durante la cual Pownall dijo a Umpleby que «había nacido para ser asesinado», o algo parecido. Y comprendí también un hecho de fundamental importancia. Yo era el único testigo de lo acontecido, tanto en el huerto, esa noche, como en la oportunidad en que Pownall pronunció las palabras que acabo de citar...

»Casi sin darme cuenta de lo que hacía, comencé a arrastrar trabajosamente el cadáver de Umpleby hacia la entrada de Little Fellows. Una vez allí, quizá con la idea de poner ante el criminal el cuerpo de su delito, lo introduje en la habitación de Pownall. La salita estaba sumida en tinieblas y encendí la luz. Fui hasta el dormitorio: si Pownall estaba allí, estaba resuelto a hacerlo salir. Y allí estaba..., profundamente dormido. Creo que esta circunstancia me causó tal horror, que, en última instancia, determinó mi conducta inmediata: ¡no había pasado una hora todavía, y el malvado dormía ya!

»Permanecí de pie, reflexionando, durante largo tiempo, aunque quizá no pasaran más de 60 segundos. Pownall había matado a Umpleby y había logrado eludir responsabilidades. Estaba seguro de que ningún rastro quedaba en el revólver; como pruebas, no había otra cosa que mis relatos: el de una frase siniestra, el de ciertas observaciones no muy decisivas, puesto que las había hecho en la oscuridad y desde una ventana elevada... En ese instante miré el cadáver y vi que había sucedido algo muy significativo. La herida sangraba, y las gotas de sangre manchaban la alfombra. Y esa sangre constituía la mejor prueba.

La asamblea reunida en torno de la mesa escuchaba con una consternación mezclada de horror. Deighton-Clerk dijo en altavoz lo que todos comenzaban a comprender:

—¿De modo que resolvió usted inculpar a Pownall?

Titlow, haciendo caso omiso de estas palabras, continuó:

—Cité a míster Appleby un argumento expuesto por Kant. Kant sostenía que en ninguna circunstancia imaginable se justifica la mentira, ni siquiera para ocultar a un presunto asesino el paradero de su víctima. De pie allí, junto al cadáver de Umpleby, escuché un imperativo muy diverso. Si la habilidad de un asesino sólo puede ser vencida merced a una mentira, debe decirse... o realizarse esa mentira. Vi ante mí un dilema moral...

Durante unos minutos, la voz del decano expresó una refutación encendida de entusiasmo; en la pausa siguiente, el estallido de los fuegos artificiales resonó como el eco de un campo de batalla. Titlow prosiguió fríamente:

—Deighton-Clerk tiene razón, y míster Appleby también: creo que una pasajera locura se apoderó de mí. Me encontré en una situación extraña que requería solución inmediata. Lo que dominaba mi pensamiento era esta idea: si no tomaba una resolución, todo había concluido; en la habitación contigua había un asesino que jamás sería castigado. Si procedía siguiendo el plan que la alfombra ensangrentada me sugiriera, no realizaba nada irrevocable y decisivo. En caso de que, más adelante, me asaltaran dudas, o si una madura reflexión me lo aconsejase, podía borrar todo lo hecho con una sola palabra. No pensé que tendría temor de hacerlo... ni lo tengo ahora. Pero esto carece de importancia. Actué. Arranqué dos páginas de la agenda de Umpleby y las dejé en un cenicero, medio carbonizadas, pero con rastros legibles de su escritura. Arrastré el cadáver hasta el huerto, cosa que era, evidentemente, necesaria. Y luego regresé con el revólver.

Titlow se detuvo, y en su pausa hubo algo de teatral, como si su imaginación caprichosa lo hubiera llevado lejos de la situación en que se hallaba.

—Recordé —prosiguió— un detalle trascendental. Durante el principio de incendio que hubo hace unos años, se descubrió que Pownall tenía el sueño muy pesado. Esa circunstancia aseguraba el éxito de mi proyecto. Volví con el revólver, sosteniéndolo por el cañón y con un pañuelo, y penetré en el dormitorio. Pownall dormía, con ambos brazos fuera de las sábanas. Tomé con infinitas precauciones su muñeca derecha y puse la culata en contacto con la yema de su pulgar. Se movió un poco, pero yo había salido ya de su dormitorio sin despertarlo, o al menos, así lo suponía. Arrojé el arma en el depósito, donde, sin duda, la hallarían muy pronto, y regresé a mis habitaciones del primer piso. Pero esto es sólo una parte de mi historia. Si alguna confirmación necesitaba mi teoría sobre la culpabilidad de Pownall, la otra mitad del relato me la dio, acompañada de una sorpresa, pues él logró poner las cosas

en contra de mí...

Hubo un leve movimiento en la asamblea, algunos estiraron furtivamente sus piernas bajo la mesa, se oyeron algunas toses. El doctor Barocho se dedicaba prudentemente a fabricarse una verdadera provisión de cigarrillos. Lambrick creyó disminuir la tensión arrojando un tronco en la chimenea con aire de cordialidad poco convincente. Curtís contemplaba a Appleby con vago interés, como preguntándose dónde lo habría visto antes. Titlow continuó:

—Decidí que lo mejor sería seguir la costumbre, es decir, hacer mi habitual visita a Umpleby a las 11. Cuando se comprobara que había desaparecido de su despacho, podríamos dar la voz de alarma y, tal vez, dirigir la investigación hacia las habitaciones de Pownall... Por eso me presenté, al dar las 11, en la puerta de la rectoría. Apenas había saludado al portero, oímos un disparo en el despacho. Corrimos allí. Nada podía hacer, pero enseguida adiviné que alguna artimaña se tramaba.

—¡Qué se tramaba una artimaña! —exclamó el decano, contemplando, como fascinado, a su colega.

—Allí estaba el cadáver, en mitad de un montón de huesos. Comprendí enseguida que había despertado a Pownall, y que había urdido algún proyecto que, aparentemente, estaba dirigido contra Haveland. Pero fui lo bastante hábil para mandar a Slotwiner al teléfono, mientras yo investigaba con febril rapidez. Había olor a pólvora en la pieza, como es natural, pero se percibía también otro tufo: el de una vela a medio apagar. Entonces lo comprendí todo: Pownall había urdido un plan para inculparme a mí... El recurso era habilísimo, diabólicamente ingenioso, y si yo no hubiese explorado la otra extremidad del despacho, me hubiese vencido. Había preparado una sencilla demostración que probaba, no sólo que yo había asesinado a Umpleby, sino que había tratado de acusar a otro y forjar una coartada solidísima para mí. Razonó en la siguiente forma: si el disparo que Slotwiner y yo oímos fue el que dio muerte a Umpleby, Slotwiner y yo estaríamos fuera de toda sospecha. De ello se deducía que, en caso de oírse el disparo y comprobarse luego que se trataba de una treta, esa treta no tendría otra explicación que crear una coartada para ambos. Pero si llegaba a descubrirse que en la fabricación de esa treta había algo relacionado conmigo, mi situación sería difícilísima y pasaría muy malos ratos. Eso era, precisamente, lo que había conseguido. Encima de una biblioteca giratoria situada en una concavidad, al otro extremo del despacho y oculto detrás de unos libros, había preparado un aparato de tal índole, que bien podría haberseme atribuido su confección. Era una combinación de cabo de vela y alambre sacado de un fuego de artificio, de esos mismos que se queman en este momento. Recuerden que yo recogí hace exactamente un año idénticos juguetes, para castigar a un estudiante indisciplinado. Con un poco de práctica, semejante artefacto podía hacerse funcionar

en un momento dado, suministrando una coartada convincente. Si yo no lo hubiese descubierto, pueden imaginar ustedes lo que se habría creído: que no tuve oportunidad de borrar las huellas de mi crimen, aunque esperaba poder hacerlo. Lo cierto es que tuve tiempo de meterme en el bolsillo ambas cosas y volví a poner los libros en su anaquel antes de la vuelta de Slotwiner. Me había salvado a duras penas.

La extraordinaria narración de Titlow había concluido. Pero Appleby no dio lugar a pausa alguna.

—El profesor Empson —anunció secamente.

—Siempre supe —comenzó Empson— que Titlow había dado muerte a Umpleby.

La reunión ya era incapaz de nuevos asombros. Deighton-Clerk parecía haber agotado sus rayos de indignación; Ransome, por lo visto, se había refugiado tras un nuevo cálculo de las aptitudes eubeas; Curtís dormía; el propio Titlow permanecía inmóvil frente a la acusación.

—Sabía —repitió Empson— que Titlow había asesinado a Umpleby y que luego había preparado una artimaña diabólica para incriminar a un inocente. Y sabía que yo mismo estaba en peligro. Si no hubiese tenido conocimiento más que de la culpabilidad de Titlow, no hubiera procedido como lo hice..., tampoco lo hubiera hecho por la sola consideración del peligro en que me hallaba. Pero cuando vi que con toda perversidad se valía de la desgracia ajena para enviar a un inocente al patíbulo, procedí sin el más mínimo remordimiento. Titlow siempre me pareció algo desequilibrado, y esta impresión contribuyó a que me percatase de la situación con mayor rapidez aún. En efecto, jamás pude comprender, y no lo comprendo ahora, qué motivos pudieron guiar a Titlow para asesinar primero al rector e inculparnos luego a Haveland y a mí... Pero comprendí que esto era, precisamente, lo que proyectaba.

»Es extraordinario comprobar que, en un ambiente conocido y pacífico, vemos ciertas cosas sin experimentar alarma alguna. La noche del martes vi a Titlow arrastrando el cuerpo de Umpleby a través de Orchard Ground, y nada sospeché. Parece increíble. Pero es verdad: he aquí cómo sucedió. Alrededor de las 10.40 decidí ir a la portería para reclamar un envoltorio de pruebas. Eran las galeradas de mi nuevo libro, y mientras esperaba con impaciencia su llegada recordé ciertos pasajes que me producían inquietud: esas ideas, sin duda, embargaban mi mente cuando salí de Little Fellows. Pero no estaba tan distraído como para no ver a Titlow y no darme cuenta de lo que hacía. Estaba en el huerto, a cierta distancia del edificio, pero no muy lejos, pues la luz que de éste provenía era suficiente para que yo viese lo que estaba haciendo. Arrastraba hacia Little Fellows un cuerpo inerte. Como acabo de decirles, el asunto no me preocupó. Para decir verdad, mi mente alteró la imagen que acababa de ver y le dio una explicación sencilla y casi normal. Pensé que Titlow había encontrado a alguno completamente ebrio en mitad del huerto, y caritativamente lo

estaba ayudando a volver a sus habitaciones. Basta reflexionar un momento para comprender que esto sólo hubiera sido extraño, y el que yo haya inventado y aceptado esta interpretación antes de detenerme al comprobar un hecho desconcertante, pero corriente. Estuve a punto de detenerme, a mi vuelta, para ofrecer ayuda. Luego me dirigí hacia la portería sin pensar en otra cosa que en los párrafos de mi libro que aún me preocupaban.

»Luego sucedió algo que reviste verdadero interés científico. El portero, que, como saben, es hombre muy minucioso, insinuó que yo acababa de telefonar al rector, cosa absolutamente falsa. En circunstancias normales hubiera pensado en un error: quizá hubiera buscado el origen de ese error; probablemente, como estaba a la sazón absorbido en otro orden de ideas, hubiera dejado pasar el asunto. Pero en esta ocasión me sentí alarmado, sumamente alarmado. Y al cabo de un momento de introspección, profesional sin duda, relacioné mi temor con lo que acababa de ver en Orchard Ground. Dos hechos desconcertantes acababan de entrar en contacto, y no produjeron asombro, sino fuerte agitación. Inmediatamente se corrigió la imagen deformada de cuanto había visto. Me di cuenta de lo que había estado haciendo Titlow: arrastraba por el huerto, furtivamente, un cadáver. Idéntica impresión siniestra se relacionó con el raro episodio del teléfono. Un ciego instinto de conservación me impulsó a no negar nada al portero. Salí de la portería con la cabeza hecha un torbellino. Había comprendido con horrenda precisión que en este tranquilo establecimiento, en el cual ha transcurrido la mayor parte de mi vida serena, se agazapaba el peligro. La idea era fantástica. Pero éste era un aspecto del que me percataba intelectualmente; su realidad, en cambio, era inmediata y aplastante..., la sentía en mis venas como un torrente helado.

»Difícil resulta decir qué me impulsó a actuar como lo hice. Supongo que reconocí a quien Titlow arrastraba, y ese reconocimiento descendió enseguida a mi subconsciente. Sea como fuere, al regresar mecánicamente a Little Fellows golpeé en los cristales de las grandes ventanas de la rectoría..., y miré hacia dentro. Mis ojos divisaron entonces horrores muy reales. Umpleby yacía en el suelo, con la cabeza extrañamente envuelta en una toga. Me dirigí hacia él e intenté escuchar el latido de su corazón: estaba muerto. Cuando me enderecé nuevamente, vi los macabros dibujos y los huesos...

»Semejante situación haría pensar rápidamente al más estúpido. Lo pensé todo en menos de treinta segundos. Titlow y el cadáver de Umpleby; mi propia inconsciencia; esta escena fraguada con los huesos que, según bien sabía, pertenecían a Haveland. Estaba dando a una vieja y olvidada dolencia de Haveland el más villano de los usos que hombre alguno puede concebir. Pero había procedido con cierta ignorancia de la psicología. A mí me constaba como verdad científica que Haveland no era capaz de asesinar a Umpleby y delatarse luego deliberadamente de esa forma. Aunque no

hubiese descubierto a Titlow en pleno crimen, no me habría engañado... Sin embargo, las verdades científicas no suelen ser verdades de derecho.

»Recordé entonces la falsa llamada telefónica, que no podía llamarla de otro modo. Eso no tenía más que un sentido: se me implicaba a mí también. Entonces comprendí la inminencia del peligro. Si un individuo de la inteligencia de Titlow había proyectado semejante locura, lo habría hecho bien. ¿Cómo saber qué otros detalles había fraguado, qué nuevas pruebas había urdido? Sólo sabía que unos minutos después se descubriría todo. Era menester obrar en ese lapso brevísimo. Me bastó reflexionar unos minutos para comprender que sólo me quedaba una manera de huir. Era indispensable imputar el crimen al desdichado que lo había cometido.

Empson, que hablaba con el más seco de los tonos, hizo una pausa. Y Deighton-Clerk logró exclamar:

—¡Empson, usted también nos dirá!...

—Que hice lo que usted mismo habría hecho —repuso el aludido— si lo hubiera meditado. Comprenda mi situación. Había tropezado por mera casualidad con un habilísimo ardid mediante el cual se trataba de inculparnos a Haveland y a mí, en la proporción o relación que fuese. Nada me impulsaba a suponer que bastaría dar la voz de alarma en ese instante para hacer abortar los planes de Titlow. Ni que la policía lograría resolver tan ingenioso rompecabezas, preparado por un hombre de su inteligencia. Creo que nadie podría prever la llegada de un oficial tan perspicaz como míster Appleby.

»Pues bien, se me ocurrió una treta, la misma que Titlow, si hemos de atenemos a su ingenioso relato, atribuye a Pownall. Era menester presentar como un hecho evidente que Titlow había dado muerte a Umpleby: partí de este postulado. Y, aunque no me era posible mostrar cómo Titlow mató al rector, podía en cambio mostrar cómo evitaba ser acusado. Podía atribuirle una coartada fabricada por su propia mano. Di por sentado que él continuaría procediendo normalmente, y que se presentaría en casa del rector a las 11, como de costumbre. Si lograba fingir el asesinato de Umpleby, simulando que había perecido en el momento en que Titlow y Slotwiner estaban en el vestíbulo, y disponía las cosas de tal modo que la estratagema fuese descubierta, habría logrado mi propósito.

»En ese instante recordé un incidente ocurrido hace justamente un año. Titlow suplía al decano, y tuvo oportunidad de recoger unos fuegos artificiales de propiedad de un alumno. Tenía motivos para creer que aún los conservaba en un cajón de sus habitaciones... Dos segundos más tarde, mi plan estaba trazado.

»Salí sigilosamente del despacho, traspuse la puerta y entré en esta misma sala, a la sazón desierta, tomé un cabo de vela de uno de estos candelabros que están sobre la mesa. Regresé a mis habitaciones, y aguardé, con la puerta abierta, para oír lo que hacía Titlow enfrente. Pronto, tal como lo esperaba, salió; evidentemente se proponía

fingir que realizaba su acostumbrada visita a Umpleby. En cuanto estuvo al pie de la escalera, entré en su habitación y al cabo de unos segundos había hallado lo que necesitaba: una luz de artefacto de las más sencillas en su mecanismo de explosión. Seguí sus pasos y me hallaba en el despacho antes de que él pudiera llegar al portón occidental. Tenía un minuto y medio de tiempo. Corrí hacia el extremo de la habitación, encendí la vela, la fijé sobre la superficie de una de las bibliotecas giratorias y la oculté tras unos cuantos volúmenes escogidos al azar. Luego esperé hasta que oí que el mayordomo abría la puerta principal, en ese instante encendí la mecha del cohete con la llama de la vela (esto estaba destinado a sugerir una suerte de tosco fusible), y dejé el cohete detrás de los libros. En ese momento salí de la rectoría lo más rápidamente que mi pierna enferma me lo permitió... Creo no haberme equivocado.

—Míster Pownall —dijo Appleby.

—Lo que hice la noche del martes —comenzó a decir Pownall— lo hice únicamente basado en mi certidumbre de que Haveland había asesinado al rector y estaba tratando de imputarme el crimen.

Deighton-Clerk lanzó un quejido; Barocho asintió con un movimiento de cabeza; Curtís se despertó y tomó rapé. Con su característica lentitud y extraña suavidad, las manos juntas y la cabeza ligeramente inclinada, Pownall contó su historia.

—En la confusa versión que el profesor Empson acaba de narrarnos, ha dicho que es posible encontrarse ante un caso extraordinario sin darle mayor importancia, siempre que uno carezca de motivos para abrigar sospechas. Así comenzaron mis aventuras de esa noche. Como los presentes saben, tengo la costumbre de acostarme excepcionalmente temprano, a veces a las 9.30. El martes me retrasé un poco: debían de ser las 10 cuando salí de mi cuarto y me dirigí a la despensa para buscar un poco de agua caliente. Al pasar, oí que alguien hablaba por teléfono desde la habitación de Haveland, situada frente a la mía. Sólo oí una voz que decía: «¿Es usted, señor rector?», y pasé de largo. Pero era la voz de Empson, y me extrañó que telefonease desde la habitación de Haveland. Creo que permanecí unos treinta segundos en la despensa, sin perder de vista el vestíbulo durante ese ínterin. A mi vuelta, nada oí, pues la puerta de Haveland estaba cerrada, y no entreabierta como antes. Pero vi algo que enseguida me pareció raro... y que debió haberme parecido muy curioso. Al levantar los ojos, en el momento de penetrar en mi cuarto, vi a Empson en el primer piso. Bajaba la escalera, sin duda para sacar carbón del depósito que hay en el rellano. Me pregunté cómo se las habría arreglado para subir sin ser visto por mí, pero la idea no me preocupó lo suficiente como para comprender que eso hubiera sido materialmente imposible.

»Me metí en cama y, según mi costumbre, quedé instantáneamente dormido. Pero

el extraño episodio se grabó en mi cerebro y reapareció en mis sueños. Soñé que alguien hablaba con una voz rara, que no era natural, y en el mismo sueño se mezcló un ruido que, según creo ahora, fue el del disparo que mató a Umpleby. Continué soñando que alguien, o alguna cosa, se aferraba a mis muñecas. Entonces desperté, seguro (como le he explicado a míster Appleby) de que alguien había estado en mi cuarto.

»No pretendo explicar lo que acaba de narrarnos Titlow pero los detalles que él menciona: las manchas de sangre y las páginas del diario, los encontré en mi habitación. Corrí entonces hacia fuera, encontré el cadáver del rector... ¿Han comprobado ustedes cuán vívidamente vuelven a nuestra memoria las voces escuchadas? En ese instante recordé exactamente lo que había oído esa misma noche, y tuve la absoluta certidumbre de que no era la voz de Empson, sino la de Haveland que imitaba a Empson. Bajo ese disfraz, lo veía claramente, Haveland atrajo al rector desde su despacho hasta Orchard Ground. Una vez allí, lo mató de un tiro, y ahora trataba, aunque no sabía por qué medios, de incriminarme.

»Haveland era un criminal. Al comprender esto, recordé un episodio que me había relatado Empson. Todos lo oímos la otra noche: fue esa extraña frase que Haveland lanzó al rostro del rector, diciéndole que ojalá se hundiese en uno de sus propios sepulcros. Eso me dio una idea: vi que podía salvarme y, al mismo tiempo, contribuir a que se hiciera justicia.

»Corrí a la habitación de Haveland. Había salido. Me apoderé de los huesos, corrí con ellos al depósito y los arrojé sobre la silla de ruedas. Luego empujé ésta hacia el huerto, alcé el cadáver cuya cabeza envolví en la toga de Barocho y penetré con mi carga en mi propia habitación. Segundos después oí que Haveland volvía. Tan pronto como cerró su puerta, salí de nuevo y llevé apresuradamente mi lúgubre cargamento hasta la rectoría. Pueden ustedes imaginar lo demás. No habían transcurrido aún seis minutos desde que encontré el cadáver y descubrí lo que me amenazaba, cuando había dispuesto, en el despacho, una versión muy aceptable de lo que había sugerido su asesino al hablar de «los horribles sepulcros». Me pareció que no quedaría lugar a dudas.

Hubo un nuevo silencio en el salón. El decano dijo, por último:

—Míster Appleby, ¿cómo explica usted este revoltijo de contradicciones? ¿Qué puede decirnos al respecto?

Y ¿dónde está Haveland? No se halla presente entre nosotros.

Todos miraron, mecánicamente, hacia la cabecera de la mesa donde, dos noches antes, estuvo sentado Haveland, frente al inspector. El lugar estaba ahora ocupado por Ransome, quien, al sentirse de pronto convertido en blanco de todas esas miradas escrutadoras, exclamó alarmado: «¡Por favor!...». Serenamente, Appleby se preparó a responder a las preguntas de Deighton-Clerk.

—No existe contradicción alguna, señor decano. No hemos oído sino la verdad, en cuanto se refiere a las actividades de cada uno. Quiso la casualidad que, durante la noche del martes, uno de los profesores estuviera presente en Orchard Ground y presenciara una serie de episodios que corroboran perfectamente cuanto acabamos de oír. Lo que ese caballero me refirió me pone en condiciones de explicar los relatos escuchados.

»He aquí, señor decano, los hechos. Repito que todos han narrado verbalmente su propia versión. Pero todos obraron partiendo de bases contradictorias, que no reflejaban la verdad de lo sucedido...; tales errores fueron deliberadamente provocados por el asesino, los unos; y los otros nacieron de la fatal equivocación de míster Titlow... Pregunta usted por míster Haveland. Haveland, asesino de su rector, se mató hoy, mientras ofrecía resistencia a quienes fueron a detenerlo.

—Haveland mató al rector —continuó Appleby—, pero no tuvo jamás la menor intención de firmar el crimen cometido. El profesor Empson, con toda la autoridad de su preparación científica, estaba dispuesto a sostener que era incapaz de semejante cosa. Pero Empson, aunque reaccionó con apasionamiento contra lo que suponía un villano plan destinado a inculpar a Haveland, no quería discutir, ni siquiera en líneas generales, el problema de la normalidad de su colega; intuía que una investigación de esa naturaleza apartaría la atención del profano de la única certidumbre científica que le parecía importante: Haveland no era de aquellos que se delatan voluntariamente. Sin embargo, no fue ésta la verdad fundamental que él suponía. Fue esta otra: Haveland era uno de esos anormales que no pierden jamás contacto con la razón, aunque sea un contacto remoto. ¿Cuál fue el motivo que le impulsó? Usted, señor decano, me manifestó que era el candidato indicado para la rectoría, y supe por una observación de Curtís, que me fue transmitida por el inspector Dodd, que Empson estaba en el mismo caso. Cuando Haveland se propuso asesinar a Umpleby y dejar que la acusación recayera sobre Empson (ya que ése fue el primitivo proyecto), obraba con una mezcla de imbecilidad moral y clarividencia lógica que es característica de su tipo.

»Tenía notables dotes de imitador: aquí, en esta habitación, escandalizó a todos hace dos noches con una breve parodia de míster Deighton-Clerk...; fue tan perfecta la imitación que interesó enseguida a quien, como yo, repara en esas cosas... Telefoneó, pues, al rector, a las 10 de la noche, imitando la voz de Empson y utilizando el conmutador de la portería a fin de que se recordara luego esa llamada. Umpleby vino a Little Fellows a reunirse con Empson, según creía, poco después de las 10.30. El plan de Haveland era sencillísimo. Se ocultó en el huerto hasta que vio llegar al rector, y luego, recurriendo una vez más a la treta de la voz fingida, imitó a Pownall, y logró así que Umpleby se internara en las tinieblas de Orchard Ground.

Protegido por el estruendo del tránsito de la calle de las Escuelas, lo mató de un disparo y dejó el revólver junto al cadáver. Puedo probarles que se las había ingeniado para que las impresiones digitales de Empson apareciesen en la culata del arma. Cometido el crimen, fue directamente a visitar al decano, estuvo unos diez minutos en su compañía y volvió enseguida a sus habitaciones. Así terminaron sus actividades. La fuerza de su proyecto residía, como les he dicho, en su absoluta sencillez.

»Míster Titlow halló el cadáver a las 10.40 y, por desdicha, supuso que míster Pownall había sido el asesino. Por ello adoptó la extraordinaria resolución que todos conocemos, para asegurarse de que Pownall no quedaría impune. Al hacerlo, despertó a éste, quien dedujo inmediatamente y con acierto que Haveland era el asesino, pero erró en cambio al suponer que Haveland había querido incriminarle a él. Pownall acertó al buscar la causa de aquella llamada telefónica que había sorprendido, pero jamás sospechó que Titlow intervendría en el asunto. Procedió con rapidez, y de acuerdo con el proyecto que forjó, a las 10.50, antes quizá, el cadáver y los huesos estaban en el despacho de la rectoría, justo a tiempo para que Empson descubriese la estratagema.

Y Empson, que había visto a Titlow en el momento en que arrastraba el cadáver hacia Little Fellows y estaba además alarmado por el asunto del falso mensaje telefónico, dedujo que Titlow había asesinado al rector y tramaba a la sazón un plan que llevaría a la ruina a Haveland y quizá a él mismo. Por ello elucubró un nuevo plan que devolvería la acusación a Titlow..., a pesar de lo cual este último, al hacer irrupción en el despacho de Umpleby, descubrió la treta del falso disparo a tiempo, y borró casi todas las huellas que dejara.

»El resultado de estas sutiles artimañas, caballeros —concluyó Appleby secamente—, ha sido una compleja labor de investigación. El doble proceso dejará en claro la insania que acarreó la muerte del doctor Umpleby... Nada más puedo agregar ahora.

Hubo un silencio, el más prolongado de la velada. Luego Deighton-Clerk hizo una seña a Titlow y éste tocó un timbre. La puerta de comunicación se abrió silenciosamente.

—¡El café está servido!

ERA TARDE. El Bentley amarillo, que había sido enviado a manera de reconocimiento oficial, después de recibir el lacónico mensaje que daba cuenta del éxito obtenido, esperaba ante los portones. Appleby, con el sobretodo puesto, Dodd, algo desconcertado aún, y Gott, satisfecho y admirado, tomaban coñac, servido en grandes copas de cristal, en las habitaciones del último. Appleby presentaba la síntesis de lo ocurrido.

—Umpleby fue asesinado inmediatamente después del cambio de las llaves de Orchard Ground; en otros términos, en circunstancias en que sólo un determinado grupo de personas podían acercarse a él. Había varias explicaciones sobre ese punto difícil. O bien el acceso no era tan difícil como creíamos: es decir, que el asesino contaba con alguna entrada secreta y utilizaba esas circunstancias superficiales para desconcertarnos. O bien, había dispuesto las cosas de un modo para divertirse: se trataría entonces de uno de los componentes del grupo sospechoso y nos daba así la primera pista voluntariamente. Por fin, podría tratarse de uno de los componentes del grupo, empeñado en atribuir el crimen a otra persona integrante del mismo, y que por ello limitaba (como paso preliminar) el número de los sospechosos. La teoría que acabo de enunciar nos dio naturalmente la clave del caso. Todo cuanto sucedió después la corroboró... lo malo es que sucedieron demasiadas cosas.

»Primero, todo parecía sugerir que el inculpado era Haveland. Y pronto relacioné con esa idea el nombre de Pownall. Pownall parecía resuelto a señalar a Haveland con un índice acusador: lo hizo durante una escena que, según vi más tarde, había puesto de manifiesto las líneas básicas del dilema, y luego repitió el gesto cuando me relató las cosas y trató de explicar su propia y extraña conducta. Me parecía razonable sospechar que, en ese relato, Pownall invertía ingeniosamente los hechos. Según su versión, Haveland mató al rector y trató luego de inculparle a él, pero, al ver fallido su intento y en un raptó de locura, dejó su firma sobre el crimen mediante los huesos. Conjeturé entonces que lo que en realidad había sucedido fue que Pownall había dado muerte a Umpleby y trataba en aquel momento de hacer recaer las sospechas sobre Haveland. Cuando se vio con meridiana claridad que tanto el momento como el teatro del crimen habían sido falseados, comprendí cuál era el motivo probable de ambas mentiras. Al falsear la hora, Pownall quiso asegurarse de que Haveland carecería de coartada; al falsear el lugar, quiso dar cumplimiento en forma sensacional al imprudente deseo expresado por Haveland cierta vez.

»Estuve largo tiempo persuadido de la exactitud de este sencillo argumento contra Pownall. Pero no me satisfacía del todo. En primer lugar, el revólver se había tomado el trabajo de comparecer, y eso me parecía significativo: yo esperaba hallarlo en circunstancias tales que añadieran un eslabón más a la cadena de pruebas contra

Haveland. Tenía, por el contrario, las impresiones de Pownall; si éste hubiera matado al rector con esa arma, se habría mostrado sumamente descuidado. Recordaba también con toda claridad mi entrevista con Pownall; tuve la impresión de que su relato era una compleja mezcla de verdades y mentiras. Hasta ese momento, mi teoría no explicaba satisfactoriamente esa complejidad y otras muchas cosas que tenían su importancia en el asunto.

»Por ejemplo, estaba persuadido de que Titlow y Empson habían tenido alguna intervención en él. Tuve con ambos entrevistas sumamente significativas. Titlow, espíritu siempre tornadizo, estaba resuelto a imputar el crimen a cierta persona determinada. Complicaba todo esto con una filosofía de la historia, fruto de su innegable confusión mental, pero lo fundamental era lo siguiente: si la idea de que esa persona X había asesinado a Umpleby resultaba increíble para los demás, entonces él, Titlow, debía cumplir con su deber... Y a continuación hizo esa extraña cita de Kant: era menester que yo invirtiese el argumento de que está primero el deber de la veracidad que el de proteger a la sociedad de un asesinato.

»Me encontraba frente a algo que tenía que ser aclarado y asimilado por cualquier teoría de la criminalidad. Igual consideración me planteó mi entrevista con Empson. Empson también pensaba en un criminal X; le escandalizaba que X, contra la opinión de la ciencia y de la experiencia, hubiera dado muerte al rector, o, por lo menos, eso deduje de su actitud. Y su X no era, naturalmente, Haveland; sostenía con apasionada seguridad la inocencia de Haveland. Era necesario además tener en cuenta dos hechos; cuando vislumbré la posibilidad de que el disparo que se oyó en el despacho hubiese sido falseado, averiguó si se habían hallado rastros del mecanismo utilizado por el criminal; preguntaba, en otros términos, si se habían hallado pruebas contra Titlow.

Y luego, su vacilación cuando se habló del mensaje telefónico. Eso permaneció en el misterio hasta que se descubrió que el revólver tenía sus huellas digitales, además de las de Pownall. Al saber esto, intuí que se quería inculpar también a Empson y la falsa llamada no había constituido sino otra tentativa para acumular pruebas en su contra. ¿Por qué estuvo a punto de negar que había telefoneado, cuando sabía perfectamente que el portero desmentiría su testimonio? Y hallé la respuesta: porque sabía que esa llamada se le atribuía falsamente, y por un instante estuvo a punto de confesarlo... Al mismo tiempo, vi cómo se había logrado imprimir las huellas dactilares de Empson sobre el revólver. Recordé que esa arma parecía empeñada en decirme algo, por expresarlo así, desde el instante en que la vi. Era un arma ligera y pequeña, con una delgada culata curva de marfil..., muy parecida al puño del bastón de Empson. Me la imaginé atada a un bastón cualquiera y puesta en manos de Empson en uno de aquellos vestíbulos mal iluminados, para ser retirada luego, con unas palabras de disculpa por el error cometido. Con toda seguridad, se

obtendrían así huellas ligeras y bastante defectuosas, aún más imperfectas que las que logró obtener Titlow de los dedos de Pownall. Pero hoy día las huellas más insignificantes, aun el contacto de un dedo seco con una superficie cualquiera, pueden ser identificadas. Vemos cómo se ha explotado no una vez, sino dos, en este caso, el adelanto técnico de la criminología. Creo que esto equivale a una voz de alarma en el terreno de la investigación de tipo científico.

»Luego Kellett encontró, en un desagüe, el alambre retorcido. Usted, Dodd, debería haberlo adivinado. ¡Era nada menos que el primo hermano de aquel aparatito de alambre que me vio usted fabricar para proteger las impresiones digitales que pudieran quedar en el revólver! Encerrada en una jaulita semejante, el arma podía ser manejada y hasta disparada fácilmente, sin destruir ni siquiera en parte las huellas dactilares que quedasen en su culata.

»Obraban en mi poder, en aquel instante, muchísimos indicios que parecían imputar el crimen a este o aquel profesor. Contra Haveland: los huesos. Contra Empson: las impresiones digitales y el falso mensaje telefónico. Contra Pownall (dando crédito a ciertos pasajes de su relato): las manchas de sangre, las páginas del diario y nuevas huellas digitales. Solamente Titlow, entre los moradores de Little Fellows, escapaba a toda imputación. Eso fue, precisamente, lo que me indujo a considerarlo, por un momento, el único villano. Me asaltó la idea de que podría haberse propuesto incriminar a sus tres colegas. Luego planteé el asunto desde otro punto de vista, y pensé que sólo le preocupaba hallar su propia coartada. Adopté la idea de Edwards sobre el fuego de artificio, y la relacioné con la mancha de estearina que había observado sobre una de las bibliotecas. En un principio, no me agradó mucho, y muy pronto (quizá para lograr un esquema completo) comencé a estudiar la posibilidad de que esa estearina fuese el único rastro de un ardid para incriminar a Titlow. Hasta vislumbré la posibilidad de que el falso disparo fuese un recurso para lograr ese objeto. Pero comprendía que pisaba terreno muy inseguro.

»Me constaba, sin embargo, que nuestros cuatro amigos de Little Fellows estaban envueltos en un raro encadenamiento de hechos. Y empecé a buscar los hilos conductores. Dije hace un instante que Pownall, desde el principio, acusó a Haveland. Eso sucedió la noche que llegué, durante la reunión de sobremesa. Pero esa noche sucedieron otras cosas. Creo que no sería exagerado decir que la atmósfera estaba cargada de insinuaciones. Después de analizar todo cuanto se dijo o se sugirió esa noche, saqué en limpio lo siguiente: Pownall acusó a Haveland, Haveland a Empson, Empson a Titlow y Titlow a Pownall. Nada más esquemático: tenía ante mí una cadena perfecta, y conocía la dirección que seguían sus eslabones. Pero ¿dónde estaba su punto de partida? ¿Existía alguna especie de coincidencia entre el rumbo general de las acusaciones y lo que se sabía o sospechaba sobre las falsas pruebas destinadas a inculpar a uno u otro? Sólo veía una: las insinuaciones de Haveland

contra Empson, pues tenía mis razones para suponer que Haveland era capaz de imitar la voz de Empson, dado que tenía talento para ello, y, además, estaba convencido de que Haveland había logrado imprimir las huellas digitales de Empson en el revólver, ya que averiguó con interés si se había encontrado el arma.

»Inicié, entonces, un nuevo tipo de razonamientos. Haveland mató al rector, y trató de hacer recaer la culpa sobre Empson. Era cierto. Mas de esto pasé a una nueva deducción, que resultó errada: Titlow sospechó de Haveland y preparó los huesos como un subterfugio destinado a acusarle indirectamente..., pero más tarde comenzó a preocuparle el aspecto moral de su acción y estaba ansioso por saber si aquellas sospechas eran o no fundadas. Pronto tuve que dejar de lado esta hipótesis, pues las insinuaciones de Titlow no acusaban a Haveland, sino a Pownall...

»A pesar de esta comprobación, no quise abandonar la hipótesis de la culpabilidad de Haveland. La verdad, por paradójica que parezca, fue que la idea de que alguien proyectase una acusación contra él destruyó el último obstáculo que me impedía considerarlo culpable. En el fondo, semejante acusación lo protegía, ya que había sido mal preparada, era poco convincente: bien sabía Empson que Haveland no era de los que firman sus crímenes de esa manera.

»Además, Haveland fue siempre el más indicado. Todo investigador que debe señalar el criminal escondido en medio de un grupo de personas, conoce la enorme importancia de los desequilibrios mentales. En la vida real, la mayoría de los criminales no se reclutan entre los altos empleados de policía, ni entre los miembros del gabinete: se los halla en el sector infranormal de la humanidad. Todos procedemos con mayor o menor extravagancia cuando nos vemos ante un asesinato, pero el hecho mismo de perpetrar un crimen es, ¡ejem!, cosa de especialistas. Creo que Deighton-Clerk intuyó que Haveland había sido el asesino, pero instantáneamente ahogó esa idea en una forma que, según diría Empson, reviste gran interés científico. La primera observación espontánea que hizo ante mí Deighton-Clerk reveló la orientación subconsciente de sus ideas. Umpleby y Haveland se detestaban...

»Estaba a punto de llegar a la meta. Aún podía aclarar ciertos detalles siguiendo el encadenamiento: Haveland... Empson... Titlow... Pownall... Haveland; hasta era posible que lograra obtener un poco de verdad desnuda, sin aditamentos, de esos señores. Pero de una cosa estaba convencido. Jamás lograría ver ni a Haveland ni a ninguno de los demás en el banquillo de los acusados. Entre los cuatro habían fabricado una montaña de complicaciones que ningún defensor dejaría de aprovechar.

Appleby se puso de pie y dejó su vaso sobre la mesa.

—Preveía el relato de Titlow, pero lo que me permitió dar las explicaciones del caso fue un mero golpe de suerte: la presencia de ese observador anónimo en Orchard Ground. Ha sido también una fortuna que Haveland haya escogido ese medio para

desaparecer. El escándalo aquí será menor, y si bien el fiscal perderá sus respetables honorarios, este policía abrumado de trabajo se evitará, en cambio, muchas noches en vela.

Appleby palmeó el hombro de Dodd, y se encaminó hacia la puerta. Luego, volviéndose, dirigió a Gott una sonrisa.

—Espero que nos encontraremos nuevamente. Y, mientras tanto, le haré un obsequio de despedida.

—¿De qué se trata?

—De un título para el libro que quizá nunca escriba usted: Muerte en la rectoría.



JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 - Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994) fue un novelista y académico escocés.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel College de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkside, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas. En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como «Michael Innes», seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948.

Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre «Mark Lambert's Supper». También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

Notas

[1] En Pimlico, Bow y Clerkenwell, en los barrios paupérrimos de las afueras y en las aristocráticas mansiones de Westminster... <<

[2] «*Little fellows*». Literalmente: pequeño edificio de los profesores o miembros de la Universidad. (*N. de la T.*) <<

[3] Casa de mala reputación. (*N. de la T.*) <<